

Amaya Felices

Una novela del Sexto Inferno



de

El Grimorio

de la Luna

Lectulandia

La guerra ha llegado. Violeta es ahora uno de los generales de los ejércitos demoníacos del sexto infierno y, como tal, debe conquistar el primer plano. Sin embargo su amiga Marta, la bruja moon-wolf, la necesita para recuperar un antiguo grimorio de su clan, uno que sobrevivió a la Inquisición. El problema es que el libro está guardado nada menos que en la sede del poder de la Iglesia: el Vaticano.

Con el vampiro Casio hecho prisionero y Lucas embarcado en una misión secreta, el único que puede ayudar a Violeta es uno de los guardias personales íncubos de su abuelo.

Lectulandia

Amaya Felices

El grimorio de la luna llena

Sexto infierno-2

ePub r1.0

fenikz 25.08.16

Amaya Felices, 2014

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a Jorge, porque está siempre aquí.



Había sangre por todos los lados. Esta, dulce y deliciosa, mezclaba su aroma con el del azufre. No me malinterpretéis: yo no era un vampiro como Casio; no bebía sangre. Pero eso no quitaba para que su olor me hiciera sentir viva, sobre todo si estaba en medio de una gran batalla, a lomos de mi wyvern y en el primero de los siete infiernos.

Al mando de los míos, sobrevolaba los cielos cerca de un volcán inactivo, entreteniendo al ejército enemigo mientras nuestros magos hacían resurgir el fuego en sus chimeneas. Nuestros contendientes, demonios fuertes, grotescos y con alas, intentaban impedirlo tanto por tierra como por aire. Considerando que nos superaban en número, la emoción de la batalla pulsaba con fuerza en mis venas mientras los gritos de agonía, las llamadas de auxilio, los sonidos de metal contra metal y las corrientes de aire que provocaba mi montura al volar inundaban mis sentidos.

De repente, un chorro cálido cayó sobre mi cabeza. El líquido, oscuro, manchó mis cuernos, impregnó mi pelo platino y se deslizó por mi frente. Sangre... La aparté de mis ojos con el dorso de la mano izquierda, la que no sujetaba las riendas, y alcé la mirada. Uno de los demonios enemigos estaba volando con uno de mis hombres, en concreto un guerrero ícubo, entre sus garras traseras. Su montura, un wyvern, caía en picado hacia el lejano suelo. El soldado, sin embargo, se defendía. Se había agarrado a las piernas de su agresor con sus propias garras y se las estaba clavando mientras intentaba soltarse de la presa. Buen intento, pero no creí que lo lograra ya que acababa de recibir un feo desgarrón en el cuello. Por suerte para él, yo estaba justo debajo y con ganas de muerte. Acababa de pelear con el líder de mis enemigos y eso no había hecho más que enardecer a mi naturaleza más demoníaca. Sonreí. Me

encantaba esto, anticipar el subidón de poder que estaba a punto de experimentar. Respiré hondo, inhalando el aroma a sudor y sangre, mientras tiraba de las riendas de mi montura para que ascendiera.

De inmediato, el batir de sus poderosas alas verdes nos subió hacia arriba. La montaña, inerte, eligió ese momento para despertar. La ignoré. Una vez que tuve a mi presa a mi alcance, me puse de pie sobre mi silla y salté. Un par de metros. Aterricé en la espalda del demonio, un ser algo más corpulento que yo. Pegué mi pecho contra su piel correosa mientras sus alas me golpeaban, me agarré bien a su cuello y, con la otra mano, le clavé mi daga justo en la base del cráneo. Me electricé al sentir la descarga de vida y energía que las runas grabadas en el filo de mi arma me transmitían. Síiii, había sido tan sencillo... pero entonces algo salió mal. Muy mal. Junto con todo ese poder yo imaginaba que vendrían algunos recuerdos del demonio; sin embargo, lo que lo acompañó fue la luz más blanca y pura de la fe.

Entonces, mientras ese estallido luminoso me cegaba, el demonio, que acababa de morir por mi puñalada, abrió las garras de sus piernas y soltó a su presa. El soldado íncubo, malherido, se mantuvo sujeto con sus garras el tiempo justo para abrir sus alas. Se fue, volando, hacia abajo. Hacia las rocas de la escarpada ladera de la montaña que se erguía a cientos de metros bajo nuestros pies.

En cuanto a mí, no tuve suerte. Mis instintos me hicieron aferrarme a mi arma pero eso no me sirvió demasiado ya que las alas de mi enemigo se movieron un par más veces más y a continuación quedaron laxas, colgando sin vida. No saqué mi daga de entre la carne correosa que la sujetaba; tampoco salté de vuelta a mi wyvern, que me esperaba iniciando el mismo picado hacia el suelo en cual el cadáver y yo acabábamos de entrar.

No...

En vez de reaccionar y ponerme a salvo me quedé allí, sujetando la empuñadura mientras esta me transmitía la vivencia más traumática del demonio. ¡Putita mala suerte! Porque había que tenerla para ir a robarle la esencia justo a uno de los pocos seres infernales que se habían topado con la voluntad de Dios.



En un principio, el ser se sentía pleno. Había logrado escapar del infierno y ocupaba el cuerpo de un joven, un recipiente lleno de fuerza a quien manejar a su antojo. Pero no le duró demasiado. Acostumbrado a su plano, el ser no medía los días como los humanos; sin embargo, el sol no se había ocultado y salido más de un par de veces cuando apareció él. Al principio, creyó que era otro pelele con el que jugar. No fue así. Antes de que el recién llegado sacara una cruz de entre sus ropas, al endemoniado tan solo le dio tiempo de girarse y usar su telekinesia para cerrar la puerta por la que este acababa de entrar. Y allí estaba. Una cruz de madera. Grande. Del tamaño de uno de esos crucifijos que algunos creyentes colgaban sobre la cabecera de sus camas. El

ser detuvo en seco su intención de saltar sobre él y se lo quedó mirando. Su cabeza, la de su recipiente más bien, se giró en un ángulo extraño. Una cruz no era un problema para un demonio si el que la llevaba no creía en ella y, como todos sabían, era muy raro toparse con un hombre de auténtica fe.

Así pues, la criatura elevó una de sus manos y uno de los libros de las estanterías voló disparado hacia su visitante. Lo golpeó en el estómago. El humano se curvó por el dolor y el demonio se sintió crecer al alimentarse con su sufrimiento. Ya podía oler el miedo.

Pero el temor a ser dañado o asesinado por el poseído no frenó al humano. En vez de amilanarse o intentar huir, se quitó el abrigo que llevaba puesto, el mismo bajo el cual había llevado oculta su cruz. Lo dejó con cuidado sobre uno de los sofás que había en el salón en el cual se encontraban, como si no le importara en absoluto que el ser volviera a atacarlo. A continuación, avanzó un par de pasos hacia él. Entonces fue cuando el demonio se fijó en el alzacuellos que llevaba asomando bajo su jersey: era un cura. Pero eso no significaba que fuera a tener fe. Irritado, el poseído hizo que un puñado de libros saliera despedido de las estanterías hacia el religioso. Este se cubrió el rostro con los brazos y recibió estoico los golpes. Después, antes de que su presa pudiera hacer algo más, comenzó a recitar.

En la habitación de al lado, los familiares del endemoniado, atados y amordazados, lo estaban escuchando todo con atención, sin atreverse a creer que su pesadilla pudiera llegar a su fin.

—*Exorcizamus te* —comenzó a recitar el cura en latín, con la fuerza de su voluntad puesta en declamar cada sílaba—, *omnis immundus spiritus, omnis satanica potestas, omnis incursio infernalis adversarii, omnis legio, omnis congregatio et secta diabolica, in nomine et virtute Domini Nostri Jesu Christi, eradicare et effugare a Dei Ecclesia, ab animabus ad imaginem Dei conditis ac pretioso divini Agni sanguine redemptis. Non ultra audeas, serpens callidissime, decipere humanum genus, Dei Ecclesiam persequi, ac Dei electos excutere et cribrare sicut triticum. Imperat tibi Deus altissimus, cui in magna tua superbia te similem haberi adhuc præsumis; qui omnes homines vult salvos fieri et ad agnitionem veritatis venire. Imperat tibi Deus Pater...*

El demonio empezó a retorcerse dentro de su recipiente. Las palabras del humano tenían poder, su fe era auténtica. Oliendo esta vez su propio miedo, se abalanzó contra el sacerdote. Ocupaba el cuerpo de un muchacho, poco más que un niño, pero tenía la fuerza propia de los endemoniados. Chocó contra la cintura del cura y lo empujó hacia detrás, tirándolo contra el suelo. El religioso tuvo suerte; la parte superior de su espalda y su cabeza no golpearon las baldosas sino uno de los sofás. Con el golpe, sin embargo, dejó de recitar y el demonio, que había caído sobre él, aprovechó para comenzar a golpearle con todas sus fuerzas. El padre movió la mano con la que sujetaba la cruz y colocó esta contra la espalda del poseído, apretando para mantenerla allí, quieta. De inmediato, este dejó de atacarle y aulló de dolor. En un

salto que poco tenía de humano, se separó del cura y se agazapó contra la esquina contraria de la habitación. El sacerdote continuó recitando.

—*Imperat tibi sacramentum Crucis, omniumque christianæ fidei Mysteriorum virtus...*

Y el endemoniado, que ya no se atrevía a atacarlo directamente no fuera a volver a quemarlo y a debilitarlo con la cruz, volvió a utilizar su telekinesis, esta vez para tirarle toda clase de objetos. Libros, adornos de cerámica, un cuadro de las paredes, incluso los sofás y la televisión; si bien estos últimos salieron despedidos de un modo algo más pesado y lento. Todo. Pero no logró que el padre, mientras esquivaba los que podía y recibía los golpes de los que no, dejara de recitar.

—*Ergo, draco maledicte et omnis legio diabolica, adjuramus te per Deum vivum, per Deum verum, per Deum sanctum, per Deum qui sic dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret, ut omnes qui credit in eum non pereat, sed habeat vitam æternam: cessa decipere humanas creaturas, eisque æternæ perditionis venenum propinare: desine Ecclesiæ nocere, et ejus libertati laqueos injicere. Vade, satana, inventor et magister omnis fallaciæ, hostis humanæ salutis.*

Con cada palabra, conforme avanzaba su rezo a su dios, el demonio estaba cada vez más debilitado. Llegó un momento en el cual sus poderes telekinéticos se agotaron. El padre, lleno de magulladuras y con sangre por un corte en su mejilla, sacó un frasco de agua bendita de uno de los bolsillos de sus pantalones de tela y se acercó más. Tanto que se quedó a tan solo un par de pasos del endemoniado.

—*Domine, exaudi orationem meam.*

Señor, escucha mi oración.

—*Ab insidiis diaboli, libera nos, Domine. Ut Ecclesiam tuam secura tibi facias libertate servire, te rogamus, audi nos. Ut inimicos sanctæ Ecclesiæ humiliare digneris, te rogamus audi nos.*

De las asechanzas del demonio, líbranos, Señor. Que tu Iglesia pueda servirte en paz y libertad, te rogamus, óyenos. Para que te dignes humillar a los enemigos de la santa Iglesia, te suplicamos, óyenos.

El demonio sentía dolor, mucho dolor, como si quisieran arrancarle los huesos del cuerpo. Pero no era eso. Era su propia carne, la que había materializado dentro del recipiente humano, fundiendo sus células con las de su anfitrión, la que estaba siendo removida y desgarrada. Entonces, el padre le salpicó con agua bendita. El dolor se multiplicó.

—*Exorcizamus te.*

Te exorcizamos.

Más agua bendita. El ser se aferró con todas sus fuerzas a su recipiente. No quería volver al infierno, a ese plano donde la supervivencia era encarnizada e imposible.

—*Audi nos. Exorcizamus te.*

Óyenos. Te exorcizamos.

Volvió a rociarlo. Acercó su cruz y la pegó contra la cara del poseído. El dolor

que este experimentaba era tan fuerte que podía sentir su carne arrancada, separada de cuajo del cuerpo del muchacho dentro del cual se había metido.

—*¡Exorcizamus te!*

Dolor, infinito. Su carne abandonó el cuerpo del anfitrión y se arremolinó sobre este, formando lo que parecía un furioso enjambre de insectos pero que no eran más que sus células, agrupándose como podían y girando sin saber cómo tomar forma. Porque necesitaba poseer a alguien para permanecer en el plano de la Tierra.

El sacerdote acercó su cruz al ente y comenzó otro rezo, esta vez uno que lo contendría hasta que el demonio acabara consumiendo toda su energía y desapareciera, como si nunca hubiera existido. El ser, que no deseaba la muerte, se concentró en volver a su casa. De repente, los objetos que le había tirado al cura comenzaron a girar por la habitación como si un tornado los moviera, al tiempo que se escuchaba un fuerte viento. Una fisura dimensional, abierta tan solo para la criatura, rasgó la realidad a su alrededor. El padre, inamovible, permaneció frente al ser. Parecía como si ese repentino viento lo escudara, lo protegiera tanto de la succión de la grieta dimensional como de los libros y la cerámica que estaban destrozando la habitación a sus espaldas.

Entonces, de repente, todo desapareció y el demonio volvió a su plano. Tan solo llegó a escuchar una última palabra del cura. Amén.



Allí estaba yo, a lomos de mi wyvern, acercándome al estanque de los vórtices y seguida por más de doscientos de los nuestros. Porque... ¡¡sí!! Por fin había llegado la guerra.

Con el ataque a la casa de los mutados donde había tenido el inmenso placer de acabar con mi tío, el Consejo les había dejado claro que no pensaba quedarse de brazos cruzados mientras ellos intentaban conquistar tanto la Tierra como los planos. En ese momento empezó un combate de guerrillas, donde nos tanteábamos y debilitábamos mutuamente. Sin embargo, ya conocéis a mi abuelo. ¿No? ¿A mí tampoco? Soy Violeta Abos, una semisúcubo cuya vida solía ser una mierda. En el momento de esta narración, sin embargo, yo había alcanzado la mayoría de edad y descubierto mi poder, mi acceso a lo que me gustaba llamar «el pozo de todas las almas». Qué os puedo contar... Me crie en el sexto infierno, el plano que gobernaba mi abuelo. Cuando era un bebé de pocos días de edad, mi madre, humana, murió por protegerme. A los quince, ejecutaron a mi padre y a mí me dejaron en la Tierra, para que me las apañara sola. Deseando vengar a mi madre, localicé a los nosferatus que la mataron y comencé a trabajar para Casio, un vampiro milenario del Consejo que gobernaba a las criaturas de la noche. Sin embargo, hacía poco descubrí que se me habían escapado dos de esos malditos chupasangres asesinos. Por lo visto, fueron capturados por los alquimistas, unos humanos que llevaban siglos intentando usar la ciencia para lograr tanto la inmortalidad como poseer nuestros poderes. En estos momentos, yo seguía buscándolos. Podía haber logrado integrar mi parte humana con la demoníaca (motivo por el cual mi abuelo me quería como líder de sus ejércitos) pero no por ello dejaba de soñar con desollarlos y descuartizarlos lentamente. Mi

madre era inocente y esos hijos de puta se la cargaron. En cuanto a mi abuelo, era desde hacía eones el rey de los íncubos y señor del sexto plano. Puede que, en principio, nosotros no fuéramos tan poderosos como los demonios de algunos planos inferiores pero teníamos algo que nos hacía únicos: el pozo. Esa cojonuda trampa energética que había creado mi rey, el lugar a donde iba la décima parte de todas las almas que los nuestros tomaban. Las almas eran poder, nos hacían más fuertes, más rápidos, más temibles que la mayoría de los demás demonios. Y tanto mi abuelo como sus hijos y sus nietos primogénitos podían acceder al diezmo. Él, de manera ilimitada y, los demás, a través de lo que yo imaginaba como un canal cuya sección dependía de quienes éramos. La mía, como nieta, era de las de menor tamaño pero, pese a ello, continuaba siendo más que suficiente para bañarme en la sangre de mis enemigos.

Así pues, conociendo a mi abuelo, alguien capaz de haber ideado el diezmo y de mantenerse con vida durante eones, era evidente que no iba a darse por satisfecho con la integración de mis dos partes. No... para él, mi educación distaba mucho de haber acabado. Por eso, tras el ataque a la casa de los alquimistas me ordenó acudir a su castillo en el sexto infierno. Una vez allí, me informó de que esta guerra todavía no iba a ser directa, de que estábamos luchando por tomar posiciones, preparándonos para la confrontación final. Nuestros principales aliados eran los licántropos, las matronas brujas y los vampiros. Estos últimos, gobernados por el Consejo del que mi abuelo formaba parte, estaban realizando misiones para tomar puntos estratégicos de los alquimistas, como almacenes de armas. Además, como para su ingeniería genética de mutación debían de necesitar lo último en tecnología, estaban investigando tanto a las compañías humanas que poseían laboratorios de investigación como a las grandes fortunas que podían permitirse fundar uno. Los lobos, por su parte, eran perfectos como rastreadores. Viajaban por todo el mundo y, cuando su fino olfato detectaba algún mutado, anotaban su posición en un mapa y nos la transmitían. Su fin era localizar comercios, viviendas, fábricas y empresas del enemigo. Las brujas, sin embargo, estaban a la espera. A mi abuelo le habría encantado que nos fabricaran amuletos pero Arianrhod, su matriarca suprema, se negaba. Preferían no hacer nada, aguardando el momento adecuado que la videncia de su matriarca les había marcado como idóneo para echarnos una mano. Yo, cómo no, también tenía mi papel en esta guerra de guerrillas. Por eso, en el momento en el cual mi abuelo me llamó a su castillo, mi romance con Casio quedó relegado a un segundo plano. Teníamos trabajo que hacer; ya habría tiempo para arrumacos cuando todo esto acabara. Así pues, durante varias semanas, mi abuelo en persona me dio clases. Me habló de historia, de las guerras por los planos, de buenos estrategas y también de malos generales que condenaron sus ejércitos al olvido. Así mismo, perfeccionó mis artes marciales: un día sí y otro no me soltaba a varios prisioneros de guerra a los cuales daban armas y yo tenía que matarlos. Podría decir que eso sí que era presión pero lo cierto era que cada vez me gustaba más el olor de la sangre. Porque si bien habían mandado a Casio

a varias misiones, la última de ellas un ataque de una fábrica de armas que habían descubierto que estaba controlada por los alquimistas, de mí querían que culminase mis entrenamientos atacando y conquistando el más débil de los planos demoníacos: el primero.

Los señores demoníacos del séptimo, que estaban aliados con los mutados, no se habían quedado ociosos estas semanas y habían conquistado nada menos que el quinto infierno. Por eso en estos momentos yo me dirigía al estanque de los vórtices, tan poderosa y eufórica como solo podía estarlo una chica cuando el glorioso azufre de su plano llenaba sus pulmones. Siempre había sido así. Visitar mi casa era como estar drogada y crearme inmortal. Por supuesto, no lo era. Así que los habitantes del primer plano iban a tener una oportunidad de bajarme a ostias de vuelta a la realidad. Pero qué decir... dudaba mucho que lo logaran.

Una vez sobre las aguas muertas, detuve a mi wyvern. Este movió sus largas y pesadas alas en el enrarecido aire de mi plano, manteniendo así su posición. Aguardé unos segundos hasta que todo mi ejército hizo lo mismo y, entonces, grité.

Sí, grité.

Ni discursos motivadores ni nada. Éramos demonios. Yo era su líder. Una hermosa joven con cuernos, cuatro colmillos, garras y espolones. El delirante sueño erótico de muchos humanos pero, para los míos, una peligrosa hija de humana que rebosaba del poder del diezmo y estaba a punto de llevarlos hacia la sangre y la victoria.

Mi grito, profundo, poderoso, feral, retumbó en nuestros huesos y en nuestras tripas como si estuviera hecho de cañonazos. Noté cómo el frenesí, la emoción pre-batalla, el ansia de muerte, se extendía también a ellos. Continué gritando y azucé a mi montura. Mi wyvern, Txhat potch, se movió hacia uno de los remolinos y entramos dentro. De inmediato, las corrientes que movían esa agua estéril, incapaz de nutrir la más mínima vida, nos atraparon y sacudieron con fuerza. Tras aguantar el ímpetu de toda esa agua furiosa que tiraba de nosotros en varias direcciones, que parecía querer descuartizarnos y después devorarnos, atravesamos la fisura entre dimensiones. Mi ejército, íncubos y súcubos montando a sus respectivos wyverns, además de los demonios menores que no eran más que carne de cañón, me siguieron. De uno en uno. De acuerdo. Pero a gran velocidad. En pocos minutos estarían todos conmigo. Mientras tanto, yo me encontraba en medio de los cielos del primer infierno, sobrevolando una zona de bosques. Enarqué una ceja al fijarme en los árboles. Estaban tan verdes que casi podrían pertenecer a la Tierra. En los planos, a menor nivel había menos cantidad de azufre y del resto de metales que utilizábamos para nuestra magia. Eso los volvía menos útiles a nuestros ojos pero lo cierto era que, para las criaturas nativas de los infiernos, un menor nivel era mejor ya que había más vegetación. Este bosque... nada que ver con los árboles achaparrados y moribundos de mi plano o con la total desolación del séptimo infierno. En todo caso, antes de que me hubiera podido fijar demasiado en la orografía local (esos árboles por debajo de

mí y unas lejanas montañas en el horizonte; más bosque a mis espaldas), mis soldados acabaron de llegar. La cadencia ancestral de mi grito todavía parecía estar resonando en mis tripas. Le di la vuelta a mi wyvern y los encaré. Eran magníficos: más de cien súcubos e íncubos con sus monturas y casi un centenar de demonios menores, seres deformes que contrastaban con la fiera belleza de mi raza. Sonreí. En estos momentos, a apenas un centenar de kilómetros de distancia, se estaba librando una de las típicas guerras del plano. Sus habitantes se organizaban en reinos y cada vez que uno de ellos lograba hacerse con el control de resto, no pasaba demasiado tiempo hasta que una revuelta o un ataque desde el segundo o tercer plano volvía a sumirlo todo en el caos de la guerra. Ah... guerra... Respiré hondo y contuve mis ganas de fruncir el ceño. Este aire no era cálido y sulfuroso. Olía mejor que el de la Tierra, de acuerdo, pero apenas tenía poder. En fin, no era yo quien pensaba quedarse al mando de este infierno cuando fuera nuestro. Mantuve mis labios curvados en una sonrisa y les di a los míos la orden de avanzar. Al pie de esas montañas estaba librándose una batalla y las sombras nos estaban esperando.



Dentro de las montañas, en sus cuevas, residían unas criaturas hechas de oscuridad. No eran demonios, pues no habitaban originariamente en el planeta de los humanos. Este plano era suyo por derecho antes de que los demonios lo atacaran. Se trataba de un lugar donde sus moradores eran de dos tipos: los que vivían de día, y se escondían bajo tierra por las noches, y las sombras, que salían a cazar tras el ocaso. Los amos indiscutibles eran las sombras, que se alimentaban de la fuerza vital de las demás criaturas, las diurnas. El plano era en sí un planeta casi tan grande como la Tierra y con una geología inestable que ocasionaba frecuentes terremotos y volcanes. Sin embargo, con el éxodo demoníaco a los infiernos, las sombras tuvieron que pelear por mantener su hogar. Debido a que no podían salir bajo la luz de sus dos soles y a que con el paso de las eras las placas tectónicas se fueron estabilizando, con lo cual la mayoría de los volcanes se volvieron inactivos, acabaron perdiendo. Pues, por desgracia para ellos, con los volcanes se fue también la ceniza que oscurecía el cielo. Desde entonces, el primer plano, el más cercano a la Tierra, había pasado por muchas manos. Mi abuelo, sin embargo, quería devolvérselo a sus legítimos dueños; por supuesto, a cambio de su obediencia y lealtad. Dado que las sombras no eran demonios, tenían ciertos códigos de honor y mi abuelo me había asegurado que, si les ayudábamos a vencer, no nos traicionarían. Curioso, mi señor hablando de confianza. Imagino que a los líderes con los que había tratado les había dado un paseíto por su salón del trono. Nada como la visión de cuerpos torturados desde hacía eones, seres que todavía se mantenían vivos, para recordarle a alguien por qué debía ser leal a mi abuelo. Yo, por mi parte, lo tenía claro: me caía bien. Bueno, a veces también me aterrorizaba, de acuerdo, y jamás osaría desobedecerle; pero sobre todo, lo respetaba

porque era justo y siempre me había ayudado. Mi sangre materna, esa que hasta hacía poco lo volvía todo más complicado, ahora me ayudaba a tener una visión clara de las cosas. Una que me diferenciaba de los demás demonios. Yo tenía emociones, había aprendido a lidiar con ellas y sabía lo que era serle leal a alguien. Podría amar a Casio, pero tenía claro que era el arma de mi abuelo.

Así pues, como buena arma, lideré a mi ejército hacia las montañas. Sobrevolamos los árboles a varios metros sobre sus copas. El día, pues los dos soles del plano lucían en lo alto, era bastante tranquilo; apenas había viento. Nadie nos molestó. Las aves propias del lugar, unas criaturas mortíferas que de noche sabían enterrarse bajo tierra como el resto de los animales, se habían escondido entre las copas al vernos. Lógico. Éramos muchos, de mayor tamaño y dábamos más miedo. En cuanto a la batalla, al acercarnos a la cordillera pasamos por encima y pronto la dejamos atrás. Mientras la sobrevolábamos, pude ver la linde del bosque, donde los demonios ocupaban el terreno despejado entre la última vegetación y la cercana pared escarpada de la montaña. Estos, que habían montado su campamento en esa estrecha franja de tierra sin vegetación, aprovechaban la luz del día para agrandar las entradas de las cuevas. Les daba igual o provocar un derrumbamiento que taponara esos accesos con roca o agrandarlos tanto que la luz llegara hasta donde las sombras se ocultaban. Estas, agazapadas, atacaban cuando alguno de los demonios entraba más de la cuenta en uno de sus pasadizos. Entonces, lo arrastraban a la zona de oscuridad y acababan con él. Pero, por muy terribles que fueran, no tenían nada que hacer hasta la noche y todavía quedaban muchas horas hasta el ocaso. Por eso, yo no había entrado en esa batalla que más bien parecía un asedio, sino que dirigía a mi ejército hacia una de las cimas de las montañas de la cordillera a las cual ya habíamos llegado. Con un poco de ayuda de la magia de mi abuelo, aumentaría la presión de la lava que bullía bajo ellas y lograría un volcán que sumiría esta zona del continente en la oscuridad que sus cenizas le aportarían al cielo. Por eso, todo mi ejército y yo estábamos aquí con una única función: proteger al par de hechiceros que iban a devolverle la vida a la montaña. Estos eran dos ícubos que habían dedicado sus largas vidas al estudio de las artes arcanas (un modo como cualquier otro de referirse al acto de escupir azufre) y que necesitaban cobertura para poder realizar su ritual sin que les molestaran. Considerando los varios miles de demonios que estaban atacando las cuevas, el vasto campamento que por lo visto llevaba instalado allí un par de días, la nuestra no iba a ser una labor sencilla ya que nos superaban en más de diez a uno. Hmm... ¡Mejor! Ya era hora de un poco de acción.

Habíamos recorrido aproximadamente la mitad de la distancia que separaba la montaña de la ciudad de las sombras del viejo volcán inactivo, cuando del campamento enemigo salieron un par de mensajeros. Se trataba de dos demonios del mismo estilo de los que formaban el grueso de ejército rival: de forma humanoide, con alas que podrían pasar por similares a las mías si no fuera porque carecían de la suavidad y la belleza oscura de las una súcubo, con cuernos, armaduras de cuero y

unas extremidades que, por lo exagerado de su musculatura, casi parecían deformes. Bueno... el típico demonio que algunas religiones representaban. Algo lógico ya que este plano era el más cercano a la Tierra.

En cuanto uno de mis exploradores me hubo informado, di una orden a dos de mis lugartenientes y giramos nuestras monturas para ir hacia ellos. El resto de los míos aminoró la velocidad de su vuelo. Como exploradores yo usaba a los demonios menores que iban conmigo, a causa de su velocidad. De forma también humanoide pero con cola, eran mucho más pequeños. Su tamaño variaba desde el de un conejo hasta el de un mastín. Para mí, además de carne de cañón, eran soldados que había mandado tanto a hacer un reconocimiento de la cima del volcán inactivo como a vigilar el campamento enemigo. Por eso, al que me acababa de avisar de los dos demonios que volaban hacia nosotros, le indiqué que volviera a su puesto.

Una vez yo y mis dos lugartenientes nos hubimos separado del resto de los míos, les grité a estos una orden, con una voz lo suficientemente elevada para que me escucharan pese al viento que movían nuestros wyverns al volar. Ambos, uno a cada lado, me flanqueaban.

—Estad preparados para cubrirme.

Su «A la orden, mi señora» me llegó con claridad. Sonreí. Me gustaba esto de liderar. Todavía nos separaban unos trescientos de metros de los dos enemigos. Reconozco que no me gustaba alejarme tanto de mi ejército pero tenía a los demonios menores vigilando para asegurarme de que esto no fuera una trampa y, además, yo misma veía al campamento enemigo a un par de kilómetros de distancia. Desde el aire era mucho más sencillo controlar una zona que a nivel del suelo.

—Hablad —les dije a los dos demonios una vez nos hubimos encontrado.

Tanto ellos como nuestras monturas movían sus pesadas alas para mantenerse estáticos.

—Nuestro señor, Utzriel el Magnífico, quiere saber quiénes sois y qué hacéis aquí —me contestó uno de ellos con una voz profunda.

Por mi parte perfecto. Sonreí y abrí a medio camino ese acceso mío al pozo de todas las almas. Por si acaso. Al mismo tiempo, le indiqué a mi wyvern que soltara su aliento, ácido y venenoso, sobre uno de ellos y a mis dos hombres que descuartizan al otro, al de la derecha. Estos, de inmediato, se pusieron en pie sobre sus monturas y saltaron sobre el enemigo.

—Ni te muevas —le grité al otro demonio el cual, al ver cómo su compañero peleaba en vano por librarse de la presa que mis dos ícubos habían hecho en sus alas, hizo ademán de desenvainar su espada.

Hay que reconocerle que aguante tenía, porque la exhalación corrosiva de Txhat potch estaba quemando su carne. La otra parte de su aliento, la venenosa, no parecía afectarle. A los ícubos nos pasaba lo mismo. Los demonios teníamos una resistencia natural ante los venenos.

Sin embargo, su intento de defensa no le sirvió de nada ya que gracias al pozo yo

era mucho más rápida. Aún no habían tocado sus dedos la empuñadura de su arma que yo ya había saltado de mi montura y me había colocado a su espalda a tal velocidad que lo único que este demonio del primer plano pudo ver fue a mi wyvern sin jinete. Además, cómo no, de sentir mis afiladas garras presionando sobre su garganta y mi cuerpo pegado a su espalda, justo en el hueco entre sus alas.

La nube ácida le había dado por delante y yo tuve cuidado de no entrar en contacto con las zonas dañadas. Tanto las quemaduras en su carne como mi peso le hacían más arduo mantener la posición. Además, el ver cómo mis dos incubos desplegaban sus alas y comenzaban a descuartizar a su amigo, volando cada uno en direcciones contrarias y tirando de esas alas cuyos huesos ya habían quebrado instantes antes, bueno... digamos que fue demasiado para él.

Estos demonios eran fuertes pero no tanto como los guerreros de mi abuelo con el alma de su última comida disponible para ser quemada; además, apenas poseían magia y, desde luego, no estaban acostumbrados a tratar con los moradores del sexto infierno.

—Vete —le ordené antes de soltarle, desplegando mis propias alas tras impulsarme con mis piernas sobre su columna lumbar para separarme de su cuerpo.

Los tres pedazos de su compañero estaban cayendo sobre la tierra. A esta altura, el cuerpo sin alas dudaba mucho que sobreviviera. El mensajero nos miró con odio y se dio la vuelta.

«Suerte», pensé, «porque no creo que a tu señor le agraden las nuevas».

A continuación, yo y mis dos hombres volvimos a lomos de nuestras monturas hacia la cabeza de mi ejército, el cual aumentó su velocidad una vez lo hubimos alcanzado. No tardamos mucho más de unos pocos minutos en llegar hasta el viejo volcán, situado en la misma cordillera que aquella montaña que los demonios estaban atacando y tan cerca de esta que las cenizas no tardarían demasiado en oscurecerle el día.

Hmm... Eran curiosos estos demonios del primer infierno. Eran capaces de ir a la Tierra a hacer posesiones demoníacas (también si los convocaba algún humano) y, por ello, sabían de las maravillas de la tecnología. Sin embargo, su piel era tan dura que poco les hacían las balas. A sus enemigos, las sombras, aún menos pues simplemente les atravesaban. Así que no era de extrañar que ni ellos ni nosotros portáramos fusiles, ametralladoras y otras armas. Bueno, una bomba nuclear era tentadora, pero se suponía que queríamos ayudar a las sombras, no destrozar su plano.

Mientras llegábamos a la cima, el campamento enemigo se transformó en un frenesí de actividad. Continuaron atacando a las cuevas para agrandarlas pero, además, comenzaron a organizarse para lanzarnos un ataque con un par de miles de sus tropas. Interesante. En cuanto al resto del terreno, ni yo ni mis exploradores observábamos nada anómalo; tan solo la típica vida animal allí donde los ejércitos no la habíamos asustado. Perfecto. Coloqué a veinte de mis hombres en un círculo

protector, posados sobre la cima, y los dos hechiceros desmontaron y se acercaron justo hasta el borde de esa enorme chimenea que se perdía en las entrañas de la montaña. Una vez allí, comenzaron a sacar materiales que llevaban en pequeños saquitos atados a su cinturón y se prepararon para realizar su ritual. Yo, mientras tanto, organicé al resto de mis tropas. Una pena que, con esto de que los dos soles de este mundo estaban brillando en lo alto, las sombras no pudieran venir a ayudarnos.

Bueno... tampoco era que las necesitáramos. Al menos no todavía.

Inspiré hondo. Llené mis pulmones del aire de este infierno, casi tan limpio y libre de azufre como el de la Tierra. No estaba mal, pero no olía tan bien como mi plano. Después, me dirigí hacia los míos. Con el acceso al pozo abierto de par en par y mis cuernos, colmillos y espolones tan amenazantes como podían serlo en mi cuerpo de veinteañera, el cual parecía estar creado para la lujuria y el sexo (reconozco que lo de amenazante todavía no lo era mucho, pero ya lo arreglaría en breve en cuanto estuviera cubierta de la sangre de mis enemigos). En cuanto a los míos, no necesitaban grandes discursos. De hecho, no necesitaban ninguno. Eran las tropas de mi abuelo y ahora yo las comandaba. Su misión era obedecer y su motivación el frenesí de la batalla y la muerte. Por eso, me limité a curvar mis labios mientras me los humedecía. Noté como la expectación crecía en ellos, cómo se dilataban sus pupilas. Esto iba a ser divertido y, por supuesto, todos sentíamos lo mismo.

—Vosotros —me dirigí a los demonios menores, los que parecían diablillos—, ir dos o tres por cada volador enemigo. No entréis en pelea, que de un golpe os pueden dejar fuera de combate. Acercaros rápido, desgarrad sus alas y largaros a por otro.

Pues el enemigo venía a por nosotros dividido en dos grandes secciones: los que volaban y los que, sin alas, trepaban por la ladera de la montaña. Apenas acababan de llegar a los pies del volcán, más corriendo que otra cosa. Pero la pendiente en breve se volvía escarpada y tendrían que usar las garras de manos y pies para agarrarse a la roca y trepar. Lo harían rápido, de acuerdo, pero yo pensaba serlo más.

—Vosotros cincuenta —les dije a varios de mis jinetes ícubos y súcubos—, quiero que, en oleadas, tiréis nubes de ácido montaña abajo. —Yo había visto escupir a Txhat potch en este plano. Su aliento, más denso que el aire, se arremolinaba y bajaba hacia abajo. Por eso, si lo tiraban cerca de la ladera, este se pegaría a la roca y descendería en la forma de una fina capa de niebla verdosa—. Aguardad a que lleguen a lo escarpado y comiencen a trepar. Que les caiga el ácido por encima y, también, apuntad a donde estén a punto de llegar, para que tengan que dañarse las garras si de verdad quieren continuar subiendo.

Lo harían, claro estaba. Dudaba mucho que su líder, el que seguramente había matado al mensajero con una muerte mucho más dolorosa que la que había sufrido su compañero, les dejara hacer otra cosa. Estos ejércitos solían basarse en la ley del más fuerte y en el miedo. Aficionados... les iría bien un paseíto por el salón del trono de mi abuelo.

—Vosotros, conmigo —me dirigí a los treinta jinetes restantes—. Son muchos.

Esto va a ser una guerra de desgaste. Nuestra misión es que no tomen esta cima. Aguantad hasta que el cielo se llene de fuego.



—Fuerza de la roca, fuego que forja, entrañas de la tierra, presión del vapor —estaba diciendo en mi lengua paterna uno de los hechiceros mientras estampaba su mano en el suelo.

Justo antes, había usado una daga ritual para hacerse un corte en su palma y, a continuación, escupido sobre su propia sangre la mezcla metabolizada de metales que acababa de ingerir. Su compañero había hecho lo mismo y así, con ambas salivas en su herida y en la roca, daban comienzo a la segunda parte del ritual.

Esta, por lo que yo sabía sobre nuestra magia demoníaca, era donde por fin comenzaban a hacer algo, pues la primera se componía principalmente de acumulaciones de poder y otros preparativos. En realidad, aunque los dos hechiceros llevaban trabajando unos minutos, yo no les prestaba demasiada atención; pues estaba más pendiente de cómo mi estrategia parecía funcionar y ralentizaba el avance de las hordas enemigas. Pero, pese a ello, algún vistazo sí que les daba de vez en cuando y había visto cómo al principio habían espolvoreado polvo de hierro por el suelo formando un sello que iba a concentrar la fuerza de su hechizo, además de canalizarlo hacia esa capa de lava que había que calentar.

Entonces, cuando el hechicero apoyó su palma contra el suelo, toda la montaña en sí tembló. Fue una sacudida fuerte y brusca; deliciosa ya que hizo que varios de los enemigos que estaban trepando perdieran su asidero y cayeran varios metros hacia abajo antes de poder volver a agarrarse. Sonreí. Estábamos lográndolo. A lo largo de toda la ladera escarpada, mis wyverns estaban haciendo muy difícil, por no decir imposible, el que esos demonios treparan hacia la cima. Me encantaba verlos caer cuando la tóxica nube de ácido quemaba sus garras; una pena que resistieran tan bien

la parte del veneno... Su aspecto era idéntico al de los dos mensajeros de antes excepto por el detallito de que carecían de alas. Toda una putada para ellos. Mejor. Ya eran bastante brutos y fuertes como para tener también la ventaja de los cielos. Y hablando de los que sí volaban... los diablillos no lo estaban llevando tan bien como los wyverns, ya que eran un centenar escaso (o incluso menos por las bajas, pues pese a ser rápidos de vez en cuando los cogían y mataban con asombrosa facilidad) y no podían contener a los más de mil demonios que venían a por nosotros desde los aires. A diferencia de los enemigos que venían a pie, los cuales tenían la decencia de trepar todos por la misma ladera de la montaña, los aéreos se habían desplegado, intentando rodear a mis hechiceros. Bien, era el momento de mandar refuerzos. Eché un último vistazo a la pareja del volcán. Estaban entonando un cántico y tragando más metales para continuar con su ritual. Perfecto. Tenía que idear un modo de darles tiempo. Pelearme con su jefe, ese demonio gigantesco que había visto a la vanguardia del grueso de sus fuerzas voladoras, serviría. Indiqué a la mitad de mis treinta jinetes que fueran a ayudar a los diablillos y al resto que me siguiera. Portaban alabardas y picas. Con su fuerza demoníaca, serían más que capaces de penetrar la dura piel de nuestros enemigos. No podíamos potenciar la velocidad a la que salía disparada una bala pero sí la de estas armas. Y, por supuesto, además de cortar y desgarrar también podíamos machacarles los huesos. Yo, como semisúcubo, no podía sacarle a un alma todo su potencial. Pero los que me seguían, demonios completos, estaban recién comidos y eran capaces de hacer que esa alma multiplicara su fuerza y velocidad durante un buen rato. El suficiente. Y, si pese a mis jinetes, que ya estaban ayudando a los diablillos, algún enemigo consiguiera pasar y llegar cerca del volcán, se encontraría con los guardianes que yo había apostado en su perímetro. La tierra volvió a temblar. Perfecto. Protegida por los míos, que me rodeaban por los costados y espalda, clavé los espolones en la dura piel escamosa de mi montura para dirigirme hacia mi objetivo a toda velocidad.

Su jefe, el tal Utzriel, era un demonio unas dos veces más grande que yo en altura y unas cuantas más a lo ancho (¿qué? Yo era delgadita; nada que ver con ese tío que parecía que se hubiera comido varios botes de anabolizantes de una sentada). Al acercarme a él, grité su nombre. Mi wyvern no era tan rápido como yo (en realidad, ahora que tenía el pozo, ni siquiera un vampiro milenario lo era) pero, sin embargo, la velocidad de su vuelo me permitió sentir la fuerza del viento en la cara y ver el terror en aquellos pocos demonios que se interponían entre su líder y yo. Porque éramos moradores de un plano superior e íbamos justo a por ellos. El ansia de sangre que recorría a los jinetes que me seguían aumentó; la sentí y la mía les hizo eco. En momentos como ese, cuando estaba conectada a las almas del diezmo, todo era más nítido. El mundo se llenaba de colores y olores, podía ver las auras ajenas y, además, percibir de algún modo sus emociones, como si se transmitieran por el aire cual diminutos y de otro modo imperceptibles aromas. De todos ellos, ninguno era tan dulce como esa ansia, ese deseo de muerte, combinado con el miedo de mis

enemigos. Y mientras la última sílaba del nombre de su jefe se alargaba en mi garganta formando un grito feral, mi wyvern y yo, cabeza de esa cuña de dieciséis jinetes, llegamos al primer enemigo, desvié su lanza con un golpe de los espolones de mi brazo y se lo dejé a los que me seguían. Estaba sedienta, de acuerdo, pero no quería pelear con subordinados; más bien deseaba la cabeza de su líder en una bandeja de plata. Algo así como lo que hacía Casio con los licántropos pero con un toque más femenino. Lo cual, en mi caso, no era decir mucho.

Recorrí los últimos metros que me separaban de él dejando que fuera Txhat potch quien esquivara los pocos ataques que nos llegaban. Sí, pocos, decepcionantemente pocos. Pero había que reconocer que no todos los días unos demonios tan feos como esos podían ver a una diosa súcubo descender de los cielos directa a por ellos. O eso o, lo más probable, estaban acojonados por los quince guerreros que me seguían, con monturas que escupían nubes de ácido, y que, a diferencia de mí, no evitaban pelear contra ellos. Qué se le iba a hacer... ya los dejaría otro día anonadados con mi belleza. Ahora mismo lo que me importaba era su jefe el cual, por fin, respondió a mi desafío. Nada más escucharse su rugido, acompañado del metálico entrechocar de su arma contra su escudo, el aire a nuestro alrededor se quedó de repente despejado en una esfera de unos diez metros de radio. Imaginé que había sido el resultado tanto del trabajo conjunto de mis jinetes y sus monturas, como del nulo deseo de cualquiera de los demonios enemigos de quedarse en medio de la pelea.

Porque Utzriel el Magnífico era sin duda magnífico. Una visión impresionante con sus más de tres metros de alto, su armadura de placas que lo cubría casi por completo (excepto por los cuernos, los ojos rojos y unas aberturas en forma de hendidura para poder respirar) y ese enorme mangual que llevaba cruzado a la espalda. Hmm... ¿un mangual? Una empuñadura, una cadena y una bola con pinchos no me parecían un arma muy adecuada para usarla volando. Sonreí. Pero entonces él se apartó, bajando en un picado hacia la ladera de la montaña. Fruncí el ceño y le seguí. Mis aliados se apresuraron a recolocarse, para evitar que ningún arribista decidiera atacarme mientras yo era vulnerable por la lucha y, así, colgarse la medalla de haber matado al general enemigo.

La tierra tembló otra vez, pero esta fue de manera localizada y puntual en la roca colindante a donde el Magnífico más que aterrizar cayó con los pies por delante y las rodillas flexionadas, tras frenar el picado con sus alas e invertir su posición. Menudo pedazo de bruto y qué bien absorbió el impacto. Casi me entraron ganas de aplaudirle. Yo, por mi parte, hice lo mismo unos segundos después y con delicadeza. Que no se dijera que, por una vez, una no era femenina. Después, con mi acceso al pozo abierto de par en par, me apresuré a acabar esto: no quería que mis quince jinetes se vieran tan sobrepasados por esos enemigos que se estaban congregando, rodeándonos, como para acabar muertos. Por suerte, Utzriel y yo estábamos a punto de darles un buen espectáculo y eso era algo a lo que los demonios no iban a poder resistirse. Oh... seguro que dejaban de intentar matar a los míos para mirar.

Así pues, utilicé mi velocidad aumentada para mantenerme fuera del alcance del mangual. El grandullón acababa de sacarlo y comenzaba a girarlo mediante movimientos de su muñeca los cuales, primero, hicieron que esa enorme bola de pinchos comenzara a describir círculos y, una vez hubo ganado velocidad, hendiera el aire que había entre él y yo dibujando unos ochos que eran tan hipnóticos de mirar como peligrosos. Conocía el arma... cuando él me lanzara un ataque yo no podría bloquear su brazo o la pesada bola se estamparía contra mi cara, agujereándome el cráneo de regalo. Por eso, en esos breves segundos durante los cuales me mantuve alejada, previendo todos sus posibles intentos de golpearme con su mangual e impidiéndoselo al estar siempre fuera de su alcance, lo estudié. Era grande y fuerte, de eso no tenía duda. Sin embargo, aunque parecía más veloz que los suyos, nada que ver con la velocidad de un señor demoníaco del sexto infierno o con la mía cuando yo abría a tope la compuerta al pozo. Perfecto. Esto tenía que acabar rápido. Él volvió a avanzar hasta mí y esta vez no me aparté lo suficiente. Entonces Utzriel aprovechó lo que creyó que era su oportunidad y me lanzó un ataque con su mangual y yo, a toda velocidad, me agaché, me acerqué a él para entrar en su guardia y le golpeé con mi puño cerrado en las tripas. Que vale, de acuerdo, él llevaba armadura pero yo era muy bruta y rebosaba poder y fuerza sobrenatural; así que la aplasté y el golpe se transmitió a su carne. Por supuesto, no me quedé allí esperando su reacción. El demonio, al ver cómo me agachaba y pasaba bajo la bola de pinchos, había controlado la trayectoria de su arma para no acabar golpeándose a sí mismo en la pierna. Chico hábil. ¿Había dicho ya que ese arma era de lo más peligrosa? En todo caso, me coloqué en su espalda a toda velocidad y mi siguiente puñetazo fue para su columna, justo entre sus dos enormes alas. Un lugar desprotegido y sin armadura pues esta, que se cerraba y abrochaba por la espalda, dejaba allí un hueco con forma de lágrima para no entorpecerle cuando volara. Sonreí. Este seguro que le había dolido. De inmediato, agarré una de sus alas por su parte superior y, como la gran hija de puta que a veces soy, clavé mis garras desgarrando su membrana. A continuación, rodeé con mis dedos el hueso. A la velocidad a la cual yo me movía, me dio tiempo de hacer lo mismo con la otra antes de que él intentara zafarse y, como yo ya estaba con mi rodilla contra su columna y haciendo fuerza para juntar esas dos alas al tiempo que tiraba como si pudiera arrancárselas (que no podía pues necesitaría más rato, no solo unos breves instantes), el grandullón no podía hacer nada para liberarse. Bueno, sí, echó su peso hacia adelante para no caerse de espaldas (yo le desequilibraba hacia atrás) pero a mí no llegaba ni con sus manos, piernas o cabezazos. Soltó entonces el mangual para agarrarme, pero sus propias alas estaban en medio. Y yo, que ya saboreaba la victoria, agarré ambos huesos con tan solo una de mis manos y usé la otra para clavar mis garras, a modo de puñal, en ambos lados de su columna vertebral, esa que la armadura me dejaba al descubierto. Justo después, dejé de tener una pierna apoyada en el suelo. La alcé, usé los duros espolones de mi talón para golpearle allí donde la armadura tapaba su columna

lumbar y, aprovechando el impulso, extendí mis alas y me fui volando. Porque una cosa era que mis jinetes con sus wyverns de aliento ácido me cubrieran, pero cada vez veía a más demonios intentando aprovecharse de la situación, agarrarme mientras yo me aferraba a las alas de su jefe, vulnerable del todo ante un ataque de terceros. Por eso ya estaba en los aires, volando, mientras los míos dejaban de parar a dichos demonios para unirse a mí. Nuestro destino era el grueso de nuestras fuerzas y, en cuanto a Utzriel el Magnífico, seguía vivo pero con un poco de suerte estaba parálítico. Vi por el rabillo del ojo cómo la mayoría de los suyos iban hacia él. Si a rematarlo o ayudarlo, ni idea. Los pocos que continuaban con la idea de hacerse con mi cabeza, la abandonaron pronto ante el ácido de mi montura y lo afilado de mis garras cuando se me acercaban demasiado. Ellos eran más lentos que mi wyvern y, además, mis hombres tardaron poco en colocarse a mis flancos, cubriéndome.

Antes de salir de territorio enemigo escuché cómo su líder caído llamaba a su segundo. Imaginé que le daría el mando hasta que él pudiera recuperarse.

Yo aproveché para volver al terreno controlado por los míos o, mejor dicho, a esa franja aérea donde se libraba el combate. Vi a uno de mis jinetes ser capturado por un demonio enemigo mientras su wyvern caía a tierra, abatido por varias lanzas. Por el pequeño dragón verde ya no podía hacer nada pero sí por el ícubo. Cambié la trayectoria de mi montura. Entonces, la tierra se sacudió con más fuerza y las rocas que llevaban siglos solidificadas y taponando la chimenea del volcán salieron despedidas hacia arriba.

Las ignoré. Eran magníficas, de acuerdo. Parte de esas enormes piedras estaba ardiendo a causa los gases a elevada temperatura que acababan de empujarlas por su lado inferior, también por la lava que les había saltado. Sin embargo, mientras no me cayeran encima no me iba a dejar distraer por ellas. Tan solo eran la confirmación de lo que ya sabía, que lo habíamos logrado: los dos hechiceros le habían devuelto la actividad al volcán. En breve las cenizas lo cubrirían todo y las sombras podrían salir de su montaña a pelear por su tierra y sus vidas. Pero eso todavía no había sucedido y yo no pensaba dejar a ese ícubo a su suerte, sin ayudarlo, porque ya casi hubiéramos ganado. Tras un rápido vistazo a las rocas, para asegurarme de que ninguna iba a caerme cerca, le indique a Txhat potch, quien había dudado ante el estruendo, que no se desviara. Ya casi estábamos a la altura del enemigo, el cual estaba más que distraído por el volcán. Perfecto. Me limitaría a un ataque rápido para liberar al ícubo. Grave error. Cuando clavé la daga de mi abuelo en el demonio que lo sujetaba me encontré con la luz más blanca y pura de la fe. Lo cual, para alguien de mi raza, era como decir que acababa de ser deslumbrado por Dios.

¡¡¡Joder!!!

Experimenté esa puta visión que casi me mata, ese recuerdo del demonio cuyo cuerpo estaba inerte y caía en un picado a tierra junto al mío. Me tragué el exorcismo hasta el final. No fue hasta que llegué a los recuerdos donde el demonio, expulsado de la Tierra, volvía a sentir su cuerpo humanoide, de alas correosas y negras, garras

en los pies y músculos deformes pero fuertes, que no comencé a recuperarme, a volver a ser yo. Sin embargo, seguía sumida en esa impronta, la cual me estaba mostrando cómo una de las criaturas de su plano, una especie de reptil de fuego, lo había visto aparecer y, viéndolo débil, había ido a por él; también cómo el demonio a duras penas había logrado huir remontando el vuelo. Pero, por suerte, en esos momentos yo ya era consciente de mi propia identidad; así pues, me esforcé por recuperar el control. Lejos de esa fe tan aterradora, el recuerdo se debilitó y yo recobré el mando de mi propia mente. Ese maldito demonio había sido exorcizado hacía poco. El cura... ese padre tenía algo... me había dado miedo pero, de algún modo extraño, quizás como una polilla ante la luz, me sentía atraída por su poder. Entonces escuché rugir a mi wyvern y la realidad me golpeó: estaba cayendo. El suelo aún estaba a más de cien metros pero, si no me daba prisa, iba a acabar aplastada contra este. ¡Mierda! Extendí mis alas. Durante unos milisegundos, tanto el demonio muerto como yo paramos en seco nuestra caída. Entonces lo empujé con mi mano zurda y dejé que la gravedad hiciera el resto. Se desclavó de mi daga y yo comencé a volar hacia arriba. Txhat potch hizo lo mismo y, una vez estuvimos bien lejos del suelo, volví a montarlo. El cadáver de mi enemigo hacía mucho que se había estrellado contra las afiladas rocas de abajo y el íncubo había conseguido planear con sus alas medio desgarradas lo justo como para no chocar demasiado fuerte contra una de las rocas. Todo ello mientras mis dos hechiceros salían volando de la cima, al igual que los jinetes que los guardaban. Mientras por el aire seguían cayendo pedazos de roca (esta vez más pequeños) y lava a presión proyectada a toda velocidad. Al mismo tiempo, desde la boca del volcán comenzaban a fluir ríos de fuego. Más le valía al íncubo largarse pronto de allí. Pero ya no era mi problema; yo ya no tenía tiempo de ayudarlo. Entonces me di cuenta de que no había dado órdenes para que recogieran a los heridos... Vaya. Me tomé nota mental del detallito para la próxima batalla y en cuanto al caído, una pena si no sobrevivía. En todo caso, esto era una guerra, la estábamos ganando y yo nunca había estado tan sedienta de sangre.

Grité mi alarido de batalla para sacudirme de encima los restos de ese recuerdo de mi presa y volví a dirigir a mi ejército.

Los enemigos, sorprendidos por la erupción, volaron desorientados hasta que su nuevo líder les ordenó retirarse hacia su campamento. Tanto los voladores como los que habían estado trepando la ladera, se apresuraron a obedecer. Mandé a mis demonios menores contra las alas de los que huían volando y, en cuanto a los que corrían montaña abajo, los dejé en paz. Tendrían que ser más rápidos que la lava y, si lo lograban, por mí bien que se habrían ganado el derecho de volver a unirse a la lucha. Dirigí a los míos hacia el campamento enemigo, sin perder la noción de que nosotros éramos muy pocos y ellos continuaban siendo demasiados. Puede que ya no nos ganaran en una proporción de veinte a uno pero, sin embargo, seguían teniendo una abrumadora superioridad numérica. Volábamos rápido, como si fuéramos un heraldo del humo y las cenizas que nos seguían de cerca, tiñendo el suelo de matices

grises, asfixiando la vida. Los bosques se incendiaron y, en cuanto llegamos a la cercana montaña, las sombras ya estaban preparadas para salir en nuestra ayuda.

¡¡¡Por fin!!!

Fue brutal. Una batalla de varias horas de deliciosa muerte, de pelear contra las fuerzas que el enemigo había dejado guardando su campamento; así como contra los que habían huido del volcán. Por supuesto, los súcubos e íncubos no éramos inmunes a la lluvia de fuego; así que primero nos refugiamos en las cuevas de las sombras justo antes de que esta nos alcanzara. El enemigo, con su piel mucho más gruesa que la nuestra, sí podía aguantar las elevadas temperaturas. Se limitaron a protegerse los ojos. Las sombras, sin embargo, eran intangibles: salieron de su refugio y atacaron sin piedad mientras la muerte alada golpeaba la zona, matando toda la vegetación y a los animales que no habían huido. Cuando el peligro hubo pasado, fui la primera de los míos en salir de las cuevas. Entonces los vi. Bajo la noche artificial, se mostraban en toda su gloria. Eran como seres humanos hechos de jirones de humo negro, con ojos como carbunclos encendidos y piernas desdibujadas. La oscuridad que los conformaba variaba sus dimensiones, dándoles a veces a garras, otras manos, otras una estela que se formaba en lo que no eran sus pies mientras volaban a ras de suelo. Allí, bajo las tinieblas provocadas por los humos y la ceniza, sus ojos eran lo único que brillaba mientras embestían a los demonios y resultaban intangibles cuando estos intentaban golpearlos. Eran niebla, oscuridad y tinieblas hechas bruma. Cuando tocaban a un enemigo, le quitaban una parte de su alma. Si lo agarraban, allí donde se establecía el contacto aparecían unas runas como cinceladas en fuego, tanto en el demonio como en la sombra. Estas, como a cámara rápida, se propagaban por el brazo hecho de sombras y por el cuerpo de la presa. Si esta no lograba soltarse (como ocurría en casi todos los casos), el ser oscuro le absorbía el alma, la energía vital, su vida misma.

Hmm... y no tenían que usar el sexo para ello... Me caían bien.

Pero yo también quería mi parte, también sentía un grito en mi interior que, con el acceso al pozo abierto de par en par, clamaba por unirse a toda esa ansia que el aire me transmitía. Ansia de venganza, deseo de vivir, necesidad de matar.

Sí... yo entendía bien la llamada de la sangre. Sonreí, les ordené a los míos que me siguieran y, desde la boca de la cueva, salté. Pasados unos metros, abrí mis alas, dejé que el aire me estabilizara y eché a volar hacia uno de los grupos de demonios que habían logrado reaccionar y organizarse. Serían mi presa. El lugar idóneo donde clavar mis garras y descuartizarlos hasta que no quedara ni una parte de mí que no se bañara en su sangre.

Y el mañana... el mañana llegaría con un abuelo satisfecho por haberle conseguido su alianza con las sombras. Pero no ahora. Este era el momento de celebrar la batalla, la victoria, el placer de ser una con la muerte mientras seguía con vida.

Nada humano quedaba en mí en momentos como ese.



Por fin estaba en mi casa, mi acogedor y espacioso hogar. Tenía que reconocer que había sido un gran acierto eso de haberme mudado a una zona mejor al cumplir la mayoría de edad. Llamé a Casio nada más abrir la puerta; no obstante, la llamada era innecesaria pues, si él hubiera estado aquí, me habría escuchado salir del ascensor y ya lo tendría a mi lado. Hubo un tiempo en el cual la velocidad a la que se movían los vampiros me resultaba muy irritante; ya no, no desde que era capaz de igualarla.

Así pues, ya que estaba sola, me dirigí a mi habitación a dejar las armas y después a darme una ducha. Mi tipo de vida, como siempre, hacía que la compañía del agua estuviera muy contenta con mi factura. Después, me vestí (pese a que habían pasado ya casi cuatro meses, todavía me resultaba extraño contemplar mi cuerpo de adulta; nada que ver con la humana quinceañera que estaba acostumbrada a ser) y me fui al salón. Allí me encontraba, descansando un poco delante del televisor, cuando sonó el teléfono. Fruncí el ceño. Yo no solía recibir muchas llamadas.

—¿Diga? —Descolgué.

—Violeta, soy Marta.

Me relajé. Cuando yo la telefoneaba a ella, era por trabajo. La bruja rara vez me llamaba, excepto en estos últimos meses donde nos habíamos hecho amigas. Seguro que quería proponerme salir a tomar una copa o comer algo.

—Hola, Marta, ¿qué tal? —le pregunté.

Su respuesta me quitó la sonrisa de los labios.

—Bien. Más o menos. Te necesito.

—¿Ocurre algo?

—Nada malo, tranquila, chica dura —me contestó al notar el tono preocupado en

mi voz—. Sé que eres tú la que me suele contratar a mí pero necesito a un detective y no se me ocurre nadie mejor que tú.

Detective... vaya, parecía que volvía a bajar de rango. Primero fui cazarrecompensas, un modo de llamar a que trabajaba como mercenaria para Casio. Después, resultó que había sido concebida a modo de experimento y que era el arma definitiva de mi abuelo, un general que sabía lidiar con las emociones que te dejaban las almas del pozo. Ahora, sin embargo, la poderosa general súcubo volvía a la tierra: detective. Me eché a reír. Menos mal que lo de princesa demonio no se me había subido demasiado a la cabeza.

—Me halagas, Marta. Pero ya sabes que lo mío es lo sobrenatural. ¿No te vendría mejor buscar a alguien por Internet o en las páginas amarillas?

—No para esto. Se trata de los grimorios de las moon-wolf. Creo que no los destruyeron todos.

Mmmm... eso era bueno. Marta me había contado que hubo un tiempo en el cual ellas habían sido las brujas más poderosas, que incluso la matriarca era una moon-wolf; sin embargo, con la Inquisición española perdieron a casi todas las suyas. Las cazaron, casi las exterminaron y requisaron y destruyeron todos sus grimorios. Si uno de sus libros de hechizos todavía existiera, podía entender lo que eso supondría para mi amiga.

—Cuéntame —le pedí mientras me ponía más cómoda en el sofá sobre el cual estaba sentada. Esto tenía pinta de ser interesante.

—En realidad no hay mucho que contar. Uno de los mejores amigos de mi novio, que es profesor universitario, estaba documentándose sobre el *Rituale Romanum*. Resulta que investiga las influencias paganas de los ritos cristianos. Tiene varios libros y artículos publicados, se llama Juan Harro, no sé si te sonará.

—No —le contesté a la vez que negaba también con la cabeza.

—Bueno, lo cierto es que a mí tampoco. —La escuché reír—. Bien, el caso es que ese libro habla de los sacramentos cristianos y de otros ritos, como las bendiciones o el exorcismo. Con estos dos últimos, Juan ha encontrado similitudes con algunos rituales celtas, que como ya sabes es de donde parten los ritos y hechizos de las mías. Como en esos rituales se adora a la diosa lunar, Juan cree que el *Rituale Romanum* puede tener su capítulo sobre el exorcismo basado en uno de los grimorios moon-wolf.

—Espera, yo he oído hablar antes del *Rituale Romanum*.

Me quedé pensativa unos instantes. El recuerdo de ese demonio, ese que había sido exorcizado, volvió a mis pensamientos. Me estremecí al recordar la fuerza y la pureza de la fe de ese sacerdote. Imaginé que el cura habría utilizado el exorcismo del *Rituale Romanum* pero yo había escuchado hablar de ese libro antes. En concreto a los míos. Siendo una cría, era fácil escuchar conversaciones ajenas sin que te hicieran caso. Un día, en la corte, oí a varios íncubos hablar de ello. Lo cierto era que le tenían más que respeto a ese libro. Y, por lo que habían dicho, no databa precisamente de los

tiempos de la Inquisición española.

—Marta, el *Rituale Romanum* es de la época de los romanos y tú me dijiste que las moon-wolf perdisteis vuestro grimorios en el siglo xv.

—Sí, pero es que el amigo de mi novio ha dado con una versión diferente del *Rituale Romanum*, una cuyo capítulo dedicado al exorcismo es distinto. Tiene un toque más matriarcal, se parece más a esos rituales celtas pero contiene elementos diferentes, como si hubiera sido tomado de una evolución de dichos ritos celtas.

—Mmmm, te entiendo. Crees que pueda haber sido copiado de uno de los libros de las moon-wolf, una vez que la Iglesia los hubo requisado. Tiene sentido.

—Eso es. Porque si hubieran destruido de inmediato todos nuestros grimorios, no podrían haberlos estudiado y utilizado para modificar su *Rituale Romanum*. Al menos tienen que haber guardado uno. —Sonó como si intentara contener el entusiasmo para que no se le notara tanto.

Si ese libro todavía existiera y Marta lo encontrara, podría devolverle a su clan el puesto y el poder que les correspondía. La jerarquía de las brujas era sencilla: si tenías el poder y las agallas suficientes como para trepar por ella, ¡adelante! (Eso sí, mejor no dejar testigos de un ataque o podrías ser castigada por el Matriarcado).

—Vale, ¿sabes algo más? ¿Alguna pista de dónde pueda estar ese libro si todavía lo conservan y no lo destruyeron hace siglos?

—El amigo de mi novio cree que en Roma. En concreto en el Vaticano.

Expulsé el aire de mis pulmones con brusquedad.

—¿El Vaticano? Marta, ¿sabes que soy un demonio, no?

—Ahá. —Sonó inocente. Yo me la cargaba; eso de hacerse la ingenua era cosa mía, no suya.

—¿Y pretendes que me meta en la sede de poder de aquellos que pueden matarme o debilitarme y desterrarme a mi plano tan solo con pedírsele a su dios?

—Bueno, visto así...

—¿Y cómo quieres que lo vea, Marta?

Me exasperé tanto que me senté muy recta, despegando mi espalda del respaldo.

—Pues como que yo llevo años echándote una mano, incluso te dejé usar mi nombre para entrar al sanctasanctórum del Samhain. Creo que somos amigas y ahora soy yo quien te pide ayuda.

—Esto... yo te he pagado por tus servicios.

—¡Vale! Pues dime el precio.

Como si la viera, como si la tuviera delante de mí. Le acababa de dar a su voz ese toque alegre y esperanzado de niña que usaba a veces, ese que solía ir acompañado de una sonrisa radiante y una mirada límpida que indicaba que estaba todo resuelto.

Sería capulla... Conmigo eso no funcionaba.

Además, la prefería cuando se hacía la dura. Vale que no lo era, pero mejor esa fachada con la que se cubría para los extraños que no este carácter que sacaba cuando te cogía confianza.

Bufé.

—No.

—¿No?

Bueno, tengo que reconocerle que al menos no intentó la treta de sonar desilusionada. Antes de comenzar a quedar con ella, no conocía todos estos matices de su personalidad. Marta era más bien la bruja un poco malhumorada (sobre todo si la despertabas de madrugada) a la que solía contratar para borrar mis huellas. Ahora, sabía más de ella, como que tenía esa faceta de niña ingenua. El problema era que lo hacía tan bien que yo todavía no sabía si fingía, como yo cuando aparentaba quince, o era de verdad. Suspiré fuerte, para que pudiera escucharme a través del teléfono, y se lo aclaré.

—No, Marta. No vas a pagarme porque no lo voy a hacer por dinero. Por ahora mi abuelo no me necesita. Está muy liado con el Consejo planeando su guerra de guerrillas y, como imagino que estará contento con el resultado de mi última misión, supongo que vuelvo a tener unos días libres hasta la siguiente. Así que soy toda tuya hasta entonces. Sin cobrarte. Al fin y al cabo, una chica necesita amigas.

Y esto no lo decía por ella sino por mí. Pues yo, la medio humana con un aura de seducción capaz de hacer que cualquier mujer se sintiera amenazada, solo había encontrado a una fémina a quien eso no le importara. Era Marta. Si podía ayudarla, lo haría con gusto.

—Gracias, Violeta. Sabes que puedes contar conmigo.

—¡Ey! —bromeé—. ¿Entonces ya no vas a cobrarme?

Se echó a reír.

—No te pases, que eres una de mis pocas fuentes de ingresos.

Sonreí y le aseguré que me iba a poner ya con su caso. Me pidió que la mantuviera informada y me dijo que, si había que ir a Roma, ella también quería ir. Algo perfecto ya que, con poderes menguados o no, seguía siendo una bruja.

Acordamos vernos mañana para comer juntas y colgué. Me pregunté si Casio podría echarme una mano. ¿Dónde estaría? Su asalto a la fábrica de armas tenía que haber sido más rápido que mi batalla en el primer infierno. Y no me cogía el teléfono... Me dije que, como no viniera o me llamara antes del mediodía, me pasaría por su casa (la oficial donde tenía a su «ganado» no; la otra) a ver si lo pillaba durmiendo en su cama.

Hmm... Un nosferatu de su edad no necesitaba descansar mucho, así que a mí ya se me estaban ocurriendo un buen par de formas para despertarlo. Desde que estábamos prometidos (no era que él me lo hubiera pedido pero ya me había encargado yo de hacérselo saber), me tomaba todo tipo de libertades con él. Me venía de miedo para que no se me quejara por aquello de que si se descontrolaba me haría pupita... ¡vampiros!

En fin... apagué la tele y me dirigí a mi ordenador. A ver qué podía averiguar de Roma.



El Vaticano, una ciudad situada en el corazón de Roma. Bueno, más que una ciudad un estado minúsculo, de menos de medio kilómetro cuadrado de superficie. Para los turistas, comprendía la plaza de San Pedro, la Basílica de San Pedro, los museos vaticanos y, como no, la capilla Sixtina. Para la Iglesia, allí estaban el palacio donde residía el Papa, la sede de las hermanas Custodia di Sangue (más conocidas como sangrientas) y la de la orden de los Illuminato. Vamos, lo que le decía a Marta, un lugar ideal para que un demonio se fuera de vacaciones. En cuanto a su libro, dudaba mucho que estuviera en los museos. Más bien en una de las cámaras de seguridad que tenían tanto la residencia del Papa como las sedes donde adiestraban a las monjas y a los sacerdotes para combatirnos. Porque, si bien la Iglesia no tenía ni idea del auténtico tamaño del mundo sobrenatural, el que se ocultaba en las sombras y la noche (el Consejo hacía un buen trabajo manteniéndolo así), sí que conocían de la existencia de vampiros, endemoniados, brujas y algún que otro caso de licantropismo. Nada demasiado peligroso como para lanzarlos contra nosotros, pero sí lo suficiente como para que hubieran reforzado su Vaticano y estuvieran preparados para volver a declararnos la guerra en caso necesario. Al fin y al cabo, ya lo hicieron una vez y la Inquisición provocó demasiadas bajas.

Y yo tenía que colarme en su casa... Diría «perfecto», pero me quedaría corta. En fin, ya se me ocurriría cómo entrar allí sin disparar las múltiples alarmas para demonios que sin duda debían de tener repartidas por esos tres edificios; pero lo primero era lo primero: ir a ver a Casio. Porque habían pasado ya unas cuantas horas, entre buscar información y comer algo, y mi novio seguía sin cogerme el teléfono. Así pues, me puse mis botas y metí sendas dagas en las fundas de cuero que había

hecho coser en su parte interior. Una de ellas la que me había regalado mi abuelo. Después, cogí mi lamborghini rojo y conduje hasta su casa, el unifamiliar donde habíamos tenido nuestra primera cita. Ah... el *strip-sable*, ¡qué recuerdos!

Aparqué en la zona azul y caminé por la acera hasta llegar a la verja de su vivienda. Esta cercaba una pequeña zona con baldosines de colores y tiestos, a modo de minúsculo jardín delantero. Me detuve y miré más allá de la reja, hacia la puerta principal, de madera y con un bonito arco, esa que esperaba que enseguida se abriera y me dejara ver a mi Casio. Sonreí y llamé al timbre. No me abrió. Esperé. Seguía sin abrirme. Consideré saltarla para aporrear directamente la puerta de entrada, pero a esas horas había gente por la calle. Volví a llamar. Estaba comenzando a enfadarme. A veces Casio era un maldito manipulador pero no solía pasar así de mí; parecía que iba a tener que aclararle cómo no tratar a una chica. Entonces, cuando estaba a punto de darme la vuelta, escuché el típico sonido que desbloqueaba la puerta de la valla. La empujé y caminé sobre los coloreados baldosines con pasos rápidos e irritados. Antes de que llegara a la entrada principal esta se abrió. En el umbral no estaba Casio sino Lucas, su preciado segundo hijo de carne, un vampiro milenario que estaba casi tan bueno como él y era, sin duda, el doble de serio y muy aburrido.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta tener a las chicas esperando? —bufé y le aparté de en medio de un manotazo.

Se dejó mover. Entré dentro. El calor de la casa alejó el frío de la calle.

—Violeta, que estaba durmiendo.

Enarqué una ceja y me giré a mirarlo. La puerta de entrada todavía estaba abierta y el pelirrojo continuaba escondiéndose del sol del mediodía entre las sombras. Aunque, con su antigüedad, no era que un poquito de luz solar fuera a dañarlo.

—¿De verdad necesitas dormir? Si Casio con un par de horas ya está perfecto...

—Sí, Violeta, necesito dormir. No tanto como tú pero lo necesito.

Cerró la puerta y yo parpadeé ante la repentina oscuridad del pasillo.

—¿Te importa?

Dirigí mi mano a donde sabía que había un interruptor y lo pulsé. Volví a poder ver con claridad los rasgos de Lucas así como sus espectaculares cabellos, de un color rojo tan oscuro que parecían tinieblas prendidas en fuego. Lo cierto era que, excepto por lo de que ambos eran luchadores esculturales, no se parecía mucho a su padre. Casio era un romano de más de dos mil años de antigüedad. Por eso, aunque había sido alto para los suyos, hoy en día no lo era. Lucas, sin embargo, medía más de metro ochenta y, si los rasgos de su padre eran duros y clásicos, los suyos, sin perder ese aire hermoso como de estatua antigua cincelada en mármol, tenían un toque más espiritual, más humano. Bueno, eso si eras capaz de verlos alguna vez sin el perpetuo ceño que los fruncía. De verdad, qué ganas me entraban a veces de quitárselo pero eso no me correspondía a mí, yo era la mujer de su padre. Así que... tan solo le picaba. A veces. Ahora mismo estaba demasiado molesta como para jugar con él.

—Dime, Lucas, ¿está aquí Casio? —le pregunté.

—No. Ni aquí ni en ninguna de sus otras residencias. Y créeme, he llamado a las que tiene fuera de España.

—Pero tú eres su hijo, tienes ese vínculo de la línea de sangre, sabrás dónde está, ¿no?

—Si supiera dónde está no habría venido aquí anoche a ver si podía encontrar alguna pista.

Me lo quedé mirando. Casio solía ser bastante protector con sus pertenencias y no le gustaba que nadie las tocara. Así pues, si Lucas había venido aquí a buscar respuestas, tenía que estar preocupado. Me di cuenta de que, pese a todo su poder, a mi prometido podría haberle pasado algo.

—¿Encontraste algo?

—No.

Me apoyé contra la pared que tenía a mis espaldas. La siguiente pregunta que iba a hacerle no me gustaba nada. Si le hubiera pasado algo yo... Sentí cómo una gran congoja se formaba en mi pecho solo de pensarlo y me centré en Lucas. Como ya sabía por experiencia, cuando las emociones me sobrepasaban yo dejaba de valer para pelear, mucho menos para comandar ejércitos.

—Lucas... solo conozco dos modos de que dejes de sentirlo. Uno es el que experimentaste en aquel unifamiliar de los mutados, que lo habían aislado. La otra es que él... él... —Se me quebró la voz.

—Tranquila, no está muerto. —Apoyó una de sus manos sobre mi hombro en un gesto de consuelo. Note la frialdad de su anillo de hierro a través de la lana de mi jersey de punto calado. Podíamos estar todavía en invierno pero yo, desde lo del pozo, no necesitaba abrigarme mucho—. Algo así se sabe, te lo aseguro.

Dejé salir el aire de mis pulmones con alivio.

—Entonces, ¿crees que lo tienen los mutados?

—Es posible.

—¿En qué misión estaba? —le pregunté.

No era que no lo supiera, pero prefería asegurarme.

—Tomando un almacén de armas de los alquimistas.

—¿No era una fábrica?

—Sí, pero de allí sacaron la ubicación del punto donde almacenaban las armas y fueron a por ellas.

—Vale. Entonces, ¿es que les salió mal el asalto? ¿Ha vuelto alguno de los suyos?

—Fue con quince de los nuestros, algunos de su línea de sangre. En ningún momento nos llamó al resto para que le ayudáramos y todavía no han vuelto.

—¡Joder! —exclamé—. ¿Y no habéis hecho nada?

—Yo lo estoy haciendo, ¿no?

—¿Te ha mandado el Consejo?

—Sí.

Me lo quedé mirando. Lucas era uno de los hijos predilectos de Casio por algo.

Con su dedicación al trabajo, tan exagerada que no parecía tener vida propia, su padre solía confiarle las misiones más importantes o delicadas. Como yo me había enterado hacía poco, su cargo en la jerarquía vampírica era de custodio; es decir, uno de sus agentes del Orden de más alto rango, bajo el mando directo del triunvirato. Considerando que mi abuelo, junto con mi novio y una celta, era uno de los tres integrantes de este, bien que podía habérmelo contado... Suspiré.

—Violeta, no te preocupes, estará bien y yo voy a encontrarlo. —Continuó con su mano apoyada en mi hombro, para confortarme.

Me costó no echarme a reír. Este chupasangres llevaba varios meses evitándome, como si yo le pusiera nerviosa con mis insinuaciones que, vale, muy inocentes no eran pero ambos sabíamos que jamás las llevaría a la práctica, y ahora me consolaba. Curvé mis labios en una mueca ambigua y aparté su mano con la mía.

—Me parece perfecto, Lucas, porque yo te acompaño.

Casio estaría bien, *tenía que estarlo*. Era muy poderoso y, además, su hijo sabía que continuaba con vida. Eso me bastaba. Pensaba encontrarlo aunque tuviera que remover los siete infiernos. Ya me estaba cansando de estos mutados. O, mejor dicho, lo haría si la perspectiva de más batallas como la que acababa de librar en el primer plano no fuera tan placentera. Caos, sangre y almas; podía sonar cansino pero a los demonios siempre nos gustaba.

—Violeta, ¿no estás en alguna misión para tu rey? —me preguntó.

—No. He acabado la última y, como está satisfecho con los resultados, me ha dado unos días libres.

Mentira. Pero tampoco me había dicho lo contrario. Eso sí, estaba Marta... Bueno, la ayudaría, por supuesto; aunque rescatar a mi novio era primero. Podía sonar paradójico, pero ella era la única bruja que entendería eso.

—Bien. Vamos, pasa al salón. No creo que a mi padre le importe y no es tan descortés como tenerte en la entrada.

Me encogí de hombros y, ya que él me indicaba con un gesto de su mano que avanzara por delante suyo, eché a andar hacia esa deliciosa habitación donde había tenido mi primera cita con Casio. Aquella cena donde él pretendió hacerme firmar un contrato de sangre esclavista y yo le dejé bien claro que no era así como iba a tenerme. Ah, recuerdos...

Una vez dentro, me senté en uno de los sofás exquisitamente tapizados en cuero, coloqué mis botas sobre su apoyabrazos derecho y enarqué una ceja, retando a Lucas a que me dijera algo. Le costó pero se calló. Seguía siendo un estirado y yo, por supuesto, pese a mi mayoría de edad no había dejado de ser un poco puñetera e irreverente. Le sonreí.

—Dime, guapo, ¿qué es eso tan importante que quieres decirme? ¿Vas por fin a confesarme que te has enamorado de mí?

No me perdí ni un detalle de cómo sus músculos se tensaron bajo su camiseta. Su cruz, esa que llevaba sujeta por una gruesa cadena al cuello, se deslizó unos

centímetros. Hmm, era tan fuerte como Casio...

—Violeta, por favor. Que esto es importante.

Me eché a reír. Claro que no estaba enamorado de mí; de hecho, creo que no le caía muy bien. Pero también se sentía atraído por mi belleza sobrenatural como todos los chupasangres. Y, sinceramente, después del susto que me había llevado al pensar que Casio pudiera estar muerto... bueno, necesitaba relajarme un poco y era demasiado fácil meterse con Lucas.

—Vale, de acuerdo. —No bajé mis piernas pero recuperé la seriedad—. Soy toda oídos.

Asintió y se sentó en frente mío.

—Verás, en cuanto anoche, un par de horas antes del amanecer, me comunicaron que todavía no habían vuelto, tomé un avión privado y me dirigí al almacén de los alquimistas.

Un avión privado. Estos chupasangres podían moverse a unas velocidades inhumanamente rápidas, recorrer un kilómetro en pocos segundos, pero no les gustaba utilizarlo para viajar. De normal, preferían usar sus automóviles aunque entendía que, para desplazarse grandes distancias por la península, era mejor un avión. El Consejo tenía unos cuantos y solía dejárselos a los custodios cuando los necesitaban.

—Verás —continuó—, al llegar allí me encontré con que, excepto por los cadáveres, estaba desierto. No había ni rastro de las armas que supuestamente estaban almacenadas y tampoco quedaba nadie con vida. Estaban todos muertos. Tanto la mayoría de los vampiros que habían ido con mi padre como más de dos docenas de mutados con rasgos demoníacos.

Noté como su voz temblaba de manera casi imperceptible al nombrar a los muertos. Imaginé que, como Casio había ido con los de su línea, muchos de los caídos serían, además de hermanos de sangre, amigos suyos.

—Lucas, tú y yo nos hemos enfrentado juntos a esos mutados demoníacos. —Me referí a aquella redada que había hecho yo unos meses atrás, donde el pelirrojo me acompañó en calidad de guardaespaldas, cortesía de Casio—. Son la peor creación de los alquimistas, vampiros que no solo han aumentado sus poderes sino que además tienen los propios de mi raza. Tus hermanos lucharon bien, estoy segura.

Lucas era de la época medieval, sabía apreciar cuando un compañero de armas caía con honor. Aunque, considerando que había luchado con la infantería española de aquel entonces, imaginé que preferiría que hubieran utilizado cualquier perrería para salir con vida. Sin duda, él lo habría hecho.

—Gracias, Violeta. Bien, el caso es que no había ni rastro de mi padre. Estaba todo destrozado pero no había ninguna pista.

Pensé en las brujas. Ellas podían viajar al pasado y ahora su matriarca suprema estaba hermanada conmigo. Por un momento, pensé en ir al Samhain a pedirle que averiguara qué había pasado, si habían capturado a Casio o este les había seguido a

alguna de sus bases, donde seguro que tenían inhibidores que impidieran la llamada de sangre. Pero no... ella no lo haría. A las brujas no les gustaban los chupasangres (quitando a mi novio, a mí tampoco) y, si bien eran nuestras aliadas en esta guerra, era para defender lo suyo, no para que yo consiguiera un beneficio personal como recuperar a mi amado. Además, no podía vendérselo como que este era un miembro del triunvirato pues estaba segura de que Arianrhod podía leer la mente. Una pena.

—¿Seguís sin saber dónde está su sede principal, verdad? —le pregunté—. O alguno de sus laboratorios.

Porque esos alquimistas lo hacían muy bien. Se organizaban en células de tal modo que aunque dieras con una no conseguías localizar a las demás. Lo de la ubicación del almacén había sido un golpe de suerte, unos mutados a los que habían seguido hasta allí.

—Eso es —me confirmó.

—¿Alguna idea de dónde buscarlo?

—No. Tampoco he encontrado nada aquí. —Sonó culpable.

¿Culpable? Me había olvidado de que el chico debía de haber rebuscado entre las cosas de Casio. Lo cierto era que mi prometido guardaba en esta casa algunos de sus documentos privados. Cuando se enterara de que su hijo los había mirado no le iba a sentar nada bien, no. Le sonreí de manera torva, bajé con lentitud las piernas del reposabrazos al suelo y me incliné hacia delante para mirarle mejor.

—Joder, Lucas, nunca habría esperado algo así de ti. Te tomaba por el hijito bueno que siempre seguía las reglas.

—No te preocupes, en cuando le encontremos le informaré de que he tenido que revisar sus documentos para ver si obtenía alguna pista de su paradero.

Me recliné hacia detrás a la vez que curvaba mis labios con sorna. No eran cojones lo que este chupasangres tenía, sino un sentido del deber demasiado aburrido. Y pensar que por un momento había pensado que tenía una parte rebelde dentro...

—De acuerdo, entonces llámame cuando tengas algo —le comenté mientras me levantaba.

Ya iba siendo hora de que una profesional en esto de buscar chupasangres desaparecidos se pusiera manos a la obra. Tantos años como cazarrecompensas tenían que servirme de algo, ¿no?

Le lancé un beso al aire para despedirme (porque sabía que este tipo de gestos siempre le descolocaban; a mí que me explicaran cómo un tío de más de un milenio de edad podía ser tan predecible) y me fui.

Tenía dos casos. Uno de ellos personal. Y sin olvidarme de mi misión de encontrar a esos dos mutados que habían matado a mi madre. Mi rutina, como siempre, no dejaba lugar para el aburrimiento. Sonreí mientras taconeaba por la calle camino de mi lamborghini rojo.



Diario del padre Bruno.

Desde que me degradaron a cura de una pequeña parroquia en una capital de provincia, desde que me mandaron de mi amada Roma a España, desde que me hicieron descoser la insignia de la orden de los Illuminato de mis sotanas, no había vuelto a sentir la llamada del Señor de una manera tan clara.

Soy consciente de mi culpa por haber incumplido las órdenes de mis superiores, por haber insistido en que los demonios se habían organizado, por haber entrado a aquella morada del mal con tres de mis sacerdotes y haber provocado la muerte de todos ellos.

Cada día rezo para expiar mi culpa y me castigo por haber pecado de soberbia, por pensar que yo, un humilde siervo de la Iglesia, podía acabar con los enemigos de nuestro Señor.

Sin embargo, aunque me mantienen alejado de la Orden, aunque ya no sé nada sobre esos brujos que se alían con demonios y otras criaturas impías y experimentan con ellas, todavía tengo la televisión, Internet y los periódicos. Cada día, las noticias me hablan de asesinatos que llevan su marca. Veo que el diablo extiende sus redes y, aunque yo ya no soy merecedor de servirle, Le suplico cada noche por volver a ser digno de propagar Su palabra.

Alabada sea Su piedad ya que he recibido respuesta.

Ayer, antes de la misa, una feligresa me pidió ayuda durante el sacramento de la confesión. Me contó que su hermana la había llamado por teléfono, le había dicho que su marido se había vuelto loco y, entonces, se había cortado la comunicación. Ella había ido a verla. El marido la había parado en la puerta y le había pedido que se

fuera. La feligresa no lo reconocía. Se fue y vino a mí, a la Iglesia, para pedirnos ayuda. Me explicó que no tenía nada tangible para poder acudir a la policía; pero que ella sabía que ese hombre no era el esposo de su hermana, que sentía miedo, que no sabía qué hacer o a quién acudir. La entendí perfectamente y le agradecí que hubiera acudido a esta su casa en busca de refugio. La huella del mal es fácil de percibir para algunos de nosotros y, el que ese hombre estuviera tan cambiado que un ser querido no lo reconociera, era para mí un signo casi inequívoco de la mano del maligno. Calmé a la feligresa. Le conté que yo mismo, de niño, había experimentado ese mismo temor ante el mal pero que también había tenido la suerte de ver cómo un sacerdote salvaba al inocente. No le expliqué más. No le dije que este pertenecía a la orden de los Illuminato, tampoco que la manera de salvar al inocente y acabar con el mal fue un largo y aterrador exorcismo. Ella no necesitaba saberlo y Gianfranco Bosetti, el sacerdote por el cual tomé los votos, ya no quería saber nada de mí.

Sin embargo, pese a estar degradado de la Orden, yo no podía quedarme de brazos cruzados ante una llamada de auxilio así. Mi deber era ayudar a los miembros de mi parroquia. Por ello, después de misa, me dirigí hacia la dirección que ella me había dado, la que era la casa de su hermana. Una vez allí no llamé a la puerta: la forcé y entré.

No es algo de lo que me enorgullezca pero en la academia me enseñaron muchas habilidades y algunas de ellas pueden parecer más bien propias de ladrones pero son necesarias para realizar nuestro santo deber de una manera discreta.

A continuación, avancé por la casa. Las ventanas estaban cerradas y apenas se veía; por una de las habitaciones pasaba algo de luz. Su puerta estaba cerrada pero dejaba filtrarse la claridad justa para crear la penumbra en la cual yo, silencioso, me movía. Recé a nuestro Señor mientras me acercaba pues podía sentirlo: el mal. Esa presencia sobrenatural que ponía a prueba mis nervios y hacía que parte de mí se sintiera como un niño escondido bajo las sábanas, deseando que se fueran los monstruos. Agarré la manilla de esa habitación y entré. Allí me esperaba el endemoniado. La luz que llenó mis retinas al abrir la puerta vibró dentro de mí como si fuera el visto bueno del Señor. Porque lo era. Él me llamaba otra vez para ocupar mi lugar entre sus filas y yo, fiel siervo Suyo, no pensaba volver a fallarle.

Alabada sea Su piedad.

El poseído se me acercó. Agarré mi cruz y comencé a recitar en latín. El Señor volvía a estar en comunión conmigo. Sentí Su palabra, vi cómo le afectaba a ese ser, cómo expulsaba al mal y salvaba al inocente. Entonces, experimenté un agradecimiento infinito por Su sabiduría y acabé de ser Su herramienta para expulsar a ese demonio de vuelta al infierno.

Alabado sea el Señor.



Habían transcurrido el resto del día, una noche y casi una mañana. Ya fuera despierta o en sueños, por más vueltas que le daba, necesitaba preguntarle a mi abuelo. Llevar eones vivo, ser asquerosamente poderoso y tener acceso ilimitado a las almas de pozo conllevaba sus ventajas; como conocer de primera mano las vidas de tu comida. Por supuesto, nuestro rey era tan fuerte que ignoraba las improntas de las almas pero, si lo deseaba, podía hurgar en esos recuerdos. Una habilidad de lo más valiosa, sobre todo cuando su nieta estaba un poquito preocupada (por no decir desesperada) y quería tener algo para poder empezar a buscar a Casio. Algo, una pista, cualquier cosa. Mirándolo así, un almacén con restos de la pelea o con cadáveres no estaría mal; sin embargo, en esto iba a fiarme de Lucas. No porque fuera un buen hijo (que lo era) sino porque si me mentía tanto su padre como yo íbamos a hacerle desear estar muerto. Así pues, a falta de una opción mejor, ir al palacio de mi abuelo serviría. Asentí aunque no había nadie conmigo que pudiera haber estado escuchando mi soliloquio interior, dejé de caminar por mi salón y pasillo como si estuviera enjaulada y me dirigí a la cocina. De manera rápida, me preparé una ensalada y algo de pollo frito, comí y volví a salir de casa. Utilicé otra vez el coche, si bien esta fue para ir a las afueras, aparcar en un camino rural y, después de volver a pelearme con mis tacones de aguja en el puñetero campo (por suerte los tallos verdes de trigo todavía no eran muy altos), pronunciar las palabras de apertura.

—*Hekjoa glmaltar emnj.*

No había nadie, claro estaba, tan solo ese paisaje rural al cual le faltaban unas cuantas ovejas para ser considerado bucólico; también una encina, grande y de tronco grueso, que era donde mi abuelo había escondido la salida del portal. Entonces, ante

la convocación y como no podía ser de otro modo, el árbol se desdibujó y en su lugar se formó un vórtice. Se trataba de uno de los muchos que conectaban la Tierra con mi mundo, además de lo que realmente había allí pues esa encina no era más que una ilusión de la magia de los míos.

Ah, el vórtice... Lo miré y la boca se me humedeció del deseo de lanzarme adentro, de volver a estar en casa, de sentir mis cuernos poderosos como nunca, mis espolones y mis colmillos. Porque ese portal conectaba con Emnj, el sexto plano, y estos últimos meses yo me había vuelto una adicta al sabor de las almas, el olor del azufre y la deliciosa sensación de notar la sangre de mis enemigos cayendo sobre mí. Seguro que mi madre muy orgullosa no estaría de esto pero yo ya no era humana si es que alguna vez lo había sido. Tampoco era un monstruo. Tan solo un arma, una mujer y una súcubo; el orden variaba con mi estado de ánimo. Ahora mismo, estaba deseando tirarme dentro de ese reflejo del estanque que podía ver en el vórtice. Hmm... aguas muertas y blanquecinas salpicadas de remolinos hambrientos y el islote al cual quería llegar.

Me quité el cinturón y las botas, agarré mi daga y salté adentro.

Al instante me vi rodeada por toneladas de líquido que me presionaban por todos los lados y pretendían hundirme. Era agobiante, de acuerdo, pero me habría reído si eso no hubiera provocado que me ahogara. En su lugar, me sentí eufórica mientras luchaba por mi vida contra las fuerzas mágicas que se desataban en la fisura entre dimensiones. Porque mi abuelo era muy listo y cuando creaba sus vórtices hacía que el viaje de ida a su plano fuera el más puñeteramente difícil de todos. Al fin y al cabo, quitando a los brutales señores del séptimo infierno, nadie excepto él había conseguido mantener su plano, no perderlo ante los continuos ataques de los demás ejércitos demoníacos.

Con una sonrisa en los labios, conseguí sacar la cabeza al cálido y apestoso aire de Emnj. De acuerdo, olía fatal; pero también me encantaba y era poder. Yo, aunque no supiera hacer hechizos, aún recordaba cuando había utilizado el azufre para salir del séptimo plano. El problema era que, al igual que el abrir la compuerta de mi diezmo de almas, la magia era bastante intuitiva. Es decir, inhalar azufre y otros metales para que fuera tu estómago el que, mediante una extraña alquimia bioquímica, te mandara a la boca un refluo cargado de poder... pues eso... que no tenía manual de instrucciones y yo, quitando aquella vez donde estaba dopada con la esencia del señor demoníaco que me había cargado, no tenía ni idea de cómo hacerlo. Por supuesto, había probado a volver a imaginar lo que deseaba y escupir; pero como que no me había servido de nada. Quizás no era eso, quizás se trataba de que no podía hacer magia por mi mitad humana. No lo sabía y mi abuelo se había limitado a mirarme divertido cuando le pregunté. En fin, daba igual. Con mi acceso al diezmo tenía los suficientes poderes como para no preocuparme por no saber obrar la magia que le había permitido a nuestro rey levantar su castillo y el estanque de los vórtices.

Una vez en pie en el islote, en esa tierra negruzca y sin vida, escurrí mi cabello y

metí mi daga en la cinturilla de mis empapados e incómodos vaqueros. A continuación, llamé a mi montura:

—¡Txhat potch!

A los pocos minutos, mi dragoncito particular apareció. Bueno, más que dragón era un lagarto enorme, verdoso, con dos patas traseras de feas garras, enormes alas de murciélago y un agujón por cola. Txhat potch me miró e inclinó su cabeza ante mí. Me acerqué, le palmeé el cuello y monté sobre él.

—Al castillo de mi abuelo, Txhat potch —le ordené.

De inmediato sus grandes alas comenzaron a batir en el aire enrarecido de mi plano. La tierra pasó bajo mis ojos. Estéril, recorrida por grietas supurantes de azufre, adornada con apenas un puñado de árboles negruzcos y encorvados, guarida de criaturas que nos observaban sobrevolarlas o con recelo o con hambre. Y como siempre que volvía a casa, me sentía cada vez más fuerte, más hija de puta, menos humana. Quizás una digna nieta del demonio que había levantado ese castillo de pesadilla que cada vez estaba más cerca, con su estructura físicamente imposible y sus torres como dedos que quisieran rasgar el cielo. ¡Ah, el hogar! Aterricé en una de esas torres, dejé a mi wyvern al cuidado de uno de los demonios que allí servían y me dirigí con paso seguro hacia el salón del trono. Otra de las joyitas de mi abuelo, un lugar de tortura eterna para sus enemigos, los cuales tanto se incrustaban en el techo como formaban parte de su trono. Congelé mi sonrisa nada más entrar en la estancia, sustituyéndola por una de respeto. Me abrí camino entre la corte. Mis tíos, ahora dos gracias a que había matado al tercero, se apartaron al verme; pude oler tanto su envidia como su miedo. Los ignoré y avancé hasta quedarme a un par de pasos del íncubo sobrecogedoramente hermoso que era nuestro rey. Su belleza, sin embargo, era peligrosa; ya que tenía el poder de matarnos a todos los que allí estábamos en menos de lo que yo tardaba en dar un parpadeo.

Mi abuelo...

—Bienvenida, Klynth'Atz —me saludó con esa voz suya que, pese a ser seductora, tenía la fuerza del acero.

—Mi señor. —Me incliné ante él en una marcada reverencia.

—Diría que me sorprende tu visita, ya que te has ganado unos días de vacaciones, pero imagino que vienes por el triunviro.

Asentí.

—Klynth'Atz... ¿de verdad me has tomado por un oráculo?

No dejé que mi sonrisa interior se exteriorizara. En realidad, lo había tomado por *google maps*. Para mi abuelo, el progreso humano de los últimos milenios era algo así como un demonio tloggus pasando de crisálida a adulto en un día (solían tardar siglos). Por eso, solía no prestar atención a lo que no le interesaba. Pues perfecto. No pensaba ser yo la que le aclarara que lo de los oráculos se había quedado un poquito anticuado. Sobre todo porque estaba empezando a coger la curiosa costumbre de acudir al que posiblemente fuera el demonio más poderoso que existía para

preguntarle por una dirección.

—En realidad te he tomado por el único ser capaz de darme la información que necesito. —Le sonreí con descaro. A mi abuelo no le gustaban los débiles.

—Pasas cerca de cuarenta años sin venir ni a saludarme y ahora frecuentas mi trono como si fuera tuyo... Aparte de ponerte al frente de mis ejércitos, Klynth' Atz, ¿qué voy a hacer contigo? —me preguntó.

Estaba serio, muy serio. Pero él era así y yo sabía que no estaba disgustado conmigo. Después de la última victoria, de cómo sus planes de hacer de mí un arma parecían haber sido todo un éxito, no podía estarlo. Le sonreí con algo de esa falsa e ingenua inocencia que tan bien me funcionaba cuando aparentaba quince años humanos.

—Veo que vas aprendiendo, eso está bien. —Miró de repente más allá de mí, hacia su corte de súcubos e íncubos, los cuales se mezclaban con los demonios menores que, serviles, estaba allí para satisfacer sus deseos. Sentí como, al tener de repente todos ellos la atención de mi abuelo, una corriente de miedo se extendía por la sala como un latigazo. En parte les entendía. Ellos eran demonios puros, no como yo, y sentían con más fuerza el inmenso poder de su líder—. Fuera.

Solo esa palabra; no hizo falta más para que los miembros de la corte se arrodillaran al unísono, como si fueran uno, y después se apresuraran a salir del salón del trono. Yo me estremecí, recordando otra vez quién era el ser que tenía delante. Alguien a quien, estaba segura, no le importaría ni lo más mínimo que yo fuera su nieta en el caso de que deseara añadirme a la decoración del techo. Por suerte, mi abuelo era un rey justo y yo no había hecho nada para enfadarle.

Una vez estuvimos a solas, dejó de reclinarsse sobre el respaldo, enderezó su espalda y me miró desde arriba. Pues, aunque yo estuviera de pie y él sentado, su trono estaba elevado y, por ello, sus ojos a una altura mucho mayor que los míos. Volví a estremecerme. Sus pupilas, sus iris y sus córneas se habían tornado ámbar y refulgían de un modo inquietante.

—Verás, Klynth' Atz, esta guerra no es tan sencilla como parece.

Enarqué una ceja. ¿De verdad parecía sencilla?

—No solo tenemos una alianza de demonios enemigos sin precedentes, sino que además la Iglesia se está dando cuenta de que su mundo no está tan seguro como creen. Esos alquimistas humanos no tienen ningún cuidado. Están dejando demasiados rastros de su actividad y la orden de los Illuminato ha informado al Papa. Tenemos pues un serio problema.

Con sinceridad, en esos momentos, delante del poder ancestral que era mi abuelo, como que los curas y las monjas no me daban mucho miedo. Pero mi señor pareció leerme la mente pues tamborileó con sus garras sobre el brazo de su trono (sobre los ojos de uno de los torturados que allí se mantenían vivos por toda la eternidad, perforándolos) y yo sentí miedo. Mi abuelo era como un puñetero velo de normalidad que ocultaba un horror lovecraftiano. Cuando utilizaba uno de sus gestos para

descorrer un poco ese velo, cuando me dejaba atisbar lo que era en realidad (nada que ver con esa envoltura carnal de tío bueno vestido tan solo con unos pantalones de cuero y unas botazas heavys), entonces, yo no podía más que sentir el mismo pavor deshumanizado que sentiría un ser humano ante el vacío de la no-existencia o un niño pequeño ante los cuerpos brutalmente asesinados de sus padres. Entonces rememoré aquella luz pura de fe de los recuerdos de ese demonio del primer infierno y comprendí. Puede que mi abuelo fuera poderoso gracias al pozo pero al otro lado estaba el dios cristiano y eso era algo con lo que mejor no jugar.

Bajé la mirada.

No me gustaba mostrar sumisión ante mi abuelo pero este sí era el momento de hacerlo.

—Entenderás pues que no quiero que esta guerra llegue a los sacerdotes humanos. Por eso tu padre ha realizado una incursión al tercer plano, donde moran las tres hermanas ciegas.

Sin levantar los ojos del suelo, asentí porque había oído hablar de ellas. Esas hermanas eran tres demonios videntes que antiguamente vivían en la Tierra, hasta que decidieron meterse en las guerras por los planos. Se hicieron con el momentáneo control del cuarto pero fueron expulsadas. En estos momentos residían en el tercero, en unas cuevas en lo alto de una montaña que defendían con sus ejércitos de arpías. Lo que no sabía era que mi padre había ido allí.

—Verás —continuó contándome y yo le volví a mirar—, necesito saber qué puede pasar. Créeme si te digo que, si la Iglesia se implica, corremos el riesgo de que los siete infiernos sean purificados y, por supuesto, no poder volver nunca más a la Tierra. Y no sé tú... pero yo estoy acostumbrado a comer seis veces todos los días. Así que tengo el nombre del cura que lo empezará todo. Ve con tu amiga la bruja, esa moon-wolf sin poderes. Ayúdala y estate atenta. Cuando llegue el momento, te mandaré instrucciones. Lamento que al final te quedes sin vacaciones, pero hay que hacer caso a los posibles futuros que ven las hermanas ciegas. —Me sonrió.

Su expresión fue más una mueca feral que otra cosa y sus colmillos superiores, largos y curvos, me volvieron a recordar qué tipo de ser era mi abuelo.

Me estremecí.

—¿Y Casio? —le pregunté pues, aunque él pareciera pasar del tema, yo no podía pensar en vivir sin él.

—¿Tu triunviro? —Se encogió de hombros quitándole importancia—. Bueno... un par de los míos le seguían en su misión, escondidos. En un principio, Casio iba ganando y estaba tomando el almacén de armas; pero entonces llegaron refuerzos de los mutados, como si supieran que iban a atacarles. Entonces tu vampiro se lanzó en una carga suicida y lo hirieron y capturaron. Los suyos... todos muertos. En fin, una estrategia un poco penosa para un guerrero milenario.

—¿Está vivo?

—¿Por qué me preguntas lo que ya sabes? Claro que está vivo. Pero no sé dónde

está. No te preocupes —me dijo al ver que yo abría la boca para interrumpirle—, en cuanto sepa algo te lo haré saber.

Decepcionada, le di las gracias. Imaginé que sus dos hombres, los que le seguían, le habrían perdido. Mi abuelo me miró fijamente, como escrutando en mi interior. No me gustó nada.

—Klynth'Atz, ya te dije que a un vampiro lo podías manejar con facilidad. Tú eres medio súcubo y no hay nada más fácil que seducir a uno de su raza. Sin embargo, eso de enamorarse... No puedo decir que te entienda, porque no lo hago. Pero sí que yo nunca confío en nadie cuya vida no esté en mis manos.

—Mi señor, con el debido respeto, Casio moriría por mí —protesté.

No entendía a qué venía eso; aunque sí la incapacidad de mi abuelo para amar.

—Y tú por él, una pena.

Mi corazón comenzó a acelerarse. En el silencio de la sala, roto tan solo por los ocasionales gritos de tormento de la decoración, la cadencia de sus latidos resonaba con fuerza en mis oídos. Yo sabía que si mi abuelo me consideraba un arma defectuosa mi vida dejaría de valer algo. Entonces, él me sonrió otra vez y volví a estremecerme. Mas el hechizo quedó roto cuando las puertas del salón se abrieron, dejando paso a la corte. Me incliné ante él y me retiré. Puede que Casio fuera un capullo machista que se había pegado cerca de cuarenta años planeando hacerme su esclava de sangre, pero no lo había conseguido. Además, yo había acabado colada por él, pese a lo de ser un capullo. Por eso, ahora él era mi igual, mi hombre, mi compañero y no pensaba quedarme sin hacer nada mientras corría peligro. Esperaba que mi abuelo averiguara pronto algo. Cuando me crucé con uno de mis tíos, le miré con odio. Vale, esto no iba con él pero yo estaba enfadada. La respuesta que me había dado mi abuelo no era la que esperaba y, con parte materna integrada o no, yo seguía teniendo mis emociones. De acuerdo que ahora era más madura y todo ese rollo; pero eso que se lo contaran a las ganas que tenía de machacar a puñetazos a alguien. Como a mi tío, por ejemplo, a quien le debía unas cuantas torturas y su mera presencia acababa de recordármelo (a este no podía tocarlo. A diferencia de a su hermano, el rey le había declarado «limpio» de traición). Esto era irracional e inútil, lo sabía; pero saberlo no me quitaba el cabreo.

Enojada, caminé por los corredores del castillo y subí sus escaleras hasta donde me aguardaba mi wyvern. Una vez allí, lo monté y le ordené que me diera un paseo por el plano. Al sentir el aire en mi rostro, la velocidad y los picados hacia el suelo en mi estómago, comencé a calmarme. ¡Es que era tan frustrante haber accedido al pozo de todas las almas y no ser capaz de ayudar a Casio!

Horas después, volví al vórtice y a la Tierra. Mi lamborghini me esperaba y parecía que tenía que irme a ver a Marta.



—¿A dónde vas? —le pregunté a Marta una vez en su piso. Habían pasado unas cuantas horas desde mi visita al sexto infierno y serían sobre las nueve de la tarde.

La bruja se había puesto uno de sus vestidos negros de falda larga y corpiño; nada que ver con el tipo de ropa más acorde con el siglo XXI que solía llevar. Vamos, que a ella le encantaba comprar en Zara y en el Corte Inglés; solo se vestía como si fuera una dama medieval gótica cuando iba a ver a las suyas.

—Al Samhain. Necesito más información sobre mi grimorio.

—Te acompaño.

—No hace falta, esto puedo hacerlo sola.

—Marta, ya no es que me has contratado. Es que mi abuelo me dice que te ayude.

La mujer, que estaba cogiendo su abrigo del perchero de la entrada, se paró y se giró para mirarme.

—No me jodas. ¿Tu abuelo está metido en esto?

—Ahá. Así que voy contigo.

—¿No querrá quitármelo?

Hice un gesto para desechar su idea.

—¿El grimorio de unas brujas? Ni él puede hacer vuestros hechizos ni los necesita.

—¿Entonces?

—Él manda, yo obedezco. Ya lo sabes.

Marta se llevó la mano a la frente y suspiró.

—Muy bien, Violeta. Pero hazme un favor y mantenme alejada de tu abuelo, ¿vale? Recuerda que aquí la chica dura eres tú, no yo.

Le sonreí. Claro que no pensaba mezclarla con mis líos familiares.

—Tranquila, mi abuelo es cosa mía. Además, pensaba ayudarte de todos modos. ¡Vamos!

Asintió y agarró su abrigo. Este era largo, amplio, de cuero y con capucha; muy acorde con su vestido. Se lo puso mientras salíamos y cerró con llave la puerta de su piso. Cogimos un taxi que nos dejó en el polígono industrial donde nuestro destino, cual si fuera un *pub*, se encontraba. La calle, enorme, estaba casi desierta. Caminamos unos pasos hasta pararnos delante de los dos licántropos que guardaban la puerta del Samhain. En cuanto me miraron, me sentí un poco fuera de lugar. Con mis vaqueros viejos, mi camiseta de manga larga y mi cazadora de cuero, no iba vestida para la ocasión. Aquí, quitando a las novicias de blanco, todas iban de un gótico medieval subido. Excepto las más siniestras, claro. En fin, mi informal azul pálido tendría que servir; una pena no haber podido arreglarme para la ocasión. Así pues, les sonreí con ironía a los lobitos mientras estos me olían. Sabían quién era yo o, al menos, podían ver que había estado no hacía mucho con su alfa supremo. De inmediato dejaron de sostenerme la mirada. Entonces Marta se identificó y, como iba conmigo, le mostraron un respeto que no tendrían para ninguna otra bruja moon-wolf y se hicieron a un lado. Me encantaban estos chicos, siempre tan conscientes de su lugar en la manada. Entramos adentro. Nos recibió el familiar olor a incienso de la inmensa sala. La música, gótica, me hizo vibrar con sus acordes y la fuerza de su bajo. Tenía que reconocer que este lugar me gustaba, que algún día me encantaría venir aquí tan solo para tomarme una copa. En cuanto a las brujas que llenaban el local, ellas, por supuesto, se me quedaron mirando; pero también a Marta. Una pena que a mi amiga no le tuvieran miedo como a mí, que más bien la observaran con algo de desprecio. Caminé a su lado mientras se dirigía hacia la barra. Allí, la misma snake a quien no hacía mucho yo le había hecho un tatuaje nuevo en el vientre, la ignoró como si no quisiera rebajarse a atenderla. Me dieron ganas de agarrarla por el cuello y estamparla contra las botellas de los estantes de su espalda. Al fin y al cabo, desde que había firmado en sangre mi vínculo con su matriarca, podía hacer esas cosas sin empezar una buena pelea. Sin embargo, esta no era mi guerra.

—Camarera, ¡camarera! —la llamó Marta.

La aludida continuó ignorándola. Pude ver cómo mi amiga sufría ante las miradas burlonas que algunas de las asistentes al local le dirigían. Apretó con fuerza los labios y volvió a dirigirse a la snake, esta vez caminando hasta ponerse justo enfrente suyo.

—Te he llamado —le dijo con toda la fuerza que pudo dar a sus palabras.

Poca... se le notaba que no estaba nada cómoda.

—Y yo te he ignorado. Lárgate, moon-wolf.

La bruja, que con sus botas le sacaba más de una cabeza a Marta, la miró con desprecio y comenzó a dirigirse hacia su derecha. Marta la agarró por la muñeca. De inmediato, la camarera tiró de ese brazo hacia sí al tiempo que con su otra mano agarraba la nuca de mi amiga y estampaba su cara contra la barra. Ouch... por suerte

para Marta allí no había ningún vaso que pudiera romper y clavársele. Además de que había logrado girar la cabeza y recibir el golpe en la mejilla derecha en vez de sobre su nariz.

—No eres bien recibida aquí, lo sabes.

Marta susurró entonces unas palabras, ignorando el dolor de su magullado rostro. La snake, al escuchar el hechizo, sonrió torva y pronunció otro. No pasó nada y Marta continuó con la cara contra la barra. A mis espaldas, las carcajadas de las demás brujas eran claramente audibles. Puse los ojos en blanco. ¿Es que estas mujeres tenían que comportarse como si fueran crías peleando por un poco de poder?

—Tengo que hablar con la matriarca. Tengo derecho.

—Yo soy la portera, brujita con novio —matizó con desdén—, y resulta que no te dejo pasar.

De verdad que me entraban unas ganas terribles de intervenir, de ir a verla yo y llevar a Marta conmigo, pero no podía hacer eso. Si mi amiga quería recuperar su grimorio, la fuerza y el poder de su clan, necesitaba pelear esto sola. Tomé nota mental de preguntarle más tarde por qué no le había pedido ayuda a su matriarca moon-wolf. Vale que la suya fuera una casa menor pero, aun con todo, seguían teniendo a una líder.

—Tengo el derecho de servidumbre. Déjame pasar.

¡Joder con Marta! Pues una de dos, o tenía cojones o era más tonta de lo que yo imaginaba. Porque ese derecho de servidumbre era el que te daba paso franco al sanctasanctórum de las brujas pero tan solo para hacer un juramento de vasallaje a la matriarca digno de la época feudal. ¿De verdad que Marta iba a hacer eso? Porque todas las brujas debían obediencia a Arianrhod, pero de esa obediencia a dar su vida y servirla en todo en cuanto ella chasqueara los dedos, había un buen trozo.

Vamos, que hasta la snake se quedó sorprendida y, con una sonrisa que no presagiaba nada bueno, quitó su mano de la nuca de mi amiga y le permitió levantarse. Marta llevaba el pómulo derecho rojo, seguramente le saldría un buen morado. Se irguió ignorando el dolor y, con toda la dignidad que fue capaz de recoger, aguardó a que la snake le abriera la barra y la puerta trasera hacia el sótano. Miré a mi amiga. Pese al valor que acababa de echarle, no parecía fuerte. Más bien era la snake la que estaba como perdonándole la vida dejándola pasar y solo porque eso sería aún más divertido. Me la quedé mirando con mala cara hasta congelarle la expresión en su rostro. Decididamente, si Marta quería hacer algo con ese grimorio que no fuera el ridículo, tenía mucho que aprender.

En medio de los cuchicheos de las demás brujas, entramos en el pasadizo tras la barra y bajamos las escaleras. La puerta se cerró a nuestras espaldas y la oscuridad nos rodeó. Seguí a Marta hasta la sala de abajo.

Una vez entramos en el sótano, en el sanctasanctórum de las brujas, el lugar donde su Matriarcado se reunía, Marta vaciló. La estancia podía haber estado sacada de una mazmorra medieval. Su decoración, con calaveras talladas en sillas y mesas,

telas negras en las paredes y una enorme lámpara con forma de telaraña, no conseguían darle ni la más mínima calidez a la fría piedra. No obstante, no era por eso por lo que mi amiga dudaba. Yo estaba a su lado; giré el rostro para mirarla y, pese a la poca luz que imperaba en la estancia, puede ver con claridad que tenía miedo.

Esta moon-wolf... Se encontraba en la sede del poder de las suyas, un lugar donde todas matronas allí presentes se habían ganado su puesto con sangre y juego sucio. Vamos, una especie de tierra de las oportunidades, y la chica, en vez de disfrutar de la partida, iba y tenía miedo. Como si no supiera que no podían matarla en ese momento pues ella no había hecho nada para merecerlo... A traición, sí; pero no allí y delante de la matriarca suprema. En fin, endurecí mis rasgos, hice que mis ojos relucieran en ámbar y miré al frente, esperando que se decidiera a hablar. La matriarca suprema, Arianrhod, la contemplaba con expresión indescifrable desde su silla ornamentada. Las demás brujas, sentadas en un semicírculo a su alrededor, observaban a la moon-wolf como si fuera un ratoncito entrando en la madriguera de siete serpientes hambrientas.

—Matriarca Arianrhod, vengo a pedir os ayuda. —Se decidió por fin a hablar tras dar un paso vacilante hacia el frente.

—Acércate, Marta hija tercera de la hermana de la matriarca Sonia de las moon-wolf —le pidió la aludida mientras movía sus dedos en un gesto invitador. La luz de los cristales de la lámpara que pendía sobre su cabeza hizo que relucieran el oro y los rubíes de sus anillos.

Marta tragó saliva y se aproximó. Las brujas no eran demonios, no podían oler su miedo como yo lo hacía; pero estaba segura de que lo percibían en todos y cada uno de sus movimientos. Eran tan lentos e inseguros...

Una vez que mi amiga estuvo a menos de un metro de la matriarca, esta le indicó con la mano que parase. Yo, por mi parte, permanecí entre las sombras de la entrada.

—Marta de las moon-wolf, no te han dejado entrar para formular una petición sino para rendirme servidumbre.

La voz de Arianrhod era suave y llena de seguridad. Su rostro, que nunca debió de ser de gran belleza, estaba surcado por una intrincada red de arrugas. Pero nadie se dejaba engañar por su edad (mucho superior a la que aparentaba) pues esa mujer no solo contaba con su propio poder sino con el de todo el cónclave.

—Matriarca, yo deseo rendiros servidumbre pero seré mejor sierva si me ayudáis.

Las restantes seis matronas la miraban con diversión o con desprecio. Alguna de ellas, si no fuera porque la matriarca suprema estaba presente, se habría reído o la habría echado de allí sin miramientos.

—Muy bien, Marta de las moon-wolf, ¿cuál es esa ayuda?

—Necesito saber qué pasó exactamente con los grimorios de mi clan cuando la Inquisición nos atacó.

—¿Y no has preguntado a tu matriarca?

—Mi matrona no quiere saber nada del tema.

Noté el desprecio en las asistentes a la sala. Excepto por mi hermana, claro. Ella era más sabia y podía ver que mi amiga no estaba satisfecha con pertenecer al último clan de todos. Puede que eso le garantizara que nadie intentara asesinarla para tomar su lugar pero el motivo, su posición en el final absoluto de la jerarquía de las casas, no era algo agradable. Lógico, ¿a quién le gustaría ser la última mierda? Lo que yo ya no sabía era si Arianrhod se daba cuenta de que Marta no lo hacía por poder sino porque realmente quería recuperar una herencia, unos libros, rezos, rituales y tradiciones que habían pertenecido a su linaje durante siglos. Las moon-wolf adoraban a la deidad femenina de la Luna y, desde luego, muy bien no lo estaban haciendo en los últimos tiempos.

—Hay uno que se salvó. Sin embargo, antes de contarte nada, quiero tu palabra de que si recuperas el grimorio desafiarás a tu matrona por el puesto.

—Lo haré —contestó sin dudar.

¡Esa sí que era mi Marta! Seguía asustada pero tenía claro cuál era su camino. Imaginé que ya se habría enfrentado a esa decisión antes de venir aquí, incluso antes de buscar mi ayuda. Porque si se limitaba a darle el grimorio a su matrona, era muy probable que nunca volviera a verlo, ya que ese tipo de libros sagrados se guardaban siempre en la biblioteca de la matriarca de la casa.

—Muy bien. Acércate y arrodíllate.

Marta así lo hizo, esta vez con más seguridad que antes. El trono de la matriarca, a diferencia del de mi abuelo, estaba a ras de suelo. Por ello, la cabeza de la bruja quedó más o menos a la altura de la larga falda oscura y llena de encaje de tela de araña que cubría las rodillas de la Arianrhod.

—Marta de los moon-wolf, di las palabras.

—Yo, la hija tercera de la hermana de la matriarca de las moon-wolf, os ofrezco a vos, Arianrhod, mi vida para que dispongáis de ella como deseéis.

Mi hermana de magia se la quedó mirando y Marta dudó por un momento. Yo la conocía, sabía que no le gustaba el dolor; mas fue valiente y reaccionó rápido. Agarró el puñal ornamentado de filo retorcido que una de las matriarcas, que se había levantado, le tendía con gesto solemne. Sus ojos, sin embargo, reflejaban la diversión que sentía al ver a una bruja dudar ante algo tan básico en su magia como la sangre. Yo entendía que la despreciaran, a sus ojos una moon-wolf se parecía demasiado a una humana.

Entonces, Marta agarró el puñal, cerró los ojos y se hizo un tajo en la mano. Se le escapó un sollozo de dolor. Quemé un poco de alma para agudizar mis sentidos y poder ver bien su herida. ¡Sería torpe! Menuda raja más fea y profunda que se había hecho cuando habría bastado con una fina línea carmesí.

Arianrhod, por su parte, ignoró el cómo Marta se mordía los labios para no gritar y le hizo un gesto a una de sus matriarcas. Esta, sin miramientos, agarró la mano de Marta y la colocó sobre un cáliz lleno de vino. Cayeron algo más que el par de gotas

necesarias sobre este. Después, soltó la muñeca de mi amiga con brusquedad y le tendió la copa a su señora, con delicadeza. Yo me lo tomaba todo con filosofía, pero a mí que me explicaran por qué nos llamaban a las súcubos zorras en vez de a ellas.

La matriarca tomó un buen trago del cáliz y se lo devolvió a la bruja. Después, se inclinó hacia delante para colocar una de sus manos de largas uñas sobre la cabeza de Marta, a la cual empujó para que la moon-wolf la girara hacia abajo.

—Yo, Arianrhod, voluntad y voz del Matriarcado, te tomo a ti, Marta hija tercera de la hermana de la matriarca de las moon-wolf, como mi sierva. Tu sangre es ahora mi poder sobre ti y esta servidumbre solo puede ser devuelta por mi deseo y rota con mi muerte.

Sí, la muerte de Arianrhod. Porque como le mandara a Marta que se matara, la pobre lo tenía crudo. Su fantasma serviría a la matriarca. Cuando era niña, mi padre me había contado historias de brujas tan poderosas que tenían a varios espíritus a su servicio. Esto, la servidumbre, no era algo que entregaras así como así. A lo mejor no tendría que haberle dejado a Marta hacerlo, pero confiaba en que mi hermana no ordenara su muerte.

—Así sea. —Escuché decir a Marta, con voz apenas un hilo de voz.

Sí... tenía que ser terrible darte cuenta del verdadero alcance de lo que acababas de hacer. Pero enseguida se recuperó, se puso en pie, se alejó un par de pasos y le preguntó a la matriarca por los grimorios.

—Cuando la Inquisición atacó a tus antepasadas, les requisaron todos sus libros. No escapó ninguno, ni siquiera las copias que la matrona había permitido que algunas de sus brujas de confianza tuvieran. Sin embargo, al ser las moon-wolf de las pocas casas que tenían hechizos contra las posesiones demoníacas, a uno de los inquisidores le chocó el parecido del grimorio más antiguo de tu linaje con uno de sus libros, el *Rituale Romanum*. Así pues, se lo quedó para investigarlo. Ese sacerdote fue uno de los grandes exorcistas de la orden de los Illuminato, la cual, como ya sabes, fue establecida en el siglo XI pero no fue hasta finales del XV, con la Inquisición, cuando alcanzó la cumbre de su poder. Bien, el libro, pese a ser calificado de pagano y demoníaco por los rituales de adoración a la diosa, ha permanecido en sus archivos desde entonces. De hecho, mejoraron su exorcismo con él y les dieron el nuevo texto a los miembros de su orden.

Marta estaba escuchando muy atenta. La entendía, esto cuadraba con lo que me ella me había contado. Y, si por un momento se estaba preguntando cómo sabía eso Arianrhod, la respuesta era muy sencilla: mi hermana de sangre era tan poderosa que lo sabía todo. O, mejor dicho, era capaz de ver en el abanico abierto de posibilidades que era el futuro; así como en el pasado. Por supuesto, obtener la información no le salía gratis (la magia nunca lo era) pero yo imaginé que habría previsto la visita de Marta y lanzado un hechizo para averiguar qué ocurrió con el código antes de que nosotras viniéramos. Si es que no lo conocía de antemano, claro.

Eso era algo en lo cual Arianrhod se parecía a mi abuelo: sus súbitos, si estaban lo

suficientemente desesperados, la utilizaban de oráculo. (Bueno, en el caso de mi rey solo los de la familia; más que nada porque a nosotros no nos iba a torturar por molestarle).

—¿Entonces el texto lo tiene la orden de los Illuminato?

—Eso he dicho. Klynth'Atz, por favor, acércate.

Nada más escuchar esa parte de nombre demoníaco, así lo hice. Las demás matriarcas se estremecieron cuando yo avancé. Seguía teniendo los ojos ámbar al salir de las sombras de la puerta y, sobre todo, ellas eran capaces de sentir mi poder.

—Arianrhod. —Incliné con levedad mi cabeza al pararme ante ella.

—Mi querida Klynth'Atz... la única vez que he tenido el placer de ver a tu abuelo fue hace más de ciento cincuenta años. Yo era por aquel entonces una matrona con ganas de ascender. —Sus labios se curvaron en una sonrisa, acentuando aún más las arrugas de sus comisuras—. Recuerdo que no era el tipo de ser que deja ningún cabo suelto. Dime, Klynth'Atz, ¿sabe o te ha dicho algo sobre el padre Bruno?

Fruncí el ceño. Sobre el padre Bruno en concreto, no; tan solo que la Iglesia no debía implicarse en esta guerra. Negué con la cabeza.

—No.

—Bien... ya lo hará. Y recuerda que si me necesitas yo te ayudaré.

—Gracias, Arianrhod.

Por supuesto que le estaba agradecida pero ya podría decirme algo claro. En esto también se parecía a mi abuelo: a los dos les gustaba darte cuanta menos información, mejor.

—Nos vemos. —Se despidió a la vez que movía su brazo y muñeca diestros para dibujar un garabato en el aire. En medio del sonido de la seda de su manga y sus encajes, Marta y yo desaparecimos de allí. De repente nos hallábamos en la calle, en la puerta del Samhain. ¡Genial! Al ir acompañada había dejado de tener el privilegio de que me mandara a mi casa. En fin, le pedí a la moon-wolf que me siguiera y comencé a andar. Tenía claro que teníamos que saber más cosas de ese tal padre Bruno, pero como para encontrarlo tan solo por su nombre...



Diario del padre Bruno.

Desde el otro día, cuando ese ser demoníaco tomó posesión del cuerpo de uno de mis feligreses, desde que he vuelto a sentir la dicha de entrar en comunión con mi Señor, de ser un vehículo para Su voluntad, me siento inquieto. Inmensamente agradecido por poder contar todavía con Su favor, por supuesto, pero también inquieto. Porque si uno de esos seres se ha atrevido a entrar en mi parroquia, estoy seguro de que habrá otros.

El mal actúa en grupo, nunca va solo. Yo lo he visto antes, en Italia, antes de que me desterraran de la Orden. Sin embargo esta ciudad en la que resido, tan pequeña y de provincias, nunca ha sido un bocado demasiado apetitoso para ellos. En los más de ocho años que llevo aquí, tan solo he detectado a un par de fantasmas y a un vampiro que estaba de paso. De los primeros me encargué en persona de darles la extremaunción y, para el nosferatu, avisé a las hermanas Custodia di Sangué, las cuales mandaron a una de las suyas para acabar con él. Por supuesto que había delincuencia, del estilo de robos y peleas, pero nada provocado por el maligno; al menos no de manera directa.

Durante todo este tiempo, he estado al tanto de los problemas del mundo a través de la prensa y los telediaros. Internet me ha sido también de ayuda para esclarecer algunas cosas. He leído más allá de las noticias y me he dado cuenta de que el mal sigue organizándose, haciéndose cada vez más fuerte. Y ahora que he tenido un caso de posesión en mi uno de mis feligreses, ahora que una puerta al infierno se ha abierto, me asalta la cruda certeza de saber que no será el único. El patrón está allí, en las noticias: los demonios siguen atacando en manadas y, además, son cada vez más

fuertes. Por eso acabo de mandar una carta al que fue mi superior en la Orden. Tardará en llegar mucho más que un *email* o un fax pero yo sé que el comendador Bosetti solo responde al correo ordinario y, de este, al que le selecciona su secretario. Confío en que el mío le llegue. Mientras aguardo una respuesta, aprovecho el tiempo para preguntar a mis fieles; intento averiguar si alguno ha notado algo extraño. Estoy seguro de que hay más poseídos y rezo para que el comendador tenga a bien leerme e intervenga. No deseo una matanza y menos de la gente que tanto he llegado a apreciar; por desgracia, en mi vergüenza yo ya no tengo acceso a las armas que me permitirían defenderlos.

Tengo fe. La Orden vendrá. Benditos, serán Su instrumento y acabarán con el mal.



Al día siguiente, Marta y yo nos fuimos a comer juntas. Durante la comida, en un italiano, le pregunté por su matriarca.

—Marta, ¿por qué has dicho antes que tu matrona no quiere saber nada del grimorio?

La chica dejó de recoger pasta con su tenedor y frunció el ceño. Apoyó el cubierto en el plato y me contestó con cara de pocos amigos.

—Porque mi matriarca pasa. ¿De veras crees que no se lo he contado?

Asentí.

—Pues lo he hecho. Pero ella tiene tanto miedo a destacar, a dejar de ser la única matrona a la que nadie intenta asesinar, que no quiere saber nada del tema.

—Ya veo... conozco a algunas personas así. Lo raro es que no te haya prohibido ir a por él.

En ese momento, mi amiga volvió a coger su tenedor y continuó comiendo, en silencio y con una determinación que indicaba que no pensaba hablar más del tema. Curioso... ¿Lo habría hecho y Marta se estaría haciendo la tonta?

—No me meteré en esto, por mi perfecto si la desobedeces. Al fin y al cabo, cuando tengas el grimorio vas a desafiarla por el mando, como le has prometido a Arianrhod. Espero que cuando seas matrona no me subas las tarifas —bromeé.

—Vale. Y ahora déjame comer.

Le sonreí. Parecía que la chica se tomaba muy a pecho lo de estar confabulando contra su matriarca. Brujas... Siempre lo hacían, mi amiga no era nada original en eso. Y, además, si la matriarca moon-wolf sospechara algo, no iría a por ella a no ser que lo viera muy sencillo y para eso estaba yo, para ayudar a Marta a ponérselo

difícil. No... parecía mucho más probable que confiara en que las enemigas que la chica acababa de hacerse en el Matriarcado le hicieran el trabajo sucio. Sí... esa moon-wolf no sería un problema. Me resultaban más preocupantes las otras matronas, las que acababan de saber que Marta pretendía restaurar el poder de su casa.

Continuamos en silencio con la pasta y el segundo plato (carne en mi caso, pescado en el de mi amiga) y, por la tarde, intentamos localizar al padre Bruno. No nos fue muy difícil encontrar por la web los listados de los sacerdotes de cada diócesis o, en su defecto, un teléfono de contacto de estas. Pues el problema no era averiguar cuántos Brunos había, sino lo lento, laborioso y aburrido del proceso. Por ello, por acotar un poco la búsqueda, miramos tan solo en España e Italia. ¿Y creéis que lo encontramos? ¡Y tanto! Sin acabar de mirar en todas las diócesis, en unas horas habíamos hallado a más de veinte sacerdotes llamados Bruno. Y eso que parecía un nombre no muy común en estos días... En fin, un poquito desmoralizante sí que era, pues yo no tenía ninguna gana de irme a verlos a todos. Así que dejamos de buscar y decidí ir a visitar al amigo del novio de Marta, al tal Juan Harro, para ver si conocía a algún padre Bruno o podía contarme más cosas sobre cómo había descubierto que existía una versión diferente del Rituale Romanum. Me fui sola. Le pedí la dirección a Marta y la dejé en su casa, con su novio. La chica era una bruja, de acuerdo, pero yo estaba acostumbrada a trabajar sola y, además, lo prefería en el caso de que tuviera que utilizar mis cuernos para nublarle la mente.

Lo sé, era más divertido usar una sierra; pero nunca lo hacía con humanos, fueran inocentes o no.



Eran ya las ocho cuando llamé al timbre de su casa. Tuve suerte: estaba dentro y se encontraba solo. Con mis sentidos agudizados por una de las almas del pozo, lo escuché caminar para abrirme la puerta. El único latido que había allí dentro era el suyo. Sinceramente, estar allí no era lo que más me apetecía; pero ya que mi búsqueda de Casio estaba condicionada a que mi abuelo descubriera algo, este era un modo tan bueno como cualquier otro de no darle demasiadas vueltas al hecho de que no estaba conmigo. Además, Lucas me había asegurado que todavía seguía vivo. Era más, le había telefoneado esta mañana y, aunque seguía sin saber nada de su padre, me dijo que estaba convencido de que lo encontraríamos. Casio era muy antiguo y muy poderoso; si estaba prisionero sería porque les resultaría más valioso vivo que muerto. Yo tenía que centrarme en eso, no en que podrían estar torturándolo. Y lo mejor para no darle vueltas era ayudar a mi amiga a recuperar su grimorio. Esperaba que ella, una vez lo consiguiera, cumpliera su promesa de desafiar a la matriarca de los moon-wolf por el mando de la casa.

Una vez me hubo abierto la puerta, descubrí que el tal Juan era un hombre de mediana edad, con barriguita, que llevaba unos pantalones de pana y una camisa; así

como unas gafas que si seguían alguna moda sería la del siglo pasado y que, de algún modo, pegaban con la calva de su cabeza y con su camisa de cuadros. No se ajustaba mucho a la idea que yo tenía de un profesor universitario, al menos no a uno que no llevara unas cuantas décadas desfasado. Entonces, me fijé en sus zapatillas de ir por casa y sonreí. Eran de cerdito; rompían del todo su imagen de seriedad y tenían que ser obra de algún niño o sobrinito pequeño.

—¿Profesor Harro? —Le tendí la mano—. Mi nombre es Violeta Abos. Soy amiga de Marta, la novia de Daniel Pérez, y necesito hacerle unas preguntas.

Al nombrar a Daniel, esa mirada de extrañeza y desconfianza con la que me había recibido se atenuó un poco. Estaba claro que a este hombre no iban a verle sus alumnas a su casa.

—Daniel no me ha comentado nada de que fueras a venir.

No me dio la mano. Yo le obsequié con mi sonrisa más cálida. Vamos, que ya no aparentaba ser una quinceañera ingenua pero con mis supuestos veintidós añitos todavía podía fingir ser totalmente apetecible e inofensiva. Sin embargo, a mí que me lo explicaran, este hombre pasaba del todo del *sex-appeal* que, como súcubo, siempre me rodeaba. Considerando que era humano, quizás fuera que caminaba por mi misma acera.

—Daniel está con Marta, en su casa. Llámalo si lo deseas —le propuse.

Sostuve su mirada sin bajar mi mano; pude ver cómo su desconfianza iba cediendo poco a poco hasta que, resignado, se encogió de hombros y me la estrechó.

Para tener una profesión en la que estaba en trato continuo con la gente, no era muy amable, no.

—De acuerdo, pasa.

Me indicó que avanzara un par de pasos hacia la entrada. Después, cerró la puerta a mis espaldas y me guio por un pasillo estrecho hacia un salón decorado con tapetes de ganchillo. Considerando que en sus paredes había crucifijos, estampas de vírgenes y santos, así como otra imaginería religiosa, empecé a darme cuenta de que este hombre estaba más que interesado en la religión cristiana. Me pregunté cómo reaccionaría si yo le dijera que era una súcubo.

Por suerte, no vio el brillo malicioso de mis ojos porque estaba ocupado caminando por delante de mí hacia una de las sillas tapizadas que tenía rodeando lo que parecía una mesa de madera maciza, nada que ver con esos muebles de aglomerado que te vendían hoy en día. Tome asiento a su lado y fui directa a por lo que deseaba saber.

—Me gustaría saber cómo descubriste que existe una versión modificada del *Rituale Romanum*.

—¿Y cómo es que Daniel te ha contado eso? —Me preguntó mientras cruzaba sus brazos por delante de sí, con cerrada suspicacia.

—Él no, su novia.

El profesor frunció el ceño y más que mirarme pareció estudiarme, como si yo

fuera un bicho raro.

—Mis estudios universitarios no suelen interesarle a nadie fuera de mi campo. Daniel, que es un viejo amigo, me escucha cuando le cuento algo. Su novia no sé qué pinta en esto y tú, una amiga de la novia... ¿Os habéis creído que esto es algún tipo de cotilleo digno de una reunión de chicas?

Vale. Harro no tenía ni idea de que Marta era una bruja y, además, su concepto de las mujeres era bastante machista. Pero en vez de pretender, como Casio, que me quedara en casita haciéndole la comida, este tenía unas ideas demasiado preconcebidas sobre la inteligencia femenina. Si no fuera porque era amigo de Daniel, me dejaba de tonterías, sacaba los cuernos y le obligaba a hablar. Desde mucho antes que Star wars llegara a los cines, esa ya era mi táctica de interrogatorio favorita y, excepto por el último desastre con Juan (uno de mis informadores habituales), solía funcionar.

En vez de eso, compuse una sonrisa cálida e inocente (casi cuarenta años practicándola tenían que servir para algo) y aleteé las pestañas al tiempo que le contestaba:

—Por favor, profesor, es importante. Marta me lo ha contado porque yo trabajo para la página web Bibliópolis —improvisé de mala manera, inventándome hasta el nombre—, una biblioteca que busca referenciar a todos los libros anteriores al siglo xx. Es un proyecto bastante ambicioso pero Marta, que sabe lo estricto que es mi jefe, al escuchar lo del Rituale Romanum se apresuró a contármelo para que yo le pueda demostrar que sé hacer bien mi trabajo —le sonreí.

Seguro que no me creía; así podría pasar a utilizar mis poderes sin remordimientos de conciencia. Sin embargo, no hizo falta. Parecía que, lo de rubia tonta que no sabía hacer nada sin ayuda masculina, había dado en el blanco de su preconcebida idea de mí. Harro me miró un par de segundos, como considerando si yo le decía la verdad, y, después, me contó lo que yo quería.

¡Aburrido! Y poco usuario de la red, porque esa página no existía.

—Entiendo que deseas saber más o sobre el Rituale Romanum o sobre el otro libro, aquel que utilizaron para modificarlo. Como imagino que ya te habrás informado, la Iglesia guarda con celo sus libros. En ese sentido, yo no puedo ayudarte con el Rituale Romanum. Además, si lo que quieres es investigar el origen del otro, del celta, en realidad también te va a ser complicado. Ya le comenté a Daniel que lo único que tengo por ahora es que es un libro del que se habla en antiguos manuscritos romanos, refiriéndose a él como el libro de Diana. Curiosamente, es un libro pagano, celta, cuyas creencias tienen bastantes similitudes con el culto a la diosa de la luna.

Asentí sin dejar de sonreír. Si encajando en su idea de lo que era una rubia iba a hablar, por mí perfecto.

—¿Y cómo se dio cuenta de que el Rituale Romanum podía tener otra versión, una basada en este libro de Diana?

—Bueno... lo siento, pero eso no se lo he contado ni a Daniel ni a nadie. Me

temo que ya no puedo ayudarte más.

Comenzó a levantarse.

Eso sí que no.

Me levanté yo también, saqué mis cuernos, dejé que mis ojos se tornaran en ámbar e incluso transformé una de mis manos en garras. Considerando que no me había vestido para la ocasión (llevaba los mismos vaqueros y camiseta que en el Samhain), muy súcubo no parecía pero desde luego que apestaba a sobrenatural.

—Me parece que no, que vas a contármelo todo.

—Eres, eres...

—Un demonio. —Le sonreí torva—. Ahora habla.

Por ahora todavía no estaba haciendo el truco jedi; intimidarlo era más divertido. El profesor había cambiado del todo; ahora rezumaba miedo por todos sus poros, tenía el rostro repentinamente empalidecido y sus ojos abiertos de par en par.

—No me poseerás como a ellos, el padre Bruno volverá a por ti —me dijo.

¿Qué? Parecía que me acababa de tocar la lotería.

—¿Conoces al padre Bruno?

—Mi prima le vio exorcizarte de su marido. No deberías estar aquí.

—A mí no me exorcizan, para eso tendría que poseerte primero, ¿te apetece? —le sonreí lasciva.

Por supuesto que yo ni pensaba tirármelo ni podía ocupar un cuerpo. Eso era cosa de los demonios de los dos primeros planos pero él no lo sabía, ¿verdad?

—Te diré lo que quieres, pero vete. —Se espantó aún más.

—Eso está hecho —ronroneé—. Habla.

—Yo no creía en vosotros hasta hace poco. Poseíste al marido de mi prima, encerraste a su mujer y a sus hijos en ese cuarto y ellos oyeron cómo el padre Bruno te expulsaba. ¿Por eso has vuelto? ¿Porque me lo han contado?

Mira que era egocéntrico... No lo saqué de su error.

—¿Cómo sabes que era el padre Bruno?

—Porque mi prima le escucha todas las semanas en el sermón del domingo. Es el cura de su parroquia.

—¿Nombre? —le sonreí y esta vez mi sonrisa daba miedo.

—Santa Eulalia.

—¿Y lo del Rituale Romanum?

—Uno de los hijos de mi prima, el mayor, tiene una memoria increíble. Fue capaz de repetirme alguna de las frases que utilizó el padre en su exorcismo. Fue a causa de eso que me di cuenta de que no era exactamente el Rituale Romanum ya que conozco bien el texto original.

—Muchas gracias, Juan. Entiendo que no se lo contaras a Daniel, lo que no sabes es que él no te habría mirado como si estuvieras loco —le dije con sinceridad, olvidado ya mi papel de terrible súcubo.

Sin embargo, el profesor no supo ver más allá de mis cuernos. Hombres...

—¿Él es también un demonio? —Se horrorizó.

No pude evitarlo, me eché a reír. Después, usé mis terribles cuernos para nublarle la mente. No tendría ningún recuerdo coherente de esta última media hora.



El padre Bruno tenía que ser de la orden de los Illuminato pues ellos eran los únicos sacerdotes que conocían y practicaban los exorcismos. Sin embargo, llevaba ya dos días siguiéndolo y en su rutina no había nada extraño, nada que no pudieras esperarte de un aburrido cura de una parroquia sin pretensiones.

De hecho, yo que me había tenido que desplazar a esa ciudad tan pequeña que más bien habría que llamarla pueblo, me estaba cansando de verle atender a sus parroquianos, comer, ir al gimnasio, ver la tele y dormir. Todo ello sin contar el detallito de que entrar en su iglesia me provocaba cierta inquietud. En principio, una cruz a mí no me hacía nada pero la fe del hombre que había detrás era otro cantar. Allí dentro, respirando el tenue incienso y oliendo la cera de los cirios, me parecía que en cualquier momento Bruno fuera a identificarme como lo que era y a arrojar toda la ira de los cielos contra mí. Ridículo, lo sabía; pero la culpa la tenía la impronta que venía con la esencia de ese demonio... Mi daga me la había pasado y ese recuerdo, esa luz pura y cegadora de blanca fe, me volvía un poquito más reverente de lo normal con eso de entrar en una iglesia.

Pero nada. El padre Bruno no había contactado con la Orden, exorcizado a otro demonio, ni hecho ningún movimiento interesante.

Entonces, mientras desde el opel de Marta lo vigilaba (mi lamborghini rojo era demasiado llamativo) y rumiaba sobre lo decepcionante que estaba resultando este cura, sonó mi teléfono.

—Hola, Violeta. —Me llegó la voz de Marta.

—Ey, ¡hola! ¿Tienes algo?

La había dejado investigando al padre, a ver si sacaba algo interesante de su

pasado.

—No, tan solo lo que ya te comenté ayer de que nació en Madrid, cursó sus estudios universitarios en el Vaticano y volvió aquí hace poco más de ocho años. Lo siento.

—Vale. Dime pues.

—En realidad te llamaba para preguntarte. Ha venido a verme una morrigan.

Marta vaciló y yo guardé silencio. Por lo que yo sabía, no era normal que fueran a visitarla otras brujas, ni siquiera de su clan.

—Verás... es la sierva de su matriarca; ya sabes, una de las que estaban ayer con Arianrhod.

—Mmmm, déjame pensar, morrigan... En el matriarcado hay varias porque ese clan ha conquistado a otras casas. Sin ir más lejos la misma Arianrhod, antes de convertirse en la Matriarca, era morrigan. Pero de la casa morrigan original, la única que tiene derecho a ostentar ese nombre, hmm... Vale, creo que ya sé quién es, ¿la que te hizo el tajo?

—Sí.

Pues le había hecho bastante daño. La pobre había tenido que ir a darse varios puntos y aún lo tenía vendado. Las únicas brujas que de verdad curaban eran las gilean y vendían caros sus hechizos; tanto que Marta prefirió ir al hospital y después utilizar su propia magia para ayudar y potenciar la curación natural del corte. Las moon-wolf, en el pasado, sí que podían cicatrizar heridas; sin embargo, hoy en día estaban debilitadas y tan solo les quedaba un pequeño rescoldo de lo que su poder había sido.

—Cuéntame.

—Al principio pensé que quizás tuviera algún mensaje de Arianrhod; pero no. Por lo visto su señora se lo pasó muy bien el otro día conmigo y me ha mandado unas flores para que me recupere pronto —ironizó—. En realidad lo que quería era enseñarme a su sierva, una de las cuatro que tiene y la única de ellas que todavía está viva. No sé por qué, pero quería asustarme o divertirse a mi costa.

—Bueno, igual la malinterpretas.

Por el bufido de Marta, me imaginé como ponía los ojos en blanco.

—No me jodas, Violeta, que esa sierva me ha contado lo de las otras tres con todo lujo de detalles. Aparte de por la muerte de la señora, solo hay un modo de librarse de esta servidumbre: que ella desee devolverte tu libertad. Aunque no esté escrito, las brujas suelen pedir cinco trabajos complicados, como si fueran cinco deseos, y cuando cumples el quinto te liberan. Si no lo hicieran así, nadie querría jamás tomar una servidumbre por muy apetecible que fuera el premio que te dieran a cambio. Bueno, pues por lo visto, su señora les encarga trabajos tan imposibles que acaban muertas. No les pide que se corten el cuello (Arianrhod misma intervendría ante algo así), pero de manera artera consigue el mismo efecto. Y ya la ves, su morrigan tiene tres espectros con poderes mágicos que la custodian y esa pobre chica lleva camino

de ser la cuarta. ¿De verdad crees que me lo contó para desahogarse?

—Bueno, visto así... ¡qué cabrona!

Porque parecía que quería acojonarla, sugerirle que iba a convertirse en un fantasma esclavizado de por vida.

—Pues eso. Y ni idea de por qué se ha tomado esa molestia.

—Bueno, Marta, por eso tú no te preocupes. Arianrhod es justa, no haría algo así. Además, ahora es mi hermana y sabe que tú eres mi amiga y que yo no me quedaría cruzada de brazos si lo intentara. —Paré unos instantes para aclarar mejor mis ideas—. En cuanto a lo de que te hayan mandado a esa chica para desmoralizarte —continué—, el motivo es sencillo. Has enseñado un poco tus dientes. Has pasado de ser, perdóname la sinceridad, un cero a la izquierda de la última casa a tener los cojones de exigir tu derecho de servidumbre tan solo para conseguir información sobre un grimorio que puede devolverte el poder de la que era la casa más poderosa en la Edad Media. Si yo fuera una de ellas, una de esas zorras con poder, te pisaría antes de que tomaras más fuerzas.

—¡Pues qué bien! ¿Tienes algo? ¿Alguna pista?

—No. Y visto lo que me acabas de contar, yo creo que es el momento de dejarnos de tonterías e ir a preguntarle directamente al padre Bruno.

—Pero... ¿tus poderes funcionan con él?

—No, tiene demasiada fe. Así que dime, ¿qué tal se te da aparentar ser una universitaria?

La escuché expulsar el aire de manera brusca.

—Violeta, que tendré solo veintitrés pero te recuerdo que ya acabé mi grado.

—¡Perfecto! Pues ahora finjamos que todavía estamos con el proyecto fin de grado.

Le guiñé un ojo; un gesto tonto ya que no podía verme.

—¿Dónde estás?

—En frente de su parroquia. Pero voy a buscarte a la parada de la estación de autobuses, qué menos ya que tengo tu coche —le sonreí.

—Voy para allá. ¿Me visto de algún modo especial?

—Como si fueras al Samhain. De gótica vas perfecta.

Yo iba esta vez con un vestido mini, de apenas medio palmo de falda. Contrastaríamos como la noche y el día, sobre todo porque mi ropa era de un tono azul tan pálido que casi parecía blanco; pero el campus era uno de los mejores lugares para que dos chicas tan dispares confraternizaran. Seguro que se lo tragaba. Sonreí y aguardé a Marta. En cuanto a que correríamos peligro si ese cura se daba cuenta de lo que yo era... (sí, incluso con mi acceso al pozo). Bueno, mejor no pensar en eso.

Y, desde luego, el grimorio de Marta era un gran modo de no pensar en Casio, en la tortura que podría estar sufriendo ahora mismo y en cómo se preguntaría por qué cojones yo no estaba allí rescatándole.

(Ilusa. El muy capullo seguro que prefería saberme a salvo...).



En cuanto Marta llegó, en el autobús de las ocho, nos dirigimos en su coche a la puerta de la parroquia. Ella, previsora, se había traído un portafolios con un bolígrafo bic enganchado. Le comenté lo buena idea que me parecía para dar más el pego y, a continuación, llamamos al timbre. Al poco, un hombre de unos treinta y tantos, el mismo que estaba en los recuerdos de aquel demonio que me había cargado, abrió la puerta.

—Buenas tardes, ¿el padre Bruno? —Le sonreí.

Cosa curiosa: el profesor universitario no, pero el cura sí que parecía sentirse afectado por mi aura de súcubo. Una de dos, o yo era su tipo o esa parte de mis atributos demoníacos sí le afectaba pese a todo el rollo de la inmunidad por su fe.

—Soy yo, señorita. Pero hace una hora que ha acabado la clase para los prometidos.

Por un momento me quedé sorprendida, sin saber qué decirle. No tenía ni idea de qué me estaba hablando. Por suerte, Marta sí parecía saberlo y tomó la palabra.

—Gracias, padre, pero nosotras no estamos aquí para las charlas de preparación al matrimonio.

¿Es que en serio los curas se dedicaban a eso? Joder, con lo de que eran como la antítesis de un demonio, la verdad era que nunca me había preocupado por saber lo que hacían cuando no estaban dando sus sermones. Pero lo cierto era que esta vez, a diferencia de unas cuantas en los dos últimos días, yo no había entrado por la puerta principal, la grande y de madera que daba a la estancia donde el párroco oficiaba sus misas. Lo primero porque no eran horas y estaba cerrada. Lo segundo porque Marta me había comentado que si queríamos hablar con el padre Bruno, deberíamos llamar a la puerta pequeña de la parte trasera del edificio, la que daba tanto a la zona donde él vivía como a la que dedicaba para atender a los asuntos de la iglesia y sus parroquianos.

—¿Entonces? Es un poco tarde para recibir visitas.

Marta miró su reloj. Vio, como ya sabía, que eran casi las nueve de la noche y puso cara de sorpresa.

—¡Oh, lo siento! No creía que fuera tan tarde. ¿Puede recibirnos, por favor? Solo será un momento.

—Sí —intervine para hacer más presión, poniendo la misma cara de inocencia que ella—, somos estudiantes universitarias y tenemos que hacer un coñazo de trabajo y ya no sabemos a quién acudir.

Noté cómo Marta se tensaba al escuchar lo de «coñazo» y yo conseguí no exteriorizar mis ganas de reír.

—¿Disculpa?

—Es que seguro que sabes un montón sobre libros antiguos de la Iglesia. De

verdad que solo será un momentito y nos librarás de un gran marrón.

El padre Bruno se nos quedó mirando como si no supiera qué hacer. Quizás, como predicaba en sus sermones (que me había tragado), quería ser un buen samaritano y ayudarnos pero este no era el momento más adecuado. Le sonreí con candor. Lo cierto era que así, visto de cerca, no parecía gran cosa. Me explicaré: Era más alto que yo, de acuerdo (de hecho me sacaba media cabeza y eso que yo, con tacones, casi llegaba al metro ochenta). También estaba fuerte (que se cuidaba ya lo había visto cuando lo seguí hasta sus clases de boxeo en el gimnasio) y sus rasgos eran masculinos y muy marcados, como a mí me gustaban. Desde ese punto de vista, Bruno sí que era interesante; o lo sería más bien si yo todavía me alimentara de humanos o no fuera la prometida de Casio. Pero desde el otro, el de que era alguien capaz de desterrar a muchos de los míos con la sola fuerza de su fe, lo cierto era que no parecía en absoluto capaz de hacerlo. En serio. Así, frente a mí y sin estar invocando a su dios, yo podría asegurar que no era más que un hombre común. Menudo error habría sido...

—De acuerdo, pasad. Pero tan solo tengo unos minutos.

Ensanché mi sonrisa.

—¡Eso es maravilloso, mil gracias!

Agarré a mi amiga universitaria de la mano y tiré de ella hacia dentro.

El padre Bruno nos guio a través de un pasillo de paredes blancas y vacías excepto por un par de cuadros de motivos religiosos. Al poco se detuvo delante de una puerta cerrada, la abrió y nos indicó que pasáramos dentro. La estancia era una habitación pequeña, con una mesa circular en su centro y seis sillas rodeándola.

—Tomad asiento, por favor. —Nos indicó nuestro anfitrión.

Le dimos las gracias y así lo hicimos. Él se sentó enfrente de nosotras.

—Decidme, qué necesitáis exactamente para ese trabajo vuestro.

—Información sobre el manuscrito que los romanos llamaron el libro de Diana.

Se lo solté así, sin más, mientras lo miraba con toda la inocencia que tan bien había aprendido a proyectar en mi rostro y en mis gestos.

—¿El libro de Diana? —Se extrañó—. ¿Para qué buscáis algo así?

—¡A mí que me cuentas! Díselo al pesado de mi tutor, que se busca unos temas para sus proyectos que ya le vale...

Marta, que también estaba metida en su papel, asintió con vehemencia.

—Y tanto, tía. Yo habría preferido el Quijote. Más clásico, más sencillo.

—¿Pero que estáis estudiando? ¿Algo relacionado con la teología?

La verdad era que lo habíamos dejado K. O. (o eso diría mi nueva yo veinteañera) con eso del libro de Diana.

—No, el grado de estudios hispánicos. Ya casi lo hemos acabado, nos queda solo el trabajo de fin de grado —se apresuró a aclararle Marta.

¡Bien por ella! Porque yo, del cambio de las carreras de siempre (como las filologías) a los estudios europeos, como que ni idea; era algo irrelevante para la vida

de cazarrecompensas que había llevado en estos últimos cuarenta años.

—¿Y os piden el libro de Diana?

—Claro. —Se encogió de hombros—. Era celta y de estas tierras antes de que se lo llevaran los romanos.

—De acuerdo. —Se rindió—. Pero lo cierto es que no hay mucho que pueda contaros. Como imagino que ya sabréis, contiene rezos a la deidad lunar pagana, así como hechizos que utilizaban por aquel entonces.

No dije nada sobre los exorcismos. No era cuestión de que sospechara. En su lugar, volví a preguntarle de sopetón justo lo que quería saber, con mi mayor e inocente sonrisa.

—¿Y dónde se guarda? ¿Podemos ir a verlo?

—No, no podéis. Está en el Vaticano.

—¿En un museo? Quizás nos dejen verlo.

—Disculpa, te llamabas...

—Maite, Maite Monclús.

—Verás, Maite, aun suponiendo que te tomes la molestia de ir a Roma para un trabajo de clase, no está en un museo y no van a dejarte verlo.

—Ey, ¡que es de fin de grado! Sin él no apruebo y no me dan el título —protesté.

—Maite, los tesoros de la Iglesia no están a la disposición de nadie, menos de cualquier estudiante cuyo profesor no sepa elegir correctamente el tema de un trabajo.

Estaba comenzando a perder la paciencia. Hora de irse.

—No te enfades, padre —le dijo Marta mientras se inclinaba hacia delante, colocaba su mano sobre una de las suyas y le daba un par de palmaditas—. Que no es para tanto. Ya le diremos al tutor que nos mande algo sobre otro libracó viejo y raro.

—Y muchas gracias por todo, padre —le sonreí.

Nos levantamos y él, por compromiso, hizo lo mismo. Muy contento no se lo veía. Volvimos a darle las gracias, hicimos un comentario sobre que nuestro tutor debía de ir fumado al mandarnos un tema tan jodido, nos despedimos y nos fuimos.

—¿Tú crees que sospecha algo? —me dijo Marta una vez en su coche.

—Creo que no, que simplemente hemos sido un poquito irritantes y hemos molestado y desconcertado al pobre hombre.

—Entonces, ¿mi grimorio está en el Vaticano? ¿No en un museo sino bien custodiado en algún lugar secreto?

—Ahá —asentí.

Porque desde los tiempos de la Inquisición, ellos guardaban sus tesoros a buen recaudo en uno de sus tres edificios principales: el palacio papal, la sede de la Orden o la de las hermanas sangrientas.

—¿Entonces? —me preguntó, quizás reconsiderando eso de pedirme a mí, un demonio, que me metiera en el lugar donde formaban a los curas para exterminarnos.

Le sonreí; pero a ella, a diferencia de al cura, con total sinceridad.

—Pues al Vaticano. ¿Me dejas en mi casa y nada más llegar yo me conecto a

Internet y pillo los billetes? ¿Te parece?

—Muchas gracias, Violeta —me contestó aliviada.

—Nada, para eso estamos.

Y me encantaba. La sensación de ayudar a alguien que me importaba, esa misma que había experimentado con mi hermana y con Marcos, era cálida y deliciosa. Justo el tipo de emociones que una súcubo no podía tener y justo las que a mí me hacían única y un arma perfecta para mi abuelo.

El resto del viaje transcurrió en medio de un agradable silencio.



Diario del padre Bruno.

La Orden todavía no me ha contestado. Es lógico, pues calculo que la carta debe de haberles llegado hace poco. Sin embargo, la espera se me hace muy larga y mi inquietud ha crecido en demasía. Por ahora, ningún parroquiano ha visto nada extraño y yo no he notado la falta de ninguno de ellos en misa; excepto de la anciana señora Martínez, pero su hija ya me ha explicado que se debe a un catarro que la tiene descansando en cama.

Por otro lado, están esas dos jóvenes, las universitarias del otro día. Eran demasiado vehementes, como si estuvieran metidas en el papel de ser las típicas veinteañeras con la cabeza todavía sin amueblar del todo y muchas ganas de comerse el mundo. Sin embargo, es su mención al libro de Diana lo que me vuelve suspicaz. Por eso, he buscado por la red y no encuentro referencias a ningún trabajo universitario que trate sobre este. Incluso he llamado a la universidad y me han pasado con el jefe de estudios del grado de estudios hispánicos. Se ha mostrado extraño cuando se lo he comentado. Por lo visto, no solo no mandan ese tipo de trabajo fin de grado a nadie sino que tampoco conoce el libro.

Lógico.

Es un antiguo manuscrito pagano, de la época de los celtas. La Inquisición se lo requisó a unas brujas que se autodenominaban danzarinas de la luna llena. Tras interrogarlas, les arrancó la confesión de que se reunían para bailar desnudas en las noches de luna llena, recibir al diablo y fornicar con él. No es que nadie con dos dedos de frente se crea hoy algo así; pero tampoco es el tipo de libro que unas jovencitas buscarían. Así pues, investigué a la chica rubia; Maite Monclús se llamaba.

Conseguí, ya que la secretaria de la universidad frecuenta mi parroquia, que esta la buscara entre los matriculados. Su apellido no coincidía con ninguno y las únicas cuatro Maite que había no tenían para nada su físico.

Sí, vi las fotos. Y sí... esa chica me hizo sentirme incómodo al llenar mi cabeza con pensamientos inapropiados que creí que había superado en mis años de academia.

Así pues, espero una respuesta de la Orden y, cuando me llegue, les avisaré sobre las dos jóvenes. Podrían ser espías del maligno. Al fin y al cabo, es en las formas más inocentes donde le gusta ocultarse.

Y mientras tanto, me mantengo alerta y llevo siempre algo de agua bendita conmigo.



Esto de llamar a Lucas por teléfono era nuevo. Mientras marcaba su número, sonreí al recordar aquellos días previos a mi quincuagésimo quinto cumpleaños, cuando lo tenía vigilándome por orden de Casio y solo tenía que pronunciar su nombre en voz alta para que apareciera. Una pena... era mucho más cómodo (y exasperante para él) que el hecho de tener que sacar el móvil.

—¿Lucas? Soy Violeta —le dije en cuanto descolgó.

—Hola, Violeta.

Por su voz, el vampiro estaba tan entusiasmado como siempre por volver a saber de mí. De verdad, yo no entendía que tenía en mi contra. Total, solo se lo había hecho pasar un poco mal en el pasado al desobedecer las órdenes que me daba Casio referentes a quedarme en casa. Bueno, y también le picaba; pero esto último solo porque era muy fácil: siempre le afectaba.

—Hola —le saludé—. ¿Has averiguado algo del paradero de Casio?

—Todavía no.

—Hmmm, de acuerdo. Yo espero que mi abuelo me diga pronto algo pero, mientras tanto, tengo que hacerle un favor a Marta. ¿Nos acompañas al Vaticano?

Por el par de segundos de silencio que transcurrieron en los que no se oía nada al otro lado de la línea, así como porque lo conocía, había conseguido volver a sorprender al chupasangres pelirrojo. E irritarle, eso seguro.

—¿Pero tú estás en tus cabales? —me preguntó al fin—. ¿Un demonio en el Vaticano? Violeta, de todas las tonterías que te he visto hacer en los pocos meses que hace que te conozco, esta es la más estúpida. ¿¡Cómo vas a ir al jodido centro de poder de los curas!?! —me gritó.

Aparté el auricular. Para mis sentidos afinados eso dolía algo más de la cuenta.

—Ehhh, ¿en avión? Tengo billetes para pasado mañana —le dije totalmente en serio y con mi tono más inocente; porque esta se la había ganado por ser hijo de su padre.

De verdad que Lucas no solía menospreciarme tanto como Casio. A diferencia de este, no solía machacarme con eso de que por ser chica yo era más débil o había que protegerme y encerrarme en una cajita de cristal; dentro de la cocina a ser posible, así de paso le hacía la comida. Imaginé que, al estar desaparecido su progenitor, yo volvía de algún modo a ser su responsabilidad y no le gustaría tener que contarle a su padre que su prometida había sido exorcizada o algo más definitivo.

—Violeta, por favor. —Su voz sonó totalmente seria—. No vayas al Vaticano.

—Lo siento, mi abuelo me dijo que no perdiera de vista a Marta y ella va a ir. Ven para protegerme —ronroneé seductora.

Estaba ya tan enfadado que ni se molestó por ello.

—No puedo. Una vez más, te pido que no vayas.

—¿Qué no puedes? ¿Y qué es más importante que proteger a la chica de tu papi? —seguí metiéndome con él.

—Órdenes del Consejo.

—Pfff —bufé.

Si mi abuelo estaba metido, este no soltaba prenda.

—No vas a hacerme caso, ¿verdad?

—Lo siento, Lucas.

—Llévate el móvil al menos. En cuanto acabe mi misión te llamo y voy para allá.

—¡Qué mono! ¿Me traerás también bombones?

—Violeta...

—Lo siento. —Me reí. No era que no me jodiera no contar con el pedazo de chupasangres poderoso que era el hijo de Casio, sino más bien que me hacía sonreír. Era tan serio y tan dedicado a su trabajo... Yo siempre lo había dicho, este chico necesitaba a una buena mujer que le enseñara a tomarse la vida de un modo menos aburrido—. Sabes que solo bromeo. Llevaré el móvil y estaré atenta a tu llamada. Y tendré cuidado —añadí antes de que él me lo dijera.

Debí de volverlo a sorprender, porque no pareció saber cómo responderme. Una pena no ver su cara mientras me escuchaba disculparme.

—De acuerdo. Nos vemos.

—Suerte en tu misión secreta.

—Igualmente.

Me colgó. ¡Qué vampiro más seco! El problema era ver quién nos ayudaba ahora; porque como que yo solita, con la única compañía de Marta, no pensaba meterme en el Vaticano. Con una bruja poderosa como Arianrhod, sin problemas, pero con Marta... Mi amiga estaba bien para poner huellas falsas pero por desgracia su magia no era muy poderosa. Además, ni siquiera sabía usar un cuchillo o una pistola

(todavía estaba alucinado ante el tajo que se había metido en el Samhain). Y en cuanto a Arianrhod, aunque ella se me había ofrecido era mejor guardar esa baza para emergencias. Así que a ver a quién me llevaba ahora.

Por suerte, mi dilema no duró demasiado. Al cabo de dos horas, un ícubo se personificó en mi salón, justo delante de mí. Yo estaba cómodamente recostada en mi sofá y con el portátil en las rodillas mientras navegaba.

Así, tan de repente... ¡Joder!

Me encantaba esto de no pedirme permiso para entrar. Sobre todo que pareciera ser ya una costumbre; pues este tío no era ni Casio, ni mi padre, ni mi abuelo. Lo miré mal mientras apoyaba el portátil en el cojín de al lado y, sin dejar de estar inclinada contra el respaldo, lo fulminaba con mi mirada.

—Identifícate, estúpido.

—Mi señora, vuestro abuelo me ha enviado. Soy Atzir'itz.

—¿Y qué pasa? ¿No sabes llamar a la puerta?

El ícubo, quien si seguía la regla «inteligencia + belleza = constante» debía de ser idiota perdido, se me quedó mirando como si de verdad lo fuera.

Puse los ojos en blanco. Vaaaaale. Estos tíos, cuando bajaban al plano humano, lo hacían en forma astral y directamente en las habitaciones de las mujeres en cuyos sueños querían colarse. Pero leñe, en su salón del trono había puertas. Y guardias. Así que, si sabía utilizar una puerta, bien que podía haber llamado a la mía.

—Imagínate que esta casa es mi puto salón del trono y que el timbre son los guardias que dan o no dan paso. La próxima vez lo pulsas. Es esa cosita blanca de plástico que está a la derecha del marco de la puerta —ironicé.

Me sostuvo la mirada. Tenía cojones el chico. Que vale, quizás me sacara dos mil años y lo de «chico» no era un modo muy adecuado de llamarlo (a saber...) pero como yo tenía acceso al pozo de todas las almas y él no, para mí era poco menos que un bebé.

—¿No dices nada?

—Mi señora, mis disculpas. La próxima vez llamaré a la puerta.

«La próxima vez me gastaré los quince mil euros que vale un escudo dimensional y por lo menos pondré una criba al tipo de demonios que pueden teleportarseme dentro —pensé—. Los normalitos como tú, con poco poder, ni de coña».

—Habla, ¿por qué te quiere mi abuelo aquí? —le pregunté.

—Tiene un mensaje para vos. Dice que, ya que Lucas no puede acompañaros a proteger a la bruja, lo haga yo.

Me puse en pie. Muy despacio. Y lo recorrí con la mirada de arriba abajo aún más lentamente, mientras caminaba a su alrededor. Vale. Bonitas botazas de cuero negro, bonitos pantalones del mismo material y bonito culo (muuuuy bonito). Sin sonreír, manteniéndome seria, continué deleitándome con mi minucioso registro visual. Hmm... Impresionante y musculado torso desnudo y libre de vello. Fuertes hombros. Espalda atlética y con una piel que me tentaba a deslizar mis dedos sobre ella para

comprobar si era tan suave como parecía. Sí, me encantaba esto de que mi contrapartida masculina casi nunca llevara camiseta. Sin mirarlo a la cara, pues toda mi atención estaba en el resto de su anatomía, comencé a dar otra vuelta alrededor de él. Sí... buen culo. Y manos grandes, como a mí me gustaban (por no hablar de que cumplía de sobras con la comparación entre el tamaño de estas y cierta otra zona oculta por el cuero de sus pantalones...). Acabé de rodearlo, esta vez costándome no curvar los labios en una sonrisa, y me fijé en su cabello. Era largo y oscuro. ¡Joder! Me encantaba. Allí una chica podía hundir y anclar sus dedos mientras se enlazaba a él, cuerpo contra cuerpo, y le susurraba promesas obscenas. Sí... una pena que Casio no se lo quisiera dejar crecer. Entonces me paré justo en frente de él, lo suficientemente cerca como para escuchar con atronadora claridad los latidos de su corazón y lo agitado de su respiración; pero tan alejada que su aliento no llegaba a mi piel. Un buena distancia; podía verle la cara, el cómo luchaba por ocultar un deseo ambarino en sus ojos. Sí... yo le gustaba y le ponía nervioso. No sé cómo pero conseguí mantenerme seria y, entonces, me recreé en sus rasgos, unos tan agraciados que decir «dios griego» sería quedarse corta. Era impresionante, quitaba el aliento. Vamos, como yo pero en chico.

—¿Y tú qué poderes tienes? —le pregunté de manera seca—. Porque no eres familia de mi abuelo y me resulta extraño que me mande a un simple ícubo para ir al Vaticano.

—Discúlpeme, señora, pero sí soy familia. Soy un bisnieto del rey. Pero, como soy hijo quinto, no tengo acceso al poder del diezmo de almas.

Lo volví a mirar mal. ¡Claro que no tenía acceso! Si lo llega a tener, yo lo habría notado. Sin embargo, en ese momento no caí en el detalle de lo del «hijo quinto». Es decir, ¿un segundo o un tercero si hubieran podido beber del pozo? Ni me lo planteé; pues yo todavía seguía creyendo que, como me habían enseñado de niña, al pozo solo accedían los hijos del rey. El haberlo hecho yo, una nieta, me pareció natural cuando me enteré de que había sido concebida para convertirme en un arma. Y precisamente por eso, porque ahora no solo era nieta sino también general de los ejércitos de mi abuelo, me comportaba con tanta prepotencia con este ícubo. Porque tenía que quedar claro desde el principio quién era el más fuerte.

—Entonces, ¿por qué te manda mi abuelo?

—Mi señora, llevo vivo cuatrocientos años, en los cuales he luchado en más de tres docenas de guerras. Soy uno de los guardias personales de nuestro rey y, como él me ha indicado, os puedo resultar útil para entrar o salir de lugares no sellados con magia más poderosa que la mía.

Comprendí. Mi abuelo como siempre pensaba en todo. Yo no era un demonio de verdad, solo en parte, y por ello no era capaz de realizar magia. Atzir'itz me sería muy útil si sabía abrir puertas dimensionales. Siendo de la guardia personal de mi abuelo (los únicos de nuestra raza que se libraban de pagar el diezmo), era casi seguro que sabía. Eso sí, en esos pantalones tan ajustados a mí que me explicaran

dónde guardaba el frasquito de azufre.

—Muy bien, Atzir'itz. Me serás útil. Le daré las gracias a mi abuelo cuando lo vea. Ahora déjame que pille un tercer billete a Roma y que llame a una amiga para que te lleve de compras.

—Mi señora... —Sin dejar de mirarme a los ojos, inclinó la cabeza y, punto para él, no se le ocurrió ni sorprenderse ni protestar.

Si no fuera porque no era más que un demonio sin emociones, me habría caído bien por su autocontrol. Así, lo único que tenía que preocuparme era que Marta siguiera teniendo alma cuando volviera de llevarlo de compras.

Sonreí ladina. Seguro que no le iba a gustar nada, pero como estaba enamorada de su novio eso la protegería del *sex-appeal* del íncubo (un poquito...). Y oye, la chica me debía un enorme favor por lo del Vaticano y yo no pensaba llevarme a un tío medio desnudo de compras. Me apiadé de Marta y, antes de contarle para qué era, le pedí que se trajera un jersey amplio de su chico (porque seguro que sus abrigos los reventaba. Este Atzir'itz tenía una espalda ancha y unos hombros de lo más musculado).

—Marta —la llamé a su móvil.

—Violeta, conozco ese tono tuyo. ¿Qué tramas?

Me eché a reír y le pedí que viniera.



Diario del padre Bruno.

Me ha llegado por fin una respuesta de la Orden; sin embargo, no era la que yo esperaba. En mi decepción, no han venido varios sacerdotes para limpiar el mal de esta pequeña ciudad; más bien una carta sellada, con el símbolo de los Illuminato en su lacre rojo. Dentro, había una sencilla nota manuscrita. Reconocí la letra. Eran los mismos trazos limpios y ligeramente sesgados que años atrás me habían contado en qué consistía mi próxima misión. Sentí pena y decepción al leerla. Decepción porque me negaban la ayuda para la gente de mi parroquia. Pena porque tampoco me autorizaban a armarlos y defenderlos yo mismo. En esas líneas de clara y pulcra letra, lo único que se me decía era que me mantuviera al margen y no volviera a molestarles. Entiendo que yo estoy fuera, que ya no soy un Illuminato. Las muertes de mis hombres aquel aciago día del pasado todavía pesan en mi cabeza, en mi conciencia, en mi corazón. No cumplí con lo que él me ordenó por escrito, provoqué los mataran. No obstante, aunque sé que mi castigo es justo, no quiero tener que cargar también con las muertes de las buenas gentes de esta ciudad. Por eso debo actuar.

Pero no será sencillo.

Los poseídos que sin duda hay entre mi rebaño actúan con normalidad, ocultando su condición demoníaca, y yo no puedo saber quiénes son sin reunirlos a todos y realizar un ritual. Algo que no es factible, pues si lo hiciera moría en vano. Ellos me atacarían y yo soy solo uno; además desarmado ya que la Orden tampoco me da las armas que un día fueron mías para poder defenderme. Por eso, porque el mal cada vez se hace más fuerte y yo debo proteger a mi parroquia, estoy planteándome

desobedecer al que una vez fue mi mentor, Gianfranco Bosetti, e ir a Roma a pedirle ayuda. Quizás si le viera en persona lograría hacer que se tomara en serio la amenaza del maligno y se apiadara de mí.

Pero soy humano y ser humano es tener una puerta abierta al pecado.

Ya pequé de orgullo y soberbia una vez, no quiero volver a caer en el mismo error. Necesito algo, una señal divina que me ayude a tomar una decisión.

Rezo buscándola. Una y otra vez, Le suplico ayuda.

Padre nuestro, ayúdanos a todos. En el mundo y sobre todo en España hay cada día más casos de muertes, terrorismo y peleas de bandas, casos donde claramente veo la mano del maligno. Se está volviendo más osado y es nuestro deber sagrado detenerle.

Mi deber sagrado... otra vez peco de orgullo. Yo ya no estoy en la Orden, ya no soy un Illuminato, ya no es mi deber; no si Él no me lo pide.

Por favor, Señor, soy vuestro humilde servidor y os suplico una señal.



Marta no sé tomó muy bien lo de ser ella quien llevara al ícubo de compras. De hecho, cuando volvieron, me lanzó una mirada tan de mal agüero que me habría acojonado de no ser yo un demonio. ¡Bien por la bruja! Si la chica seguía entrenándolas así, seguro que en breve, una vez que tuviéramos su grimorio, se convertía en una matriarca de lo más influyente. Yo, por mi parte, al ver el enfado que llevaba, me limité a conseguir no echarme a reír. Si yo la entendía... pobrecita... Así pues, para dejarle que se desahogara a gusto, comenté que era el momento de preparar algo de cena y nos fuimos ambas a la cocina, dejando a Atzir'itz en el salón. Una vez a solas y tras cerrar la puerta a nuestras espaldas, Marta me encaró con las manos sobre las caderas, en una actitud belicosa que no pegaba demasiado con ella.

—Violeta, yo te mato.

—¿Y eso? —Le sonreí con suavidad—. ¿Es que no te ha gustado ver a un tío bueno probarse ropa?

—¡No me jodas! —Saltó. La chica era a veces tan malhablada como yo—. Es un maldito ícubo, todas las tías en un radio de cincuenta metros parecían olerlo, joder. Se giraban y lo miraban como si fueran a bajarle los pantalones y tirárselo allí mismo. Y a mí, que iba con él, o me ignoraban o me observaban como si quisieran asesinarme.

Me eché a reír, no pude evitarlo. A lo largo de lo que para los súcubos era la etapa entre la niñez y la madurez, entre los dieciséis y los cincuenta y cinco años, yo había aparentado unos quince y todos los tíos se me habían querido tirar. Algunos, por supuesto, jamás lo habrían hecho (se suponía que yo era una cría) pero otros... digamos que esos putos pederastas habían sido mi comida habitual. Así pues, sabía

exactamente a qué se refería Marta. También lo del odio, pues ella era la única mujer que no me consideraba una rival frente a su valiosísimo y arduamente cazado novio. ¡Por favor!, como si yo tuviera el más mínimo interés en las parejas de otras mujeres...

—No te rías —me amenazó Marta.

—No es por ti, es por la situación, que me recuerda que te quiero mucho.

Ahora sí que me miró mal, más que hace unos segundos si eso era posible.

—Bueno, ¿qué tal la compra? Veo que habéis venido con muchas bolsas.

Bolsas que por ahora se habían quedado en el salón. Igual que Atzir'itz. Como este solo frecuentaba el plano de la Tierra para sus comidas, tendría que prestarle mi habitación de invitados.

—Bien. Me debes una bonita factura, espero que no te importe —me sonrió Marta.

¡Sería capulla! Menos mal que tenía unos buenos ahorros.

—Claro que no. Ya tengo su billete, así que vete pronto a casa y despídete esta noche de tu chico porque mañana a las siete tenemos que estar en el aeropuerto.

Me miró extrañada.

—¿Pero no querías preparar algo para cenar? —me dijo.

Imagino que se estaba preguntando si yo me estaba despidiendo de ella y lo de irnos a la cocina para hacer algo de comer había sido tan solo una excusa para poder hablar a solas.

—Tranquila, he llamado antes a un chino. Con que lo calentemos en el micro, suficiente —le aclaré mientras avanzaba el par de pasos que me separaban de la nevera para abrirla y sacar una bolsa de plástico blanca llena de pequeñas fiambreras.

—Vale. —Me sonrió—. A ver... ¡arroz con gambas! Me encanta.

Aplacada ante la visión de la comida, me ayudó a calentarla y a colocarla en platos y, poco a poco, la sacamos al salón. Nada más entrar vi a Atzir'itz. Mis ojos se fijaron de manera automática en él (como para no hacerlo...). Estaba de pie, apoyado contra mi mueble de estanterías de cerca de la tele de plasma, con los brazos y piernas cruzados y mirándonos avanzar con una sonrisa seductora.

¡Por favor! Que estaba en mi casa. Vale que Marta fuera comida potencial (prohibida, porque como la tocara me lo cargaba), pero podría cambiar el chip ya que yo también estaba presente.

—¿Preparando comida china? —le preguntó a Marta mientras le guiñaba un ojo y dejaba caer sobre la chica toda la fuerza de su encanto.

Parecía que se habían hecho amigos... Desde luego, a ella no la trataba de usted como a mí y le hablaba con bastante confianza.

—Eh... más o menos —le contestó la bruja, ruborizada.

¿Ruborizada? Pero si tenía novio y estaba loquita por él... Empecé a ver, desde otra perspectiva, por qué la gente se quejaba de mi *sex-appeal* súcubo (con lo útil que era para cazar...).

—Vale, Romeo, suficiente. —Intervine. Me miró como si no supiera qué quería decir con eso de «Romeo»—. Esta chica es mi amiga, mi bruja privada y no pienso dejar que pongas tus garras en su alma.

—¿Y si solo nos divertimos juntos y no toco su alma?

Noté cómo, a mi derecha, Marta se detenía, dejando de avanzar hacia la mesa. Yo no. Más bien aceleré el par de pasos que me faltaban y dejé sobre esta los platos con un movimiento demasiado brusco; parte del arroz se derramó sobre la madera. A continuación, avancé hacia él. El íncubo ni se movió; se mantuvo en su seductora y arrogante actitud. Era más mono cuando no tenía delante distracciones en forma de bocaditos humanos que lo volvieran gilipollas.

—Atzir'itz, ¿vamos a jugar a esto todos los días? Porque no estoy para tonterías.

—Como vos deseéis, mi señora. —Me sonrió dejándome ver un brillo peligroso en sus ojos.

Vaya si le había sentado mal irse de compras... Porque estaba claro que Atzir'itz, conmigo, era respetuoso pero se tomaba libertades que no debería, como sostenerme la mirada o sonreírme. No me temía, de acuerdo; pero el porqué era todo un misterio. Saqué mis garras.

—Deseo que no digas ni una sola palabra a lo largo de esta cena; es más, que no hables si yo no te lo ordeno —le conminé muy despacio y en voz baja mientras sujetaba su garganta con las afiladas uñas de la garra en la que se había transformado mi mano derecha.

Por toda respuesta, él continuó mirándome sin pestañear y sin decir palabra.

Bien. Eso era justo lo que quería. Mantuve mi presa y mis ojos clavados en los suyos hasta que bajó la mirada.

Y yo que pensaba que mi abuelo tenía mejor educada a su guardia... Pfff, ¡íncubos!

Cenamos en silencio. Marta de vez en cuando le echaba miraditas de reojo, como si fuera una quinceañera y yo, tuve que reconocerlo, comencé a fijarme de verdad en lo bueno que estaba el condenado, a verlo desde la perspectiva de mi parte humana. Porque yo era inmune a los poderes de seducción de mi raza y eso me había permitido no estar literalmente babeando por él desde que lo vi por primera vez. De acuerdo. Pero, ¡joder!, que no estaba ciega. Por eso, descubrí que estaba deseando más que nunca que Casio estuviera conmigo, a mi lado, para así poder hacerle el amor hasta que mi hambre de sexo quedase saciada.

No lo estaba. Una pena.

Así que, cuando acabamos de cenar y Marta se hubo marchado, le indiqué a Atzir'itz donde estaba la habitación de invitados. Después, le pasé una de mis maletas para que pudiera meter allí su recién comprada ropa y me fui a dar una ducha. Fría. Más que fría: gélida. Cómo apreciaba el sentido del humor de mi abuelo... porque seguro que a este tío lo había escogido a dedo.



Diario del padre Bruno.

Ya tengo mi señal. Tres de esos poseídos entraron anoche en la parroquia, en mi dormitorio, donde me sorprendieron mientras dormía, me sacaron a rastras de la cama, me inmovilizaron y me preguntaron qué querían la súcubo y la bruja.

¡La súcubo y la bruja!

Ahora entiendo por qué esa rubia logró despertar algún tipo de respuesta carnal en mí; lo que no sé es cómo no la detecté ya que suelo tener un sexto sentido para los siervos del maligno, uno que no me había fallado hasta ahora. En todo caso, es mi culpa y la asumo con humildad. Fui débil con ellas y débil cuando me apresaron los poseídos ya que por mi mente pasó el pensamiento de que las dos chicas deseaban el libro de Diana y, por ello, estaban camino del Vaticano. No dije ni una palabra, por supuesto; sin embargo, sorprendido como estaba por la revelación de que en esta casa del Señor había entrado un demonio de la carne, no bloqueé mi mente como me habían entrenado en la academia para hacerlo. Más aún, tuve la mala suerte de que uno de los poseídos no fuera tal sino un vampiro. Me leyó el pensamiento. Me di cuenta de inmediato, sentí su intrusión pero ya era tarde. Pese a estar inmovilizado en ambos brazos por los dos poseídos, me defendí. Habían cometido el error de no amordazarme y la palabra del Señor era toda la ayuda que yo necesitaba. Comencé a exorcizarlos. No se lo esperaban; me soltaron. El vampiro, que todavía estaba conectado a mi mente, sintió mi conexión con Él y eso lo dejó paralizado. Saqué el agua bendita y los rocié con ella mientras, despacio, sin dejar de rezar, me acerqué a mi cama, subí a ella y agarré el crucifijo que tengo colgado por una clavija en su cabecero.

Los demonios comenzaron a revolverse pero el realmente peligroso, el vampiro, estaba totalmente inmovilizado. Podía ver cómo sufría al estar en contacto con el Señor. Su cuerpo destellaba y una luz blanca salía por su boca, orejas, nariz y amenazaba con reventarle los ojos.

Mientras esquivaba a los poseídos, que no eran tan rápidos como deberían ya que el exorcismo los debilitaba, vi cómo esos globos oculares acababan cediendo, dejando salir dos torrentes de luz. Instantes después, su cuerpo entero se pulverizó. Incluso esos restos de tejido ocular sanguinolento que habían caído sobre mi rostro se convirtieron en polvo. Seguí orando. Me protegí con la cruz cuando los endemoniados intentaron saltar sobre mí y, finalmente, les eché las últimas gotas de agua bendita mientras mandaba a esos demonios al infierno.

Agotado, retrocedí un par de pasos y me senté sobre el colchón. Tres demonios. Había sido mucho más agotador que el exorcismo del otro día. Era más, este tipo de exorcismos grupales hacía siglos que un único sacerdote no era capaz de realizarlos. Delante de mí, en el suelo, los cuerpos de mis dos feligreses respiraban con normalidad; pronto despertarían.

Me levanté y me arrodillé en el suelo, con la cruz todavía sujeta entre mis manos. Sollocé mientras le daba las gracias a Dios. Tenía mi señal, tenía mi respuesta. Era hora de ir a Roma, al Vaticano, a detener a esas dos siervas del mal.



El vuelo, en primera clase, fue de lo más cómodo. Sillón reclinado, películas, champán... a veces daba gusto estar en mi piel.

En cuanto a Atzir'itz, el íncubo estuvo calladito todo el rato y, como se había sentado detrás de mí y de Marta, me ahorré tener que verlo. No era que me resultara incómodo sostenerle la mirada pero sí algo perturbador. He de reconocer que no me había encontrado antes con uno de los míos que fuera tan condenadamente bueno fingiendo tener emociones. Sí, fingiendo; no como algunas tías en la cama pero casi. Dudaba mucho que el demonio pudiera sentir poco más que alguna impronta básica que habría experimentado (y no comprendido) de las almas que tomaba. Por un momento, me pregunté si así de bueno mintiendo habría sido mi padre con mi madre.

La azafata, sin embargo, no pensaba como yo con respecto a Atzir'itz. Por ello, estuvo todo el viaje revoloteando a su alrededor. Agotador. Sobre todo porque este en ningún momento respondió a sus amables preguntas sobre si deseaba tomar algo. Con una sonrisa perversa, cerré los párpados y le reconocí que al menos el chico sabía cumplir una orden. En todo caso, la atención que llamaba sobre las humanas no era mi problema. Yo, con unas gafas de sol para disimular el tono demasiado claro de mis ojos azules y con un pañuelo que cubría mi cabeza y rodeaba mi cuello al estilo de algunas de las actrices de Hollywood de los años 60, intentaba pasar lo más desapercibida posible. Y era increíble pero lo conseguía. Con sinceridad, para mí era nuevo esto de estar junto a alguien con más sangre demoníaca seductora que yo, lo de no ser el centro de las miradas. Lo disfruté. Vaya que sí. Aproveché para relajarme escuchando música, viendo parte de una película y charlando con Marta. Un viaje de lo más agradable pero no os confundáis: habría preferido ahorrármelo. Sin embargo,

si pensáis que podría haberle pedido al demonio que nos llevara a través de un vórtice, me temo que la magia dimensional no funciona así. Es decir, había demonios (como los señores del séptimo infierno) que podían teleportarse a donde desearan mientras fuera dentro de un mismo plano. Ellos sí que en el tiempo que se tardaba en dar un chasquido con los dedos se habrían plantado en Roma. Sin embargo, los vórtices eran otro cantar. Al fin y al cabo, eran portales dimensionales y, como tales, implicaban un cambio de dimensión. Y no, no iba a pedirle a Atzir'itz que nos llevara a Emnj para luego abrir otro vórtice de allí hasta Roma, pues la magia necesaria para abrirlos, salvo que fueras tan asquerosamente poderoso como mi abuelo, era realmente agotadora. Dudaba mucho que el íncubo, por muy guardia personal que fuera, tuviera la capacidad de abrir dos seguidos. Claro que, yo conocía un campo, no demasiado lejos de mi casa, con un árbol que ocultaba un portal dimensional al plano de mi abuelo. Si lo hubiéramos usado para ir a Emnj, desde allí Atzir'itz nos podría haber intentado colar en el Vaticano. Ah... pero estábamos hablando del lugar donde los católicos se hacían fuertes frente a lo que ellos llamaban el mal. Y de la Orden. Nada me garantizaba que un vórtice nos fuera a servir; por eso, prefería tener un plan B listo para ser usado. Y, como dicho plan consistía en atravesar la muralla de un modo más tradicional, más humano, mejor íbamos primero a Roma. Y en avión, que dudaba mucho que Marta pudiera respirar el aire del sexto infierno, por no hablar de que mi abuelo no quería que ningún humano entrara allí sin un motivo justificado. Desde luego, ahorrarse un viaje no lo era. Así pues, volamos hacia nuestro destino y, una vez allí, tomamos un taxi hasta nuestro hotel, justo al ladito del muro por el que yo pretendía, si lo de los portales no funcionaba, colarme en el Vaticano.

El hotel, Rafaella, era un edificio pequeño, de pocas plantas, acogedor y dotado del mismo peculiar encanto del resto de las casas de la calle Vaticano. Su fachada, de ladrillo lacado en un suave tono anaranjado y con balcones de barrotes delicadamente torneados en piedra, nos dio la bienvenida conforme nos acercábamos. Su puerta, grande y de madera, estaba abierta y comunicaba con la recepción. Nada más entrar, una simpática señora nos tomó nota y dio las llaves de nuestras habitaciones. Mi impresión de que este hotel no se parecía a otros en los que había estado (impersonales, de pasillos interminables con su sempiterna moqueta roja...) se reforzó al salir del ascensor. El interior del edificio estaba decorado con un gusto muy femenino y personal, el cual, pese a ser algo anticuado, transmitía una agradable sensación. Mi habitación, una de las pocas de la segunda planta, no era muy grande pero compartía ese «algo» tan familiar, hogareño, que tenía el lugar y que te hacía sentirte casi como en casa. Y sí, mi habitación. Pese a que Marta me caía genial, mientras mi economía me lo permitiera yo prefería dormir sola. De hecho, solo había una persona (vampiro, mejor dicho) con quien me apeteciera compartir las noches. Por supuesto, no era Atzir'itz. A él le tuve que pagar otra habitación, qué remedio... La suya era la primera que te encontrabas tras salir del ascensor, la mía la siguiente y, la de Marta, la tercera. Si no fuera por un par más de puertas que había tras la de la

bruja, habríamos estado en familia.

Una vez en mi habitación, dejé la maleta sobre la cama y procedí a deshacerla. Tampoco era que me hubiera traído mucha ropa; lo realmente interesante era su fondo falso lleno de armas. Armas que habían pasado la aduana del aeropuerto sin problemas, ya que, hacía unos años, había pagado a Marta por esta maleta. Mi amiga no era quien la había encantado (lo siento por ella pero cuando yo buscaba un objeto mágico lo quería hecho por una bruja poderosa, ya que toda magia puede ser contrarrestada por alguien con más poder), pero sí quién me la había conseguido. Y pagué bien por ella, pero valía hasta el último céntimo. Sonriendo, abrí el doble fondo y comencé a sacar mis dagas y puñales, junto con sus fundas y los tahalíes con los que me los sujetaba a las caderas o a las piernas. La daga de mi abuelo, aquella cuya hoja llevaba runas labradas, me la metí en la bota derecha de manera mecánica. A continuación, continué con mi tarea. También había guardado en la maleta mi pequeña daga antimagia, la que a veces solía llevar escondida en el escote, y, cómo no, la semiautomática que me había comprado tras mi último encuentro con los mutados; además de munición y un par de granadas. Sí, granadas. Si había que ser bruta, mejor yo que ellos. Creo que ya había aprendido la lección de que los seres sobrenaturales también podían usar armas modernas.

Con todo esparcido sobre la bonita colcha roja de la cama 1,10 de la habitación, me puse a considerar cuáles me podría llevar para un primer acercamiento a nuestro objetivo, en un paseo hacia esa zona del Vaticano que no estaba abierta a los turistas. Porque, aunque todavía no pensaba colarme dentro, no me extrañaría nada que la orden tuviera algún tipo de detector para las armas mágicas como mi daga o para los seres demoníacos como yo. Lo normal sería que ese «detector» fuera un sacerdote capacitado para vernos pero, considerando lo rápido que avanzaba la tecnología humana, una no podía fiarse. Por eso, no tenía muy claro a cuánta distancia de los guardias podría llegar sin que me detectaran o si debería llevarme la daga que me había regalado mi abuelo. Es decir, que a lo mejor a esta, al ser un arma poderosa y antigua, podían detectarla con más facilidad que a mí, que al fin y al cabo ni siquiera era una demonio de auténtica; tan solo una mestiza. Y allí estaba, pensando que si tenía que pelear la daga sería una importante baza a la hora de mantenerme viva, cuando sonó mi móvil. Me acerqué a la mesita donde había dejado el bolso, lo abrí, lo cogí y le di al botón de aceptar la llamada. No tenía el número metido en la agenda, me pregunté quién sería.

—¿Klynth'Atz? —La voz de mi abuelo, masculina, poderosa e inconfundible, me llegó desde el otro lado de la línea.

Mejor no preguntar cómo cojones se las había apañado, no para tener mi número (pues solo tenía que pedírselo a mi padre), sino para telefonarme desde el sexto infierno. ¿Haciendo un pequeño vórtice justo para esta llamada, quizás? ¿Uno por donde su móvil y su boca cruzaran a nuestro plano? En fin, por lo menos no se había personificado en esta habitación, algo que sin duda podría hacer sin ningún esfuerzo,

como si el crear un portal no fuera algo que muy pocos demonios eran capaces de realizar.

—Buenas tardes, abuelo. ¿En qué puedo ayudarte?

En realidad quería preguntarle qué sabía de Casio pues, desde que había escuchado su voz, mi corazón se había puesto a palpar como un loco. La culpa era suya; pues por algo mi rey me había dicho que me lo haría saber en cuanto tuviera noticias sobre mi prometido. (De acuerdo, también que se pondría en contacto conmigo para darme instrucciones; pero algo que me encantaba de los sentimientos era su irracionalidad. Por eso, si mi abuelo me acaba de llamar tenía que ser porque me iba a hablar de Casio).

—Por ahora vas bien, no te llamo por eso.

—Dime.

—Se trata de tu triunviro: sé dónde está.

¡Lo sabía! Tenía tantas almas en su diezmo que alguna de ellas tenía que haberle dado alguna pista.

—¿Dónde? ¡Voy para allá!

Así, al tener frente a mí la posibilidad de volver a verle, a abrazarle, de escuchar su risa, me di cuenta de cómo había intentado no pensar en todo lo que lo echaba de menos y en el miedo que me daba la posibilidad de que lo mataran y no pudiera volver a estrecharlo jamás entre mis brazos.

Unos meses atrás habría dicho que el amor era una mierda y que te hacía débil. Ahora ya no. Ahora entendía por qué había muerto mi madre y, además, mis sentimientos por Casio, lejos de debilitarme, me volvían aún más fuerte. Por él, por salvarle, volvería al séptimo infierno, a ese yermo que hacía parecer infantil a cualquier pesadilla.

—No voy a decirte donde está hasta que acabes tu misión —me aseguró mi abuelo, ignorante de los pensamientos que me recorrían.

¿¡Qué!?! Contuve mis ganas de soltar un juramento, no era sabio enfadarse con mi rey.

—Pero si solo estoy ayudando a Marta —protesté en cambio—. Puedo ir un momento a por Casio y luego volver aquí.

—No. Primero encárgate del grimorio de tu amiga y luego ya te diré dónde está el vampiro. Tranquila, que ya he mandado a uno de los míos para vigilar que no le hagan nada. Por ahora lo tienen inmovilizado. Nada más. Ni siquiera le han torturado. Un poco decepcionantes esos mutados, ¿verdad?

No sabía si reír o llorar. ¡Qué más me daba que los mutados conocieran cómo se suponía que uno trataba a sus prisioneros o no! Lo que yo quería era a Casio. Pero, ante todo, debía obedecer a mi abuelo. Me costó mucho esfuerzo no saltar, contenerme, respirar hondo y centrarme en cualquier cosa que no fuera exigirle a mi señor que me dijera dónde estaba mi amado. Jodido, pero yo ya tenía mucho más control emocional que el casi nulo de antes de mi mayoría de edad.

—Muy bien, abuelo —le dije al cabo de un par de minutos—. Entonces lo rescataré en cuanto acabe lo de Marta.

—Vamos, Klynth'Atz, que solo es un vampiro. No hay para tanto... Una súcubo lista disfrutaría de él, se aprovecharía de él, pero no le entregaría su alma.

Vaaale, así que era eso... Tampoco era que le hubiera entregado mi corazón o mi alma de manera literal, pero entendía ese modo de verlo. Pues muy bien, abuelo, pagaría mi penitencia de paciencia. Quizás tus planes hubieran sido que yo me aprovechara de él, no que nos prometiéramos. Mala suerte.

—No elegí de quién enamorarme, abuelo.

—Lo sé... Hasta un arma como tú tenía que tener algún defecto. En fin, suerte con lo del grimorio, Klynth'Atz.

—Gracias, abuelo. Imagino que hasta pronto.

—Por supuesto.

Más que colgarse la llamada, su móvil dejó de repente de estar dentro de una señal de cobertura. ¿Qué había hecho?, ¿cerrar el vórtice junto al cual lo tenía? Ni idea. Me centré en que Casio estaba bien, no le habían hecho nada. Sin embargo, el problema era que no le habían hecho nada todavía. Además, yo tampoco sabía si el demonio que había mandado mi abuelo a vigilarlo atacaría en el caso de que intentaran torturarlo o tan solo si iban a matarlo.

Ahora más que nunca, había que darse prisa con el encargo de Marta. Así que me vestí con una camiseta, jersey y minifalda (intentaría pasar por una turista). Mis botas, por supuesto, con mi daga y un puñal ocultos en las fundas que tenían cosidas por dentro. Esta vez no cogí la pistola, aunque estuve tentada de meterla en un bolsillo de la cazadora. En fin, me maquillé un poco (no era que lo necesitara pero así destacaría menos al lado de Marta, quien siempre solía ponerse un poco de sombra de ojos, rimmel, colorete y pintalabios), cogí mi bolso, metí dentro la tarjeta de la habitación y salí al amplio pasillo del hotel para llamar con los nudillos a la estancia de al lado.

—Marta. —Acompañé con mi voz a los golpecitos en su puerta.

—¡Un momento! —me gritó.

Debí de haberla pillado en la ducha porque el momento fueron algo más de un par de minutos y, cuando por fin me abrió, llevaba una toalla enrollada alrededor de la cabeza, para no gotear con el pelo húmedo.

—Marta, date prisa —le dije mientras enarcaba una ceja al verla así—. Necesito que salgamos lo antes posible.

—¿Y eso? ¿No decías que podíamos descansar un poco del viaje?

—Eso era antes de que me llamara mi abuelo y me contara que sabe dónde está preso Casio.

—¿Está bien? —se preocupó.

—Sí, está bien por ahora.

—¿Y por qué no vas? Mi grimorio no se va a mover del almacén donde lo tienen

guardado.

—Porque mi abuelo no quiere decirme dónde está hasta que acabemos con lo tuyo.

—Ops... eso es una putada. Dame unos minutos que me seco un poco el pelo, me visto con algo más decente y vamos.

Porque tras la ducha se había puesto una camisola, nada con lo que fuera a salir a la calle.

—La ropa menos gótica que tengas, por favor. Aquí no quiero destacar.

—¡Ja! ¿Y el ícubo?

—A ese lo dejamos en el hotel. Esto es solo un reconocimiento rápido del terreno.

—Vale, voy volando, ¿pasas?

Se apartó del umbral para dejarme espacio.

—No, mejor me voy a informar a Atzir'itz de que él se queda aquí hasta que volvamos. Vamos, que si tiene hambre, aproveche, se desmaterialice y se vaya a otro lado (aquí no) a tirarse y comerse a alguien.

Al escucharme, Marta arrugó la nariz con desagrado.

—Buf. Me había olvidado del final nada feliz que supone acostarse con un pedazo de tío como él. Menos mal que mi Daniel no tiene ese complejo de viuda negra. —Se echó a reír.

—Shhh, no tan fuerte, que el condenado tiene un buen oído. —Sonreí a mi vez y me despedí para ir a avisar al ícubo.

El cual no se tomó muy bien lo de dejarnos solas pero no le quedó más remedio. Yo era su superior y una orden era una orden.

(En cuanto a esa actitud tan puñetera y desafiante que tenía a veces, de verdad que pensaba sacar el tema con mi abuelo cuando todo esto acabara y fuera a hacerle una visita a su castillo. Porque no me cuadraba nada).



Marta y yo salimos del hotel Rafaella y, nada más pisar la calle, nos encontramos en frente de una de las murallas de piedra que rodeaban al Vaticano; en concreto, la de la parte de atrás. Por parte trasera me refiero a la zona de los jardines, ese terreno que ocupaba más o menos la mitad del estado y donde se ubicaban el palacio del Papa, la sede de las hermanas Custodia di Sangue y la de la orden de los Illuminato. Sinceramente, a estos últimos les pegaba el nombre de iluminados; al menos a mí me lo parecían por cómo tomaban como verdad absoluta todo lo que su dios les decía, sin cuestionarlo. Mientras bromeaba con Marta acerca de estos «iluminados», cruzamos la calzada y nos acercamos al muro. Era alto, de acuerdo, pero yo ya veía zonas en su piedra por donde no sería demasiado difícil trepar. Le indiqué a Marta que diéramos un paseo rodeándolo y, a los pocos minutos, encontré una esquina donde la tierra se había acumulado a lo largo de los siglos (cosas de la lluvia y del viento, imaginé). Sonreí. Gracias a esa pequeña elevación del terreno, nos ahorraríamos cerca de un par de metros de altura de muralla. Por encima, había un árbol cuyas ramas sobresalían a este lado del muro. Perfecto. Había también cámaras grabando, de acuerdo, pero sería sencillo evitarlas. Me tomé nota de la altura de la calle y continuamos caminando. Cuando llegamos a la calle Paolo VI, que rodeaba por afuera la plaza de San Pedro, mi amiga me comentó que era una pena que la muralla no nos dejara ver la balaustrada de columnas que había al otro lado; pues había escuchado que eran impresionantes. Por suerte para su curiosidad, callejamos un poco hasta la cercana vía de la Conciliazione, la cual desembocaba en el único punto de entrada al Vaticano. Hubo un tiempo en el cual las murallas no rodeaban por completo al estado pero, desde la Inquisición y el descubrimiento por parte de la Iglesia del mundo

sobrenatural, estas tan solo dejaban paso franco donde dicha calle acababa en la plaza del Papa Pío XII, la cual estaba anexa a la famosa plaza de San Pedro.

Al llegar a los controles de entrada, en la plaza del Papa Pío XII, tuvimos que ponernos a la cola pues no éramos las únicas que deseábamos entrar. Lógico, ya que una parte importante de los ingresos del estado venían del turismo. La otra, por supuesto, de las iglesias católicas de Europa. Mantener a la guardia suiza, a las hermanas sangrientas y a los iluminados no era precisamente barato. Considerando que el Papa los mandaba allí donde hicieran falta, todas las iglesias debían contribuir con aportaciones económicas.

Sin embargo, no esperamos a que nos tocara el turno. Mis dudas, sobre si yo o la daga de mi abuelo haríamos saltar algún tipo de alarma o de detector de magia, acabaron siendo más fuertes que mi curiosidad por ver cuántos guardias tenían dentro. Me limité a comprobar que por aquí no sería buena idea entrar esta noche. Mejor por el punto que había encontrado en la muralla. Así pues, saqué a Marta de la cola y le conté mis dudas.

—¿Y si entro yo sola? Mientras no haga magia, no creo que puedan detectar nada raro en mí. Al fin y al cabo, soy humana.

—Tentador, pero mejor no —le contesté—. No me gusta la idea de separarnos. Este lugar es peligroso. Es la sede de poder de demasiados creyentes. Mejor todos juntos esta noche.

—Como veas. —Se encogió de hombros, aunque vi que se quedó con las ganas de echar un vistazo a la famosa plaza de San Pedro y a su basílica.

Mala suerte. Pero no me daba ninguna pena ya que esto no era un viaje de placer, sino una misión para encontrar su grimorio.

Comenzamos a caminar de vuelta al hotel, rodeando la muralla por la zona donde todavía no habíamos estado. Al cabo de un rato, la conversación languideció y continuamos en silencio. Por el momento, no habíamos visto ningún punto mejor que el que estaba tan solo a unos trescientos metros del hotel. En algún momento de nuestro largo paseo me sonó el teléfono. Decididamente, con este volumen de llamadas, esta noche, cuando fuéramos a por el grimorio, más me valía ponerlo en silencio. Al fin y al cabo, la única llamada que me interesaba sería la de mi abuelo si este quisiera contarme algo sobre Casio. En dicho caso, yo estaba segura de que él sería capaz de comunicarse conmigo con o sin teléfono. Al cuarto pitido saqué el móvil del bolso, me fijé el número que parpadeaba en la pantalla, suavicé mi expresión con una sonrisa y contesté.

—Hola, Marcos —le saludé.

Marta sonrió también al darse cuenta de quién se trataba.

Mi sobrino era un encanto. Un chico dulce y apegado a su familia que me había pedido ayuda para rescatar a su madre, mi hermana. Y pensar que, hasta hacía unos pocos meses, yo ni sabía que existían... Por suerte, él me había encontrado y, en este tiempo, se había convertido en un buen amigo, tanto mío como de Marta.

—Violeta, ¡me alegro de oírte!

—Pero si me has llamado tú.

—Sí, y te echo de menos, tía. Últimamente estás tan liada con eso de la guerra que apenas te he visto una vez en las últimas dos semanas.

¡Oh, qué mono! Claro que, desde aquella primera vez en la que quiso tocar mis cuernos como si fueran los de un gatito, yo ya sabía que Marcos tenía algo especial.

—Bueno, imagino que en unos días estaré un poco más libre y podremos quedar para comer.

—Me apunto —me susurró Marta, gesticulando para que me fijara en ella.

Le hice una seña con el dedo de que la había escuchado.

—Mira —añadí—, Marta se apunta.

—¿Estás con ella? —me preguntó Marcos.

—Sí, en Roma, trabajando.

—Vale. Es que te llamo por eso. La he llamado primero a ella pero no me coge el teléfono.

—Un segundo. —Separé el teléfono de mi boca y miré a mi amiga—. ¿Llevas el teléfono encima? —le pregunté.

—Sí, pero en silencio.

Chica lista, que al fin y al cabo estábamos trabajando. Volví a acercar el móvil a mi rostro.

—¿Lo has oído? —le dije a Marcos.

—Sí.

—Vale, ¿te la paso?

—No, es igual. Tú se lo cuentas, que a ti también te interesa, imagino.

—Dime.

Le hice a Marta un gesto para que aguardara, pues estaba susurrándome un «¿qué ocurre?». Como estábamos en la calle, pasaba de poner el altavoz; mejor luego se lo contaba.

—Verás, acabo de pasarme por el piso de Marta porque el otro día, mientras acompañaba a una compañera de clase a buscarle un regalo de cumpleaños a una amiga, pasamos por delante de una de esas tiendas que tanto le gustan a Marta y mi compañera, que vio unos pendientes muy chulos en el escaparate, entró. El caso es que, mientras ella hablaba con la dependienta, yo vi un broche muy bonito. Una rosa negra con plumas y tiras de encaje. Nada más verla, me dije que seguro que a Marta le encantaría para prenderlo en alguno de sus jerséis o faldas. Así que la cogí y hoy, a la salida de la uni, me pasé por su casa para darle una sorpresa. Si eso, otra vez que os vayáis de viaje avisa.

Sí, este era Marcos, el sobrino que me había ayudado a integrar mis dos partes, la demoníaca y la humana. Considerando lo majo que era, no era de extrañar.

—Lo veo difícil, ya sabes que desde que mi abuelo decidió prepararse para la guerra tomándonos a todos por peones de ajedrez y mandándonos en diferentes

misiones... pues eso, que lo raro es pillarme en casa.

—Tía, que no te lo decía en serio. Ya sé que una parte de mi familia es una princesa demonio de lo más ocupada —medio bromeó, medio se burló.

A él no se lo tenía en cuenta.

—Venga, dime qué ocurre.

—Pues que cuando salí del ascensor había una mujer pintando algo en su puerta.

—¿Qué? —Me extrañé.

—Sí. No sé qué pintaba porque era como si la tinta, roja, se desvaneciera al poco de pasar su mano sobre la madera. Yo la vi deslizándose toda su palma hacia abajo y luego ir hacia arriba, como si dibujara un trazo vertical y un ángulo de unos treinta grados. Entonces dejé de quedármela mirando y le pregunté que qué hacía. Se giró. Tendría unos treinta y muchos y vestía parecido a como a veces va Marta pero más siniestro. Ya sabes, con más cuero y pinchos y tatuajes y eso. Es más, llevaba el ombligo al descubierto y una fea cicatriz le cruzaba el vientre, a juego con la que lucía en el rostro. Me miró de muy malos modos, me dio hasta miedo.

«Joder, pues para que algo le diera miedo a mi sobrino tenía que ser terrible, porque el tener una tía súcubo no se lo había dado mucho, no...», ironicé para mí.

—¿Te dijo algo?

—Sí, me insultó. Me preguntó qué quién era yo para poder verla. Casi hasta me golpea, pero se lo pensó mejor y se fue corriendo escaleras abajo. Lo siento pero, estaba tan sorprendido que ni la seguí. Y no vi nada en la puerta pero yo que Marta lo miraba con magia o la lavaba con agua y jabón, por si acaso.

—Joder. Veo que hice bien en darte ese saquito. Lo llevabas contigo, ¿verdad?

Se trataba de un amuleto de protección contra los hechizos más básicos, esos que hacían las brujas para afectar a simples humanos sin poderes. Para variar, pagué bien por él, así que imagino que lo hizo alguien más poderoso que esa bruja. La cual, por sus cicatrices, bien que podía ser una snake ya que ellas eran el único clan que se enorgullecían de sus «marcas de guerra», como las llamaban, y no se las quitaban con un hechizo de curación. Era más, considerando el lugar en el que estaban, me apostaría el alma de mi desayuno a que era cierta camarera del Samhain...

—Sí, en la cartera y esta en el bolsillo.

—Me alegro. ¿Dónde estás ahora?

—En la cafetería de la esquina. Necesitaba sentarme después de esto.

—Vale, pues cuando salgas vete directo a la universidad y ve siempre por calles frecuentadas. No creo que te haga nada. Es más, las brujas, cuando juegan sucio, se la juegan si las pillan. Pero, como ya sabes, es más seguro si estás rodeado de gente, de posibles testigos.

—Tranquila, tía. Tendré cuidado. Y cuidaos también vosotras.

—Eso dalo por hecho. Venga, un abrazo, Marcos. Te llamo cuando volvamos a casa.

—Genial. Besos, tía. Dale recuerdos a Marta.

Colgué y se los di a la aludida, que estaba mirándome llena de curiosidad. Sin elevar demasiado la voz, pues esta conversación no les interesaba a las personas con las que nos cruzábamos, se lo conté. Marta se enfadó bastante al escuchar lo de la snake.

—¿Sabes qué podía estar pintándote? —le pregunté una vez hube acabado de relatárselo todo.

—¡A saber! Pero ese tipo de tintura que se vuelve invisible suele ser sangre de cerdo que ha sido hechizada. Se usa desde para poner una marca de ataque hasta para un hechizo.

—Uf, no suena bien. ¿Qué es una marca de ataque?

—Una señal que marca mi casa de tal manera que un tipo concreto de demonios menores van a por mí cuando ella lo ordena. O también puede ser para un ataque de brujas desde el plano astral, ya que marca el destino.

—¿Brujas llamando a demonios?, ¿en serio?

Esto era nuevo. Vale que en la Inquisición las acusaran de ello pero yo nunca me lo había creído.

—Solo a los más pequeños, esos que los demás soléis usar de esclavos, pero funciona de maravilla para asaltar una casa.

—Entiendo que esto les puede resultar útil para acabar con la matriarca de una casa rival. Pero tú no eres matriarca y las moon-wolf estáis al final de la cola. Nadie va a querer atacaros.

—Eso mismo digo yo. Así que, cuando lleguemos, averiguaré qué me ha pintado. Quizás sea algún tipo de hechizo. Hasta entonces, nada puedo hacer excepto dar gracias por la suerte de que Marcos la pillara. Y llamar a mi novio. No quiero que se acerque a mi piso, por si acaso.

—De acuerdo. Llámale ahora, mientras caminamos. Yo voy a seguir puliendo los detalles de mi plan.

—Gracias.

Marta sacó su móvil y telefoneó a Daniel. Yo me abstraí de la conversación, centrándome en cómo íbamos a introducirnos esta noche en el Vaticano. Cuando llegamos al hotel, no habíamos visto ningún punto de entrada mejor que el que ya teníamos fichado. En realidad, como ya os he contado, prefería intentar primero algo más directo que trepar una muralla; pero me gustaba tener ese as en la manga por si acaso. Tras salir del ascensor, dejé a mi amiga en la puerta de su habitación y yo, en vez de dirigirme a la mía, le dije que iba a explicarle a Atzir'itz por dónde pensábamos entrar.

—Tienes suerte de ser demonio —me contestó con una sonrisa descarada, a la vez que sus rasgos se iluminaban al escuchar hablar de nuestro compañero—. Ese íncubo tiene demasiado poder. Madre mía, si hasta a mí que tengo novio me revoluciona.

—Sí, tengo suerte. —Estuve de acuerdo.

Si Marta supiera que ya había fantaseado con arrancarle la ropa...

En fin, mejor que nunca se enterara Casio o iba a pedirle su cabeza a mi abuelo porque este romano de más de dos mil años de edad era bastante celoso sobre lo que consideraba de su propiedad.

Sin apetecerme demasiado, caminé el par de metros de pasillo que me separaban de la habitación de Atzir'itz y llamé con los nudillos a su puerta. En seguida oí sus pasos fuertes sobre el suelo y él me abrió la puerta. Llevaba sus botas (Marta no había considerado necesario comprarle calzado) medio ocultas por unos vaqueros y nada de cintura para arriba. Otra vez. Era complicado meterle a este en la cabezota que en la Tierra uno no podía ir como en casa.

—¿Por qué no llevas un jersey o algo? —le pregunté pasando de saludarle.

—¿Debería? ¿Quizás os turba verme así? —Me obsequió con una de las sonrisas que sin duda reservaba para sus presas.

O para todo el género femenino, porque era lo que parecía por cómo se comportaba. Cerré la puerta a mis espaldas y decidí ser directa.

—¿Qué pasa? ¿Es que mi abuelo te ha dicho que tienes que aparearte conmigo?

No funcionó. Continuó mirándome de igual modo.

—No, pero no me disgustaría, mi señora.

Decididamente, estaba mejor calladito. Quién me mandaría preguntarle...

—Déjame pasar. Esta noche vamos a por el libro y ya no necesitaré más tus servicios.

Se hizo a un lado sin dejar de mirarme, sin dejar de sugerirme con su postura y su modo de observarme al pasar al lado suyo, qué otro tipo de servicios podría ofrecerme. ¡Oh, por favor! ¿Cómo era posible querer a alguien y, al mismo tiempo, acelerárseme el corazón al pensar en todo lo que alguien de mi raza paterna podría hacer por mí? Notaba mis latidos más rápidos, mi respiración algo entrecortada, mi boca secándose como si anticipara una jugosa ración de sexo. Él era un incubo, un ser creado para el placer. Y ambos, sin alma, podríamos deleitarnos eternamente el uno el otro con total libertad. Nada estaría prohibido, nada sería demasiado excitante para nuestras mutuas naturalezas demoníacas e insaciables... ¡Joder, abuelo! ¿Para qué cojones me habías mandado a este tío que, en vez de quedarse mirando de manera sumisa al suelo, me retaba con sus ojos, su boca irreverente y ese pedazo de cuerpo? ¿Para que me recordara que Casio todavía se contenía conmigo? ¿Que pese a que yo tenía acceso al pozo de todas las almas el tío aún se pensaba que si se pasaba bebiendo de mi sangre, dejándose llevar por la lujuria, yo no sería capaz de defenderme y amanecería desangrada y muerta a su lado?

¿Era por eso? ¿Porque en el fondo mi prometido no era capaz de satisfacerme y por eso yo me dedicaba ahora a dejarme influenciar por el aura de seducción de este demonio?

Me recriminé duramente mi actitud y caminé hasta el final de la habitación, hasta la cortina abierta que daba a un pequeño balcón. Y, allí, respiré hondo hasta conseguir calmarme. En cuanto a ese puñetero incubo, lo sentía detrás de mí, muy cerca, tanto

que si me giraba estaba segura de que mi aliento quedaría a pocos centímetros del suyo y me resultaría demasiado sencillo hundir mis dedos en su largo pelo y atraer su cabeza hacia la mía, hundirme en su boca mientras mis caderas buscaran las suyas.

¡Joder! Ya valía.

Me centré en mi respiración. Entonces me di cuenta de que esto me recordaba otro momento, uno el cual yo salía del baño, en mi antiguo piso, y Casio estaba allí. Uno donde él me había enfadado tanto que me centré en mi respiración para calmarme y no funcionó: salté contra él para matarlo. Esa imagen, ese recuerdo, me ayudó a centrarme. Yo no sabía por qué amaba a Casio, seguramente porque había sido una figura poderosa desde que, recién salida de la infancia, mi padre «asesinado» me abandonó en la Tierra. Estaba perdida, solo quería acabar con los que mataron a mi madre y el vampiro apareció allí para salvarme, para darme su apoyo e incluso un trabajo como cazarrecompensas. Desde mi perspectiva de cría, Casio me pareció muy maduro y adulto. Señor, era tan *sexy* y seguro de sí mismo... El que me dirigiera la palabra, él, un ser de más de dos mil años de edad, fue un subidón (vale, mi abuelo tenía eones pero yo me influenciaba por poco por aquel entonces). Sus constantes insinuaciones de carácter sexual sobre lo que podría hacer conmigo cuando yo creciera... bueno, dejémoslo en que creía que me irritaban pero en realidad me ponían la miel en la boca para luego quitármela. Y, además, era amable conmigo. Viniendo de un plano donde solo conocía la distante majestad de mi abuelo, los castigos de mi padre, el desdén de otros demonios (lo de temerme por ser quien era fue posterior) y las torturas de mis tíos (sobre todo de uno de ellos, del cual ya me había encargado), Casio lo tuvo sencillo para enamorarme. Un amor que los humanos llamarían adolescente o juvenil, de acuerdo. Pero ello no quitaba para que fuera un amor fuerte, pasional, inmortal y para siempre. No pensaba tirarlo por la borda porque se me ofreciera un íncubo que no tenía demasiado claro cuál era su lugar. Yo era, y sería siempre, la mujer de Casio; un guerrero lo suficientemente fuerte, antiguo y poderoso como para luchar a mi lado.

—Aléjate un par de pasos hacia atrás, Atzir'itz —le ordené con voz seria.

Él así lo hizo pero al mismo tiempo se atrevió a preguntarme:

—¿Acaso os pongo nerviosa, mi señora?

Sonreí con frialdad. Había conseguido volver a ser yo, nada de verme distraída por imágenes de cuerpos desnudos en la oscuridad.

—En realidad, lo que haces es aburrirme.

Tomé un poco de alma y me di la vuelta con abrumadora rapidez. Él, de natural, era más rápido y fuerte que yo pero solo tenía acceso a un alma (la de su última comida) mientras que yo a muchas. Por eso, podía permitirme gastarlas en esto. Así pues, aunque me vio venir no pudo hacer nada y enseguida lo agarré por el cuello, con mis dedos clavados bajo ambos lados de su mandíbula. Elevé el brazo y continué avanzando a toda velocidad. Atravesé la habitación en línea recta y también el pequeño pasillo que daba al baño. Lo estampé contra la puerta de entrada, la cual

tembló en su marco. Atzir'itz, por supuesto, no se defendió. Si lo hubiera hecho, lo habría castigado duramente o matado. Podía hacerlo. No se desafía la autoridad de la nieta de tu rey y, además, uno de los pocos generales de sus ejércitos. Imaginé que, como siempre que estaba en la Tierra, me ablandaba. Mi parte humana era más fuerte aquí al igual que la demoníaca lo era en los infiernos. Allí no le habría permitido llegar tan lejos, habría hecho esto en el primer momento y, si hubiera habido otros demonios presentes, entonces tendría que habérmelo cargado.

Mi abuelo reina porque le temen. Porque es el hijo de puta más cruel, fuerte e imaginativo torturando del sexto plano. No se esperaba otra cosa de mí.

—Atzir'itz, estoy cansada de ver íncubos en la corte de mi abuelo. Tú no eres ni el más atractivo ni el más apetitoso. Y, desde luego, no pienso aguantar ni uno más de tus intentos de seducción. ¿Ha quedado claro?

Mis ojos relampagueaban en ámbar. Los suyos no. Estaban fijos en los míos y no parecían muy sumisos pero, por suerte para él, no los tornó ámbar. Eso sí que habría sido un desafío que no pensaba tolerarle. Eran del mismo gris profundo que hacía unos segundos. Un gris vetado, de diferentes tonos, que indicaba que no pertenecía a un ser de este plano. Sin embargo, ya no parecían querer devorarme, arder en llamas con deseo. Más bien me miraban como si yo fuera aún más interesante que antes pero, a causa de lo que acababa de decirle, no pudieran más que quedarse a la espera, igual que lo haría un predador, buscando otro momento para atacar a su presa. Endurecí mi expresión y no lo solté. No le vi ceder pero, sin embargo, acataba mi voluntad. Lo solté, de golpe. Sus pies golpearon el suelo con elegancia, sin acusar en lo más mínimo la pequeña caída de poco más de un palmo. Se quedó allí, con esa expresión agazapada en su mirada, aguardando mis órdenes. Me relajé. Retrocedí un paso y comencé a explicarle:

—A las dos de la madrugada en punto vendrás a mi habitación. —No hizo ningún comentario sobre ello, así que íbamos bien—. Marta y yo te estaremos esperando. Una vez allí, iremos todos juntos a ese callejón que tú y yo conocemos. —Pude ver por sus ojos que sabía a cuál me refería. Lo imagina, al ser un guardia personal de mi abuelo. Este, en su estanque lleno de vórtices, había creado una serie de portales a la mayoría de las principales ciudades de la Tierra. Roma era una de ellas. Y si bien no todos los íncubos conocían dónde estaban ocultos los accesos a dichos vórtices, tanto la familia real como los soldados más allegados a mi rey sí lo sabíamos—. Una vez en el callejón, iremos a Emnj y, desde allí, tú abrirás un vórtice y nos llevarás a ambas dentro de la cámara donde la Orden almacena sus pertenencias valiosas. Si por un casual no pudieras porque estuviera protegida contra este tipo de entrada, nos llevarás al sitio más próximo posible dentro del edificio. Si tampoco pudieras, abrirás el vórtice donde puedas dentro del Vaticano; cuanto más cerca de nuestro objetivo, mejor. En el caso de que no te fuera posible, Marta y yo hemos visto un punto en las murallas que será sencillo de saltar.

Dudaba mucho que esto último fuera necesario, pero estábamos hablando de la

Orden. Yo estaba segura de que tenían todo tipo de protecciones contra demonios y no descartaba el que hubieran logrado defenderse de este tipo de intrusiones. Por eso, por si el vórtice no servía, prefería tener un plan B listo para ser usado. Hablar del Vaticano era utilizar palabras mayores. Me infundía mucho respeto. Eso no quería decir que no tuviera esperanzas en que Atzir'itz lograra colarnos dentro. Al fin y al cabo, toda magia tenía un precio, también la divina. Por eso dudaba mucho que un tipo de protección tan poderosa, una que impidiera los portales, pudieran aplicarla a un edificio entero; menos aún a todo el Vaticano. Los curas eran más de usar la palabra de su dios para exorcismos y bendiciones. Las protecciones contra el mal eran para ellos algo mucho más complicado. Esto se debía a que, en bendiciones y exorcismos, casi todo el poder venía de la palabra de su señor y el resto de sus propias fuerzas físicas. Sin embargo, por lo que me había contado mi padre antes de irse en su misión al tercer plano, con las protecciones ese porcentaje se invertía y era de su propio cuerpo de donde salía casi todo el poder. Por ello, para que fueran efectivas necesitaban a muchos sacerdotes orando a la vez; más a mayor superficie a proteger contra el mal. Y, por supuesto, ya dependería de la magia que allí habían depositado si el guardia personal de mi abuelo podría superar esa barrera o no. Lo veríamos esta noche, pues no quería arriesgarme a hacer sonar alguna alarma mandándole un tanteo previo.

—De acuerdo, mi señora.

Sus palabras eran corteses pero su cuerpo estaba en la misma tensión que sus ojos. Pues si de verdad esperaba el momento para volver a intentar seducirme, lo llevaba claro.

—¿Has estudiado los planos que te he pasado sobre la zona interna del Vaticano? ¿El palacio papal, los jardines y las academias tanto de hermanas sangrientas como de la orden de los Illuminato?

—Sí.

Perfecto.

—Muy bien, Atzir'itz. Ahora aparta de la puerta que tengo que salir.

Contuve mis ganas de sonreírle puñetera. No quería darle ninguna excusa que le hiciera pensar que estaba relajando mi autoridad. Él, por su parte, respiró hondo y, con mucho cuidado de no rozarme, se apartó, colocándose a mi derecha, su espalda contra la pared. No miraba al suelo en plan sumiso ni me observaba con el temor al que últimamente me había acostumbrado, pero serviría.

Abrí la puerta y salí de su habitación. Al cerrarse la puerta a mis espaldas sentí la tentación de apoyarme contra esta y suspirar. Joder. Había qué ver lo que me ablandaba este plano. Dichoso íncubo que tenía ganas de complicarlo todo...



Al principio fue sencillo. A las dos de la madrugada Marta y Atzir'itz vinieron a mi habitación.

Yo ya estaba vestida y preparada, con una de mis viejas faldas retocadas por la modista. Es decir, unos meses atrás, antes de pasar de manera súbita de tener un cuerpo de quince a uno de veintipocos, yo tenía una serie de faldas muy cómodas para el combate. Ajustadas a mis caderas, caían a peso y estaban rajadas, de tal manera que las piezas de tela servían para ocultar las múltiples fundas que yo abrochaba a mis muslos pero no me impedían ni el movimiento ni la carrera. Como se me habían quedado pequeñas, volví a la modista para que las arreglara. Lo mejor de todo fue que no tuve que nublarle la mente, pues en ningún momento creyó que fuera yo, sino una amiga a la que «esa jovencita tan agradable» (¡ja!, yo sabía que me odiaba como todas las demás, pero hay que reconocerle que sabía ser hipócrita) le prestaba su ropa. Así pues, me había traído un par de estas faldas en la maleta, al igual que la camiseta y el chaleco antibalas que llevaba puestos. ¿Qué si tenía la suerte de pillar a un vampiro o a una criatura capaz de regenerarse, yo misma podría curarme si me pegaban un tiro? Hombre... visto así... Pues no: mejor el chaleco, que lo más parecido que tenía a dioses de los que depender era mi abuelo, y este seguro que aprobaría mi elección.

Entonces, llevaba los muslos rodeados por el cuero de varios tahalíes donde había metido cuatro cuchillos; más uno en mi bota izquierda y mi daga favorita en la derecha. Una camiseta. El chaleco. Otra camiseta más holgada para ocultarlo. Una cartuchera sobre la cadera pero llena de pequeños viales de agua bendita (los que usaban en los laboratorios químicos de análisis me venían de miedo: eran perfectos

en tamaño y se rompían bien cuando los lanzaba contra algo duro). ¿Y que para qué quería yo esos viales si no iba a cazar vampiros? Por precaución. A ver si la Iglesia iba a estar compinchada con los mutados, o estos me vigilaban y seguían y me encontraba con unos cuantos de regalo. Porque, lo que era para los demonios no terrenales, los de los planos, el agua bendita no valía una mierda si no la estaba usando en esos momentos un cura que creyera en ella. Sin embargo, con un vampiro mis viales funcionarían sin problemas. Además, yo llevaba un jersey amplio, de lana, que tapaba la cartuchera y, junto con mi cazadora, me protegería del frío de febrero. Por supuesto, por eso de ser más bruta que ellos, me había cogido las granadas, enganchadas al cinturón. Tampoco había olvidado mi semiautomática y unos cuantos cargadores. Mi pistola era una HK P8 alemana, que admitía quince cartuchos en el cargador más uno en recámara. De lo más interesante si querías disparar un buen número de tiros sin tener que recargar. Y, por último, había recogido mi largo cabello platino en una trenza. Lo único que no me llevaba era la daga antimagia, ya que solo funcionaba con hechizos de brujas y, teniendo a Arianrhod como aliada, seguro que eso, en el Vaticano, no me lo encontraba.

Cuando Atzir'itz entró a mi habitación, nos echó un rápido vistazo a las dos. Marta, a diferencia de mí, llevaba unos vaqueros ceñidos y un jersey oscuro de cuello alto. Su pelo se lo había recogido en una coleta y llevaba en la mano tanto su abrigo como una mochila vacía. Imaginé que esta última sería para el libro. En todo caso, para ser una humana sin poderes de seducción, era bastante guapa; sin embargo, el íncubo la ignoró. Le diría que bien hecho, que por fin me hacía caso; pero en realidad fue porque clavó sus ojos oscuros en mí, dándome un buen repaso de abajo a arriba. No sé cómo, pero logró hacerlo sin que ni su cuerpo ni su rostro reflejaran en ningún momento lo que estaba disfrutando recreándose en mi aspecto. Aunque esas pupilas dilatadas y esa leve, apenas perceptible sonrisa que curvaba sus labios, junto con toda su aura gritándome que quería hacerme suya (porque sí, si quemaba alma podía verla), no me gustaron nada. El guardia de mi abuelo me obedecía, se contenía, pero seguía dejándome claros sus deseos.

En fin, por lo menos, aunque no acusara el frío esta vez él se había puesto algo de cintura para arriba: una de las camisas que le había comprado Marta con mi dinero. Le quedaba bien, demasiado bien; aunque eso no era algo que ahora me importara ya que estaba en medio de una cacería. No de vampiros sino de un libro, pero cacería al fin y al cabo.

—¿Te gusta lo que ves? —le pregunté con tono seco y continué hablando antes de que pudiera contestarme—. No te he llamado para que me gastes mirándome, sino para que abras una puerta. ¿Llevas lo que necesitas?

—Mi señora, siempre llevo lo que necesito. ¿Queréis comprobarlo?

Sus palabras fueron suaves e invitadoras, con un leve tono burlón, como si se estuviera riendo de mí, de cómo conseguía irritarme. No debería ser así, lo sabía. Esto ya parecía lo mío con Lucas pero al revés. Respiré hondo.

—No. Vamos.

Se apartó para dejarme pasar y salimos los tres del cuarto de Marta. A paso rápido y sin hablar, buscamos el callejón. Por la hora que era, no nos fue difícil encontrarlo desierto y, entonces, a una altura de metro y medio sobre el suelo, en un muro que no era tal, yo pronuncié las palabras de apertura. Cuando el vórtice se desveló, le pedí al íncubo que cogiera a mi amiga y saltara con ella. La bruja me miró mal, como si no le gustara demasiado el contacto físico con el demonio, o quizás precisamente por eso. La ignoré. Y como no quería riesgos innecesarios, ayudé a Atzir'itz a atar a Marta a su espalda después de que esta lanzara su hechizo. Sí, su hechizo. ¿Si no cómo iba a sobrevivir en una atmósfera no apta para la vida humana? Algo tan sencillo como un conjuro para contener la respiración unos minutos estaba al alcance de casi cualquier bruja, moon-wolfs incluidas. Así pues, la chica hizo su magia, después la amarramos y a continuación los observé entrar dentro del portal dimensional. Confieso que me aguanté las ganas de meterme con Marta, al ver la poca gracia que le hacía estar atada al íncubo. En vez de eso, me limité a mirarles burlona y, a continuación, salté detrás de ellos. El vórtice se cerró a mi paso y, una vez en el islote (tenía que reconocerle el mérito a Atzir'itz por haber sido capaz de nadar hasta allí con la chica agarrada a su cuello), ayudé al demonio a desatar las cuerdas. Con rapidez, porque el hechizo de la bruja no duraría demasiado, este sacó un frasquito metálico del bolsillo de su camisa burdeos y lo abrió. Como era opaco, no pude ver el polvo de azufre que sin duda llevaba dentro, mas, con mis sentidos aumentados, me llegó su olor, ese que para mí era una curiosa mezcla entre pestazo y delicioso aroma a mi hogar. Hogar... ¡Cómo adoraba estar en mi infierno! Ya me sentía más viva, más poderosa, más yo. Entonces el íncubo, sin ningún miramiento, se lo acercó a los labios, lo inclinó y, con unos suaves golpecitos en su parte inferior, derramó parte de ese polvo dentro de su boca. Escuché cómo a Marta se le escapaba un leve jadeo y me giré a mirarla. La chica estaba con la boca abierta imaginando ella sabría qué, sin apartar los ojos de los labios del demonio. Lo entendía. La influencia del aura del íncubo era cada vez mayor: cuanto más tiempo pasaba con nosotras, más nos afectaba. Pero aquí la única que tenía excusa era Marta. Menos mal que yo, esta vez, estaba a lo que tenía que estar: recuperar el grimorio de las moon-wolf.

Sin embargo, algo no iba bien.

Atzir'itz se había tomado el azufre y, pasados unos segundos, escupió al suelo a más de medio metro de sus pies.

No se abrió ningún vórtice.

Vayamos por partes. Por increíble que pareciera, no había pasado ni medio minuto desde que había volcado el frasquito en su boca hasta que escupió. Esto solía ser siempre así de rápido con un demonio mayor, es decir, aquellos capaces de obrar magia. Sus estómagos no necesitaban más para producir las rápidas reacciones bioquímicas que transformaban ese azufre y, en menor proporción, otros metales pesados presentes en el frasquito. Así pues, después de metabolizar esos nuevos

compuestos, los regurgitaban. Sí, como las ovejas. Pero que nadie se lo llamara a un demonio porque precisamente gustarles, no les gustaba nada la comparación. En todo caso, eran esos compuestos, mezclados con su saliva, lo que el guardia de mi abuelo acababa de escupir. En vano, ya que no se había formado ningún portal dimensional delante de él. Sin duda, solo podía significar que el interior de la Orden estaba sellado. Tendríamos entonces que entrar al modo tradicional, sin magia ni vórtices. Una pena pero me lo esperaba. Le indiqué entonces a Atzir'itz que probara en los alrededores del edificio. El proceso se repitió. (Marta seguía sin quitarle los ojos de encima. A mí que me explicaran qué veía de erótico en un tío entreabriendo los labios para tragar azufre...). De igual modo que antes, tampoco hubo vórtice. Mi único consuelo era que, como no había logrado completar su hechizo, las energías del guardia de mi abuelo seguían intactas y, por ello, podía continuar intentándolo.

—En los jardines del palacio del papa —le ordené.

Tampoco era que nos quedaran muchas opciones y estos ocupaban una zona muy amplia; demasiado para estar protegidos en su totalidad.

Tampoco hubo suerte.

Solté un juramento y, tras repetir el numerito de la cuerda, nos volvimos al callejón italiano y de allí al hotel. A secarnos y a intentar mi plan B. Menos mal que yo era una chica previsor.



Diario del padre Bruno.

Me siento confundido. Humano, pecador y confundido.

Estoy todavía en el Vaticano aunque ya no en la sede de la Orden, pues mis hermanos me han expulsado. Tras varias horas de espera, conseguí ver a Gianfranco Bosetti. Mi antiguo mentor, que antes solo tenía alabanzas para mí, me miraba con tristeza como si yo hubiera errado, me hubiera descarriado, fuera la oveja que volvía a abandonar el redil. Todo ello por haber tomado la decisión de aparecer por allí e insistir en verle.

—Eminencia, disculpad mi osadía al venir a veros. Muchas gracias por atenderme.

—Dime, hijo. Confío en que tu llegada no tenga nada que ver con lo que ya me expusiste por carta.

—Eminencia, os ruego que me perdonéis pero vengo precisamente por eso.

—¿No fui claro al ordenarte atender a tu parroquia y no intervenir en los asuntos de los Illuminati?

—Sí, eminencia. Pero os ruego que tengáis a bien escucharme. El Señor me ha dado una señal. El otro día entraron dos demonios y un vampiro en mi parroquia y Él me dio fuerzas para acabar con ellos. Disculpadme pero imaginaba que no volveríais a abrir una misiva mía. Por eso he venido, para informaros de que una súcubo y una bruja vienen para aquí; posiblemente deseen alguno de los libros paganos que guardamos desde la época de la Inquisición, en concreto el llamado libro de Diana.

—¿Y de verdad crees que nuestro Señor te ha dado una señal, a ti en concreto entre todos los hombres de la Tierra? ¿Quizás que eres el instrumento predilecto de

Su sagrada voluntad? Sigues pecando de orgullo, hijo mío.

Escucharle fue como recibir un jarro de agua fría. Yo nunca osaría creerme algo así pero, sin Su ayuda, yo jamás habría podido vencer a dos demonios y un vampiro. Tenía que tener fe en que mi causa era justa y mi viaje lícito.

—Vete de aquí —continuó diciéndome—. Abandona estos muros y no vuelvas. Si lo haces, serás excomulgado. Es el último aviso que te hago y todo porque Él nos enseña a ser piadosos. Aprovechalo, vuelve a tu parroquia y jamás la abandones. Dedícate allí al servicio de tu fe y si observas cualquier actividad sobrenatural no hagas nada, no digas nada. Ignórala. No es tu tarea enfrentarla así como tampoco lo es decirnos a nosotros cómo debemos actuar. ¿He sido lo bastante claro para ti, Bruno?

—Sí, eminencia.

Me fui. Abandone la Orden y caminé hasta la zona turística del Vaticano. Deambulé durante horas, sin rumbo, buscando una respuesta. En algún momento debí de volver a los jardines y de sentarme, apoyado contra el tronco de uno de los árboles. Ni me di cuenta. Estaba sumido en mis pensamientos, torturándome con lo sencillo que sería todo si yo aceptara mi condición de pecador recurrente, la contundencia de no merecer Su perdón y la realidad haber vuelto a pecar de orgullo y soberbia. Sin embargo, no podía aceptarlo. Una parte de mí no creía haber hecho mal al ayudar a aquel parroquiano y a su familia con aquel exorcismo, ni por haber venido a avisarles de la bruja y de la súcubo. Pero, sobre todo, ¿cómo podía sentirme mal o culpable o avergonzado por experimentar algo tan sublime como la comunión con el Señor cada vez que Le rezaba y me convertía en un vehículo de Su palabra y Su voluntad, expulsando al mal de esta tierra?

Por eso no me fui al aeropuerto. Tampoco a buscar un hotel para pasar la noche. La noche... ya había llegado y yo, sumido en mi interior, no me había dado cuenta. Muchos demonios preferían la oscuridad para atacar. Tuve un presentimiento que no supe si no era un aviso profético. Recé pidiendo perdón si no estaba haciendo lo correcto y, pese a la terrible amenaza la excomunión, dirigí mis pasos de vuelta hacia la Orden.

Ellas iban a entrar si es que no lo habían hecho ya y yo tenía que creer que Él me quería aquí, listo para ser el humilde siervo que vive para cumplir Su voluntad.



Pasaban unos minutos de las dos y cuarenta de la madrugada cuando estábamos saliendo otra vez por la puerta principal del hotel. El recepcionista, que nos vio pasar, nos saludó mientras nos observaba divertido. Mejor no preguntarle qué creía que estábamos haciendo. Si nos tambaleáramos, quizás que antes nos habíamos caído borrachos en una fuente; pero no era el caso. En fin, a mí me habría gustado entrar un poco antes, pero las dos y cuarenta y cuatro servirían. Los curas, que madrugaban bastante, deberían estar ahora en pleno sueño profundo.

Avanzamos un poco por la calle, hasta llegar a la altura del punto que yo tenía fichado. Antes de cruzar la carretera y acercarnos al muro, comprobé que la zona seguía desierta. A nuestras espaldas estaba otro hotel, el Difronte, y frente a nosotros la calzada, una zona de aparcamientos al descubierto y la zona recubierta de hierba que bordeaba la muralla. Esta, aquí, tomaba la forma de una suave colina que se incrustaba en el ángulo que presentaba el muro de piedra, el cual entraba hacia dentro formando una esquina. Por eso me gustaba este lugar: pasábamos de tener unos tres pisos de altura (es decir, doce metros) a tan solo unos nueve metros. Además, con puntos de apoyo para trepar. Y en cuanto a la vigilancia, no se veía a ningún guardia del Vaticano pero sí varias cámaras. La buena noticia era que eran fijas, la mala que una de ellas apuntaba hacia la esquina por la queríamos colarnos. Por suerte yo tenía a un chico fuerte y musculado al que una parte de mí estaba deseando ver en acción. Además, no estaría bien que una princesa súcubo hiciera el trabajo pesado teniendo a un súbdito de mi abuelo aquí mismito...

—Atzir'itz —le susurré—, una de las cámaras podrá vernos cuando saltemos. Pero si le das un puñetazo a este par de farolas, solucionado. —Se las señalé.

Ambas farolas estaban aquí, en nuestro lado de la calzada, pero su luz llegaba hasta la muralla y las cámaras. El íncubo tan solo tenía que darles un buen puñetazo en la puertecita metálica que tienen en su parte inferior. Justo lo que hizo. Con su fuerza, hundió la chapa de metal para adentro, abollándola y arrancándola de sus bisagras. Después, la agarró, la quitó de en medio y con la otra mano agarró los cables eléctricos. Tiró de ellos. Los partió. La luz se apagó de inmediato. Tras dejar con cuidado en el suelo la chapa deformada, se acercó a la segunda farola y repitió el proceso. Rápido y eficiente. Daba gusto verlo trabajar.

—Gracias. Vamos.

Despacio, nos acercamos a la muralla. Sonreí al pasar mis manos por los agujeros que había entre las losas de piedra, perfectos tanto para agarrarnos como para colocar los pies. Podían ser nueve metros pero, entre dichos huecos dilatadores, lo inclinado del muro (pues no estaba del todo recto) y la pequeña repisa que tenía a unos dos metros y medio de su parte superior... bueno, como que me resultaría bastante sencillo.

Así pues, primero subí yo hasta ese saliente. Donde había uno de esos agujeros, me asía con una mano y, después, colocaba allí un pie. No quedé precisamente muy glamurosa, pero trepé con rapidez, en silencio y sin problemas. Una vez allí, apoyé una mano en un hueco de dilatación y salté los dos metros y poco que me faltaban. Con rapidez, me impulsé hacia arriba, colocando mi pie derecho donde instantes antes habían estado mis dedos. Considerando que encima de mí había un árbol con sus ramas sobresaliendo por la muralla, pude usarlas para agarrarme y fue mucho más sencillo de lo que parecía. Eso sí, tuve que quemar un poquito de alma para asegurarme de que llegaba arriba sin problemas. Después, le hice una seña a Atzir'itz para que me ayudara con la bruja. Yo me tumbé justo en la esquina, con la dura parte superior de la muralla clavándose contra mi pecho y mi vientre, y tendí mis manos hacia abajo. El demonio, en un alarde de esa inhumana fuerza suya, agarró a la chica por la cintura, la alzó sobre su cabeza y me la lanzó. La agarré por los antebrazos, se me resbaló hasta las muñecas antes de que pudiera sujetarla bien. La pobre se golpeó con las piernas contra el muro, por suerte no debió de hacerse demasiado daño.

—¡Auch! —se le escapó.

La ayudé a subir, a sentarse sobre la muralla.

—Lo siento —le susurré—. ¿Estás bien?

—Puedo moverlas, si te refieres a eso. —Con una mueca de dolor, las flexionó—. Pero creo que voy a lucir unos buenos morados.

Antes de que se me ocurriera algo que pudiera servirle de consuelo, Atzir'itz trepó hasta nuestro lado con elegancia, como si fuera una especie de depredador nocturno al cual subir por un muro no le supusiera ni el más mínimo esfuerzo. Alejé de mi mente la imagen de una pantera negra trepando a un árbol y les sugerí que bajáramos. Esta vez, gracias al árbol, el descenso fue mucho más sencillo. Marta, quien ya miraba al íncubo con más recelo que otra cosa, rechazó su ayuda a la hora

de bajar. Una vez en el césped del suelo y sin ningún guardia a la vista, comenzamos a andar hacia el interior de los jardines, alejándonos del muro de piedra.

He de confesar que, desde que había comenzado a escalar la muralla, me sentía un poco extraña, como si hubiera algo aquí que intentara drenarme las fuerzas. Por suerte, mi acceso al pozo hizo que no fuera más que una ligera molestia. Marta no parecía notar nada extraño y, el íncubo, apenas. Confiaba en que mi presencia y la de Atzir'itz, demoníacas, no hubieran desatado ninguna alarma; pero no podía estar segura, menos aún después de que esta tierra, posiblemente consagrada, nos afectara. Por eso, les urgí a darse prisa. Caminamos apartados de los senderos que recorrían los jardines. A veces pasábamos por zonas llenas de árboles, otras, por rosaledas para cuyas flores aún hacía demasiado frío y, una vez, cerca de un estanque con estatuas y bancos. Pese a que yo quería avanzar con rapidez, considerando que teníamos que ir agazapados, buscando lugares donde escondernos y con cuidado de no cruzarnos con ninguna patrulla, tardaríamos al menos quince minutos en llegar. En realidad, fue un poco más ya que escuché el sonido de las voces de unos guardias y tuvimos que estar escondidos tras unos troncos hasta que se hubieron alejado.

Pese a que caminábamos con cuidado, las suelas de mis botas, junto con las de Atzir'itz y las deportivas de Marta, dejaban su marca en el césped. Por suerte, la escasa luminosidad que nos rodeaba hacía que fueran difíciles de detectar. Estábamos dentro de lo que los turistas conocían como los jardines del palacio del papa; pero en una parte alejada a donde a ellos no se les permitía la entrada. De día, claro. Porque de noche estaba todo cerrado. A nuestra derecha, el edificio papal destacaba por encima de los árboles, con sus solemnes líneas rectas. Algo más allá, ocultos por las copas de la vegetación, yo sabía que se encontraban tanto la sede de la Orden como la academia de las hermanas sangrientas. Una pena que no fuera en este último lugar donde estuviera guardado el código, porque podría intentar hacerme pasar por una de ellas. Además, por muchos escalofríos que me dieran esas monjas, ellas cazaban vampiros, no brujas o súcubos.

Al cabo de un rato, llegamos por fin ante el edificio de la Orden. Desde las sombras en las que nos ocultábamos, podíamos verlo a unos veinte metros de distancia. Este, construido en el siglo XI, fue renovado en el XVI, dándosele a su fachada un aire renacentista. Así pues, ante mis ojos había un pórtico decorativo con columnas a ambos lados de la entrada principal; así como bajorrelieves ornamentados sobre sus ventanas. Curiosamente, para ser que les encantaba hablar de austeridad en esta vida, a los curas (sobre todo a los que mandaban) no les gustaban los edificios sencillos. En eso me recordaban un poco a mi abuelo, solo que el diseño de su castillo era mucho más impresionante.

Así pues, una vez localizado nuestro destino, volví a quemar un poco de alma para agudizar mis sentidos y comprobar una vez más que estábamos solos. Lo cierto era que, durante nuestro paseo, había pensado en lo oportuno que habría sido un hechizo de silencio para que no se escucharan ni las deportivas de Marta pisando

ramitas caídas ni los fuertes pasos del demonio. El problema era que se trataba de magia y yo no quería que, además de poder hacer saltar las alarmas por meter en los jardines a dos demonios, tentáramos también a la suerte usando brujería. Porque, mientras Marta no lanzara ningún hechizo, aquí no era más que una simple humana.

En realidad, yo no sabía mucho de magia. Ni demoníaca, ni de brujas. Lo poco que conocía se podía resumir en que ellas sacaban el poder de su diosa (fuera Diana, Hécate o cualquier otra) y que, en función del tipo de hechizos o rituales que usaban, su deidad les daba más o menos poder. Yo nunca me había encontrado con ninguna diosa, ni esta vivía en ninguno de los siete infiernos que yo supiera. Imaginaba que habría otros planos; quizás hasta mi abuelo supiera cómo acceder a ellos. Pero esto no era más que meras cábalas. El caso era que tanto las brujas como los sacerdotes oraban a su dios y este les daba poder; si bien con las matronas era un poco más complicado ya que su diosa siempre se tomaba un precio. Magia a cambio de una ofrenda. Si era de sangre, la magia era más poderosa. Si se le ofrecía muerte, todavía más. Y si esa vida sesgada era la de una bruja o la de una casa entera... ¡oh!, entonces el poder de la matrona que usara esas muertes sería increíblemente grande. Por eso esas mujeres vivían siempre con la posibilidad de que una casa rival decidiera hacer un ritual con su sangre lo cual, mientras no se pudiera probar luego (generalmente por alguna bruja o novicia que escapara con vida), no era penalizado. Y como el Matriarcado tenía que proteger de algún modo a clanes sin apenas poder como las moon-wolf, cuya casa era la última de las siete por siete, solo se podía atacar a casas que estuvieran posicionadas por encima de la tuya propia. Eso hacía que la de Marta fuera, en principio, intocable. Además, cuando había un ataque y una casa desaparecía, había siete meses de tregua donde dichos ataques estaban totalmente prohibidos. Esto último era más bien para que todos pudieran recuperarse de sus pérdidas o prepararse para el próximo ataque de esa casa victoriosa la cual, de repente, contaba con el favor y el poder de su diosa gracias al ritual de sangre.

Por supuesto, había magias más sencillas que tan solo te dejaban agotada. En otras, la ofrenda era de belleza o de años de juventud; aunque a casi ninguna bruja le gustaban este tipo de hechizos o rituales. Se rumoreaba que incluso había un clan cuya diosa les pedía el sufrimiento de la sociedad en general, como ante una enfermedad o una hambruna. Pero yo no sabía si esto era cierto o solo parte de esos rumores absurdos que la Iglesia esparció sobre las brujas en la Edad Media.

En fin, el caso era que un ritual era algo lento y elaborado, con participación de varias hechiceras, convocación a los elementos, velas y esas cosas. Un hechizo, sin embargo, no eran más que unas cuantas palabras y gestos. Según el nivel de la bruja, las palabras podían ser omitidas y, además, esta podía guardarse uno o más hechizos en «recámara». Es decir, recitarlos tranquilamente en su casa y dejarlos en espera dentro de ella, como una bala de un revólver cargado que está a la espera de ser disparada. El que fueran uno o varios ya dependía del nivel, el poder, de la bruja.

Así pues, Marta no había venido con un ritual de silencio creado para ser activado

nada más entrar en los jardines (sí, ritual en vez de hechizo; pues con el decreciente poder de su casa ella sola no habría sido capaz de lanzarlo), pero sí con uno de sus hechizos. Juntas, habíamos elegido uno del escaso repertorio que la pobre chica tenía. El mejor era uno de aturdimiento donde Marta le pedía a su diosa que cancelara la claridad de la luna, y, así, creaba una especie de súbita luz oscura la cual, como un fuerte *flash* en medio de una noche profunda, cegaba temporalmente a todos los que estuvieran cerca suyo. (A mí y a Atzir'itz no, que ya estábamos sobre aviso para cerrar bien fuerte los párpados cuando lo echara). Daba igual que no la miraran, tan solo tenían que estar con los ojos abiertos. Entonces, esta misma noche, antes de venir a mi habitación, lo había recitado y se lo había guardado en su mente para cuando fuera necesario. No duraba mucho, apenas unas décimas de segundo; pero aturdía; es decir, detendría un exorcismo o pararía un dedo a punto de apretar un gatillo. Considerando tanto mi velocidad aumentada como la del ícubo, ese breve instante de parálisis sería más que suficiente para acabar con ellos o, si eran demasiados, para agarrar a Marta y salir huyendo.

Por eso, aunque estaba algo mosqueada por lo sencillo que nos había resultado llegar hasta aquí, porque mi presencia demoníaca no pareciera haber hecho saltar ninguna alarma, porque mis sentidos agudizados no detectaran ningún movimiento excepto un par de patrullas lejanas, sabía que contaba con tres ases en mi manga: el hechizo instantáneo de luz oscura de Marta, mi acceso al pozo de todas las almas y el *sexy* miembro de la guardia personal de mi abuelo. Atzir'itz no solo sabía abrir vórtices, sino que estaba segura de que era un guerrero de élite; mi abuelo solo escogía a los mejores.

Así pues, respiré de manera profunda y volví a centrarme en el edificio de la Orden. Su fachada comunicaba con un camino muy amplio, de varios metros de ancho, y circunvalado por árboles. En su centro había unas baldosas decorativas que cercaban varias fuentes y mini jardincillos con pequeñas plantas que imaginé que en primavera se cubrirían de flores. Quizás incluso violetas, con las que me identificaba por mi nombre, tanto humano como súcubo. Hacía unos diez años yo había ido a Granada y visitado la Alhambra. Esto me recordaba un poco a sus jardines. Desde luego, era muy bonito y muy poco práctico, en el sentido de que por allí solo se podía ir a pie. Necesitarían un acceso para camiones y otros vehículos. Como yo ya sabía por mis investigaciones (había visto fotografías por Internet), había una carretera pavimentada en la parte trasera del edificio que comunicaba con los garajes y la zona de descarga.

Me giré hacia mis dos compañeros.

—Aquí tiene que haber cámaras sí o sí—les susurré—. Una pena no contar con uno de los equipos del Consejo para inutilizarlas. En fin —continué, negándome a pensar ahora en Casio. El momento sería dentro de un rato, cuando estuviéramos bien lejos de aquí y con el grimorio en manos de su legítima dueña—, vamos a avanzar con cuidado por detrás de los árboles de la derecha, a ver si las evitamos.

Ambos asintieron y yo me puse en marcha. Salí de detrás de las sombras donde nos ocultábamos y evité tanto los senderos que desembocaban el camino que daba a la entrada de la Orden como a este mismo. En su lugar, entré en uno de los dos bosquecillos de limoneros que había a ambos lados del camino y anduve hacia el edificio. Los árboles estaban dispuestos en pulcras hileras. El terreno muy bien cuidado y libre de maleza. Avancé, seguida por mis dos compañeros, hasta llegar al final del bosquecillo; en concreto, a la estrecha franja libre de árboles que partía del camino de la entrada y rodeaba la sede. Pese a que me fijé con atención, no vi ni una cámara; aunque claro, con la tecnología humana podían hacerlas tan pequeñas que, si las escondían bien, me sería casi imposible detectarlas.

Estábamos en la parte lateral derecha del edificio. Antes de abandonar la cobertura que nos daban los troncos, me asomé con cuidado para asegurarme de que no se veía a nadie. Tan solo una acera de piedra bordeando la sede. Las cámaras, lo que yo decía, debían de estar escondidas. Si no lleváramos a Marta, Atzir'itz y yo avanzaríamos tan rápido que les retaría a detectarnos; sin embargo no era así. De verdad que me entraron ganas de saludar o algo... En fin, les indiqué a los dos que me siguieran y entré en la franja. Comencé a andar sobre la acera; pero no hacia la izquierda, que era por donde estaba la entrada principal, sino hacia mi derecha. Allí, a un par de metros, había una ventana. Esta era de madera, acorde con el aire antiguo del edificio, y estaba compuesta por dos mitades, sendos rectángulos de cristal dividido cada uno en cuatro partes por una cruz interna de madera. Lo remarcable era que no llevaba rejas ni ningún tipo de protección que yo pudiera ver, pero tampoco era que los curas las necesitaran. ¿Qué demonio en su sano juicio entraría en la sede de la orden? Preferí no darle más vueltas y me acerqué. Atzir'itz y Marta me siguieron. Miré a ver si detectaba algún sensor en el marco. Yo no conocía lo último en tecnología pero imaginé que un detector de movimiento, o uno de esos ópticos que se colocaban en ambos lados de la ventana (tenían un haz infrarrojo que iba de la parte emisora a la detectora, de tal modo que si te ponías en medio saltaba la alarma), les pegaba a los curas. Al fin y al cabo, de todos era conocido que mezclaban las armas que les daba su fe con las de la ciencia moderna.

Pero no vi nada...

Sinceramente, esto ya me estaba rallando un poco. O nos habían detectado desde el principio y nos dejaban avanzar, o su sistema de seguridad lo podía evitar un cachorro humano de cuatro años (con esa edad ya trepaban y se escabullían, ¿no?).

En fin, como pasaba de tirar una granada para abrir un agujero en la pared (lo cierto era que me encantaría, pero eso atraería a demasiados guardias), decidí continuar con la táctica absurda de saber que esto era una trampa e ir directa a ella. Porque yo, pese a que el Vaticano era terreno sagrado, aún tenía la esperanza de que Atzir'itz, quien no había podido abrir un portal para entrar aquí, pudiera sacarnos con uno. Al fin y al cabo, así dejaríamos de profanar su precioso estado con nuestra presencia. Una pena no poder probarlo no fuéramos a hacer saltar esa hipotética

alarma que pudieran tener ante la magia... Suponiendo, por supuesto, que todavía no nos habían detectado. ¡Sería ilusa! Ilusa y apañadita, porque quemé un poquito de alma, dejé que dos de mis dedos se transformaran en sendas garras de afilado hueso, el cual me sobresalía como si fuera una especie de uña gruesa y macabra, y comencé a desmontar la ventana. A ver, como ya he comentado, se trataba de uno de esos marcos de madera lacados en blanco que, mediante un par de cruces interiores del mismo material, sujetaban a ocho cristales. Así pues, agarré el trozo superior de una de las cruces de madera. Mis dos nuevos dedos eran fuertes y precisos. No tuve ningún problema en introducir mis falsas uñas de hueso en el pequeño resquicio entre el marco y el cristal y, a continuación, tirar hasta desclavarlo. Pues sí: estaba unido con clavos. Si en algún momento hubo cola, el paso de los años la había deteriorado. Mientras mis compañeros me miraban como si contemplar a una semi-demonio desmontando una ventana fuera algo que no se veía todos los días (¿sería porque yo solía ser más bruta que sutil?), quité otro de los cuatro trozos de la cruz y el cristal rectangular que acababa de quedarse sin sujeción. A continuación, hice lo mismo con el resto de los listones de madera y de los cristales. Con cuidado, pues no deseaba hacer ruido. En total, no me llevó más de un minuto. Después, empujé con delicadeza el panel lacado en blanco que, a modo de batiente decorativo, tenía cada mitad de la ventana por su parte interna. Deseé que no hubiera nadie al otro lado, nadie que pudiera notar que se estaba moviendo. No lo sabía. Por lo visto, había una pesada cortina por detrás; entre eso y que aquí afuera estábamos en penumbra, no pude ver nada pero, al menos, la habitación estaba a oscuras. Y, como el hueco que acababa de desmontar era lo suficientemente grande como para que pasara hasta el alto y musculado Atzir'itz, no necesitaba abrir la otra hoja de la ventana.

Bueno, era en momentos como este cuando se veía cuándo una cazarrecompensas era toda una profesional muy bien preparada y con recursos. ¡Qué pena que yo nunca hubiera tenido lo segundo! Sinceramente, si alguien acababa de ver la cortina moverse, me daba igual. Ya estaba muy harta. Lo de ser delicada nunca había sido lo mío y, en estos momentos, estaba deseando liarme a tortas, balazos, cuchilladas o lo que fuera. Ya me cansaba de actuar como si todavía no supieran que estábamos aquí; ya valía de tanto sigilo y tanta tontería.

Pero no. Cuando tanto yo como Atzir'itz entramos al edificio quemando alma y a toda velocidad, saliendo de detrás de la pesada cortina como si fuéramos dos súbitas ráfagas huracanadas que la levantaron e hicieron volar, no nos encontramos con nadie. Estábamos en lo que parecía un aula, con sus pupitres, su mesa del profesor y su pizarra digital. Bien, la sede de la orden se usaba también de academia para entrenar a sus nuevos reclutas, eso ya lo sabía. Pero, con sinceridad, estaba un poquito decepcionada. Había sido mucho más entretenido aquella vez que entré a la casa de los mutados y la ventana era una trampa, una explosión que casi me redujo a pedacitos de mestiza. Esto, este jueguecito que se estaban llevando con nosotros, no hacía más que crisparme los nervios. Miré a Atzir'itz. Estaba tan tranquilo, como si

nada. Es más, se permitía el lujo de observarme de reojo con deseo. Pff... ¡íncubos! ¿Es que no pensaban en otra cosa? Me giré, agarré la cortina (era suave al tacto) y la aparté para que entrara Marta. La chica, por lo menos, tenía la decencia de estar nerviosa e insegura. Le sonreí; no para tranquilizarla sino para calmarme yo misma. Joder, se suponía que llevaba toda mi vida haciendo esto: jugándome el tipo como cazarrecompensas. Algo había cambiado. No era normal que yo estuviera tan irritable. Desde luego, no era que desde que estaba enamorada de Casio valorara más mi vida, ya que bien feliz que había guiado a mi ejército alado al primer infierno. Que tuviera familia, como mi hermana y su hijo Marcos, tampoco. Me caían genial y de verdad que quería protegerlos; pero sabía que su vida, sin mí, seguiría. ¿Quizás Marta? Ahora éramos amigas. Mmmm... no. A lo mejor Atzir'itz, que también colaboraba a crisparme los nervios con su puñetera atracción física. Pfff, a lo mejor. En todo caso, considerando que mi amiga me miraba interrogante y que el íncubo se había permitido enarcar una ceja con esa expresión de abrumadora masculinidad suya... pues eso, que no era el momento. Tomé aire, me reproché la distracción y volví a centrarme en lo que importaba.

—De verdad que no entiendo por qué no están aquí —les comenté en voz baja.

—No nos habrán detectado, ¿no? —me sugirió Marta.

—Verás, un pirateo de sus sistemas informáticos para anular cámaras y sensores nos habría venido de puta madre. Además de que no tengo claro de si no tendrán algún modo de detectar la presencia de demonios en su preciado terreno sagrado.

—¿Crees que esto es una trampa? —me preguntó a la vez que abría mucho los ojos.

—No lo sé, pero no nos vamos sin tu libro.

Atzir'itz se mantenía callado. Yo veía que tenía ganas de decir algo, seguro que algo políticamente incorrecto y destinado a hacer ruborizarse a Marta o a mí misma (aunque eso del rubor yo solo lo conocía cuando lo fingía para cazar). ¡Qué gusto haberle prohibido hablar si no me dirigía a él primero!

—Vale. Estaré preparada —me aseguró Marta.

—Yo también. Vamos —les indiqué.

Volví a abrir la marcha, esta vez hacia la puerta del aula y, una vez allí y sin escuchar a nadie por afuera, al pasillo que me llevaba hacia la derecha o la izquierda. Aquí empezaba lo divertido, porque no había conseguido ningún plano del interior del edificio y no tenía ni idea de qué camino tomar. Solo sabía que, si había ascensores o escaleras, teníamos que ir hacia abajo ya que el almacén lo tenían en los sótanos.

Como si íbamos hacia la izquierda posiblemente llegaríamos a la entrada y esa zona debía de estar vigilada, elegí la derecha. También imaginaba que, si había unas escaleras o un ascensor, era lógico que estuvieran cerca de la entrada; pero confié en que hubiera más accesos ya que el edificio era bastante grande. Así pues, avanzamos. Considerando la hora de la madrugada que era, no esperaba encontrarme a

estudiantes merodeando por el lugar, pero tampoco que estuviera tan vacío. Ni guardias, ni alguien trasnochando o bajando a la cocina a comer algo. Si estaban allí, en la sala de vigilancia mirándonos avanzar bajo todas sus cámaras, seguro que se lo estaban pasando muy bien. Veríamos qué cara pondrían cuando se dieran cuenta de que me había traído un par de granadas.

El pasillo, amplio, llegaba hasta el final del ala derecha del edificio. No vimos ningunas escaleras pero sí un par de ascensores. No me hacía ninguna gracia, pero yo quería bajar; así que pulsé el botón de llamada de uno de los dos. Al poco, vino desde la planta que marcaba (la sexta) y se paró en la nuestra en medio de un ruido que, si bien no fue fuerte debido a los modernos mecanismos con los que estaba construido, a mí me pareció estruendoso. Como el sonido no parecía haber atraído a nadie, montamos y pulsé el botón de la menos dos, la última planta de todas. No sabía si allí estaría su almacén de objetos valiosos pero era un buen sitio para empezar a buscarlo. Sin embargo, en cuanto el ascensor se puso en marcha los dígitos luminosos no marcaron que estábamos bajando. Ante la respiración agitada de Marta al darse cuenta de lo que estaba pasando, vi cómo estos aumentaban poco a poco.

—Preparaos —les susurré y saqué mi pistola mientras mis ojos leían el dígito del segundo piso.

Por el rabillo del ojo vi a mi amiga cada vez más nerviosa y al ícubo apoyarse tranquilamente contra la pared del fondo del ascensor, con la suela de una de sus botas también contra esta y sus brazos cruzados en actitud indolente, como si la posibilidad de que cuando se abriera esta puerta nos acribillaran a balazos no fuera con él.

Cuarta planta.

¡Joder! Los había visto engreídos y egocéntricos pero la seguridad apabullante de este tío era demasiado. Una de dos: o mi abuelo los escogía y entrenaba increíblemente bien o me sabía de un ícubo que estaba a punto de descubrir de lo que eran capaces los miembros de la Orden.

Quinta planta. Me centré. Esto no podía subir mucho más. Sexta.

Nos paramos. Sonó la leve campanilla que indicaba que las puertas iban a abrirse. Afiancé bien mi peso entre las dos piernas y apunté al frente. Estaba lista para disparar, rodar, levantarme, volver a disparar y echar correr. Si había suerte, el hechizo de Marta nos podría salvar. En cuanto a Atzir'itz, confié en que supiera hacer algo más que intentar provocarme con su exuberante sexualidad.

Las puertas se abrieron y, mientras lo hacían, escuchamos una voz masculina:

—Tiraos al suelo, bocabajo, con las manos sobre la cabeza —nos dijeron en italiano; menos mal que se parecía bastante al castellano y yo tenía el don de lenguas que me daban mis comidas.

Pero... ¿al suelo con las manos sobre la cabeza? ¿En serio? ¿Es que creían que éramos humanos? En todo caso, no tuve que aguardar mucho para conocer la respuesta ya que, por en medio esas dos hojas del ascensor que se estaban separando,

pude verlos. El pasillo frente a nosotros estaba vacío, pero podía distinguir las bocachas de varios fusiles por detrás de una puerta cercana y también saliendo de una columna; así como parte de los cascos de los guardias enemigos y de sus torsos. No tenían pinta de ser guardias suizos, serían más bien soldados de la orden de los Illuminato (los cuales podían especializarse en armas de fuego o en rezos y exorcismos). Entonces la misma voz de antes, cuyo dueño estaba escondido, volvió a decirnos algo. Nunca supe el qué. ¿Quizás repetirnos que nos rindiéramos? ¿O que sus hombres nos dispararan ya que yo seguía apuntándoles con mi arma? Lo cierto es que fue todo muy rápido porque Marta, asustada, se puso a gritar y, a continuación, más por instinto que otra cosa, soltó su hechizo. Extendió sus manos hacia delante, con los dedos abiertos y dejó que de su boca, ya abierta por los nervios, saliera una única palabra. Me apresuré a cerrar mis párpados antes de que la dijera.

En esos momentos la puerta del ascensor acabó de abrirse de par en par.

—¡*Gainne gealaich!*

Y de inmediato la ausencia de luz de su hechizo, la noche cerrada sin luna, fluyó de sus dedos a los ojos de nuestros enemigos, cegándolos, aturdiéndolos, inmovilizándolos, impidiendo que acabaran de apretar los gatillos. A toda velocidad, salí del ascensor para verles mejor y comencé a dispararles. El pasillo era bastante ancho, de casi dos metros. Por detrás de la columna veía sobresalir a dos hombres, uno arrodillado y el otro en pie. Fueron mis dos primeros objetivos. Después, los que estaban en la habitación, más de una docena. El problema era que teníamos otra habitación en el otro lado, el izquierdo. Por suerte Atzir'itz fue a por ellos aprovechando el hechizo de Marta. Estaba claro lo que querían de nosotros, cómo nos habían tendido esta trampa para matarnos (era más, si no por la bruja nos habrían pillado y asesinado con el fuego cruzado); por eso, yo no pensaba mostrar ninguna piedad. Mientras Marta se quedaba allí, atontada al ver cómo había funcionado de bien su hechizo (de verdad, no era que la chica fuera boba y no supiera ponerse a cubierto; era que no había combatido antes), yo aproveché esos breves instantes de tiempo para disparar diez tiros. Diez balas de las cuales la mayoría dieron en el blanco: la nariz, no protegida ni por sus cascos ni por los chalecos antibalas, de los hombres que me habían estado apuntando. Diez. Pero en mi arma todavía me quedaban seis balas.

Tanto los dos enemigos de la columna como los cuatro que se habían asomado por la puerta, cayeron al suelo, inertes, con un agujero en su nariz que llegaba hasta el cerebro. Antes de que llegaran a tocarlo, como a cámara lenta para lo aumentado de mi percepción cuando yo quemaba alma, se pasó el efecto del aturdimiento de Marta. Como no deseaba entrar dentro del ángulo de visión de los demás soldados que sin duda había dentro de esa habitación, me moví con rapidez para girarme y lanzarme contra mi amiga mientras le gritaba:

—¡Al suelo!

Porque había visto cómo los hombres de la estancia de la izquierda, que también

nos habían estado apuntando, comenzaban a reaccionar, a superar el efecto del hechizo. Choqué contra los omóplatos de la bruja y la obligué a tirarse. Sus caderas golpearon el suelo y yo caí sobre su espalda, magullándola, mientras los dedos de los soldados apretaban sus respectivos gatillos y el fuego enemigo destrozaba la chapa metálica del ascensor a nuestras espaldas.

Claro que... solo el fuego de cuatro de ellos, pues Atzir'itz, en ese breve segundo que nos había ganado el hechizo, se había abalanzado contra los hombres que nos apuntaban desde la otra estancia y les había partido a un par el cuello. Era rápido, sí, pero no tanto como yo. Solo tenía el alma de su única comida para quemar y eso se notaba. Sobre todo si estaba guardándosela.

—No te muevas —le grité a Marta al oído para que me escuchara pese al estruendo provocado por las balas.

Más que verla o escucharla, la sentí asentir. Entonces, los cuatro soldados debieron de darse cuenta de que algo había pasado. Que desde que su jefe les había dado la orden de fuego hasta que habían logrado apretar el gatillo, un demonio había llegado hasta ellos y comenzado a matarlos. Los tiros dejaron de barrer el espacio sobre mi cabeza. Me levanté de encima de la bruja, eché un vistazo rápido a Atzir'itz, que estaba enzarzado en una pelea cuerpo a cuerpo contra esos guardias, y agarré mi pistola por la parte delantera. Despacio, me acerqué a la puerta y alargué la mano con el arma para que la vieran. En ningún momento dudé de que el íncubo se encargaría sin problemas de los soldados de la otra habitación. Con un poco de suerte, no habría más tiros y esto funcionaría... Acabé de asomar mi semiautomática.

—Nos rendimos, alto el fuego. Por favor —les supliqué con mi voz más suave, esa misma que cuando aparentaba quince usaba para parecer una cría desvalida.

Y tan femenina...

Tuve suerte, ninguna bala me arrancó el arma de las manos (ni los dedos, ya que estábamos).

—Deja la pistola muy despacio en el suelo. Y avanza un par de pasos, para que podamos verte —me contestaron en cambio.

Así lo hice. Me coloqué delante del hueco de la puerta abierta con lentitud, cuidando de no parecer ninguna amenaza. Entonces, me agaché hasta dejar el arma en el suelo. Pese a que intentaba hacerme la tímida y temerosa, sin despegar mis ojos de las punteras de mis botas, les eché un fugaz vistazo y vi a cuatro pares de ojos mirándome, a cuatro cañones de fusiles que me apuntaban. Me dio igual. Los tenía justo donde deseaba, con su atención fija en la pobrecita demonio que acababa de rendirse. Perfecto. Elevé mis ojos desde el suelo hasta sus rostros y les sonreí. Era hermosa, lo sabía. Tenía mi aura de súcubo y eso aún dolía más. Aunque claro, a ellos no les afectaría si eran de la Orden pero el miedo... ¡oh, el miedo! Estaba segura de que un demonio hembra incorporándose muy despacio, con sus ojos totalmente iluminados en el ámbar más sobrenatural, tenía que paralizarlos, fascinarlos, hacer que me observaran en vez de dispararme. Sus armas, ahora mismo, eran inútiles y

ellos lo sabían. Si en un segundo los habíamos diezmado, eran conscientes de que yo no iba a dejarles abrir fuego. Lo que hacía la sugestión... Tantos siglos de la Iglesia diciéndoles que éramos el mal encarnado y muy poderosos, pero que por suerte no podíamos salir del infierno excepto poseyendo un cuerpo humano. Y allí estaba yo, mostrándome como lo que era, un demonio que de algún modo había viajado a la Tierra. El miedo les dominaba, no les dejaba pensar con claridad. Marta no tenía más hechizos aturdidores preparados y si disparaban yo no podría esquivar todas las balas. Pero eso ellos no podían saberlo. Con lentitud, recreándome, saqué mis cuernos, mis garras y mis espolones. Acabé de incorporarme. Me acerqué a ellos. Vi la muerte en sus pupilas y paladeé la anticipación del placer de hacer fluir su sangre. Mi sonrisa se hizo más profunda y, de repente, quemé un poco más de alma y en un visto y no visto perforé las gargantas de los cuatro con mis afiladas garras.

Entonces lo sentí.

Mientras los cuerpos de mis enemigos caían al suelo, mientras burbujas de sangre gorgoteaban a causa de sus últimos alientos, al tiempo que Marta no se atrevía a despegar ni su cuerpo ni su rostro del suelo, lo sentí.

Él, el íncubo. Me miraba y la tensión entre Atzir'itz y yo era más fuerte que nunca. ¡Maldita fuera! Si la lujuria y la sed de sangre iban parejas en un vampiro, tornaban sus ojos rojos y se confundían la una con la otra, yo, por primera vez en la vida, estaba experimentando lo mismo.

Siempre me había gustado matar. Aunque antes odiaba esa parte oscura de mí, ahora la comprendía y aceptaba. Ya no intentaba redimirme por lo que era ayudando a la humanidad. Ahora simplemente lo hacía porque era lo que yo consideraba correcto. Pero ni la batalla en el primer infierno me había hecho sentir algo así. Y es que podía notar cómo los ojos de Atzir'itz se clavaban en mi cuerpo mientras yo, con la garra derecha goteando sangre, me regocijaba ante las muertes de mis enemigos. Llena de almas como estaba, podía sentir su aura. Era poderosa, más oscura que la mía y palpitaba con el rojo más encarnado de la lujuria. Pero no se lanzaba a por mí como habría hecho Casio, sino que aguardaba. Despacio, mientras sentía todo mi cuerpo reaccionar ante él, lamí la sangre de una de mis garras y me giré. Yo respiraba de manera entrecortada, excitada como si estuviera hecha de gasolina y acabaran de acercarme un mechero encendido. Pero él... Atzir'itz era más bien como un carbón. Por afuera parecía apagado pero por dentro estaba consumiéndose. Abrí la boca y dejé escapar mi respiración en lo que sin duda sonó como un jadeo. El demonio estaba de pie, en el hueco de la puerta del ascensor, entre yo y Marta e impidiendo que se cerrara. Su rostro estaba serio e inexpresivo pero sus ojos brillaban en ámbar. Debería castigarle por algo así pero no podía. Estaba capturada por la lujuria que irradiaba la tensión muscular de su cuerpo, por el modo en el cual me miraba. Quizás, verme así, ser yo, ser libre, había sido también demasiado para él.

Avancé un paso.

Otro más y me coloqué justo delante suyo.

Sentí su respiración, no era tan calmada como él pretendía. O eso o se había acelerado con mi súbita cercanía.

Acerqué mis dedos manchados de sangre, transformados en garras cuyos huesos me nacían en la segunda falange, alargaban mis dedos y los convertían en instrumentos mortales, a su pecho. Sentí la necesidad de rasgar su ropa, notar la calidez de su carne. Mi corazón golpeó en mi pecho con más fuerza y el mundo pareció detenerse. Ya no existía Casio, no existía Marta, ni la Orden ni nadie. Solo él y yo. Un sonido feral, más gruñido que otra cosa, salió de mi garganta y moví mi garra hacia su pelo. Debí de hacerle daño cuando lo agarré con fuerza al mismo tiempo que llevaba mis labios hacia los suyos. Los rocé. Un instante. Fue como si una descarga eléctrica me recorriera de abajo a arriba y una urgente necesidad me gritara que lo hiciera mío. Atzir'itz, por su parte, se contenía. Sabía que conocía su lugar y que, por eso, estaba aguardando a que yo me decidiera. Entonces sonó la campanilla del ascensor y las puertas intentaron cerrarse, en vano pues él estaba en medio.

La cordura volvió a mí. ¿Qué cojones estaba haciendo? Yo era la prometida de Casio, que estaba preso. ¿Así le amaba?, ¿intentando tirarme al primer guardia de mi abuelo que pillara en vez de ir a salvarle?

¡Cómo había podido ser tan gilipollas!

—Muévete —le susurré a Atzir'itz mientras le miraba, no con odio pues no era su culpa, sino con rabia.

Este se apartó y yo entré al ascensor para indicarle a Marta que ya había pasado, ya podía levantarse. La chica, asustada y sin levantar cabeza, no se había enterado de nada.

Sin embargo, no había pasado.

El ícubo había limpiado la habitación izquierda, acabado con sus ocupantes, pero, antes de que pudiéramos volver a darle al piso menos dos, por el pasillo se acercaron corriendo seis curas. Esta vez, no parecían portar armas de fuego. Era con cruces, agua bendita y exorcismos como pretendían llevarnos de vuelta al infierno.

(Y si yo no hubiera estado tan ocupadita pensando en engañar a mi prometido, los habría escuchado aproximarse).



Diario del padre Bruno.

Caminé por los jardines de vuelta a la sede de los Illuminato. Por mi sotana y el árbol en el cual, sin darme cuenta, me había camuflado, nadie me había indicado que abandonara el Vaticano. Sin embargo, ahora no quería que me vieran. Por ello, cuando en mi camino me crucé con un par de guardias, me escondí en las sombras antes de que pudieran vislumbrarme. Escuché sus voces. Comentaban que tenían que estar preparados, que un par de demonios hembra iban a venir a intentar robarles. Me alivió saber que después de todo me habían hecho caso; sin embargo, no me di la vuelta. Ellos pasaron de largo sin verme. Por su actitud, confiada y segura, la Orden debía de haber tomado medidas. Me alegré pero no me fui. Entendía que quizás yo no hiciera falta aquí esta noche; sin embargo, había decidido dejar que mi fe se uniera a mi corazón y, así pues, creer que era Su voluntad que fuera yo Su instrumento de castigo, de exterminio del mal.

Eliminada pues toda posible soberbia de mi pensamiento, llegué unos minutos después ante el edificio donde había pasado mi juventud estudiando. Recorrí su perímetro y vi una ventana abierta, la de una de las aulas. Una de sus hojas carecía de cristales. Imaginé que se trataba de ellas y que mis hermanos las habrían dejado pasar, llevándolas hacia una trampa. Entré a mi vez y atravesé la vacía estancia hasta el pasillo. Una vez allí, dudé, no supe adónde ir más, entonces, escuché unos disparos. Guiado por la necesidad de llegar a tiempo, corrí hacia los ascensores y llamé al único que no estaba ocupado.

Sabía que me excomulgarían cuando me reconocieran, pero no podía abandonarlos. El mal atacaba nuestra santa sede y yo, un humilde mortal, me sentía

honrado al ser llamado a defenderla.



Le di a cerrarse a las puertas del ascensor pero no me hicieron caso. Debían de haberlas bloqueado desde su sala de control para que no escapáramos. Había otro ascensor, pero seguro que también lo controlaban. Esto, el que los de la Orden con tanta rapidez nos mandaran a más hombres, no hacía más que fortalecer mi teoría de las cámaras y de que nos habían localizado desde el primer momento. Así que, todavía cabreada por lo que había estado a punto de pasar con el guardia de mi abuelo, avancé un paso hacia delante. Esos curas eran un chivo expiatorio de mi enfado tan bueno como cualquier otro.

Seis súbitos latigazos en mi rostro me detuvieron. Dolían. Los sacerdotes acababan de arrojarme agua bendita de los frascos que llevaban en sus manos izquierdas. Estaban lejos, pero tenían buena puntería los jodidos. Me los quedé mirando aún más cabreada y pasé el dorso de mi mano (al ayudar a Marta a incorporarse había desconvocado mis garras) por mi cara, en un intento de aliviar el escozor. Noté la quemazón también en la mano. La ignoré y, por suerte, mis reflejos habían hecho que yo cerrara los ojos antes.

—*Exorcizamus te* —comenzó a recitar uno de los curas y de inmediato los otros se unieron a su rezo, como si fueran un coro que declamaba los mismos versos un instante después, creando un eco cargado de poder—, *omnis immundus spiritus*.

Lo sentí, noté su mandato en cada célula de mi ser.

«¡No me jodas!», pensé. «¿Es que nadie os ha dicho que una súcubo de la familia real tiene más poder que vosotros?».

Esa mierda podía funcionar con un demonio menor pero dudaba mucho que lo hiciera con un señor demoníaco del séptimo infierno. Desde luego, no conmigo. Abrí

a tope mi acceso al pozo, tomé las almas que este me ofrecía y me resistí.

—*Omnis satanica potestas, omnis incursio infernalis adversarii, omnis legio, omnis congregatio et secta diabolica, in nomine et virtute Domini Nostri Jesu Christi, eradicare et effugare a Dei Ecclesia, ab animabus ad imaginem Dei conditis ac pretioso divini Agni sanguine redemptis.*

Noté que Atzir'itz, a mis espaldas, sí que estaba sufriendo. Tanto que se había caído de rodillas al suelo, tenía todos los músculos en tensión y su rostro también reflejaba cómo sus poderes y su fuerza se veían constreñidos por el exorcismo. Le entendía perfectamente. Ese rezo estaba hecho para eliminar a un demonio de un poseído. Atzir'itz, que estaba con su propio cuerpo, sin el escudo adicional de carne humana que le permitía a un endemoniado resistirse y contraatacar, sentía de manera mucho más fuerte el exorcismo. Que a él no pudieran expulsarle no quería decir que no pudieran matarle o que no le estuvieran haciendo daño. Sobre todo considerando que el rezo no estaba siendo recitado por un cura de la Orden sino por seis a la vez.

En estos momentos, cuánto quería a mi abuelo por el regalo del diezmo. Esto era aún mejor que las lecciones de cacería 101 de mi papi.

Sonreí.

Sonreí con esa misma sonrisa inocente que usaba cuando aparentaba quince y quería pasar por una jovencita inocente y pura. Solo que ahora, en mi nuevo cuerpo, con mis ojos ámbar y mi reconocida condición de demonio, era totalmente aterradora. Yo lo sabía. Era mi manera de desafiarles, de burlarme de ellos y de su fe. Porque sabía que como acabaran el puto exorcismo no era que yo me fuera a ir derechita al infierno a llorarle a mi abuelo (el cual no era precisamente de los que consolaban a sus nietos) sino que me iban a hacer mucho daño. Con el poder del pozo, dudaba que pudieran matarme, pero sí dejarme fuera de juego. Por eso no pensaba permitir que lo acabaran.

Me habría encantado, aquí sí, usar mi supervelocidad para cargármelos; pero no podía. Gracias que lograba avanzar igual que lo haría cualquier ser humano caminando despacito. Noté que Marta les gritaba un insulto y echaba a correr los pocos pasos que la separaban de mí. ¡Bien por ella! Había logrado que el miedo dejara de paralizarla. Los curas la rociaron con agua bendita y no pasó nada. ¿Qué esperaban? La chica sería bruja pero era totalmente humana; ni una gota de sangre demoníaca que pudiera reaccionar ante esa dichosa agua. Así que, mientras continuaban recitando y teniendo a Atzir'itz inmovilizado, me la volvieron a echar a mí. ¡La madre que los parió! Esta me la iban a pagar y ya.

—Marta, atrás, no te metas —le ordené.

Ella no era mi súbdita pero me obedeció. Retrocedió hasta donde estaba Atzir'itz. En cuanto a mí y a mis ganas de hacerles pagar toda esta mierda de quemarme la cara, una pena no tener mi semiautomática. De verdad, este era un momento de lo más cojonudo para darme cuenta de que me la había dejado en el suelo, en el umbral de la puerta de la derecha. Puto íncubo y jodida lujuria... En fin, a falta de mi pistola,

saqué mi daga, la de las runas mágicas labradas en su filo. Yo ya estaba a tan solo un par de pasos de ellos. Una pena no poder ni echar a correr ni saltar; necesitaría más almas para ello y mi acceso al pozo ya estaba abierto del todo. Los sacerdotes, como esperaba, me acercaron sus cruces. Como su fe era fuerte y creían en ellas, me frenaron. Si hubieran sido seis curas como el padre Bruno, aquel que fue capaz de casi matarme de tan solo experimentar el recuerdo de la cegadora y pura luz blanca de sus creencias, yo ya estaría fuera de juego. Pero no lo eran. Ni entre los seis juntos lograban tener un poder similar al de ese cura español. Así que aparté la cruz del primero con mi antebrazo izquierdo, sentí una fuerte quemazón en este pese a mi cazadora y me apresuré a lanzarle una estocada con mi daga, clavándola en el pecho de mi víctima. De acuerdo, no eran vampiros, pero demasiados años de apuntar al corazón. Lo maté en el acto y, a través del filo de mi daga, la energía de su alma, de su vida, de su fe, llegó a mí y me envenenó.

Yo era gilipollas. Este tío era un cura. ¿Cómo no había imaginado que absorberlo me haría daño? Enganchada a mi daga como si esa vida robada fuera una descarga de alto voltaje que me impidiera moverme, sufrí el dolor.

Interno, agónico, terrible como si por mis venas estuvieran vertiendo fuego líquido.

Entonces, los otros soldados me rociaron con más agua bendita y ni mi acceso al pozo abierto de par en par me pudo salvar. El exorcismo comenzó a hacer mella en mí. Y allí, de pie con mi daga clavada en el cadáver, sujetándolo y evitando que se cayera al suelo, recibí la fuerza y el desapasionado odio de la Iglesia.

Sus palabras, conminatorias, me ordenaban que me fuera y la tortura que me recorría por dentro continuaba y se mezclaba con el dolor de la carne quemada por esa puñetera agua.

Yo no quería morir así. Ni allí. Como un recurso último dejé que mi mente se expandiera, buscara a mi nueva hermana, llamara a la matriarca de las brujas mientras gritaba su nombre expresando mi dolor en cada sílaba.

Pero no fue Arianrhod quien vino sino un vampiro. Uno de los hijos de Casio o, mejor dicho, de Lucas.

¡De puta madre! Esta vez no me quejaría si también aparecía mi no difunto padre.

El vampiro, usando su velocidad sobrenatural, apareció como un borrón de velocidad por el pasillo y, con ayuda tanto de su fuerza como de una espada corta, decapitó un par de cabezas. En cuanto los restantes miembros de la Orden se dieron cuenta de lo que ocurría, uno de ellos comenzó de nuevo el exorcismo, para atraparlo. Pero no sirvió de nada porque los vampiros habían estado aquí desde el principio, fueron parte de los demonios que eligieron quedarse en la Tierra, que nunca habían morado en los planos y, por ello, no tenían ningún infierno al que ser devueltos. La mejor manera que la Iglesia tenía de exterminarlos era gracias a las hermanas sangrientas, las cruces, las balas con agua bendita, la luz ultravioleta... Curioso, ¿por qué no activarían las lámparas de UV que seguro que tenían por todo el edificio para

ocasiones como esta?

En todo caso, los tres curas que quedaban vivos se agruparon con rapidez espalda contra espalda. Mientras lo hacían, cayó otro. Entonces, una vez en esa posición defensiva, se cubrieron con sus cruces. El vampiro tuvo entonces la decencia de separarme de mi «víctima» (de verdad que entendía por qué él no les mordía) y volví a ser yo. Ese flujo de dolor, ese que no había cesado ni con la muerte del cura ya que su vínculo con su dios se mantenía, desapareció. Me dolía todo el cuerpo, incluso partes de mi interior que no asociaba con ningún músculo; además del rostro y el dorso de las manos, allí donde tenía la carne quemada por la dichosa agua bendita. Decididamente, quería venganza. Como ya podía moverme, pese a que ellos continuaban con el exorcismo (el que había intentado comenzar de nuevo estaba bien muerto), dejé que las almas del pozo me dieran fuerza y me abalancé contra ellos. El vampiro se hizo a un lado. En algún momento, mientras descargaba mi dolor sobre ellos, hendiendo su carne con mis garras, torturándolos en vida, desgarrando sus ropas, rajando sus estómagos y sacándoles las tripas, ellos dejaron de poder recitar y Atzir'itz quedó libre. Me dio igual. Estos eran míos. No paré hasta que hubieron quedado reducidos a una masa sanguinolenta, cuya forma humanoide se había perdido cuando los desmembré. Por mucho menos había desollado a violadores. Ellos, que me habían herido y casi matado, no se merecían un destino mejor. Porque eso era yo, siempre lo había sido, un demonio, una superviviente. Me daba igual a qué dios eligieran adorar los hombres, yo no les deseaba mal a no ser que intentaran hacérmelo a mí primero.

Marta, quien debía de haber ido a por mi pistola pues la llevaba entre las manos, me miraba sobresaltada. Imaginé que habría querido disparar pero que, al estar los sacerdotes tan cerca de mí, no se habría atrevido. Y ahora, después de ver el estucado rojo con el que acababa de decorar el pasillo, quizás no se sintiera muy cómoda. Atzir'itz no. Al íncubo, que parecía estar recuperándose con rapidez, yo no podía haberle sorprendido con mi matanza sino más bien confirmado que era hija de mi abuelo. En cuanto al vampiro, me giré para encararlo. Yo estaba un poco «sucio» de algo más que salpicaduras de sangre humana pero, considerando que esta sangre debía de ser veneno para él, dudaba mucho que eso le despertara el apetito. No... sus ojos estaban rojos por otra cosa. Una maravilla esto de mi *sex-appeal*, funcionaba hasta con la cara llena de quemaduras. Le sonreí.

—Gracias. ¿Te manda el Consejo?

—No, me manda Lucas.

—¡Qué mono! —Me eché a reír.

Era justo como había imaginado. El pelirrojo no querría tener que contarle a su padre que la «imprudente» y «alocada» de su novia se había hecho matar. Ah... pobre, ¡cuántas preocupaciones le daba!

—¿Tu nombre?

—Miguel.

—¿Eres de su línea de sangre?

—Sí.

—Perfecto, dale las gracias de mi parte. —Ahondé en mi sonrisa, maliciosa.

Este vampiro debía de ser joven, quizás unos cien años, porque le estaba costando no sacar los colmillos. Justo el tipo de chupasangres que yo solía cazar antes, amparada por mi apariencia humana y mi *sex-appeal* de súcubo.

—Hay algo más.

Tenía que reconocerlo, Lucas le tenía bien enseñado pues, pese a su evidente lucha por mantener el control, se mostraba respetuoso. Esto, unos meses antes, habría sido algo que me habría hecho reír de lo poco que me importaba pero ahora, que tenía responsabilidades y un nombre como general que mantener, tenía que ser más cuidadosa.

—Dime.

—Lucas me dijo, literalmente, que os transmitiera que es «una locura irresponsable meterse en el Vaticano sin apoyo». Y que, por eso, ha mandado a un equipo para tomar la sala de control. Esta se encuentra ubicada en un edificio en la parte trasera de los jardines, anexo a la muralla, no demasiado lejos de por donde os hemos visto saltar. Nosotros también hemos entrado por allí —me aclaró—. Bueno, como decía, la sala de control controla la seguridad de todo el estado del Vaticano. Yo, junto con cinco de mis hombres, equipados con lo último en tecnología, nos fuimos a tomarla una vez os vimos perderos por los jardines. Justo hace unos momentos que acabamos de asegurarla. Hemos eliminado también a todos los del cuerpo de guardia que hemos localizado. Debían de estar esperándoos, porque eran el doble de lo normal y, además, tenían unas cargas explosivas bajo el ascensor, que hemos desactivado. —Contuve mis ganas de abrir los ojos; eso no me lo había esperado—. Es por eso no hay ninguna alarma sonando e indicando que hay demonios sueltos en su sagrado territorio. Justo cuando esos seis aparecieron, que por lo visto estaban esperando cerca en la estancia donde pensaban interrogaros, acabábamos de tomar la sala de control. Al verlo a través de las pantallas conectadas a las cámaras, vine rápidamente hacia aquí. Me alegro de haber llegado a tiempo.

No por su expresión, que por esa estaba luchando para no darme un «mordisquito» mientras se me tiraba, sino porque yo conocía un poco a los chupasangres, el chico estaba más que aliviado de haberme podido salvar. Sonreí para mí cuando vi a Atzir'itz avanzar unos pasos y colocarse justo detrás de mí, como indicándole al vampiro que yo no iba a ser de ningún modo su comida.

«Una pena, guapo, pero tampoco la tuya», pensé.

A continuación volví a dirigirme a Miguel.

—Entonces, si tienes la sala de control asegurada, ¿los curas no saben lo que ha pasado?

—Bueno, con los tiros, todos los de este edificio ya se imaginarán que algo ocurre. Como no suelen entrenar a estas horas de la noche, es probable que tengamos

a un montón de estudiantes armándose y viniendo para aquí arriba.

—¡Genial! Pues entonces vámonos de aquí. ¿Te vienes?

—Así me lo ha indicado mi padre.

—Lo imaginaba. Es tan cabezota como Casio.

Me eché a reír y volví al ascensor. Con un poco de suerte, los hombres de Miguel bloquearían el otro. Agarré la pistola que me tendía Marta y, mientras entrábamos y se cerraban las puertas, le cambié el cargador.

—¿Hay escaleras? —le pregunté al chupasangres una vez estuvimos bajando.

—Sí. Pero están al otro lado del pasillo, cerca de la entrada principal al edificio.

—Claro...

La conversación se detuvo y el ambiente, que nunca había sido relajado pues estábamos en el jodido Vaticano, se tensó aún más. Estaba claro que a Atzir'itz no le gustaba Miguel. Era más, yo creo que no le habría gustado ni aunque el chico hubiera venido sin los ojos rojos; todo porque pertenecía a la línea de sangre de Casio. Casio, mi prometido. Lo cual no era ningún secreto. Además, el que la nieta del rey del sexto infierno estuviera prometida con un vampiro bimilenario que era uno de los tres regentes que gobernaba el Consejo de las razas de la noche en la Tierra, bueno... yo diría que era una buena unión, tanto a nivel político como romántico. Una que mi abuelo me había servido en bandeja pero que, a juzgar por la actitud de su guardia personal, quizás no quisiera que yo me tomara demasiado en serio.

El ascensor se detuvo en el sótano segundo y el sonido de la inminente apertura de sus puertas me sacó de mis pensamientos. Parecía que últimamente no pensaba en otra cosa que no fuera sexo pero, seamos sinceros, ¿a parte de sangre, poder y muerte, había otra cosa en la que un demonio de mi raza malgastaría sus pensamientos?

Marcos, mi hermana... por supuesto. Por eso era yo tan valiosa, porque era medio humana y tenía sentimientos.

Como Marta me miraba extrañada, pues yo había dejado que fuera el chupasangres el que comprobara que el pasillo que se abría ante nosotros estaba despejado, me encogí de hombros y salí del ascensor.

Si esos estudiantes habían ido a la sexta planta a pelear, se iban a quedar muy decepcionados.



Ante nosotros se abría un corredor iluminado por luces led las cuales, colocadas en ambas paredes a intervalos regulares, se habían encendido en el momento en el que el chupasangres había puesto sus pies en él. El pasillo, recto, parecía bastante largo. Miguel nos había informado de que no detectaba a nadie y yo, agudizando mis sentidos, tampoco. Aunque ahora mismo lo que quería no era un cura sino un vampiro al que pudiera matar, clavarle mi daga para absorber temporalmente su capacidad de regeneración. De verdad, con el aspecto que debía de tener mi rostro y

Atzir'itz no le quitaba ojo a Miguel, como si estuviera deseando que este le diera una excusa para matarlo...

En fin, sacudí la cabeza en un gesto inconsciente, que era un reflejo de cómo mentalmente me deshice de esos pensamientos, me centré en lo que estábamos y comencé a avanzar. Por detrás de mí iban los dos demonios y Marta, que era la más indefensa, cubría la retaguardia. Sin comentarios. Como imaginaba que el peligro no vendría de los ascensores, no dije nada. Entonces, mientras caminábamos, la chica se paró de repente y se cayó al suelo redonda. Empezábamos bien...

Con rapidez, les ordené que la protegieran mientras yo buscaba a los culpables. No podía ser una defensa, una trampa, ya que los hombres de Miguel se suponía que nos estaban dando vía libre, desactivando no solo las alarmas sino todo lo que pudiera hacernos daño.

No detecté nada ni a nadie. Le indiqué a Atzir'itz que vigilara y me acerqué a Marta, inclinándome sobre ella. La mujer había tenido suerte pues, pese a haberse golpeado la cabeza, no parecía haberse hecho daño, no más que unas cuantas magulladuras que ya le dolerían luego. Entonces, ¿por qué no despertaba?

Tuve que reconocer que le tenía más cariño del que creía, ya que me sentí fatal ante la idea de que pudieran haberle hecho algo, de que pudiera perderla. Desde que mi padre me «soltó» en la Tierra (sí, soltó, como si yo fuera un cachorrito de fiera), Casio y ella habían sido los únicos que siempre habían estado allí. Marta, en concreto, fue la única mujer que no me había mirado mal por mi brutal efecto en los hombres y, poco a poco, se había logrado abrir un hueco en el que había sido un corazón demasiado duro como para apreciar a alguien. Desde lo de mi sobrino, yo ya sabía que lo que sentía por ella era una gran amistad, un cariño similar al que profesaba a mi familia humana. Pero había dado por hecho que siempre estaría aquí y ahora...

Ahora me estaba enfadando aún más. No quería sentir pena ni desamparo; prefería una rabia controlada.

Por suerte, antes de que decidiera dejarla custodiada por Atzir'itz e ir con el nosferatu a saco a por ellos (un suicidio tan bueno como cualquier otro), la bruja abrió los ojos.

—¿Estás bien? —me apresuré a preguntarle, todavía preocupada y sin permitirme sentir alivio.

—Yo... —Parpadeó y nos miró. Pareció desorientada unos instantes y entonces asintió—. Sí, tranquila.

Vale, ahora sí expulsé el aire que había estado conteniendo y me relajé. Total, sabía que los dos guerreros que estaban con nosotras continuaban alertas.

De verdad que creía que tenía a mi parte humana más integrada; no me esperaba esta respuesta emocional tan visceral. Imaginé que, después de todo, aún me quedaba algo de control que aprender. ¿Sería por esto por lo que mi abuelo me había mandado con Marta?

Respiré un par de veces antes de acribillarla a preguntas.

—¿Qué ha pasado? Te has desmayado de repente. ¿Ha sido algún hechizo de los de la Orden?

—No, no. —Se llevó la mano a la cabeza, se tocó por detrás, crispó los rasgos en ademán de dolor e hizo ademán de querer incorporarse. La ayudé a sentarse—. Verás, ha sido Arianrhod.

—¿Arianrhod? —repetí extrañada—. ¿Por mi petición de auxilio de antes?

—No, por mi servidumbre. Me ha pedido el primer trabajo.

—¡Joder! ¿Es que no puede ser más inoportuna?

—Ay —se quejó, pues acababa de intentar negar con la cabeza—. En realidad oportuna es, porque quiere que le consiga algo de ese almacén al que vamos.

—Pues qué bien... —ironicé—. ¿El qué?

—No me ha dicho el nombre. Es por lo visto una especie de cáliz de oro que data de la Baja Edad Media.

Mmmm, quizás fuera una copa de alguien de la nobleza.

—¿Con joyas engarzadas o algo así?

—Sí. Dice que la reconoceremos con facilidad.

—Pues nada, como no tenemos prisa, no estamos en medio de unos dos mil curas y aprendices a fanáticos que residen aquí y muchísimos más que vienen de paso... En fin, no te preocupes que lo cogeremos también.

Me permití soltar un par de juramentos mentales dirigidos a mi hermana de magia negra. Ni idea de si podría escucharlos pero me hicieron sentir mejor. Esto de que prefiriera usarnos de chicas de los recados en vez de echarnos una mano no me hacía nada de gracia; ¡mira!, otra cosa más en la que se parecían ella y mi abuelo.



Diario del padre Bruno.

No conseguí coger un ascensor. Estaban bloqueados. Me puse frente a la puerta, para que pudieran captarme bien las cámaras, y les expliqué que era de los suyos, que aunque ya no estuviera en la Orden podía ayudarles, que me permitieran subir. Nada. Imaginé que las habrían sorprendido y acribillado a balazos, pero así tan solo habrían logrado acabar con los pobres inocentes cuyos cuerpos habían poseído esos demonios. Yo quería subir, ayudarles antes de que los espíritus demoníacos, con las partículas físicas de su cuerpo arremolinándose y zumbando como una nube de insectos, atacaran a algún hermano y tomaran posesión de su cuerpo. Lo había visto en el pasado. Sabía cómo detenerlos y exorcizarlos pero, por desgracia, ese era un conocimiento que la mayoría de mis hermanos no compartía. Que el Señor me perdonara por enorgullecerme de mi experiencia, pero este no era el momento de temer el pecado del orgullo sino el de la omisión: no pensaba ayudar al mal al no ir a combatirlo. Por ello, volví sobre mis pasos y caminé hasta las escaleras. Allí, muchos de los estudiantes del primer piso se habían reunido y estaban hablando de subir a ver qué ocurría, mientras que otros aducían que debían preguntar a uno de sus tutores.

Los ignoré, subí corriendo. Varios de ellos, al verme, me siguieron. Más estudiantes de otras plantas nos siguieron y, cuando llegamos arriba, nos encontramos el grotesco espectáculo que yo estaba temiendo. Me arrodillé a orar. Pedí perdón por no haber sido más rápido, por tampoco haber sido capaz de convencer a mi antiguo mentor para que me permitiera ayudarles. Fortalecido por la oración, me puse en pie. Había llegado uno de los guardias. Me acerqué a él. Por lo visto había encontrado a varios de sus compañeros acuchillados. Le dije que buscara al comendador Bosetti y

comencé a caminar escaleras abajo, hacia los sótanos. Habría corrido, pero no quería llamar la atención, que alguien me identificara como Bruno Soto, antes un miembro de la Orden y ahora ya no.

Pronto me separé del resto y me dirigí con paso firme hacia donde el libro de Diana se guardaba. Pero lo que no me esperaba cuando llegué allí, no aunque horas atrás me hubieran amenazado con la excomunión, fue que mis propios hermanos ordenaran mi muerte.

¿Por qué? ¿Es que no veían que era yo quien seguía Su voluntad?



Con una Marta recuperada, continuamos avanzando por el pasillo. Este tenía varias puertas, algunas abiertas y otras cerradas. No vimos a nadie. Imaginé que los vampiros de Miguel habrían hecho un buen trabajo con los guardias y que, como este ya me había comentado, los que hubieran escuchado los disparos estarían ahora en la planta de arriba. Así pues, empujamos las puertas abiertas, forzamos las cerradas (en mi vida como cazarrecompensas había aprendido a hacerlo, entre otras cosas) y descubrimos habitaciones que no nos interesaban. Al final, ya solo nos quedaba una, la más alejada.

—Violeta —me dijo Miguel cuando estábamos a un par de pasos de esta—, ¿no te parece raro que no haya guardias? Se supone que aquí guardan cosas muy valiosas.

—Pero vosotros habéis tomado la sala de control, desactivado las alarmas y los rayos láser y otros detectores que pueda haber por aquí. Además de haberos cargado a la guardia, ¿no?

—Entramos por el mismo punto de la muralla que vosotros, incluso os vimos saltar. Tuvisteis suerte con lo de las cámaras. Si llegan a ser infrarrojas, de nada os habría servido apagar las farolas. —Curvó sus labios en una mueca de superioridad que no me gustó—. Después, gracias a nuestra velocidad, acabamos con las patrullas cercanas y con los soldados de las garitas antes de que pudieran darse cuenta de que algo pasaba. Después, tomamos la sala de control y la adyacente, donde se encontraba el capitán que estaba de guardia. Finalmente, yo me vine para aquí y, por el camino, acabé con los que vi de este edificio. Al de las hermanas no nos hemos acercado, ni al palacio papal. Sé de buena tinta que ellas saben cómo tratar a un vampiro y, por supuesto, los más leales y mejor preparados del ya de por sí cuerpo de

élite que es la guardia suiza, estarán en el palacio protegiendo al cabeza de su Iglesia. Y, pese a todo, me resultó muy sencillo.

Lo miré. Por la parte tecnológica claro que le habría resultado sencillo. Ellos tenían también lo último y no dudaba de que antes de tomar la sala de control habrían ido con esos fusiles con cámaras que usaban para doblar esquinas sin tener que asomar sus cabezas; así como con gafas capaces de ver en varias frecuencias, para evitar hacer saltar alguna alarma óptica. Además de que asesinando eran silenciosos como nadie. Sin embargo, la parte sobrenatural era otra cosa. ¿De verdad habían entrado unos vampiros al Vaticano y nadie se había dado cuenta? Porque, como el chupasangres acababa de señalar, aquí vivía nada menos que la guardia suiza. Es decir, unos católicos que casi podríamos tildar de fanáticos en cuanto al honor que suponía para ellos servir a la cabeza de su Iglesia. Todos ellos cumplían unos estrictos requisitos tanto físicos como de formación, reputación y conducta; si no, no habrían podido ser elegidos. Su fe, sin lugar a dudas, era muy fuerte; pero como no se dedicaban a rezarle a su dios pidiendo exorcismos, no me preocupaba tanto como su armamento o el manejo que de este hacían. Entiendo que no esperaban que ningún demonio en su sano juicio se les colara dentro. Pero, pese a todo, seguro que tenían medidas defensivas por si acaso. Me resultaba difícil creer que no tenían ningún ritual (misa los llamaban ellos) de protección, ningún objeto sagrado cuidando de la sala de control para que Miguel y los suyos no hubieran podido ni acercarse. Eso era raro, mucho. De acuerdo con que, a diferencia de a nosotros, a los vampiros no los estaban esperando pero, sinceramente, si yo tuviera una fortaleza como el Vaticano, la defendería mejor contra nosferatus y otros demonios. A no ser, por supuesto, que contara con la apabullante seguridad de tener a más de dos mil soldados capaces de mandarlos de una patada de vuelta al infierno.

—¿No encontrasteis nada para repeler vampiros? —le pregunté a Miguel.

—¿Dices aparte de que todo esto es como una puta Iglesia y que si mis hombres no tuvieran varios siglos de experiencia estarían tirados al otro lado de la muralla a causa de lo que nos debilita estar aquí? Ya sabes, para qué poner cruces si todo esto es un repelente para mi raza —me contestó en un tono irónico que tampoco no me gustó nada.

(¿Qué pasaba? ¿Se estaba olvidando de quién era yo?).

Pero con o sin sarcasmo, tenía razón. Yo misma me lo notaba... un poco. Menos mal que tenía un enorme pozo a mi alcance. Imaginé que los vampiros, demonios de menor nivel que nosotros, a no ser que fueran antiguos estaban jodidos. Posiblemente también los poseídos.

—De acuerdo. Y en relación a tu pregunta de antes... no. No me parece tan raro que no haya guardias. Al fin y al cabo, se supone que todo esto está mapeado con cámaras; además de los guardias de la entrada al Vaticano y de que estamos en la jodida sede de la Orden de los Illuminato. Además, yo no escucho nada. Ni respiraciones al otro lado de la puerta, ni latidos de corazón, ni nada.

—Yo tampoco.

Me encogí de hombros.

—Bueno, pues si hay algún tipo de trampa que los tuyos no han podido desactivar, solo se me ocurre un modo de averiguarlo.

Me acerqué a la puerta. Atzir'itz se apresuró a colocarse entre esta y yo.

—¿Qué haces? —Enarqué una ceja.

—Estoy aquí para servirte. —El tono en el que lo dijo no era precisamente servil, sino más bien acariciante. Sentí un escalofrío de anticipación por lo que podría haber entre él y yo. Lo ignoré—. Por si hay alguna trampa para demonios, deja que sea yo quién vaya primero.

—Muy bien.

No pensaba rebatir eso. Al fin y al cabo, él estaba acostumbrado a proteger a mi abuelo (como si este lo necesitara...), seguro que sabía más que yo de trampas. Retrocedí un par de pasos, para dejarle espacio para trabajar.

El íncubo volvió a sacar su frasquito de metales pesados e ingirió una pequeña cantidad. Miré a Marta, maliciosa. La chica estaba tan asustada por lo que estábamos viviendo que ya le daba igual lo *sexys* que pudieran ser los labios de Atzir'itz. Contuve las ganas de echarme a reír. Después, nuestro «mister sexto infierno» escupió sobre la hoja de la puerta. ¡Qué poca elegancia! Desde luego, esa saliva viscosa y apestando a azufre de sensual no tenía nada. A continuación, susurró unas palabras y no pasó nada. Si la puerta debería haber hecho algo (como brillar con algún tipo de luz o desintegrarse), no lo hizo. A mí siempre me resultaba fascinante observar la magia demoníaca en acción. Era más biológica que la de los humanos y no se apoyaba en ninguna deidad. Yo, sinceramente, la prefería; una pena que no supiera hacerla. Y, desde luego, más aún que esta vez no hubiera surtido ningún efecto. Pasados unos segundos, durante los cuales Atzir'itz contempló la puerta con fijeza como si esperase que ocurriera algo, este giró su rostro inexpresivo hacia mí.

—Mi magia no funciona. Está anulada. Debe de ser el terreno sagrado, no se me ocurre otra explicación —me dijo.

Fruncí el ceño. Eso no me gustaba nada. Si no podía hacer ni un simple hechizo para quitar una trampa de una puerta, ¿cómo iba a abrir un vórtice para sacarnos de aquí? Imaginé que de ninguna manera. Taché mentalmente mi idea inicial de poder salir de aquí mediante un portal.

—Habrá que probar suerte, entonces.

Por toda respuesta, Atzir'itz volvió a encarar la puerta y agarró su manilla para abrirla. De inmediato se quedó pegado, como una mosca a una telaraña tan densa que ni moverse le dejaba. Su rostro, sin embargo, había dejado de ser inexpresivo para mostrar embelesamiento, como si lo que fuera que esa trampa estaba haciéndole le tuviera de lo más interesado.

Putos cristianos...

No me gustaba tener que pedírselo pero la que más probabilidades tenía de salir

ilesa de esto era la única humana pura presente (lo de ser bruja no contaba). Me giré hacia una asustada Marta, la cual abrió mucho los ojos al escucharme.

—Mmmm, Marta. ¿Puedes darle un buen empujón al íncubo? Para despegarlo de la puerta y esas cosas —le sonreí como si fuera lo más normal del mundo.

Y que ni se le ocurriera pensar que ella también podía quedarse pegada. Esto no era electricidad, no señor; tan solo una puñetera trampa que esperaba que no capturara seres humanos.

—Yo...

—Corre, que seguro que le duele —intenté animarla.

No lo conseguí. A causa de la expresión de tonto que lucía Atzir'itz, más bien parecía estar contemplando algo maravilloso y agradable. Mi amiga, algo mosqueada, me miró mal. ¡Genial! Así vencía al miedo. Le sonreí con mi inocencia más falsa y fingida. Ella resopló, murmuró algo poco agradable contra mis muertos y caminó hasta colocarse a la derecha del demonio y un par de metros alejada. Le dejamos espacio. La chica echó a correr y golpeó el hombro del demonio con sus manos (eso debió de dolerle, por cómo se doblaron sus muñecas y la cara que puso. Mira que no embestirle con su propio hombro...). De manera increíble, pese a lo poco que pesaba la bruja y lo grande que era Atzir'itz, logró moverlo. En cuanto el íncubo dejó de estar en contacto con la puerta, se apartó de esta como si quemara. Enarqué una ceja y le pregunté qué había ocurrido. Mientras tanto Marta, que al chocar contra Atzir'itz había acabado perdiendo el equilibrio y cayendo sobre la puerta, estaba apoyada contra esta como si nada. El que su pecho subiera y bajara con fuerza bajo su jersey, me hizo ver que la condenada no tenía nada que temer de esa trampa.

—Gracias por sacarme de allí. Nada más tocarla, sentí cómo si contemplarla fuera aquello para lo que yo estaba hecho y no me importara nada más, ni el dolor que comenzaba a sentir dentro de mí.

Al escucharlo, Marta dio un respingo y se apresuró a apartarse de la puerta. Sonreí.

—¿Alguno sabéis qué puede ser?

Desde luego, yo no. Nunca me había encontrado antes con algo así.

—Una trampa para demonios —me aclaró Miguel con condescendencia—. Están diseñadas para poseídos. Los atraen y los queman. En unos diez minutos el cuerpo anfitrión queda libre y el demonio carbonizado. Con nosotros, que habitamos un cuerpo no-muerto, es todavía peor. No duramos ni un minuto antes de ser inmolados en llamas. Imagino que con un demonio como vosotros, que venís a este plano con vuestro propio cuerpo, que no tenéis necesidad de ocupar el de un anfitrión, el proceso es más lento que con un endemoniado pero acabaréis igualmente quemados.

—Los demonios de los dos primeros infiernos no abandonan su carne. Se limitan a fusionarla con las células de su anfitrión —puntalicé.

—Bueno, pues entonces es solo ese cuerpo el que queman. Da lo mismo.

—De acuerdo. Marta, por favor, ¿puedes abrirnos la puerta y dejarla abierta de

par en par? Espera un momento...

Busqué por las paredes algo con lo que poder improvisar una cuña que la sujetara abierta. Uno de los cuadros serviría. Me alejé unos metros para coger uno y romper un trozo de su marco. Justo cuando estaba haciéndolo me di cuenta de que podía haber tenido también una de esas trampas... Me estremecí. Una suerte que pareciera que solo la habían puesto en la puerta de una de sus tres cámaras del tesoro, por llamar de algún modo a los almacenes donde tenían aquellos objetos que deseaban guardar a buen recaudo.

—Ten. —Le di a Marta el trozo de marco.

La aludida lo cogió, abrió la puerta y lo utilizó para asegurarla bien abierta. Sonreí y le indiqué a Atzir'itz que pasara él primero. Tenía que reconocer que la idea de mi abuelo de prestarnos a uno de sus guardias personales era de lo más útil. Totalmente de acuerdo.

Así pues, ese soldado tan bien enseñado entró en la estancia y buscó en las paredes el interruptor de la luz. La dio y se acercó a la fila de paneles metálicos lacados en blanco (por lo visto, a los curas les gustaba mucho ese color) que bloqueaban el paso a poco más de par de metros de la entrada. Le sonreí agradecida y entré, seguida de Miguel y de Marta. Por supuesto, ni rocé la puerta.

—¿Qué son? ¿Armarios? —le pregunté al llegar a su lado y quedarme mirando lo que muy bien podían ser los frontales de una serie de armarios que, por uno o dos centímetros, no llegaban hasta el techo.

O al menos podrían serlo si no llevaran cada uno una rueda metálica en su parte central, a la altura de las manos.

—Imagino que sí, que es algún sistema de almacenaje —me contestó—. Quizás también estén protegidos contra demonios.

—Vaya...

Aparté mi mano, que ya estaba llevando hacia uno de esos paneles metálicos para empujarlo y ver si se movía.

—¿Te importa? —le pregunté a la vez que con la cabeza señalaba hacia delante.

—¿Cumplir vuestros deseos? Eso nunca —me contestó con una sonrisa a la vez que me miraba de arriba abajo.

A una parte de mí, la que todavía lo deseaba, le gustó eso. A la novia de Casio no y, al vampiro de su línea, tampoco. Sentí cómo se tensaba a mis espaldas. ¡Lo que me faltaba!, un cachorrito chupasangres dispuesto a defender las posesiones de su abuelo el triunviro... Solo por eso me entraban más ganas de morrear al incubo.

—Adelante —le contesté en cambio, con voz neutra.

Este me sonrió como si no pudiera estar a punto de quedarse otra vez atrapado, de volver a comenzar a quemarse lentamente por dentro. Después, sin dejar de mirarme, acercó su mano al armario que yo iba a tocar y la despegó en el acto. A continuación, se paseó por toda la habitación, rozando con sus dedos todos los paneles excepto el único punto donde no había panel sino un hueco, una especie de pasillo de unos

noventa centímetros de ancho, justo el de uno de esos posibles armarios.

—Están limpios —me dijo Atzir'itz, mientras continuaba mirándome como si yo fuera su desayuno.

—Muchas gracias.

Sonreí y empujé uno de los paneles metálicos hacia detrás. No se movió. Coloqué con suavidad mis dedos sobre la rueda e intenté girarla, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda (de verdad que nunca recordaba cuál era el sentido correcto). No lo logré, estaba como atascada y no quise hacer fuerza no fuera a romperla. En todo caso, en el centro del volante había un agujero de cerradura; así que posiblemente se necesitara una llave. Después, caminé hacia el hueco y me adentré en esa especie de pasillo de unos seis metros de largo. A ambos lados había lo que efectivamente eran armarios, con sus puertas rectangulares cerradas también. Su aspecto era similar al de unas taquillas, solo que imaginaba que el material del que estaban hechas sería mucho más duro y resistente, blindado quizás. Mientras consideraba si me merecería la pena intentar abrirlas todas por la fuerza (no tenía ni idea de dónde estaría el grimorio), Miguel carraspeó a mis espaldas.

—Violeta, es un archivo de estanterías móviles.

—¿Qué?

—Eso. Estas filas de armarios están unidas a raíles tanto por el suelo como por el techo y con la rueda correcta abres el pasillo para poder acceder al compartimento de seguridad que desees.

Me fijé y, en efecto, vi las guías metálicas por las que los archivadores, armarios o lo que fueran se desplazaban.

—De acuerdo. ¿Sabes usarlo para que se abra un pasillo que me deje acceder al libro de Diana?

—¿Conoces el código del libro?

—¿Marta? —me giré hacia ella, que estaba detrás de mí, bajo una de esas lámparas de luz cálida que iluminaban toda la estancia.

—Eh... Arianrhod no me dijo nada de un código...

—Me lo imaginaba... —comentó Miguel como si no pudiera esperar otra cosa de alguien que no perteneciera a la, para él, raza superior de los vampiros—. Tenéis suerte de que yo lo tenga.

Ignoré su tono; cuando llevabas mucho tiempo conviviendo con chupasangres, te acostumbrabas a su estúpido ego. Me quedé con el dato práctico: lo teníamos.

—¡Perfecto!

Pues de acuerdo, me había metido aquí sin saber que necesitábamos un código pero, hasta hoy, nunca me había encontrado con algo así. Los vampiros a los que cazaba solían guardar a sus comidas en el sótano. Nada que ver con este sistema de almacenaje.

Sonreí y volví a encarar a Miguel.

—¿A qué esperamos? Todo tuyo.

Con un gesto de mi mano le señalé el archivo, para que buscara el cáliz ya que él parecía capaz de aclararse con todos esos números.

—¿Tienes la llave? Porque dudo que podamos sin ella.

—¿La llave?

«Joder, ya sabía yo que no podía ser tan fácil», pensé.

Por su parte, Miguel se adelantó y se acercó a uno de esos volantes. Intentó girarlo pero estaba bloqueado. Tan bloqueado como lo había estado para mí. Cada vez me caía peor el chupasangres; demasiado engréido para mi gusto. Y mira que, de eso de sentirse superior, Casio entendía bastante.

—Sí, la llave que permite que funcione este sistema mecánico. Imagino que será la misma para todos los volantes y sé que la tiene uno de los administradores.

Ahora sí que me sentí muy frustrada. ¿Estábamos en la habitación del grimorio y no podíamos cogerlo porque estaba dentro de uno de esos compartimentos y no podíamos acceder a él? Cada vez me entraban más ganas de reventarlos todos. Desde luego, esta situación no me hacía ninguna gracia; no me gustaba estar aquí, en medio de la Orden, pero había que ir a por la jodida llave. Esa sensación que había tenido al poco de entrar, la de que algo iba mal, se acentuó. Pero yo no era vidente, así que la ignoré.

Al fin y al cabo llevaba toda mi vida ignorando cosas, ¿no? Primero mis emociones, después las bolas de fuego y ahora el sentido común. Bufé.

—Muy bien, ¿dónde encontramos a ese administrador?

Y, sí, miré y pregunté al chupasangres porque era el único que parecía tener información privilegiada sobre el Vaticano. Por favor, ¡si hasta conocía la ubicación de la sala de seguridad!, esa misma que había tomado. No dudaba de que al Consejo le gustaba estar bien informado.

Una pena que con Casio preso y mi abuelo sin soltar prenda, no me hubiera quedado más remedio que venir aquí a la brava. Pero oye, después de todo yo era medio española y a nosotros se nos daba genial lo de improvisar sobre la marcha.

Miguel me miró con una sonrisa extraña en sus labios, una que no presagiaba nada bueno, y me contestó:

—Se trata del hermano Anthony. Tiene las llaves de los tres archivos o almacenes: este, el de las hermanas sangrientas y el de la cámara del palacio del Papa. Lamento decirte que se aloja en el palacio del Papa.

—¡Mecagüendios! —Se me escapó en un tono más elevado del que estábamos usando para hablar. Pero no pude evitarlo. ¿Es que ahora tenía que meterme allí dentro? ¿Qué era lo siguiente, ofrecerme a sus exorcistas con un lacito rosa en el cuello y un cartel de «mátame» en el pecho? (Sinceramente, prefería la camiseta de «soy súcubo, llámame si quieres morir»).

—Tranquila, mujer. La mala noticia es que allí están los más leales y mejor preparados de entre los guardias suizos; pero la buena es que no tienen un radar para demonios incorporado. Tú tan solo tienes que ir tan mona como eres y decir que vas a

verle pues de todos es sabido que al hermano administrador le visitan señoritas piadosas de vez en cuando.

Se echó a reír. Sería capullo... Lo de «tan mona como soy» se lo guardaba; por muy descendiente de Lucas que fuera, pensaba aclararle unas cositas en cuanto esto acabara. Y, además, ¿mandarme a tirarme al cura?, ¿dónde estaba eso de vigilar la fidelidad de la prometida de su líder supremo?

Atzir'itz lo miró mal. Bien por él. Aunque para lo que me iba a servir... Porque el chupasangres tenía razón: si los del palacio no sabían lo que estaba pasando al tener la sala de vigilancia tomada, sería un modo sencillo de que me dieran una visita guiada hasta el cura de las llaves. Entonces caí en algo.

—Miguel, ¿no ha ido nadie de la sede de la Orden a avisar al palacio? —le pregunté.

—Tranquila, se comunicaron con la sala de control, donde los míos se apresuraron a tranquilizarlos, a decirles que no salieran del edificio y que nosotros nos encargábamos de mandarles refuerzos. Lo que me recuerda que no deberíamos tardar mucho, no se empiecen a preguntar que por qué no llegan... —Me sonrió con malicia.

Desde luego, lo había juzgado mal. No se parecía en nada a Lucas. El pelirrojo jamás habría encontrado divertida esta situación y, desde luego, su obsesión por protegerme no le habría permitido indicarme el modo más sencillo de encontrar la llave. ¡Pues perfecto! Respiré hondo y le contesté.

—De acuerdo. Necesitaré una capa, algo bajo lo que ocultar tanto mis ropas como «lo mona que soy». —Maticé con mala leche—. De paso, que sea con capucha, que quiero parecer una mujer que no desea ser reconocida.

—Violeta, ¿estás segura? —me preguntó Marta, la cual acababa de cogerme del brazo.

—Tranquila, seducir es lo mío. Y no pienso tocarle. En cuanto esté en su habitación, celda o lo que sea, lo golpeo y le quito la llave.

—Gracias.

Se la veía asustada y nerviosa. Me prometí que, cuando esto acabara, me la llevaría más veces de misión. Una chica no podía pretender volver a ser la bruja poderosa que las de su clan habían sido en el pasado sin estar más acostumbrada al peligro. Apoyé mi mano en su brazo, para tranquilizarla, y me solté.

—Queda el detallito de la capa —le comenté a Miguel.

—Pues ahora no es momento de ir de tiendas. Puedo darme un paseo rápido por las habitaciones de los novicios. No será de chica, pero imagino que alguna capa negra encontraré.

Sí, yo también lo imaginaba. Los que vivían en el Vaticano tenían parte de su vestuario anclado unos cuantos siglos atrás. Para mí que, junto con los escoceses, eran de los pocos hombres que hoy en día todavía llevaban vestidos sin ser travestís.

—Adelante.

En un borrón de velocidad, uno que yo era capaz de ver, el chupasangres se fue y volvió en menos de dos minutos.

—Me ha costado, no eran tan comunes como me imaginaba, al menos no entre los novicios. Pero al menos muchos de sus cuartos estaban vacíos —me comentó mientras me tendía la capa.

La cogí. Olía a humano pero no a fe. Es decir, su dueño no era tan peligroso como los curas de antes y, por supuesto, nada que ver con el padre Bruno. Le di las gracias y me la puse. Me oculté por completo, tan solo dejé un par de mis largos mechones rubio platino sobresalir bajo la capucha. Le miré desde abajo y le sonreí con falsa inocencia.

—¿Crees que será suficiente? —le susurré mientras me acercaba un poco a él, rozándome contra su cuerpo.

Sus ojos, rojos otra vez, y la súbita tensión del chupasangres, me dieron la satisfacción de bajarle un poco el ego. Ese tío debería estar protegiéndome, no ofreciéndome como un bocadito succulento al primer cura pervertido que pillara. Que no olvidase que, como súcubo, él podía no ser más que cera derretida entre mis manos. Vampiros más fuertes que él (su padre en concreto) habían caído.

No me contestó. No hizo falta. Me apresuré a usar yo misma esa supervelocidad de la que él había hecho gala justo antes. Antes de irme, atisbé a ver los ojos de Atzir'itz. No eran ámbar (el guardia de mi abuelo tenía un buen control de sí mismo) pero destilaban una especie de frío que me hizo preguntarme si de verdad este tío era un demonio.

Porque los nuestros no tenían sentimientos. Las improntas de las almas era algo que costaba milenios que te afectara; milenios o comidas mucho más abundantes que las de un simple guardia.

En fin, en cuanto llegué a la zona de los jardines desde donde podrían verme los guardias suizos de la entrada del palacio, me frené y comencé a actuar. Yo era ahora una joven temerosa que iba a ver al hermano administrador para... eh... para aliviar su alma, eso. O confesarse. O lo que fuera. Como siempre, improvisando; esperaba que, como siempre, me funcionara.

Entrar fue sencillo. Sorprendente y refrescantemente sencillo, diría yo. Tanto como acercarme a los guardias, vestidos con sus uniformes rojos y portando sus alabardas y, mirando al suelo de manera recatada, como si hacer esto me pusiera nerviosa, decirles que iba a ver al administrador Egizi, continuar actuando como si la manera en la que de repente me miraban me resultara incómoda y, finalmente, pasar como si nada tras asegurarles que no hacía falta que me acompañara nadie, que ya conocía el camino. Porque lo conocía, al igual que el apellido del administrador. Miguel había tenido el detalle de hacer una rápida llamada y averiguármelo, ventajas de trabajar para el Consejo. Sin embargo, sí me había acompañado uno de los guardias, el cual me había dejado ante la puerta de mi presa. Por suerte, cuando Anthony escuchó lo de que una señorita había venido a verle, no tuvo ningún

inconveniente en dejarme pasar. Fue curioso comprobar que, tras tantos años alimentándome de pederastas que solían estar casados, resultaba que no eran los únicos que rompían sus votos. En fin, una vez la puerta estuvo cerrada a mis espaldas, dejé caer mi capucha y, con una fingida timidez, me acerqué a él. Era grande y fuerte, no por músculos sino por masa corporal. Le dio igual. En un visto y no visto yo estaba a su espalda, le había agarrado la muñeca derecha, retorcido el brazo hacia detrás y amordazado su boca con mi otra mano. Además, como estaba tirando de su brazo derecho, subiéndole la muñeca y también el codo, le obligaba a inclinarse hacia delante. Poco a poco, lo guie hacia el fondo de su habitación e hice que se arrodillara y apoyara su cara y pecho contra la cama. Le desamordacé al coger su otro brazo y llevárselo también hacia detrás.

—No grites o te los arranco —le amenacé.

Lo cierto era que, con sus muñecas juntas, sus codos elevados y su barbilla, garganta y boca contra el colchón, mucho no podía gritar y, si lo intentaba, más bien sería un sonido gutural que se confundiría con otra cosa...

—Muy bien —continué ante su silencio. Imaginé que le había pillado totalmente por sorpresa—. Esto va a ser rápido —le dije—. Dime dónde están las llaves del archivo de la Orden.

Por supuesto, no me contestó. Y pasaba de ponerme a torturarlo en sus dependencias del palacio papal.

—Bueno, las cogeré yo misma.

De manera involuntaria, sus ojos se dirigieron hacia un armario que, liso y de madera, era de los pocos muebles presentes en la austera habitación. Parecía que su cargo no era tan importante como yo había pensado.

—Gracias —le susurré y le di un golpe en la parte trasera de su cráneo. No quería matarlo (no tenía ninguna necesidad de ello), pero tampoco que avisara a nadie; dejarlo inconsciente me serviría.

Después, revisé ese armario y... nada. Me había engañado. En fin, suspiré, desgarré uno de sus pantalones para improvisar unas ataduras y una mordaza y continué buscando. Lo primero fue asegurarme de que cuando despertara no podría pedir ayuda y, lo segundo, registrarlo. Tuve suerte. Llevaba las llaves encima, colgadas al cuello con una gruesa cadena metálica. Como no sabía cuál era la que yo necesitaba, las cogí todas y volví por donde había venido. Hmmm... habían pasado casi quince minutos. Sí... yo creo que para la media italiana de unos diez, hasta habíamos tenido tiempo para hablar algo. Menos mal que estaba convencida de que la gente mentía en las encuestas, porque hasta a mi parte no súcubo le parecía que ese era un tiempo ridículamente corto. Así pues, volví a subir mi capucha y desanduve el camino de ida. Nadie me paró y, los guardias de la puerta, me dejaron salir sin comentar nada.

Esto había sido tan sencillo que casi comencé a pensar que mi padre exageraba con aquello que me había dicho siempre sobre que no me metiera ni con los curas, las

monjas o la Iglesia. ¡Por favor!, si no era para tanto...

Como tantas otras veces, no tenía ni idea. Porque aunque Miguel tuviera las cámaras y las alarmas controladas, pronto descubriría por qué ningún demonio estaba tan loco o desesperado como para entrar al Vaticano. Y, aunque por si solo lo de más de dos mil creyentes allí dentro ya daba miedo, no se trataba de eso.



Una vez de vuelta en el sótano segundo (cómo agradecí tanto mi supervelocidad como poder ignorar a las cámaras), le entregué las llaves a Miguel para que, ya que él conocía el funcionamiento del archivo, manejara las ruedas. Marta, al verme, me sonrió y pareció tranquilizarse, como si mi ausencia la hubiera puesto más nerviosa. Le devolví la sonrisa y volví a mirar al chupasangres. Atzir'itz, por su parte, no le quitaba ojo.

Miguel, por suerte, parecía saber lo que se hacía y, tras introducir la llave en la cerradura de uno de los volantes y girarla para desbloquearla, agarró con ambas manos la rueda y comenzó a darle vueltas hasta que una serie de esas especie de taquillas se movieron al unísono de tal manera que se cerró el pasillo que estaba abierto y se creó uno nuevo, todo ello en medio del sonido de mecanismos bien engrasados.

¡Genial!

Una pena que ese dichoso chupasangres tuviera que abrir la boca para joderme el momento.

—Tienes suerte de ser la concubina de Casio —me comentó como si tal cosa mientras soltaba el volante y sacaba la llave de la cerradura—. Si no, yo no estaría aquí y el Consejo no se habría molestado en ordenarme que buscara el código de almacenamiento de lo que buscas.

¿¡¿Qué?!?

De acuerdo, la mayoría de edad me había hecho más calmada, menos propensa a dejarme llevar por emociones súbitas pero, ¿qué era eso de concubina?

—Miguel —le contesté con voz suave, una que Marta sabía que presagiaba

tormenta—, ¿por qué piensas eso? ¿Es que eres el típico chupasangres egocéntrico que se cree que todas las mujeres de otra raza no son más que juguetitos y que lo mío con tu líder no es más que un capricho pasajero suyo?

No me miró. Sus ojos estaban fijos en el pasillo, con compartimentos de seguridad a ambos lados, que se había abierto justo a su derecha. Sin embargo, vi la sonrisa de superioridad que curvó sus labios.

—No lo digo o lo creo yo. Es como llamamos a la fidelidad de uno de los nuestros por un humano. Algo absurdo... pero imagino que la edad habrá hecho que mi antepasado se aburra un poco de comer algo distinto cada día.

Tenía que hablar con Casio cuando todo esto acabara. No me gustaba que los demás vampiros creyeran que yo no era más que eso, una concubina. Iba siendo hora de que dejara las cosas claras: yo era su prometida. Suspiré. No podía enfadarme por esto con Miguel, sería como matar al mensajero.

—Bueno, quizás, pero con o sin Casio tú estarías aquí. ¿He de recordarte de quién soy nieta?

—No —contestó mientras se metía en ese pasillo y caminaba buscando una taquilla concreta. Le seguí—. Pero no entiendo qué tiene que ver el señor de un infierno con los míos.

Por un momento me quedé fuera de juego. Luego lo comprendí. Yo había dado por hecho que todos los vampiros sabrían quiénes les gobernaban pero, si ni yo misma había sabido hasta hacía poco que mi abuelo era uno de los triunviros, ¿por qué iban a saberlo ellos? Información confidencial, por supuesto. Y esto, el hecho de que Lucas la conociera y Miguel no, me indicaba en quién confiaba más Casio. Una pena que el pelirrojo estuviera ocupado; me caía mejor y, si sentía algún tipo de deseo por mí, tenía la decencia de ocultarlo.

Pero claro, Casio y Lucas eran excepciones a la regla de que no hay vampiro mejor que un vampiro estacado y dos veces muerto.

Sin embargo, no tuve que contestarle ya que en ese momento Miguel se acercó al armario y, con la misma llave de antes, lo abrió con un movimiento rápido. El sonido de su cierre al soltarse llegó a mis oídos justo antes de ver lo que había dentro. Me acerqué más, aparté a Miguel sin nada de delicadeza y cogí el libro.

Grave error.

¿Tan tonta era que no recordaba lo que le había pasado a Atzir'itz hacía poco? Pues debía de ser que sí, porque me acababa de quedar atrapada, con la mano pegada al volumen mientras que el guardia de mi abuelo se apresuraba a apartar al vampiro y a colocarse entre yo y los demás.

—Atrás, no os acerquéis. El libro tiene un sello de captura y, además, está sonando una alarma.

«Yo no oigo nada», quise decirle. Pero no podía. No era que sintiera un dolor tan fuerte que me impidiera hablar, sino que no podía mover ni un músculo. De hecho, si sabía que el íncubo estaba ahora a mis espaldas no era porque lo estuviera viendo

(mis ojos continuaban clavados en el grimorio) sino porque lo había escuchado moverse y podía oler su tentador aroma. Por suerte, Marta puso voz a mis palabras.

—¿Qué alarma? No la escucho. —Se extrañó.

—Yo sí. Y los que hayan puesto este sello también. Es como una vibración de la magia, una que ellos deben de estar sintiendo ahora mismo —le contestó Atzir'itz.

—Yo no noto nada. —Escuché que le decía Miguel como si no le creyera.

—Quizás sea porque no eres un guardia entrenado para hacerte cargo de la seguridad personal de un rey demoníaco —ironizó Atzir'itz.

—Vale, por favor, liberad a Violeta —pidió Marta.

—Lo primero sería detener a los de la alarma. Tienen que ser de la Orden. Miguel, ¿pueden tus hombres neutralizarlos?

—No. Pero pueden decirnos si ven algún movimiento de tropas.

—¿Y Violeta? —repitió Marta.

—Tranquila, solo tengo que romper el sello. O, mejor dicho, tienes que hacerlo tú ya que eres la única humana presente.

No escuché respuesta, imaginé que ella asintió.

—Muy bien —le explicó Atzir'itz—, acércate y pasa tus dedos sobre la tapa del grimorio. Los de la Orden suelen usar aceites, con los cuales ungen el libro, la puerta o lo que sea con el símbolo que nos atrapa. El dibujo es, evidentemente, invisible. Eso te lo va a dificultar un poco pero no te preocupes, tú rasca con la uña aunque dañes el cuero del libro, hasta que consigas borrar una de las líneas. Eso desactivará la trampa.

Me pregunté cómo sabría todo eso. Imaginé que mi abuelo, aunque se mantenía alejado de la Iglesia, conocería sus métodos. Sin embargo, no pude ni preguntarme ni imaginar mucho ya que enseguida escuché avanzar a Marta, sentí su respiración agitada y vi cómo su mano se acercaba a la mía. Al poco, el sello debió de romperse pues dejé tanto de sentirme atrapada como de notar que algo intentaba quemarme por dentro. Un algo que tenía una luz blanca de fe, si bien no era tan pura y poderosa como la del padre Bruno, menos mal. Así pues, agradecida de volver a poder moverme, me aparté y dejé que Marta cogiera su legado. El grimorio era grande, muy antiguo e imagino que también muy delicado. En su tapa, de grueso cuero, había un relieve: una luna llena rodeada de símbolos que parecían runas. Mi amiga lo tomó con reverencia y lo colocó dentro de una bolsa que se había traído para la ocasión. Después, la cerró con el cordón de su extremo y la guardó en su mochila. Ni lo había abierto; imaginé que no era el momento.

—Venga, vámonos.

—Esto... —Comenzó a decir Marta.

La miré. Parecía indecisa.

—¿Ocurre algo?

—Lo siento, Violeta. No podemos irnos sin el cáliz que Arianrhod me ha pedido que le entregue. Está también en este almacén.

¡Joder! Si nos quedábamos, podrían cogernos pero, si nos íbamos, Marta estaba muerta. Sabía algo de latín y había escuchado el contrato mientras lo recitaban: si incumplía las servidumbres, la naturaleza mágica de este la mataría como castigo.

—¿La matriarca? —preguntó Miguel, desdeñoso—. Lo siento, chica, pero no es nuestro problema. Vámonos.

—Me quedo —me negué.

—Tienes a dos curas que están reuniendo a todos de la Orden, tanto a los que ya se han despertado como a los pocos que todavía duermen en sus habitaciones. Han llamado al cuerpo de guardia y mis vampiros han tenido que asegurarles que en seguida hacíamos sonar las alarmas, cosa que no ha sido así. Esto no es negociable: tenemos que irnos.

—Su cáliz —puntalicé.

—¡Si ni siquiera conoces su ubicación! No entiendo que ve alguien de mi raza en ti para no descartarte tras un polvo. Eres prepotente, mandona, maleducada y con tendencias suicidas.

Suficiente. Abrí un poco la compuerta al pozo para darle un buen puñetazo y me encontré con que Atzir'itz acababa de hacerlo por mí. Al ver que yo le miraba, desviaba mis ojos al cuerpo inconsciente tumbado a su lado, enarcaba una ceja y luego volvía a mirarle, se encogió de hombros.

—No es quien para insultarte, mi señora.

—Gracias —le contesté con parquedad.

Acababa de darme cuenta de que este es el tipo de lealtad que se suponía que yo debía de alcanzar entre mis tropas. Una pena que Atzir'itz solo estuviera cumpliendo las órdenes de mi abuelo.

—Tengo el código, me lo dio Arianrhod.

Abrí la boca para señalar que el que sabía utilizar el archivo estaba inconsciente en el suelo pero no llegué a decir nada porque, justo entonces, escuché unos pasos que se acercaban por el pasillo, al mismo tiempo que sentía un poder, blanco y puro, avanzar hacia nosotros. Miré a Atzir'itz. Él también se había dado cuenta.

—¿Os lo digo? Es MLA131... —Continuó Marta, ajena a nuestro intercambio silencioso.

—Shhh —la interrumpí con un susurro—. Viene alguien, imagino que alguno de los que han escuchado la alarma.

No acerté. Como más tarde supe, el padre Bruno no había realizado el sello, por lo tanto, no pudo sentir esa perturbación en la magia que habían obrado sus hermanos. Había sido yo, hablándole del libro de Diana, la que había guiado sus pasos a los archivos. Sin embargo, en esos momentos, cuando lo vi entrar por el umbral que dejaba la puerta abierta, tan solo pude pensar en mi mala suerte. En que de todos los curas que había en el jodido Vaticano, tenía que venir a capturarme el único cuya fe era tan pura que se sentía como una puñalada en las tripas.

—*Exorcizamus te* —comenzó a recitar nada más clavar sus ojos en mí.

Por la expresión de su rostro, vio las quemaduras que el agua bendita había dejado en el mío y eso le provocó un fuerte sentimiento de desagrado. Pobrecito... ¿acaso en nuestro anterior encuentro yo había llegado a gustarle un poquito?

Mientras sus palabras no me hacían nada, le sonreí con la misma falsa inocencia que había usado cuando me hice pasar por estudiante.

—*Omnis immundus spiritus, omnis satanica potestas, omnis incursio infernalis adversarii, omnis legio...*

¿Es que no se daba cuenta de que a mí no me afectaba? ¡Vamos, padre!, que no todos los demonios pertenecían a los dos primeros infiernos y este cuerpo era mío, gracias; parido por mi madre y no pensaba abandonarlo.

—Me temo que esto no sirve con nosotros, padre —le comenté mientras me aproximaba un paso hacia él, quedando tan cerca que, si estiraba el brazo, podría agarrarlo del cuello.

(En realidad a mí me quitaba poder y velocidad y al pobre Atzir'itz lo tenía prácticamente inmovilizado, pero ignoré el detallito).

—*Non ultra audeas, serpens callidissime, decipere humanum genus, Dei Ecclesiam persecui...* —seguía declamando.

Me humedecí los labios con la boca. Le desconcerté. Aunque el gesto que puso no fue precisamente el de estar viendo algo agradable. ¿Era por mis quemaduras? Sería grosero... a Atzir'itz no parecían importarles. Despacio, intentando mantener su atención, me llevé una de mis manos a mis labios, sobre los cuales la coloqué con suavidad mientras dejaba que mis ojos brillaran en ámbar y mis dedos se transformaran en garras. Quizás, si conseguía confundirle podría rajarle en cuello antes de que me atacara.

Para variar, no funcionó. El hombre, sin dejar de recitar, llevó una mano bajo su chaqueta, sacó una cruz (la misma de los recuerdos de aquel demonio) y me la acercó a la cara. Todo ello a una velocidad mayor de la que yo en esos momentos poseía pese a mi acceso al pozo abierto de par en par. Sinceramente, cada vez había más ocasiones en las que me preguntaba cómo cojones seguía con vida.

En este caso lo tenía claro: fue por Marta. La chica, en cuanto el padre Bruno comenzó a quemarme el antebrazo (pues lo interpuse entre su cruz y mi rostro), se abalanzó contra él, desequilibrándolo y tirándolo contra el suelo. No debía de esperárselo, pues perdió el hilo de su rezo. De inmediato, Atzir'itz se lanzó contra él. En un instante, se colocó encima suyo, le impidió levantarse con su peso y sujetó sus brazos por las muñecas, manteniéndoselos pegados a las baldosas del suelo. Lo que no hacía era amordazarle pero no parecía hacer falta ya que el cura estaba mirando al guardia de mi abuelo en silencio. Sí, ya no recitaba. Parecía que por fin se había dado cuenta de que su exorcismo era inútil si nosotros tres peleábamos como un equipo.

Bueno, todavía me dolía el brazo y del sacerdote no me fiaba una mierda. Por eso, mientras le daba las gracias a Marta (la verdad era que la chica, al vernos tan mal, había sacado fuerzas y se había comportado como una auténtica bruja), cogí una de

mis dagas, una que no tenía runas mágicas grabadas en su filo, y me agaché, colocándola contra el cuello de Bruno.

—¿Sabes cómo usar el archivo? —le pregunté.

De acuerdo. No era una idea muy acertada, no teniendo en cuenta tanto a los miembros de la Orden que estaban en camino hacia aquí como el hecho de que el padre Bruno sí podía mandarnos de una patada al infierno. Solo que no necesitaba un exorcismo, más bien una llamada de auxilio a su señor que muy pocos de los suyos podían hacer, una capaz de abrir un portal entre planos. No tenía ninguna duda de que, si se podían contar con los dedos de una mano los que curas podían hacerlo en todo el mundo, él era uno de ellos.

—No pienso ayudarte a robar el libro de Diana, demonio.

—Ah, si ese ya lo tengo —le sonreí provocadora.

De acuerdo que con las quemaduras del agua bendita, que para nosotros era como si fuera ácido, muy guapa no tenía que estar; pero era la costumbre.

—Tú poder ya no me afecta —me contestó con entereza.

¿Ya no? Hmm... ya sabía yo que antes sí, por muy cura que fuera.

—Pero puedo matarte igualmente, aunque no sea a polvos —le informé con una enorme sonrisa.

No era que en algún momento hubiera considerado aquello de robarle el alma, pero lo que acababa de decirle era una gran verdad. Sobre todo si él no se daba cuenta de todo el poder que poseía.

—No voy a ayudarte. Mátame si lo deseas. Eres un ser impuro y condenado, un instrumento del mal, puedes acabar conmigo pero mis hermanos te derrotarán.

Me eché a reír. Este tío era demasiado. ¿De verdad me venía con eso del ser impuro? Joder, que ya había tenido que sufrirlo bastante mi madre por quedarse embarazada sin estar casada... no me apetecía una mierda que ahora me vinieran a mí con lo mismo.

—Lo siento, Marta —le dije sin girarme a mirarla—. Mejor ve probando tú misma a manejar las ruedas porque este no va a hacerlo.

Retuve un instante mi puñal en mi mano antes de decidirme a clavárselo. Era lo que tenía que la vez anterior hubiera acabado envenenada por uno de estos curas. Pero sabía que no pasaría esta vez. Sin embargo, no llegué ni a iniciar el movimiento pues mis sentidos, agudizados por las almas del pozo, detectaron movimiento. Estaban bajando hacia los sótanos.

—¿Atzir'itz? —le pregunté mientras le miraba interrogante.

Este no entendió al principio lo que yo quería decirle pero, a los pocos segundos, debió de escucharlos porque asintió. De inmediato, me ayudó a incorporar al padre Bruno. Colocada la delgada espalda de este contra el ancho pecho del íncubo, más bien sus omóplatos y sus hombros apoyados contra el demonio, Atzir'itz sujetó con una de sus manos (ahora mismo garra) los dos brazos del padre retorcidos hacia detrás, haciendo presa en sus muñecas. Con su brazo libre, tenía a su presa bien

agarrada por el cuello de su camisa, por detrás. ¡Me encantaba! Yo también quería guardaespaldas como los de mi abuelo: fuertes, grandes, *sexys* y que parecían saber lo que deseabas antes de formularlo.

Joder. Nada más pensar en lo de mis deseos un calor me invadió de manera súbita. Lo ignoré. Mi cuerpo desnudo entrelazado con el del ícubo no era algo que fuera a suceder, menos en estos momentos.

Así pues, me coloqué al lado de Atzir'itz, frente a la puerta que estaba abierta de par desde que Marta le había puesto la cuña. Mi amiga, a nuestras espaldas, mascullaba algo en voz baja. Por su tono, no estaba consiguiendo hacerse con el mecanismo. Una pena que Miguel continuara inconsciente... si es que cuando Atzir'itz pegaba, lo hacía con fuerza. Y, por supuesto, los escuché venir pese a su intento de hacerlo en silencio. El sigilo no era algo demasiado útil cuando tenías a una súcubo de la casa real conectada al pozo de todas las almas. Aunque, en este caso, el bien entrenado guardia de mi abuelo también los escuchaba; aunque imaginé que no con tanta claridad como yo.

Como el sello les había confirmado lo que éramos, entraron preparados. Esta vez no querían repetir el fiasco de la sexta planta, donde casi todos sus exorcistas habían acabado con el cuello roto. Claro que tampoco podían soltar algo destructivo como una de mis granadas: querían mantener su preciado almacén intacto. Así pues, no me sorprendió demasiado que lo que apareció por la puerta fueran unas granadas de gas. Querían dormirnos o matarnos. ¡Qué monos! A toda velocidad, se las devolví de cuatro rápidas patadas. Los escuché apartarse, incluso algún grito ahogado, sobre todo de aquellos cuyos respiraciones y latidos de sus corazones escuchaba más atrás en el pasillo. Imaginé que serían los que no llevaban máscara antigás. Me preparé para su asalto pero no lo hicieron. Pasaron unos segundos y, cuando el gas comenzó a entrar por la puerta como una neblina, se asomó de inmediato el primero de ellos, con su máscara, y entró pegando tiros con una escopeta. Instantes después, empujando al primero con su hombro y usándolo a modo de escudo, entró el segundo disparando ráfagas de balas con su fusil suizo SIG 550, justo hasta que el primero gritó «rehén, rehén». Por suerte para Marta, que ni se había dado cuenta (estaba mascullando algo sobre que el trece era el pasillo), nada más ver asomar la bocacha de la escopeta yo me abalancé sobre ella y la tiré al suelo. Las balas iniciales habían ido para nosotras. Entonces, una vez tuvieron claro que teníamos a uno de los suyos preso, entraron dos más de ellos, apuntándonos, y un par más se quedaron a ambos lados de la puerta.

—No tan rápido, hermanos. —Comencé a incorporarme.

—Alto o disparamos —me ordenaron desde su posición, apenas un par de pasos dentro de la estancia.

—¿A una pobre chica? —Les sonreí.

Esto, ver sus respuestas ante mi rostro quemado era casi tan divertido como cuando los seducía con mi imposible belleza en un cuerpo de quince años humanos. Decididamente, no les gustaba nada que la imagen que ellos tenían de un demonio les

llamara «hermanos».

—Veréis —continué—, tenemos a vuestro padre Bruno. Como imagino que lo querréis de una pieza, soltar las armas.

Escuché la respiración de Marta a mis espaldas. Estaba mezclada con toses provocadas por el gas. La chica seguía hecha un manojo de nervios pero juraría que un poco menos que la última vez. Al final haríamos de ella una auténtica guerrera con la sangre tan gélida que le daría igual tomarse un par de cafés con la muerte todos los días.

—Puedes matarlo. Es más, si no lo haces tú lo haremos nosotros. El padre Bruno ya no es miembro de nuestra sagrada orden y nos ha desobedecido y decepcionado —dijo la voz del líder desde la zona oculta del pasillo.

El padre Bruno, que estaba bien sujeto por Atzir'itz, no pudo evitar tensarse al escucharle.

—Comendador Bosetti, por favor. No podéis estar hablando en serio —le pidió entre toses. Ese gas, fuera lo que fuese, parecía provocarle que le lloraran los ojos y una tos cada vez más incesante. Curioso. A mí no me hacía nada.

—Te dije que te fueras, que lo dejaras, que no volvieras. Parece que ni la excomuniación es suficiente amenaza para ti. Tienes suerte, tan solo vas a morir. Eso sí, no cuentes con la extremaunción.

Uf, eso era duro para un cura... ¿Quedarse sin el último sacramento y que los tuyos te repudiaran así? No lo entendía, si Bruno era el que más poder tenía de todos. Yo podía sentir su luz blanca, era muy fuerte. Si no fuera por la del que estaba hablando, que casi era de la misma intensidad, yo diría que no tenía rival en ninguno de los presentes, tanto aquí como escondidos en el pasillo.

Me tomé nota de que el tal Bosetti debía de ser un pez gordo de la Orden.

—De acuerdo pues, comendador, lo mataré primero a él y luego a vosotros —le dije a la vez que me encogía de hombros.

Mentira. Ahora sí que estaba interesada en el padre Bruno y, por ello, quería guardármelo para luego. Me conformaría con acabar con los demás o con salir huyendo de aquí; lo que fuera más sencillo.

—Abran fuego. —Escuché la voz de su líder desde fuera de la habitación.

De inmediato se desató el Cielo.

Antes de que los soldados pudieran apretar los gatillos, mientras Bosetti todavía estaba pronunciando el «abran», yo y Atzir'itz ya nos habíamos lanzado. Por mi parte, yo me abalancé sobre ellos corriendo, con el acceso al pozo abierto de par en par. Me coloqué a la diestra del que estaba más cercano a la pared de la derecha, me apoyé en mi pierna izquierda mientras giraba y con un fuerte movimiento de cadera lancé una patada giratoria que impactó en el costado del guardia, rompiéndole las costillas. La fuerza del impacto, además, lo lanzó contra sus compañeros, que estaban pegados a él, tirándolos al suelo. Sin pararme, continuando mi movimiento a supervelocidad, cerré la puerta. Los tiros de los dos guardias que la vigilaban a ambos

lados, justo desde el pasillo, se clavaron en esta. De inmediato, fui a patear los cascos de los soldados caídos pero Atzir'itz, que había soltado al padre Bruno y se había puesto delante de él para pararle las balas, se estaba encargando ya de los caídos. Entre los dos aplastamos los cascos de los soldados como si no fueran más que pellejos y uvas maduras sus cerebros.

—Ciérrala y sujétala —le indiqué al demonio, señalando la puerta.

Este, a toda velocidad, arrancó uno de los chalecos de los caídos y lo utilizó para poder agarrar la puerta sin tocarla. Buen truco. Me tomaba nota. De inmediato la cerró y sonreí al comprobar que estaba blindada, ya que las balas no la atravesaban. Y, con Atzir'itz sujetándola, no la tirarían.

De verdad que no entendía como con solo un alma este tío seguía siendo tan jodidamente fuerte.

—Marta, vamos, la copa.

—¡Voy! —me gritó entre toses.

Dichoso gas pimienta... Menos mal que ya no iba a entrar más. A mí y a Atzir'itz no nos hacía nada. Olía un poco picante, pero nada más.

Mientras Marta parecía que conseguía algo (al menos ya estaba haciendo girar una de las ruedas), me acerqué a Atzir'itz. Por lo visto, habían intentado abrirla con sus disparos pero no lo habían conseguido y habían cesado el fuego.

—Estos han pedido cargas explosivas fijo —le susurré—. Menos mal que tenemos a los chupasangres en el centro de control. Espero que les hayan dicho que sí, que les mandan cargas, que esperen que enseguida lleguen. Si fueran listos, serían ellos mismos los que vendrían con las cargas y los asesinarían por la espalda. Pero claro, eso es demasiado pedir para unas sanguijuelas... ¿Te parece que busque el comunicador en la oreja de Miguel y se lo pedimos?

Joder, qué hacía yo pidiéndole parecer a un súbdito. Menuda imagen de general que estaba dando... Pero el chico era útil y seguro que tenía más experiencia que yo en casos como este.

—Adelante, mi señora. Cuando estén cerca, podemos decir que nos rendimos.

Sonreí. No estaba mal, no...

En un visto y no visto había pasado de estar al lado de Atzir'itz a acucillada en el suelo junto a Miguel. Me encantaba esto de no tener que economizar almas. En cuanto a Marta, acababa de mover un bloque entero de archivos y el padre Bruno, que había estado más expuesto al gas que ella, estaba apoyado contra una de las paredes, tosiendo como si le fuera la vida en ello y tocándose sus ojos cerrados como si le escocieran mucho.

Bueno, pues a mí me dolían las quemaduras y el brazo de su crucecita; pero no por ello me comportaba como una nenaza. ¡Qué debiluchos hacían de serie a algunos humanos! (Menos mal que apenas recordaba ya lo que era eso).

Enseguida localicé el pequeño comunicador que llevaba Miguel enganchado al oído. Lo cogí y hablé con sus hombres. Muy cordiales no estaban, imagino que por lo

del detallito del puñetazo; así que tuve que dejarles claro que Casio, el líder de su línea de sangre, era mío y que, si no me obedecían, sus no-vidas no valían una mierda.

De los cinco que eran, dos se quedaron en la sala de control y vinieron tres. Por lo visto, a estos chupasangres los entrenaban bien pues se cambiaron de ropa, poniéndose las de los guardias que habían asesinado en el centro de control. Además, en la sala anexa, allí donde habían acabado con el capitán al mando de la guardia, tenían munición y cargas. En una bolsa negra que estaba en el mismo armario de los explosivos, metieron las cargas. Se aseguraron de que las armas de sus presas estuvieran cargadas, cogieron munición extra y vinieron para aquí. Todo ello a una velocidad exasperantemente humana, pues se suponía que eran los guardias del Vaticano (¿de verdad que hasta hacía poco yo era así de lenta?). Así pues, unos doce minutos después estaban aquí. Los de afuera continuaban esperando sin intentar forzar la puerta y, mientras nosotros aguardábamos, yo tuve una pequeña charla con el padre Bruno (algo complicada por sus toses) y Marta acabó de abrir el pasillo que daba a su cáliz y, tras avisarme por si quería ir con ella, entró dentro y buscó la cámara de seguridad con las coordenadas que Arianrhod le había dado. Por lo visto, estas eran MLA13120528, que señalaban el almacén y el pasillo y, una vez en este, la profundidad y la altura a la que se encontraba el compartimento deseado. Fui con ella, aguardé a su lado mientras la mujer abría con la llave la cerradura de la pequeña puerta metálica y nos dejaba ver lo que parecía ser una copa de oro macizo llena de piedras preciosas engarzadas. Enormes rubíes y diamantes, de un tamaño tal que harían que cualquier chica que se casara matara por tener uno de esos en su anillo, decoraban la copa, junto con esmeraldas de menor tamaño. Muy bonito y muy brillante, seguro que servía para beber un licor fuerte del modo más «chic» posible. En todo caso, Marta se adelantó para agarrar el cáliz. Por mí perfecto, que lo cogiera. Esta vez no pensaba tocarlo yo; con un sello de captura de demonios ya había tenido suficiente, gracias. Sin embargo, nada más rozarlo con sus dedos de cortas uñas pintadas de negro, la mujer se quedó congelada. Inmóvil. Quieta. Estática en su gesto.

¡Joder! ¿Es que los de la Orden también tenían trampas para brujas?

Miré a Atzir'itz. Quizás él se hubiera encontrado con esto antes y supiera qué hacer.

—No se ha iluminado ningún sello —señaló lo evidente.

Joder, ¿es que había alguno que sí lo hacía? Porque si pudiéramos verlos pintados o se iluminaran al tocarlos, no serían una trampa tan buena. Una gran putada que en terreno sagrado el demonio no pudiera hacer su magia y detectarlos.

Entonces, antes de que yo pudiera hacer alguna locura como agarrar el brazo de mi amiga y apartarlo del cáliz (pues, al igual que una corriente de alto voltaje que te atrapaba por contacto directo, eso podía dejarme a mí también fuera de juego), Marta acabó su movimiento y cogió la copa entre sus dedos.

—¿Estás bien? —le pregunté a la vez que la sujetaba por los hombros.

Parecía conmocionada y se tambaleaba, como si pudiera estar a punto de caerse.

—Yo... no... sí. —Se apoyó en mí y cerró los ojos—. Verás, al tocarla fui arrancada de mi cuerpo. No sé si fue viaje astral o qué fue. —Asentí. Algunas brujas lo practicaban, no todas. Era un buen modo de moverse, tanto grandes distancias en la Tierra como entre planos—. El caso es que dejé de estar aquí y me vi desde arriba y después algo me atrajo y ya no estaba en esta habitación.

No teníamos mucho tiempo, pero Marta tenía que recuperarse de su desorientación y mareo. Por lo menos apenas tosía ya. Continué escuchándola en silencio.

—Había unas escaleras, inmensas. Tenían unas barandillas de piedra, con forma de serpientes. Había algo arriba, un templo. No era de Diana, era otra cosa, algo igual de antiguo pero no me gustaba. Escuché siseos y sentí un enorme poder, una presencia. Yo... —Abrió los ojos y me miró. Pude ver su pánico—. Algo venía a por mí, a devorarme. Y yo estaba de repente tumbada sobre el suelo y encadenada a este, como si fuera una ofrenda. Ya no llevaba mis ropas de ahora sino un bonito vestido negro con corpiño, de los que te pones cuando vas a una fiesta en el Samhain. Solo que yo no tengo ninguno así. Tenía mucho miedo y tiré de los grilletes de mis muñecas. Grité. Entonces, de repente, esa fuerza que tiraba de mí desapareció y volví a aquí, a mi cuerpo.

Joder, eso no me gustaba nada. ¿Serpientes? ¿Un ser tan antiguo como su diosa? De inmediato pensé en la snake de la barra. Yo no sabía a quiénes adoraban, ¿quizás a ese ser? Pero no podía transmitirle a Marta mi preocupación así que sonreí de manera tranquilizadora. Debió de funcionar porque se relajó un poquito.

—Violeta, tienes que cargarte a un vampiro. Con esas quemaduras das más miedo que otra cosa.

Miré de reojo a Miguel. Útil me sería, desde luego. Una pena que lo hubiera mandado el pelirrojo.

—Estoy totalmente de acuerdo, Marta. Anda, mira a ver si puedes andar que en cuanto lleguen los refuerzos tenemos que salir de aquí.

La chica asintió. La solté y pareció mantener bien el equilibrio. Cogió su mochila de su espalda, la abrió y metió dentro la enojada copa. No había traído una bolsa para ella; se notaba que el encargo de su matriarca la había pillado por sorpresa. Después, me indicó que estaba bien y se sentó cerca del padre Bruno a esperar. El cual, por cierto, también había logrado dejar de toser. Desde luego, se le veía bastante más afectado por el gas que a Marta y muy buena cara no tenía. Mi amiga, simpática, le preguntó qué tal se encontraba y no obtuvo por respuesta más que un «aléjate, bruja» proferido por una voz en exceso rasposa.

Ese gas tenía que ser una putada... yo iba recordando. Uno de los abuelos del geriátrico, ese al que iba de vez en cuando a alimentarme antes del Pozo, cuando era más joven había sentido los mismos efectos que ahora estaba experimentando el padre Bruno. (Y no me juzguéis con excesivo rigor; al fin y al cabo, me ganaba muy

bien mi alma. ¿Tenéis idea de lo que costaba que alguien tan mayor no la palmara nada más comenzara yo a quedarme en ropa interior? Mucho. Demasiado. Sinceramente, yo tenía un concepto exagerado sobre lo que significaba ser medio demonio y cómo debía redimirme. Por favor... bien que podría haberme tirado a un par de atractivos y jóvenes asesinos en serie. Si ahora volviera a empezar, hmmm, seguro que sabría hacerlo mucho mejor). El caso es que el anciano se había encontrado antes con este gas, en una manifestación que se tornó algo violenta y tuvo que ser pacificada por la policía. Se llamaba gas pimienta y provocaba las toses y ceguera temporal por lo del escozor de ojos. Me quedé mirando al padre Bruno al recordar esa impronta que vino con aquella vieja comida. Bueno, el cura estaba mal pero había tenido suerte de que cerráramos pronto la puerta: podría haber sido mucho peor. Para cuando saliéramos por el pasillo, mejor cogía un par de máscaras antigás, una para él y otra para Marta. Atzir'itz y yo, curtidos como estábamos respirando la sulfurosa atmósfera del sexto infierno, no íbamos a llorar por un poquito de pimienta picante. Y, entonces, ellos me hablaron a través del comunicador que le había cogido a Miguel.

—Violeta, estamos cerca.

¡Qué mal me caían desde siempre los vampiros! Excepto Casio y Lucas, claro. ¿Tanto les costaba llamarme señora? En fin, al menos no me llamaban «tú, súcubo» o «tú, puta». Pero no por ello me hacía ilusiones de haber ganado algo de su respeto, era más bien debido a lo mío con Casio. De verdad que no entendía cómo los licántropos, ellos tan respetuosos y conscientes de quién era jerárquicamente superior, habían acabado de perritos guardianes en discotecas y estas jodidas sanguijuelas dominaban el submundo.

En fin, no era este el momento más adecuado para ponerme filosófica.

—Muy bien, vamos a salir y a distraerlos. Estad atentos y abrir fuego sobre ellos. No podéis fallar: van a estar de espaldas.

—Nosotros nunca fallamos —escuché la superioridad en su tono.

Puse los ojos en blanco.

—Muy bien, súper tíos, estad atentos.

Alejé de mi oreja el micro del comunicador. Era más, lo arrojé sobre el cuerpo aún inconsciente de Miguel. Sus hijos eran tan gilipollas como el padre y, por favor, que no le echaran la culpa de ello al demonio que llevaban dentro. Bufé y caminé hacia la puerta, sujeta por el incansable Atzir'itz. Reprimí las ganas de decirle «buen chico» y también corté de seco ese otro pensamiento donde él estaba sujetándose sobre su cabeza, también sin cansarse, mientras su boca se perdía bajo mi minifalda. Era una imagen mucho más... estimulante; pero para nada práctica.

—Estate preparado —le susurré al incubo al tiempo que le tiraba un brazo que yo misma había desmembrado de uno de los cadáveres de los soldados caídos.

También le había quitado los restos de manga. Lo quería tan solo con su piel descubierta.

Y, a continuación, me acerqué al padre Bruno para ayudarlo a incorporarse.

—Padre, ya hemos hablado de esto —comencé a decirle.

Cierto. Yo había tenido una charla con él minutos antes. Al padre no le hacía mucha gracia. Era más, se veía que se sentía culpable. A saber de qué. Estos religiosos eran muy raros. Pero, en todo caso, pude convencerle de que, como los suyos lo querían ver muerto, para salir de aquí tenía que echarme una manita. Evité nombrar lo que les iba a pasar a los suyos cuando él me ayudara y, de algún modo, me quedé con el dato de que Bruno creía que era la Iglesia quien le había abandonado, no su señor. Curioso. El hombre estaba en medio de una terrible crisis de fe; joder, si hasta hablaba con un demonio. Por suerte, quería seguir vivo para poder cumplir los designios de su dios. Así pues, asintió cuando le comenté que ya habíamos hablado de esto. Le ayudé a llegar hasta la puerta y, una vez allí, elevó su voz rota como pudo para conversar con los de afuera. No era que se oyera demasiado al otro lado pero, una vez el cura comenzó a hablar, se hizo el más absoluto silencio.

—Por favor —les dijo entre toses—, tenéis que ayudarme. Soy el párroco Bruno. Ellos... ellos se han ido. Han profanado el suelo con un símbolo pagano, han usado fuego y azufre y... no están. Se han ido.

—Abra la puerta y salga muy despacio —le dijo el que estaba al mando al cabo de unos segundos.

—Muy bien. No abran fuego, por favor.

Pobre hombre... me daba hasta pena de lo que le estaba costando hablar con esa voz destrozada suya.

El padre, con cuidado, abrió la puerta justo poco más de un palmo. Por el hueco, que no dejaría ver a los de afuera más que un trozo de pared, Atzir'itz pasó la mano del brazo del soldado caído.

—Soy yo. No me disparéis, por favor —les pidió Bruno.

—Salga con cuidado y despacio. Sus manos sobre la cabeza —le contestó la voz del oficial al mando, el tal comendador Bosetti.

Y, justo entonces, mientras el padre abría un poco más la puerta, los supuestos refuerzos de los curas, esos mismos que acababan de contactar con ellos para decirles que estaban bajando con las cargas, llegaron y abrieron fuego. Con esos preciosos fusiles suizos SIG 550 que les habían quitado a los guardias suizos de la sala de control. Esos mismos que podían disparar ráfagas y que llevaban tres cargadores acoplados. Fue una puta gloriosa masacre. Los hombres de la Orden no tuvieron nada que hacer, fueron abatidos sin piedad mientras Atzir'itz se apresuraba a cerrar la puerta de golpe, para impedir que ninguna bala perdida nos pudiera dar.

Ah... adoraba esa puerta blindada. Y, por cierto, también lo bien que lo había hecho el padre Bruno. Yo tenía mis dudas pero él... él lo había hecho genial hasta ahora mismo, momento en el cual se acababa de derrumbar contra el suelo llorando, al darse cuenta del destino de sus amigos. «Mentor Gianfranco... no sabía... lo siento», decía entre balbuceos. Parecía sentirse muy culpable. Una pena. Alguien tan

poderoso como él, con esa fe y esa conexión con su dios no debería de estar tirado en el suelo. Me entraron ganas de pedirle a Atzir'itz que pisara su cabeza y acabara con su sufrimiento. Pero el padre no me había hecho nada y yo, si a algo era fiel aparte de a mi abuelo, era a mí misma. A mis creencias. Puede que este cura se recuperara y fuera un terrible rival en el futuro, quizás hasta quien acabara conmigo, pero yo no pensaba matarlo ahora. En vez de eso, lo cogí con delicadeza, lo aparté de detrás de la puerta y lo dejé sentado y apoyado contra una de las paredes. No me gustaba verlo así. Este hombre era un guerrero fuerte (lo había sentido a través de aquel demonio del primer plano y era en verdad un rival más que respetable); no debería hundirse así por una traición de los suyos. Le susurré algo reconfortante, algo sobre que los suyos no eran su dios, y abrí la puerta. Los restos del gas pimienta invadieron mis fosas nasales; no me importó. Hice una seña a Atzir'itz para que les pasara un par de máscaras de los muertos al cura y a Marta (bueno, los cadáveres estaban todos bastante destrozados pero seguro que un par de antigás intactas encontraría si buscaba bien) y me adentré en la masacre.

Sangre...

Sangre bajo mis tacones, pólvora flotando en el ambiente junto con esa pimienta, cuerpos agujereados, pequeños trozos sanguinolentos estucados por las paredes allí donde algún soldado había logrado girarse y las balas habían entrado por la parte del rostro que no estaba cubierta por el casco, destrozándole. El fuego amigo no había tenido el calibre suficiente para arrancar miembros pero, pese a ello, ese líquido carmesí oscuro estaba manchándolo todo, junto a ocasionales restos de carne goteantes. A mis espaldas, escuché a Atzir'itz decirle a Marta que no mirara. No me extrañaba. La chica no tenía un estómago curtido para soportar ver coágulos con cosas flotando y descubrir que eran restos de cerebro o de otros órganos que habían salido disparados con el impacto de las balas, salpicando la ropa y el suelo cercanos. Esperaba que el padre tampoco mirara; no estaba su garganta como para soportar ahora el ácido de un vómito. Sin embargo yo... yo estaba caminando sobre los cuerpos rotos, caídos, agujereados, mientras sentía el aroma de la matanza saturando mis fosas nasales con una canción más dulce que la de la pólvora o la de la pimienta. Mis ojos, ámbar, miraron con pena a los restos que me rodeaban. Sí: pena. Porque ante una obra de arte así una chica siempre quería ser la responsable. Suspiré. Lo dicho, una pena. Y desvié mi mirada hacia los tres vampiros que, colmillitos fuera, miraban con hambre los restos caídos.

Les sonreí irónica.

¿A que no tenían cojones de beber de la sangre bendita?

—Gracias, caballeros —les honré con un nombre que no les pertenecía.

—Un placer —me contestó uno de ellos. No mentía—. ¿Podemos ir ahora con nuestro padre?

—Ah, Miguel... —les sonreí mientras me tomaba la molestia de hacer aparecer mis cuatro «colmillos». Los míos eran más bien como los de un dientes de sable.

Grandes, exagerados, letales. Vamos, nada que ver con sus ridículos dientecitos de vampiro.

El que había estado hablando, retrocedió un paso al ver mi mueca y el brillo de hambre de mis ojos.

—No te preocupes, nosferatu. Me gustan los tíos con alma y, ya que estamos, que estén buenos —me burlé—. Tu «papi» está dentro. Todo vuestro.

Les hice una seña y ellos se apresuraron a usar su supervelocidad para llegar hasta Miguel. Les ignoré. Atzir'itz estaba allí y seguro que les vigilaría de cerca. Yo, en cambio, me permití unos segundos para disfrutar de la muerte que me rodeaba. Allí, en medio de la sede de la Orden de los Illuminato, en el puto Vaticano.

¡Ja!

Que nadie volviera a decir que ningún demonio podía entrar aquí dentro y salir con vida. Ya no quedaba nada. En seguida podría pedirle a mi abuelo la localización de Casio. Sonreí y volví a entrar en la estancia. En cuanto al sonido de las ráfagas de ametralladora... no me preocupé. La cámara de seguridad seguía siendo mía y los curas de este edificio ya estaban más que sobre aviso.

Ah... Pronto volvería a tener a mi amado entre mis brazos (vete fuera imagen de Atzir'itz) y la vida era bella.

Una pena que, para variar, continuara siendo tan idiota.



El padre Bruno se fue. No pude detenerle. Sus ojos, inyectados en rojo a causa de las lágrimas que le había provocado el gas pimienta, mostraban dudas. Muchas dudas. De verdad que nunca antes había visto algo así en un cura aunque claro, tampoco era que hubiera visto a muchos antes ya que, según precepto de mi padre, una chica demonio debía mantenerse alejada de los sacerdotes cristianos. Sin embargo, estaba segura de que semejante dosis de no saber qué creer, no era normal. A ver, los remordimientos, seguro que sí. Con su religión que les prohibía de todo (sobre todo a las mujeres), culpables tenían que sentirse fijo, hasta por respirar. Pero no esas dudas. Intenté tranquilizarle pero él balbuceó algo sobre que tenía que irse. Pobre... muy para hablar no estaba no; así que le dejé marchar. A ver, muy claro no lo tenía pues, conociendo a mi abuelo, seguro que podría sacar algo de un sacerdote tan poderoso como este y encima con dudas teológicas. ¡Uf! Una puta mina. Pero yo tampoco quería ser la súcubo que lo llevara al lado oscuro así que oye, si quería irse, el pasillo lleno de cadáveres y de gas pimienta era todo suyo. Por un momento, me vino a la mente la idea de que este cura podría ser aquel a quien habían visto las hermanas ciegas. Sería casualidad, de acuerdo, pero yo si estaba aquí justo cuando él también lo estaba, era porque mi rey me había mandado a ayudar a Marta. Conociéndole, era perfectamente capaz de haber orquestado todo esto para que yo me lo encontrara. Hmm... no lo tenía claro. Si mi abuelo hubiera querido eso, lo normal sería que me pidiera que no le quitara ojo. Así pues, le vi marchar, vacilante, con la correa de la máscara sobre su corto cabello negro y no lo detuve. Seguía llevando su sotana y se estaba manchando sus zapatos de sangre y otros restos al intentar en vano esquivar los cadáveres. El hombre, desde luego, era un valiente.

Me encogí de hombros.

Miguel, por su parte, estaba despertando de su «sueñecito» de manos de sus hijos. Me preparé. Este seguro que buscaba guerra.

Tres segundos.

Ese fue justo el tiempo que necesitó para recordar qué hacía en el suelo, levantarse y venir a toda velocidad hacia mí. Me pregunté si le dolería algo la nariz, porque Atzir'itz seguro que se la había partido pero, con la regeneración de estas sanguijuelas, tenía pinta de estar ya curada. En fin, si esperaba que retrocediera o mostrara algún signo de temor o de ponerme a la defensiva, se quedaría decepcionado porque yo no me moví ni un ápice. En todo caso, le sonreí con ironía y enarqué una de mis finas cejas. Fue muy decepcionante. Una chica estaba con toda la cara destrozada, deseando pillar a un chupasangres con el que poder regenerarse, y Miguel, con lo mal que me caía, iba y no me atacaba... Una pena. Le miré burlona, incitándolo a saltar, a esa distancia de menos de un palmo de mí a la cual se había detenido. Atzir'itz, por supuesto, estaba tenso y no le quitaba ojo de encima.

—¿Ocurre algo, Miguel? Has venido tan rápido hacia mí que ya pensaba que te ofrecías voluntario para curarme.

—¿Curarte? —se desconcertó.

—Ah, claro, ¡qué tonta soy! Si es que no has oído hablar de la daga que me regaló mi abuelo...

Por la manera en la que sus pupilas se contrajeron, sí había escuchado algo sobre las armas demoníacas que mi abuelo coleccionaba y entregaba a su familia. Retrocedió un paso. Parecía que, después de todo, el vampirito se había pensado mejor lo de atacar a la chica cuyo guardaespaldas le había partido la cara. Le sonreí con falsa dulzura.

—Creo que me debes algo... —le informé.

Por cómo no pudo evitar que el odio que sentía se reflejara en su cara, me eché a reír. Había que ver qué rápido había pasado el chupasangres de la lujuria al desprecio. Ah... cómo conocía yo esos estados de ánimo en los machos vampiro. Primero te deseaban y, cuando se daban cuenta de que no tenían nada que hacer contigo, te salían con el numerito de su superioridad tanto racial como fálica. De verdad, si no fuera por Casio y por Lucas, estos tíos parecerían clones.

Lo cierto era que nunca llegué a saber si Miguel se habría disculpado o dejado que toda su inquina por tener que obedecerme se transformara en un ataque contra mí. Pues Atzir'itz, a quien la expresión de odio no le había hecho ninguna gracia, reaccionó con rapidez yendo a inmovilizar al vampiro. Este, que lo vio por el rabillo del ojo, se movió para interceptarlo. Con su antebrazo desvió el del íncubo, que iba ya a sujetarlo por el cuello y, por la manera en la que de repente latió su aura, intensificándose el rojo, toda su ira pasó de ir contra mí para dirigirse a Atzir'itz, el demonio que le había pegado el puñetazo. Sin embargo, si esperaba devolverle el favor debió de quedar muy decepcionado ya que los guardias de mi abuelo podían sin

problemas con un nosferatu de su edad. Su pelea, tan rápida que Marta no pudo verla, acabó en menos de dos segundos con Miguel inmovilizado en el suelo, un demonio sobre él y su garra aferrando su cuello.

—Mi señora necesita regeneración, estate quieto o te serviré en bandeja para ella —le informó Atzir'itz.

¡Qué mono! Cuidando de mí... una pena que yo supiera hacerlo solita.

—Miguel, ¿vas a dejar de hacer el idiota? Lucas sigue siendo tu jefe, creo yo —le pregunté con voz gélida—. Y decide rápido. No tenemos tiempo que perder.

Marta, que estaba mirando a su alrededor con los ojos bien abiertos, como esperando que en cualquier momento los de la Orden volvieran a aparecer, asintió. Si es que, por más que la sala de control fuera nuestra, no era sensato quedarnos aquí, no después del sonido de las ráfagas de tiros que había tenido que escucharse por todo el edificio. ¿De verdad iban a limitarse a volver a llamar a la sala para informar? Si yo fuera ellos, me iría directa al palacio del papa, tanto para protegerlo si era necesario como para pedir refuerzos si no.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo, qué?

No tuve que decirle nada a Atzir'itz, él solo clavó sus garras en la garganta del chupasangres. Eso no le mataría, por supuesto, pero le dolía igual.

—Lo siento —masculló con voz tomada por el dolor.

Muy hábil y preciso el demonio de mi abuelo, había evitado tanto su laringe como sus cuerdas vocales. Y en cuanto a la disculpa... hmmm... de este estúpido engreído no me sonaba suficiente. Ni miel para mis oídos ni nada. Pero por ahora serviría; tampoco era cuestión de disgustar sin demasiados motivos al pelirrojo. (Aunque, ¿de verdad le molestaría la muerte de este tío?).

—De acuerdo. ¡Vamos! —le sonreí como si ya todo fuera perfecto, ocultando mis pensamientos.

—Sí, por favor —intervino Marta.

Parecía algo nerviosa. Esta vez no me extrañaba pues acabábamos de liarla parda.

Atzir'itz se incorporó y, de inmediato, el vampiro estaba a su lado mirándolo con rabia. Marta, que tampoco estaba acostumbrada a la velocidad sobrenatural de estos tíos, se estremeció. Le guiñé un ojo a mi amiga y di un par de pasos hacia la puerta de la habitación. Era hora de salir pitando de aquí.

—Atzir'itz, abre la marcha —le pedí a la vez que le dejaba paso.

Habría deseado poner a los vampiros delante, por si nos estuvieran esperando, pero ya no me fiaba de ellos. Miguel había vuelto a colocarse su comunicador en la oreja y había susurrado una serie de palabras en un tono de voz tan bajo que no lo habría escuchado de ser tan solo humana. Estaban codificadas pero no tenía dudas de que los había aleccionado a cumplir sus órdenes, no las mías. Así pues, nos fuimos de allí. Caminamos sobre el pasillo repleto de cadáveres agujereados y sangre. Marta necesitó apoyarse en mí. En cuanto a Miguel y los suyos, iban los últimos.

Para mí, lo de salir pisando los cuerpos caídos, estaba bien. Una aprendía a mantener el equilibrio en su primera matanza numerosa. Claro que, tantos cuerpos en tan poco espacio, ni en la batalla del primer plano; por suerte los reflejos aumentados que me daba mi acceso al pozo hicieron que no perdiera el equilibrio ni una vez, eso que llevaba mis viejas y queridas botas de cuero y tacón de aguja. Marta sin embargo fue otro cantar. La chica no estaba acostumbrada a ver tantos cadáveres y, además, la visión de la sangre y de los miembros seccionados la mareaba. Sí, lo sé, no era una cualidad muy útil para una bruja. Yo lo había sospechado el otro día en el Samhain y hoy, por cómo ella intentaba no mirar cada vez que nos cargábamos a uno, lo había confirmado. Una lástima que no fuera medio demonio, pues entonces una visita a mi plano seguro que le arreglaría el estómago. A mí siempre me había funcionado. La agarré por el brazo y la ayudé a salir. Atzir'itz me miró. Estaba claro que quería intervenir. Me sentí un poquitín culpable. Al fin y al cabo, el demonio había cumplido muy bien su cometido. Confié en que no me considerara blanda por retirarle la prohibición.

—Puedes hablar cuando desees, Atzir'itz. Pero no abuses de mi confianza.

De inmediato, noté cómo su aura latía con fuerza, como si hubiera estado esperándolo y le satisficiera.

—No es de tu confianza de lo que desearía abusar, mi señora. Pero ahora tan solo quería decir que tu amiga no parece estar hecha para convertirse en la matriarca de las moon-wolf.

—No me jodas, demonio —intervino Marta. Mejor, porque así, con tanta sangre y todavía la emoción de la pelea latiendo con fuerza en mi interior, ese deseo insinuado de Atzir'itz coincidía peligrosamente con el mío—. Las moon-wolf de hoy en día son más blanditas que yo y, además, esto es solo que no estoy acostumbrada. Lo pienso superar.

¡Esa era mi chica! La pena que yo no tenía tanta fe como ella en sus posibilidades. Al fin y al cabo, Marta era una buena persona y en su sociedad matriarcal se merendaban a las mujeres como ella. Si todavía seguía con vida era porque era insignificante y pertenecía a la última casa de las siete por siete. Sin embargo, ahora que estaba adquiriendo un potencial peligroso, varias de las suyas ya habían puesto sus ojos en ella. Era carnaza, comida para las que se alimentaban de las buenas al creer que, por su bondad, no iban a defenderse y eran presa fácil.

Yo, por supuesto, no estaba para nada de acuerdo con eso. Ser buena no era sinónimo de ser débil. Pero eso que se lo dijeran a todas las brujas que, a nada que Marta levantara cabeza, estaban dispuestas a pateársela.

—Cuento con ello —animé a Marta mientras intercambiaba una mirada con Atzir'itz.

Una mirada que empezó como un «sé más delicado» y acabó deseando fundirme con su cuerpo. Sacudí la cabeza. Esto no podía seguir así. No podía permitir que la noción de dónde estábamos se desvaneciera, que solo pareciéramos existir el íncubo y

yo. Para eso había otro momento y otro lugar. Volví a sacudirla, molesta conmigo misma. Marta me miró extrañada pero no dijo nada. (Y en cuanto a los vampiros que nos seguían, mejor no averiguaba si me observaban mal o me los cargaba).

¿En qué cojones estaba pensando?

Llegué al final del pasillo y observé al demonio pulsar el botón del ascensor. Estaba aquí, detenido en esta planta. Mientras entrábamos, me recordé que no había ningún lugar ni momento para Atzir'itz y yo. Era un nosotros que no existía. Mi único presente y futuro era Casio. Y lo peor de todo era que no sentía ni un poquito de culpabilidad por haberlo olvidado.

—Venga, hay que llegar al muro que saltamos al entrar lo antes posible —le comenté al íncubo para quitarme otros pensamientos sobre él y yo de mi cabeza.

Una vez en la planta calle, abandonamos el ascensor y buscamos para salir la misma habitación de la ventana desmontada por la que habíamos entrado. No nos habíamos cruzado con nadie, era como si el edificio estuviera totalmente vacío, como si lo hubieran evacuado. Algo que, por supuesto no me gustó nada.

—¿Los tuyos siguen en la sala de control? —le pregunté a Miguel mientras apartaba la cortina, me asomaba por la ventana y comprobaba que no había movimiento ni escuchaba a nadie en los jardines.

Al menos no en la parte más próxima a nosotros.

—Sí.

—¿Y dónde están los guardias? —inquirí mientras me apoyaba en la repisa y saltaba al césped.

—Me informan de que la mayoría de las cámaras han dejado de funcionar. Creen que es posible que hayan cortado los cables.

Me siguió. Atzir'itz también.

—Mierda. Démonos prisa.

—Más yo no puedo —me dijo Marta, la última en pasar por el hueco de la ventana.

—Ya me da igual el sigilo, ¡corramos! —les dije mientras cogía a mi amiga por la cintura y la ayudaba a pasar al otro lado.

No la solté. Quemé almas y, en volandas, la llevé conmigo mientras iba a toda velocidad por los jardines hacia el punto de la muralla por el cual habíamos entrado.

Porque qué no daría por poder abrir un vórtice para salir pero no pensaba perder el tiempo en pedírselo a Atzir'itz. Ya me había quedado claro lo de terreno sagrado y nada de magia demoníaca (por suerte, Marta sí había podido lanzar su hechizo). En fin, por lo menos, de un modo u otro pronto íbamos a salir de aquí y, entonces, ese puñetero demonio tentador se largaría con mi abuelo y yo no pensaba volverlo a ver en muchos siglos. No podía ser esto de estar corriendo por nuestras vidas con una bruja en brazos y, con solo pensar en el íncubo, comenzar a latirme el corazón y electrizarse todo mi cuerpo. Esto era absurdo y totalmente inapropiado. Bufé. Una chica tenía que cuidar mejor de su relación amorosa.

Continuamos avanzando (yo con mi mente repleta de pensamientos autoinducidos sobre Casio) y, cuando casi estábamos a mitad de camino, lo escuché. Si hasta entonces el sonido de movimiento que llegaba a mis oídos podía pasar por el normal en una fortaleza, de repente fui consciente de lo ingenua que había sido. ¿De verdad que íbamos a salir de aquí?

Lo oí. Claramente. Lo sentí como una risa burlona en mis huesos, como un retumbar de tambor que recorriera mi carne, sacudiéndome mientras me informaba de que algo había ido mal desde el principio, de que los demonios no podíamos entrar en un lugar sagrado y de que el Vaticano sería mi tumba.

Un clamor, vívido y claro para mis sentidos aumentados, transmitía su sonido a través del suelo, vibrando, informándome de que las tropas de la Iglesia venían corriendo hacia nosotros. Varios cientos de botas pisando con fuerza sobre la misma tierra de estos jardines. Justo en ese momento Miguel perdió la conexión con los suyos.



—¡Corred! —grité mientras, sin soltar a Marta, abría a tope mi compuerta al pozo y daba un giro brusco, cambiando de dirección, yendo hacia la otra punta del Vaticano con todas mis fuerzas.

¿Qué por gritar ellos me escucharían?

¡Qué más daba! Ya sabían dónde estábamos e iban a por nosotros. Era más, seguramente habrían recuperado su sala de control. Si no huíamos, éramos demonios y bruja muertos.

Así pues, mientras el jardín pasaba a mi lado tan borroso que si no fuera porque estaba quemando almas no habría sido capaz de esquivar los árboles, yo no era la única que gritaba. La diferencia era que lo mío había sido solo una palabra y lo de Marta era más bien un «aaah» que no acababa. La chica había tenido problemas para mantener su miedo a raya durante casi toda la misión. Esto, el que su amiga la demonio devorara el espacio con ella en brazos tan rápido que la bruja tenía que estar mareándose, el que hubiera algo capaz de hacer que esa súcubo huyera así... fue demasiado. Entendí perfectamente que no pudiera parar de gritar. Lo otro, lo de darme patadas e intentar soltarse, ya no. Pero en fin, para eso estaban las amigas (aunque para mí que las tortas que te daban solían ser más psicológicas que otra cosa).

A mi lado avanzaban Atzir'itz y Miguel, aunque este último un par de pasos por detrás. Uno de los suyos había desaparecido. Si lo había mandado a ver qué había ocurrido en la sala de control, genial; aunque no había que ser muy listo para saber lo que iba a encontrarse. Hablando de ser listo... ¿para qué narices tenía yo alas si no las usaba? Antes de acuerdo, no quería llamar la atención pero ahora eso no importaba.

Así pues, le grité al sexy demonio de mi izquierda que hiciera lo mismo y desplegué, convoqué, mis preciosas alas negras de suave vello oscuro. Señor. Sentirlas extenderse a mi espalda mientras saltaba era casi un orgasmo. La putada fue que no conseguí despegar más que un par de palmos del suelo, me frené en seco al extenderlas y, como había algo que no me permitía saltar más alto (joder, ¿dónde estaba ese metro y medio al que la gravedad de la Tierra me tenía acostumbrada?), acabé cayéndome. Para no hacerle daño a Marta, plegué con rapidez las alas sobre mi pecho, protegiéndola, y caí rodando. ¡Así me gustaba, elegancia a tope!

—¿Estás bien? —le pregunté a Marta mientras, alas ya desconvocadas, le tendía la mano y la ayudaba a levantarse.

—Sí, ¿qué ha pasado? —Parecía desconcertada. Por lo visto, la caída le había cortado el ataque de histeria.

—Ni puta idea pero no puedo volar. Ni saltar, qué cojones.

Ellos, por supuesto, continuaban acercándose si bien les habíamos ganado unos minutos con nuestra rápida carrera.

—Yo tampoco —intervino Atzir'itz, quien por lo visto había conseguido no caerse.

—¿El terreno sagrado? —le pregunté.

Parte de mí gritaba por volver a agarrar a Marta y a echar a correr. Pero primero quería aclarar esto. Por eso, la cogí de la mano y corrimos a velocidad humana mientras hablábamos (no era que del otro modo viajáramos más rápido que el sonido pero, pese a ello, complicaba mucho el poder hablar).

—No nos impediría volar, nuestras alas no son magia sino habilidades —me contestó Atzir'itz.

—¿Qué tal si dejamos vuestra charla para después? Se están acercando —ironizó Miguel.

El nosferatu tan agradable como siempre. Pero tenía razón. Le miré con mala leche y volví a coger a Marta.

—Pues a por la salida principal —les dije mientras volvía a avanzar a toda mi velocidad sobrenatural.

No tenía claro si era el camino más sabio pero desde luego sí el más directo, la única parte del perímetro del Vaticano que no tenía muros y, además, si el ejército estaba detrás persiguiéndonos (imaginé que se habrían agrupado en el palacio papal mientras nosotros estábamos en el sótano), era probable que la salida estuviera poco protegida. Y, ¡ey!, teníamos nuestra supervelocidad. Además, si la cagábamos, qué cojones: ¡de peores habíamos salido! En pocos segundos habíamos dejado atrás los jardines, seguido una carretera y entrado en la ciudad; ya casi habíamos llegado a la plaza de San Pedro, la cual no solo daba acceso a la basílica del mismo nombre sino que también desembocaba en la salida del Vaticano. Hubo un tiempo en el cual la ciudad del Vaticano era conocida como los Estados Pontificios y no estaba completamente cercada por murallas. Pero eso cambió con las cazas de brujas, y,

pocos siglos antes, con el establecimiento de la orden de los Illuminato y de las hermanas Custodia di Sangue en 1059. Pese a no sospechar ni la mitad sobre lo que de verdad se ocultaba en la noche, tuvieron claro que tenían que defenderse y por eso, pese a estar dentro de Roma, sus murallas la rodearon por completo y, desde entonces, el único modo de acceso era a través de la entrada principal, por la vía romana de la Conciliazione y a través de los controles de la plaza del papa Pío XII, anexa a la de San Pedro. Los millares de turistas diarios que deseaban visitar el Vaticano debían hacer cola para pasar por los puestos de control y su rigurosa seguridad. Una vez más, di gracias a la hora que era, a la ausencia de visitantes.

Así pues, a la plaza de San Pedro no teníamos que entrar para nada pero sí llegar a su inicio, que era donde desembocaba la calle que estábamos siguiendo, para poder salir. Con las prisas y la adrenalina, no era capaz de discernir si había elegido el camino correcto pero, en cuanto una de las calles desiertas por la hora (una que según el mapa que yo había estado mirando el día anterior tenía que estar bordeando la basílica y la plaza de San Pedro por lo que era mi derecha) desembocó en la muralla, me dije que también me servía. ¡De puta madre! De inmediato, dejé a Marta en el suelo y salté para treparla. No me fue muy difícil, no con mi acceso al diezmo. Ni siquiera con esa ridiculez de salto inicial que podía dar ahora. Las piedras estaban desgastadas por los siglos y me resultó sencillo agarrarme a ellas. En un visto y no visto estaba arriba pero, mientras le pedía a Atzir'itz que me pasara a Marta para subirla entre los dos (por aquí, el lado de dentro, teníamos unos cuatro metros de altura), Miguel subió y saltó afuera de la ciudad. O lo intentó. No pudo. Así pues, mientras un escalofrío de premonición me recorría, dejé de tender la mano para agarrar a Marta e intenté descolgarme afuera del Vaticano. Tampoco pude. Fue como lo de intentar volar. Las putas murallas debían de estar protegidas de algún modo. Tendríamos que salir por el único punto que no las tenía: la entrada principal, el acceso de los turistas. Le ordené a Miguel que bajara y yo hice lo mismo, volví a elevar en volandas a mi amiga y volvimos a toda velocidad sobre nuestros pasos, esta vez intentando no equivocarme y dar de una vez por todas con la plaza de San Pedro, aquella que conectaba con la salida. Cuando, en pocos segundos llegamos allí, sentí alivio: ya casi lo habíamos logrado.

Otra vez fui demasiado inocente...

De verdad que, a veces, me gustaría planear mejor las cosas; así como contar con más recursos materiales. Sin embargo, nada me podía haber preparado para lo que la Iglesia reservaba a aquellos demonios tan idiotas u osados como para saltar sus muros.

Pero no me adelantaré a los acontecimientos. En esos momentos estábamos a punto de salir de la calle y pisar la plaza. Entonces, lo vi allí. Parado. En medio de los adoquines de la calzada, mirando hacia la gigantesca plaza vacía de San Pedro y su monolito central. No le atacué. Incluso de espaldas ya lo reconocía. ¿Qué tal si lo agarraba y me lo llevaba? Posiblemente no debería haberle dejado irse antes, pues

conocía a mi abuelo y era muy capaz de meterme en este nido de curas tan solo para corromper a uno.

—Bruno, ¿qué haces aquí? —le pregunté tras dejar a Marta de pie en el suelo.

Este, al principio, no se giró al escucharme. Repetí su nombre y entonces se dio la vuelta. Su rostro estaba sereno y en sus ojos ya no había duda. Más bien resplandecían como si hubieran estado contemplando a su señor justo cuando yo le había interrumpido. No pude evitar estremecerme.

—¿Bruno? —le pregunté una tercera vez.

—Escapar, igual que vosotros. Solo que solo yo tengo un camino ante mí.

Qué tío más raro. Su voz ya no estaba tomada pero tampoco sonaba normal; más bien como si se hubiera colocado con alguna droga.

—Lamento decirte que ya no es seguro para ti. Nos están siguiendo y saben dónde estamos. Mejor vente con nosotros, solo eres presa fácil —le dije confiando en llevarle un regalito a mi abuelo.

—Solo me iba muy bien hasta que me habéis encontrado.

Eso era cierto. Y lo rápido que había llegado hasta aquí...

—Bruno, tú mismo. Si te apetece que te maten y no te den el último sacramento y esas cosas... pues nosotros nos vamos. Decide ya que no hay tiempo.

Lo cierto era que, por el sonido de sus pasos, las tropas de la Iglesia aún tardarían unos minutos en alcanzarnos. Pese a todo, yo quería irme ya. Confiaba en que el padre se viniera con nosotros pero, si no, no era a mí a quien iba a apenar su muerte. Tan solo sería un cura menos.

Sin embargo, Bruno no dudó. Pude ver en sus gestos y en la expresividad de su rostro que no quería irse con nosotros, el Mal, el enemigo. No ni aunque los suyos le hubieran traicionado, fallado o como quisiera que él lo viera. En lugar de eso, lo que vi fue pena. Era como si le diéramos lástima. Suspiré.

—De acuerdo. Mucha suerte. Marta, detrás de mí. Atzir'itz, a mi lado. Miguel y tus dos vampiros a la retaguardia. ¿Sabes algo de tu otro hombre?

—La sala de control está llena de guardias suizos. No ha podido ni acercarse al edificio. Viene de vuelta para acá.

—De acuerdo, vamos.

—Que tu alma y la de la otra chica descansen en paz —susurró el padre Bruno cuando pasé a su lado, adelantándolo.

Y no. No recelé. Una era así de cabezota. Como cuando lo de las dos bolas de fuego. Si es que me no gustaba nada eso de que me cambiaran los planes. Así que para adelante, como los burros con orejeras. Y nada más pisar la plaza de San Pedro lo sentí. Esta vez no era el sonido de las pisadas de las tropas de la Iglesia sino algo despertando. Algo sagrado para otros; desde luego antiguo para mí, tan ancestral como mi abuelo. Un escalofrío de alarma que fue más bien como una jauría de perros clavando sus garras en mi columna vertebral y aullándome «vete» me sacudió. Pero no se veía a nadie. La plaza, con enorme su forma circular, con su monolito en el

medio, la triple fila de columnas dóricas que, con un techo adornado con estatuas renacentistas, la cercaban excepto por el extremo opuesto a mí, el que desembocaba en la parte trapezoidal que daba a la basílica, estaba totalmente desierta y en silencio. Y, justo en su extremo más cercano a mí, estaba la salida. Había guardias custodiándola, armados con sus fusiles.

Sonreí. En seguida estaríamos afuera.

Mientras le ordenaba a Atzir'itz que protegiera a Marta, avancé yo sola a por ellos. No veía más que a un par y estaba segura de poder acabar también con los ocultos. Sin embargo, ellos no abandonaron su puesto al verme y, mientras me abalanzaba sobre ellos a toda velocidad, se limitaron a dar un paso hacia atrás, quedándose físicamente fuera del Vaticano; aunque no había ninguna barrera que marcara dicha frontera, tan solo una raya pintada en el suelo.

No puede hacerles nada. Una especie de barrera invisible me paró en seco, impidiendo que mis pies se despegaran del último adoquín. Por mi impulso caí al suelo, de bruces. Yo misma me llevé un buen golpe en el estómago que me quitó el aliento. Y, pese a que con mi rostro y mi pecho había mordido el polvo al otro lado de los límites del Vaticano, el resto de mi cuerpo no podía salir de allí.

Uno de los dos guardias suizos me miró con repulsa y me escupió a la cara.

—¿Qué pensabas, aberración del mal? Ningún demonio puede abandonar vivo estos muros.

¡Mecagüendios!

Joder, que aquí no había muralla. ¿Es que tenían todo el puto estado protegido con su magia?

Me limpié y me incorporé, comprobé que si no intentaba salir sí podía andar, saqué con rapidez mi pistola y les pequé sendos tiros en el cuello a ese par de guardias. Era un punto desprotegido de su armadura y seguro que la muerte les dolería un rato.

Vale. No tendría que ser tan rencorosa pero estaba claro que estaba bien jodida.

Volví a donde estaban mis compañeros.

—Seguramente hay más en las garitas —me comentó Atzir'itz, una vez estuve a su lado, al tiempo que me señalaba hacia las dos de guardia.

Las murallas que bordeaban el Vaticano llegaban hasta la plaza de Pío XII. Allí había un par de garitas, acorde con el estilo arquitectónico medieval de la muralla pese a ser claramente posteriores, para los soldados que la vigilaban por la noche. Y, entre ambas, había unos veinticinco metros de terreno despejado, los que conectaban con la vía de la Conciliazione, donde hacían el control de acceso a los visitantes. Allí me había cargado a esos dos guardias.

—Pero no saldrán. Esperarán como cobardes a que llegue su ejército. Habrán pedido refuerzos y, sin abandonar su puesto, nos pegarán un tiro si nos acercamos. Lo raro es que no te los hayan pegado ya, súcubo —me dijo Miguel con desprecio.

Sí, lo de los vampiros era de un ego subido. Una pena (o suerte) que por mucho

que despreciaran a alguien este no se volviera inferior. En este caso me habría venido de miedo.

—Entonces habrá que vender caras nuestras vidas. O eso o averiguar por qué no podemos salir de aquí. Marta... tú quizás sí puedas.

No me dio tiempo a decirle más. Los cientos de soldados y sacerdotes que venían a por nosotros estaban a menos de un par de minutos de distancia pero, justo en ese momento, una gran fuerza nos sacudió y nos tiró contra el suelo. Mientras mi cara destrozada volvía a aterrizar contra los adoquines, por la periferia de mi visión noté un movimiento. Al principio, tan lento que me pareció que lo estaba imaginando. Sin embargo, poco a poco, observé asombrada cómo las estatuas de la balaustrada tomaban vida y, como si fueran gárgolas de esas de los cuentos, bajaron al suelo. Había sido su renacer lo que había estremecido la tierra y nos había lanzado contra esta. Y ahora, mientras me incorporaba con rapidez, veía cómo se estaban descolgado de su balaustrada lo que parecían un montón de santos de blanco mármol, furiosos y de unos tres metros de alto.

Decididamente, una sí que sabía morir con estilo. Y, desde luego, me retractaba del todo en lo de que tenían mal defendido el Vaticano.

Sin dudarle, saqué la daga de mi abuelo y me abalancé sobre el más cercano de los dos vampiros de Miguel. No pensaba matarlo, pero necesitaba regenerarme. Si lo debilitaba tanto que acababa muerto... una lástima. Seguro que podría vivir con ello.

El chupasangres se encontraba a un par de metros de mí, mucho más cerca de la plaza de San Pedro de lo que yo lo estaba. Lo pillé por sorpresa, no se lo esperaba. Miguel me miró con odio y me dijo:

—Suéltalo.

—Dame un segundo. No pretendo matarlo.

Noté cómo Atzir'itz se preparaba para parar a Miguel en caso de que este me atacara; también cómo la energía y los poderes del nosferatu entraban en mí, su capacidad de regeneración incluida; así como la canción sedienta de la daga de mi abuelo resonando en mi pecho y mi cabeza y, cómo no, vi a esa especie de santos-gárgola que estaban acabando de bajar al suelo.

Miguel se contuvo. Solté a su hijo de sangre y el vampiro le ordenó a su otro hombre que lo protegiera, que cuidara de su hermano.

—¿Por qué cojones no podemos salir? —le pregunté a Atzir'itz, frustrada.

—No lo sé. Lo más similar que conozco son sus sellos, que nos inmovilizan; pero esto no nos tienen inmovilizados, simplemente no nos deja salir del Vaticano.

—Arianrhod... —susurró Marta.

—Marta, quizás tú sí puedas salir —le dije.

—No pienso dejarte.

Para ser que se había pegado todo la misión acojonada, esta chica los tenía bien puestos. Una pena que no fuera una bruja poderosa, que sus hechizos fueran pocos y más bien del estilo de eliminar pruebas que del de batalla. Ah... si pudiera volver a la

lanzar el de antes, el del aturdimiento. Pero le había costado horas prepararlo.

—Gracias. Atzir'itz y Miguel, llevar a Marta a algún sitio donde los de las garitas no puedan disparar. Marta, abre tu grimorio y dame algo. Estúdialo rápido. Confío en ti.

Le sonreí. No me hizo falta darle ánimos. Mi amiga había cambiado. Seguía aterrada pero podía controlarlo. Quizás porque ya había experimentado bastantes veces en poco tiempo eso de estar a punto de acabar muerta, o quizás porque otra vez la necesitaba, como cuando el exorcismo del padre Bruno. Mientras lo hacían, yo me aparté también del alcance de las armas de los de las garitas, acercándome a la plaza de San Pedro pero sin entrar en ella, y cerré los ojos. Busqué mi conexión con mi hermana de magia negra. La necesitaba. Dudaba que pudiéramos salir de aquí sin ella.

Al principio, durante el tiempo que se tardaba en parpadear un par de veces, me costó encontrar ese vínculo. Pero estaba allí, como un cordón rojo oscuro que latía en medio de una desolación negra y vacía. Era algo que no debería existir. Hasta a mí, que era semidemonio, me repelía. A veces las brujas hacían cosas aberrantes. No sé si era una de esas ocasiones pero, desde luego, no me gustó nada el aspecto que tenía en mi interior ese cordón que me unía a ella. Lo toqué con mi mente, deseé tirar de él. De inmediato, como si fuera una infección, una gangrena imparable, el rojo se tornó más vivo y recorrió la cuerda en un latido furioso. Mi mano, donde habían estado las medias lunas de las uñas de la matriarca clavadas, me dolió unos instantes. Después, ella estuvo allí, al otro lado. En mi mente, la vi más joven. Las arrugas de su rostro ya no existían y tenía ante mí un rostro que, si bien seguía sin ser hermoso, estaba cargado de poder.

—Hola, hermana. ¿Tenéis mi copa, verdad?

—Tenemos un problema. Te necesitamos.

—Déjame ver...

Asentí y de inmediato la noté dentro de mí. Fue una sensación extraña, de invasión, como si hubiera permitido a una de mis comidas utilizar uno de mis orificios y de repente me encontrara violada. No me gustó. Por suerte solo duró una fracción de segundo. En seguida ella estuvo afuera.

—Violeta... cuidado con esas estatuas. Tú aguanta con vida. En unos minutos mi aquelarre y yo tendremos lista a la caballería.

Se cortó la comunicación. De una manera tan brusca que dejó mareada, estaba otra vez dentro de mi cuerpo. Había sido muy raro, como si ese cordón nos hubiera llevado a ambas (al menos a nuestras almas) a otro lugar. Abrí los ojos. Las estatuas estaban ya en el suelo, formando un semicírculo en el perímetro interior de la plaza de San Pedro. No podía verlas a todas pero, por mi búsqueda en Internet, sabía que eran ciento cuarenta. Marta estaba leyendo el libro, Atzir'itz y Miguel la cubrían. La habían llevado donde estaban los otros dos vampiros, pegados contra la esquina de la pared de mi derecha. Allí, el fuego cruzado de los de las garitas no les alcanzaría.

—Intentar entrar en el edificio —les pedí.

Había ventanas y portales y, si conseguían colarse dentro, estarían más protegidos. Esos dos edificios, ambos bordeado la plaza de Pío XII, antiguamente eran del cuerpo de guardia pero hoy en día el dinero y el turismo habían podido más y se habían convertido en hoteles y tiendas.

El padre Bruno, por su parte, había entrado en la plaza y se había colocado cerca del obelisco, desde donde elevaba sus brazos sobre su cabeza como si estuviera orando.

Joder.

El puto mundo se había vuelto loco y, para variar, yo estaba en medio. Encima, esas tropas de la Iglesia que venían a modo de refuerzo (como si lo necesitaran...) estaban cada vez más cerca, a menos de un minuto de distancia.

Tenía que ganar tiempo para Marta y para Arianrhod. Encaminé mis pasos hacia la plaza.



Corrí a toda velocidad hacia el padre Bruno. En el momento en el cual puse un pie dentro de la plaza, los santos comenzaron a moverse. No tan despacio como cuando habían vuelto a la vida y se habían descolgado del tejado, pero sí muy lentamente comparado con mi velocidad sobrehumana. Deseé que eso no significara que estaban todavía despertándose y que, en breve, serían mucho más rápidos.

—Padre, ayúdanos. —Lo agarré por los hombros y lo sacudí.

Desconcertado, comenzó a bajar sus brazos. Me miró como si no entendiera qué hacía un demonio pidiéndole su ayuda.

—Por favor. Hay una guerra pero nosotros estamos del lado de la humanidad. Hay otros demonios que quieren esclavizaros. Tienes que creerme.

Ahora sí que me miró raro, pero no pude hacer más. Esas estatuas estaban ya a poco menos de tres metros de mí y, el ejército, estaba separándose, rodeando la basílica y la plaza para pillarnos por ambos lados en una pinza envolvente. Miré hacia donde estaban Marta y los demás. No los vi. Deseé que hubieran logrado entrar en el edificio.

Guardé la daga de mi abuelo, que no había soltado desde lo del vampiro, en su funda. No pensaba utilizarla contra los santos. Sin embargo, varios de esos tíos de rizada y pétrea barba blanca portaban lanzas, espadas y cruces tan grandes que casi las llevaban arrastrando por el suelo. A toda velocidad, corrí hacia el más cercano, me deslicé detrás suyo y le lancé un puñetazo contra su espalda. El acceso al pozo, por supuesto, abierto de par en par. No pasó nada. Noté el dolor en mis nudillos y muñeca, escuché el golpe seco, lo empujé un par de metros hacia delante y lo tiré al suelo pero, en la roca, tan solo se abrió una estrecha grieta que era difícil de ver a

causa de la sangre que manchaba el mármol: la mía.

¡¡¡Joder!!!

Dolía, mi muñeca y mis dedos estaban rotos (gracias al chupasangres todavía podía regenerarme) y a ese tío ni cosquillas. Por suerte, seguía siendo mucho más rápida que ellos y me retiré antes de que los golpes de sus compañeros pudieran alcanzarme. Mirando el lado irónico, esto debía de parecer una especie de David y Goliat pero con ciento cuarenta gigantes y un David con un petardo en el culo. Sonreí pese al dolor, me acerqué a uno de los de la cruz, bajé un poco mi velocidad y, cuando este intentó golpearme con ella como quien llevaba agarrado un bate y veía llegar la bola en un partido de béisbol, no dudé. El santo agarraba su gigantesca arma por el lado inferior de su asta, pretendiendo machacarme con la zona de la cruz. Aumenté mi carrera y me lancé contra el codo doblado de la gárgola con mi propio hombro, apretando con fuerza mi brazo para cerrarlo bien. El impacto fue brutal. Yo volví a hacerme mucho daño pero a esa monstruosidad de roca le quebré la articulación del codo, partiéndosela en seco. Entonces, ignoré mi propio dolor, volví a dar las gracias por la regeneración vampírica y agarré el asta de la cruz. En esos momentos, me faltaban fuerza y movilidad en el brazo izquierdo pero no las necesitaba ya que agarré la cruz con el derecho, rodeándola con él. Entonces, aproveché la inercia, esa velocidad de mi carrera y de mi salto que en ningún momento había interrumpido, para girar más todavía. Uno de los dos brazos de la cruz, con su potencia aumentada gracias a la distancia que lo separaba del eje de giro, impactó de manera brutal contra la cara de la gárgola. Física, momento angular, ¡me encantaban! Y, ¡ey!, esta vez la destrozó. El rostro del santo se quebró en varios pedazos y su cuerpo cayó al suelo. Yo aterricé sobre él. Uno menos.

Salté para esquivar un par de lentos lanzazos. Tuve que soltar la cruz, pesaba demasiado. Una de las lanzas casi me dio. Parecía que cada vez eran menos lentos.

Y, por cierto... esa cruz no me había quemado. Ni idea de qué elemento divino daba vida a estos santos pero desde luego no tenía la fe que animaba a los curas humanos.

Las tropas que venían a por nosotros, esos cientos de pasos, estaban ya muy cerca. Podía escuchar cómo habían aminorado la marcha y estaban colocándose en lugares estratégicos. Me los imaginaba: al final de la plaza y a lo largo de todo lo alto de la balaustrada. Eso eran unos dieciséis metros de altura. Joder... Tiros desde arriba no, por favor.

Por suerte para mí, dejé de estar sola. Un borrón de velocidad marcó la llegada de Atzir'itz a mi lado.

—¿Y Marta? —le pregunté mientras esquivábamos un par de ataques.

—Está leyendo. Miguel y su hombre están cuidándola. El otro vampiro, el que venía hacia aquí, ha desertado.

—Pff... chupasangres...

Como si una pudiera fiarse de ellos. Seguro que daba a su líder por muerto e

intentaba salvar su propio trasero. Si Miguel sobrevivía, iba a disfrutar matándolo.

—Mi señora, cúbreme unos instantes. Necesito mi espada para luchar contra estos.

Si no hubiera estado saltando y dando gritos para hablar con él, habría hasta enarcado una ceja. ¿Su espada? ¿Qué espada? Yo no veía que llevara ninguna. Pero en fin, pertenecía a la guardia personal de mi abuelo y este era famoso por las armas que reservaba para su familia (como mi bonita daga, la que había hecho que mi cara dejara de estar quemada. De verdad que si salía de esta le ponía un nombre; se lo había ganado). Así que, bien que podía reservar alguna buena espada también para sus guardias. Sí... la idea me gustaba. Sonreí.

—De acuerdo. Date prisa.

Me lancé a por mi cruz, esa misma que había soltado instantes antes. El padre Bruno seguía cerca del monolito y Atzir'itz estaba entre él y yo. Cerca de la cruz estaba el brazo partido del primer santo-gárgola. Hmmm... cambié de idea y lo agarré: pesaba menos que la cruz y me serviría igual. Con este agarrado por la muñeca con ambas manos, comencé a correr a toda velocidad y en zigzag entre los santos. La compuerta, abierta a tope, me embriagaba. En esos momentos, mientras iba tan rápido que el viento que no soplaba me golpeaba con fuerza, a la vez que con mi garrote improvisado iba destrozándoles las rodillas con impactos laterales o justo por delante, en su punto más frágil, yo me sentía libre, me sentía plena. Era otra vez una fuerza del infierno, una criatura ávida de dolor y muerte. Sentía a mi propia sangre cantar riendo por mis venas mientras aprovechaba la inercia para dar los golpes, mientras utilizaba al mismo garrote para zigzaguear, al tiempo que intentaba mantener la cordura y no crearme inmortal. Entonces, empezaron los tiros. Ráfagas cortas que, por suerte, acertaban más a esa especie de golems que a mí misma. Sin embargo, levantaban esquirlas afiladas que sí cortaban mi carne. A causa de los silenciadores, los escuchaba pero no atronaban mis oídos.

Me llevé la mano al rostro y lamí el rojo de una herida en mi mejilla que ya se estaba cerrando. Metálica, viva, deliciosa... pero no era la que deseaba. Saqué mis cuernos, espolones, ojos ambarinos y cualquier otro atributo que no fueran mis aquí inútiles alas. Marta estaría a salvo dentro del edificio. En cuanto al cura... esperaba que no le hirieran. Y yo... yo me dediqué a usar a los tipos grandotes y duros como escudo mientras echaba un vistazo a Atzir'itz.

No sabía qué demonios estaba haciendo. Antes había creído verle usar una de sus garras para hacerse una herida en su propio antebrazo; pero el frenesí de destroz golems mientras corría me hizo olvidarlo. Ahora, sin embargo, deseaba haber prestado más atención porque Atzir'itz estaba parado en medio de la plaza y con un espadón oscuro de más de tres metros de largo entre sus manos. No sabía qué cojones era eso pero no era humano. Parecía estar hecho de oscuridad, como si hubiera conseguido condensarla y arremolinarla en una empuñadura roja sangrienta y una hoja dentada, negra, que parecía palpar como si no perteneciera a esta dimensión e

intentara escapar a la suya y, mientras tanto, amenazara con devorar a todo idiota que osara interponerse en su camino. Para empezar, las balas de los de la balaustrada. Su arma, blandida por sus dos fuertes brazos mientras la esgrimía de un lado a otro, golpeaba a velocidad inhumana los pequeños proyectiles de metal y los devolvía con fuerza hacia los guardias suizos. Una lástima que la mayoría no acertaran. Pero... ¡señor! Menudo pedazo de espada y menudo ejemplar de ícubo. A esos dos quería mirarlos yo más de cerca, pero sobre todo al espadón, porque había escuchado hablar de armas así, hechas de tinieblas, pero nunca había visto a nadie convocando una. Hacía falta algo más que sangre para ello. Atzir'itz, desde luego, acababa de ganar varios puntos en mi escala de demonios interesantes. Porque ahora sí que estaba jodida. Por todo eso de que estaba buenísimo y tenía esa puñetera actitud hacia mí, descarada y rozando el desafío, yo tenía pensado evitar todo contacto posterior con él. Pero ahora, ¿cómo iba a ignorarle cuando él era capaz de capaz de convocar y dominar esa maravilla oscura que tenía que ser mía?

—Mi señora, no la miréis.

¿Qué?

Meneé la cabeza mientras esquivaba una bala por los pelos.

—Atrae la atención de los demonios. Es útil para entrar solo en grandes batallas.

Joder... Ya decía yo que desear tanto a una cosa no era normal. ¿Tendría también un efecto de envidia por estar entre los fuertes dedos de quien estaba? Sacudí la cabeza. Decididamente, el llevar tanto tiempo conectada al flujo máximo del pozo me estaba sentando muy mal.

—Gracias. Los golems todos tuyos.

Y, sin mirarle, me dirigí zigzagueando entre los santos hacia la balaustrada. Una parte de mí sabía que era una puta locura, por no decir suicidio, pero estaba ebria de poder y tenía que neutralizar a los tiradores. Vale, sí, podía limitarme a esconderme entre los cuerpos caídos de los santos-gárgola pero eso ni era divertido ni me iba a llevar a ninguna parte. Así que a por los tiradores: primero a por los que estaban a nivel del suelo, entre las tres hileras de columnas y luego a por los de encima de su balaustrada. Eché pues a correr a toda velocidad. Para mi percepción aumentada, las balas eran como gotas de plomo que se movían despacio, como si el aire fuera demasiado denso para ellas. Yo, por mi parte, zigzagueé esquivándolas, tanto a ellas como a las gárgolas; aunque a veces usaba a las segundas de escudo. Pasó un instante de segundo y, de repente, a mis espaldas se empezaron a escuchar demasiados sonidos de piedra cayendo al suelo. El cual, además, retumbaba más de la cuenta. No me aguanté, giré en una fracción de instante mi cabeza. Lo primero que vi fue a un par de gárgolas que parecían estar sobre el padre Bruno, como protegiéndole de las balas. Curioso pero no era eso lo que quería ver. En menos de lo que tarda un corazón en preparar un latido, volví la vista al frente para seguir esquivando balas y luego otra vez hacia detrás. Busqué en la senda de destrucción, de santos caídos, y lo divisé. El condenado demonio estaba saltando a toda velocidad de una gárgola a otra,

hendiendo su piedra con su espada de oscuridad con un esfuerzo visible de sus brazos y sus hombros, pero retirándola con rapidez y dirigiéndose raudo a por el siguiente enemigo. Y todo ello mientras esquivaba o devolvía las balas. Alucinante. Este tío era realmente bueno y su espada podía clavarse en ese mármol tan duro. Con un esfuerzo que era evidente en la tensión de sus músculos y en la leve milésima de segundo extra que le costaba desclavarla, pero podía. Si no fueran tantos, podría con ellos. Bueno... tampoco sabía si era así de rápido y fuerte de natural o todavía le quedaba alguna mínima fracción del alma de su última comida para quemar. Me quedé un instante escudada tras un santo, uno demasiado lento, tanto que para cuando fuera consciente de mí yo ya me habría ido. Era fascinante ver en acción a Atzir'itz, lo que era capaz de hacer en una fracción de segundo. Entonces, uno de los golems intentó atrapar su espada entre su costado y su brazo derechos y dos santos más se movieron para aprisionar a su compañero como si ambos fueran el pan de un sándwich de roca. Eso capturó el arma de oscuridad y varios más de ellos aprovecharon para lanzarse sobre el demonio. Dudé. Pero entonces pasó el instante y el santo detrás del cual estaba escudada me lanzó un puñetazo. Volví a mi velocidad aumentada y zigzagueé entre ellos y las balas. Atzir'itz era un gran guerrero. Sabría liberarse solo.

Así pues, seguí a lo mío, escudándome entre los golems para acercarme a las balaustradas, hasta que se acabaron los tipos grandes de piedra, barba y vestido y me vi obligada a salir a campo abierto. Veinte metros. Era la distancia que me quedaba antes de llegar al pie de las columnas. Bien, como yo decía, si este era el momento de morir con estilo, que así fuera. A toda velocidad y en línea recta, pues estos curas no tenían modo de verme cuando corría tan rápido (que yo supiera, sus ojos eran humanos), simplemente saltando de vez en cuando a los lados para esquivar alguna bala, devoré en menos de un segundo ese par de decenas de metros. Unas cuantas redes cayeron cerca de mí: parecía que, después de todo, sí tenían algún modo de verme. Eché un vistazo rápido a las redes. Sus hilos estaban tejidos formando un extraño diseño, una especie de llama o punta de fecha con un círculo y una cruz en su centro. Algo así seguro que no era casual por lo que me negué a tocarlas y esquivé todas las que iban cayendo por delante de mí a la cámara exasperantemente lenta a la que se movían los humanos. Después de lo del libro, yo sospechaba de cualquier dibujo extraño, como si este fuera un posible sello de captura de demonios. En un visto y no visto, estaba ya casi en mi destino y salté hacia los soldados que me disparaban desde las columnas. Porque una cosa era el salto en vertical y otro en horizontal. Mientras no me despegase mucho del suelo, en este último no tenía problemas. Y, como por muy buenos que fueran, estos tíos seguían siendo humanos y teniendo la limitación de su velocidad, comencé a masacrarlos apoyándome de columna en columna y usando mis garras para desgarrar sus gargantas, lugar donde ni el casco ni el chaleco antibalas les cubría. Uno, dos, tres, cuatro... dejé de contarlos y comencé a impactar también en sus caras y sus ojos, hundiendo mi mano en sus rostros mientras continuaba impulsándome de columna en columna con un zigzag

aleatorio y vertiginoso. ¡¡¡Sí!!! Era una puta diosa. Nadie ni nada podía enfrentárame. Comencé a lanzar también a los curas los unos contra los otros. Había, en un par de segundos, despejado un terreno de varias decenas de metros, llenado el suelo bajo mis pies de cadáveres y de heridos mortales. El problema fue que comencé a sentirme débil, menos veloz, más humana. No como antes de acceder al pozo, pero sí como si mi compuerta se estuviera cerrando cada vez más. En el primer par de segundos, durante mis primeras docenas de muertos, no me di cuenta. Pero después sí. Mis movimientos eran más lentos, me costaba más impulsarme, comencé a fallar y a dar golpes que no eran mortales. No lo entendía; quizás fuera algún tipo de protección contra demonios de los curas. En todo caso, aunque cada vez me sentía menos embriagada de poder, continué peleando. Grave error. Un rafagazo me impactó en el hombro, inutilizándome. Y, aunque todavía estaba bajo los efectos de la regeneración vampírica, estas balas quemaban y mi cuerpo no se curaba. Aprovechándose de mi herida o viendo que yo no era inmortal, mis enemigos intensificaron el fuego sobre mí. Corrí a refugiarme en una de las columnas que había limpiado al principio. Estaba bien jodida. Menos mal que los de arriba, esos que estaban sobre la balastrada a unos catorce metros sobre mi cabeza, tenían un techo de piedra que les impedía dispararme. Y, para hacer honor a la puñetera ley de Murphy, justo entonces atronó mis oídos una voz emitida por megafonía. Un puto coro de curas rezando un exorcismo y yo no podía cargármelos porque no sabía dónde estaban. ¡De puta madre! Tenía que ayudar a Atzir'itz. Seguro que estaría moviéndose con torpeza nada más de empezar la primera palabra del exorcismo y, en cuanto el rezo transcurriera un poco más, del todo inmovilizado. Me necesitaba. Pero yo también estaba en un punto desesperado. Cada vez más débil, con unas balas que ardían como si estuvieran benditas por alguien con fe verdadera y con unos enemigos que corrían por entre las columnas hacia mi posición prestos para dispararme. Juré, saqué mis dos granadas, les quité el seguro y las tiré hacia ellos. Intentaría aprovechar la explosión para correr hacia Atzir'itz. Parecía que no había como un par de balas y unos cánticos para quitarme la tontería de creerme mi abuelo.

Entonces, mientras me atrincheraba de los tiros tras la columna, al tiempo que las granadas rodaban, aún sin explotar, de repente el cielo se llenó de rayos. Miles de rayos. Era como si fueran estrellas fugaces que se pelearan unas con otras para ocupar un lugar en la negrura de la bóveda celeste. Relámpagos blancos, relucientes, cegadores... eran demasiados para tan escaso espacio sobre nuestras cabezas y se encendían en rápida sucesión unos tras otros mientras el sonido de sus truenos me dejaba temporalmente sorda y el olor a electricidad y a carne quemada saturaba mis fosas nasales. Entonces, mis granadas explotaron. No eché a correr. No entendía nada. Estaba allí, tras mi columna que milagrosamente se mantenía en pie pese a que mis granadas habían arrancado pedazos a la gruesa piedra de las más alejadas y, sobre todo, pese a que los rayos sí estaban destrozando la balastrada y comenzaban a caer piedras cerca de mí. Todo temblaba. Era como si la furia de algún dios se estuviera

desgajando sobre mi cabeza y no, mi abuelo no era capaz de dominar las tormentas (que yo supiera).

Me lo contó más tarde el padre Bruno, pues él estaba en mitad de todo, en medio de la plaza, cerca del obelisco: Había dos pararrayos en el tejado de la basílica y, sin embargo, ninguno de los relámpagos cegadores rasgaron el cielo hacia sus puntas metálicas. Estaban dirigidos. Y no era su dios quien los mandaba.

En cuanto a Atzir'itz, el pobre estaba peleando caro por su vida, luchando contra los efectos del exorcismo, a punto de sucumbir pues por los golems o las balas. De algún modo, había logrado aguantar unos segundos y continuar pudiendo moverse de un modo mucho más lento, doloroso y pesado. Quizás fuera porque su espada de oscuridad le diera fuerzas. En todo caso, él no vio nada. Tan solo de repente dejó de escuchar ese puto cántico, primero por el sonido superior de los truenos, después porque los objetivos de esa cólera divina eran tanto nuestros enemigos como los altavoces.

Cuando yo recuperé el don de la voluntad y fui capaz de salir mi total estupor, el suelo estaba alfombrado de cadáveres con carne y ropas chamuscadas. Di un par de pasos vacilantes hacia la plaza. Entonces miré a mi alrededor. Los golems también habían caído, partidos en dos o tres pedazos por los rayos. Y allí, sobre la cúpula más elevada de la basílica de San Pedro, vi a una mujer de tamaño superior al humano. Una hecha de alma. La reconocí. Era la forma astral de Arianrhod y los ángeles de piedra de allí arriba habían cobrado vida y la estaban apresando. En sus rasgos, gracias a mi visión mejorada, pude ver sorpresa y agonía.



Yo no presencié lo ocurrido, tan solo me quedé atónita y estupefacta ante la belleza desatada de la naturaleza que fueron esos rayos. Sin embargo, ella me lo contó más tarde. Arianrhod, mi hermana de magia negra, había venido en mi ayuda. Con su aquelarre, aquellas seis brujas que junto con ella formaban el Matriarcado, había realizado un ritual para recabar poder y, una vez obtenido, había proyectado su forma astral hacia el Vaticano. Volando, llegó hasta mí y se colocó sobre la cúpula de la basílica de San Pedro; un punto elevado desde el cual podía divisarlo todo. Necesitaba esa visión para lanzar su hechizo, no era algo que pudiera haber hecho desde la seguridad de su sanctasanctórum en España.

Aterrador, lo sabía y lo sé.

Lo que la matriarca de las brujas podía hacer con el poder de las suyas era algo que te helaba la sangre si lo pensabas con frialdad. Pero también lo que podía hacer mi abuelo, o varios de esos señores demoníacos juntos del séptimo infierno.

Yo antes no luchaba en estas ligas. Con mi fuerza similar a la de un humano varón musculado, con el escaso aumento de mis sentidos que me daba quemar una única alma, apenas podía con un vampiro joven. Pero ahora... ahora yo era uno de ellos, uno de esos titanes épicos; Arianrhod se había hermanado conmigo por algo. Debía comenzar a acostumbrarme al hecho de que mis allegados eran capaces de destruir ciudades enteras en un abrir y cerrar de ojos. Bien. Lo necesitábamos, porque una bomba nuclear también sabía hacer eso.

Así pues, la matriarca en su forma astral, esa imagen de ella misma más joven que me había mostrado con anterioridad, me buscó. Localizó mi cuerpo detrás de una columna gracias al vínculo que existía entre nosotras y, a continuación, sus ojos se

tornaron azules y negros. El primero por la magia elemental que la definía en ese instante y el segundo por la que era suya por derecho de sangre, traiciones y muertes cuando consiguió su actual puesto en la cúspide de la jerarquía de las brujas. Sus manos y sus brazos parecieron arremolinar la bruma más oscura a su alrededor y comenzaron a moverse, dibujando un sello en el aire mientras la tormenta sin nubes se cuajaba sobre nosotros y, entonces, bajaron bruscamente y comenzaron a caer los rayos sobre cada ser animado de la plaza excepto yo, Atzir'itz y el padre Bruno. Además, evitó que se concentraran demasiados en la zona donde yo me encontraba, para evitar que el techo de piedra se desplomara sobre mi cabeza. Sus ojos, sin pupilas ni iris, nos veían a todos y a cada uno de nosotros al tiempo que su voluntad pronunciaba las palabras y la furia de los cielos se desgranaba.

No la vi entonces, claro está. Ni ella se dedicó después a contarme el color de su mirada. Pero acompañó a sus palabras con una imagen en mi mente y no pude menos que maravillarme ante la gloriosa forma de su espíritu lleno de energía y poder. Bajo la oscuridad de la noche, sobre esa cúpula, tenía un tamaño unas tres veces superior al de su forma humana y la magia que todo su aquelarre le había dado envolvía su silueta translúcida, reforzando las brumas arremolinadas de las que parecía estar hecha y haciéndola existir con una energía más oscura, más poderosa. Porque nuestra alma era nuestro poder, nuestra fuerza vital y, en un ritual como el que Arianrhod había realizado, esta se hinchaba, se expandía, crecía... por eso su forma astral era tan grande.

Casi tanto como esa gigantesca estatua de ángel a la que no había prestado atención y que, al sentir su terreno sagrado profanado por magia oscura, volvió a la vida y dirigió sus dedos pétreos a por ella. Mi hermana los vio y los ignoró. Ella era insustancial, no podrían aprehenderla. No fue así. La esencia divina que animaba al ángel de piedra podía aferrar almas. Sus dedos agarraron un brazo de la bruja y, pronto, un par de estatuas cercanas de menor tamaño fueron también a por ella.

Así fue cómo la vi yo en aquellos momentos. Apresada. Los restos de su magia azul y oscura, aquellos remanentes que no se había derramado desde los cielos en ese brutal conjuro, estaban siendo rápidamente absorbidos por los ángeles de mármol. Me maravillé de cómo mi hermana había sido capaz de hacer magia en el Vaticano (aunque imaginé que, igual que había ocurrido con Marta, solo estaría prohibida la demoníaca), pero más aún de cómo esos seres parecían estar drenándola.

De verdad que a veces odiaba esto de ser tan poderosa; la caída era mucho más brutal que cuando no estabas tan elevada. Apliqué lo mismo para la matriarca suprema de las brujas pues era como si su fortaleza fuera lo que hacía que esas estatuas la sujetaran y drenaran con una determinación mayor.

Tenía que ayudarla.

Pero entonces esos guardias suizos que no habían caído con los rayos, los que estaban cerca de mí, la zona menos devastada por la furia de mi hermana, salieron de sus escondites, me apuntaron cuidadosamente y dispararon. Me dieron dos balas. En

una pierna. Me dejé caer al suelo para esquivar el resto. Quemaban como las de mi hombro. Estaba claro que yo no estaba precisamente para ayudar a nadie.

Y entre el cordón de soldados muertos que en algún momento durante la batalla había rodeado la plaza, acordonándola también por la zona de la entrada, donde estaban las dos garitas de guardia, se asomaron los supervivientes, los que habían estado en retaguardia. Estaban acojonados pero sus órdenes eran apuntar y abrir fuego.

Gracias a mi abuelo que en ese momento Atzir'itz vino en mi ayuda.

Tan grande, tan fuerte, tan poderoso con esa espada suya... y sediento de sangre por lo que le había jodido el exorcismo. Creo que nunca me había alegrado tanto de verlo como cuando se abalanzó contra los hombres que me estaban disparando desde detrás de las columnas.

Su espada, para poder maniobrar bien entre los pilares de piedra, se redujo al tamaño de un mandoble. Detallitos... lo importante fue cómo los partió en dos. Si tenían alguna especie de sello protector ante demonios, no pudo hacer nada ante la magia y la esencia de esa arma. En un visto y no visto, el íncubo se los había cargado y me había cogido en brazos y llevado detrás del obelisco, para protegerme de las balas de los soldados que se estaban agrupando en la salida del Vaticano, donde las garitas.

Una vez allí, se disculpó por hacerme daño y con sus garras me quitó las balas. Por muy preciso que intentó ser, agrandó las heridas.

Jodido hombre... no podía susurrarle así a una chica en el oído, con voz ronca, para a continuación hacerla gritar de algo que no fuera placer. Vale. Grité un poquito. Y juré. Pero enseguida utilicé mis últimos restos de la comida vampírica para curarme. Me quedó algo de marca... tendría que apuñalar un poquiiito a otro chupasangres. Me pregunté si se dejaría Miguel.

—Balas bendecidas; lo siento, mi señora.

—Gracias. —Fue toda mi respuesta.

Lo de ser salvada por hombres más fuertes que yo no era nuevo. Primero Casio, luego mi padre... En fin, típico. Porque yo no creía que el íncubo, sin el acceso al diezmo que yo tenía, pudiera ser más poderoso que yo pero fuerte en cuanto a musculado... eso sí. Me entraron de repente unas ganas terribles de agradecerle su rescate. Una pena que ni fuera el momento ni yo estuviera dispuesta a ponerle los cuernos a mi novio (por los mentales que se jodiera, pues este Atzir'itz era una tentación muy fuerte y ya me estaba cansando de sentirme culpable por deseirlo).

Entonces recordé por qué tenía esa sensación de urgencia en mis tripas...

—Arianrhod. Está en forma astral y la han pillado las estatuas. Allí arriba. — Señalé y yo misma miré.

Se la veía más pequeña, más débil, e igual de capturada que hacía unos instantes.

—Voy.

—Espera... —Le detuve colocando mi mano sobre sus fuertes hombros mientras

me incorporaba y dejaba de estar tendida entre sus brazos.

Sin abandonar la cobertura del obelisco, me giré hacia el padre Bruno. Este, que había sido protegido de las balas por las estatuas y que todavía tenía a un par de ellas defendiéndole del fuego de los que se suponían que eran sus amigos, estaba como aturdido. Las dos gárgolas de santos, las únicas que no habían sido abatidas por los rayos (muy amable mi hermana al no dañar al padre), no intentaron atacarme.

—Padre, por favor, ayúdame. ¿Has pensado en lo de que nosotros no somos los malos?

Tardó unos valiosos segundos en contestarme. Joder, la de cosas que podría haber hecho yo en todo ese tiempo... Ir a por los de los fusiles y comenzar a cargármelos, por ejemplo.

—Creo que no, que no lo sois. El Señor ha mandado Su gracia a esta plaza y me ha protegido contra las balas de mis hermanos. Ha preferido que Sus santos me defendieran antes que mataros. Sois malvados, sois demonios. Pero creo que ahora mismo no sois Su verdadera prioridad. Dime qué quieres que haga.

Parecía que, con todas las dudas que le habían asaltado a lo largo de esta noche, la intervención de su deidad le había dado alguna especie de paz, de luz para volver a encontrar su camino.

—Sálvala, por favor. —Señalé hacia Arianrhod—. Ordénales, pídeles o lo que sea, a las estatuas que la suelten.

—Veré qué puedo hacer —accedió.

Entonces cerró sus ojos, oró y no sé cómo pero esos ángeles de piedra aflojaron su presa y la matriarca se apresuró a escabullirse y a volverse a volando a su cuerpo, siguiendo el cordón oscuro que la unía con este.

Entonces la plaza se llenó de niebla, densa, aterciopelada, una que impedía ver más allá de medio palmo de tus narices. O, al menos, que se lo impediría a alguien sin mi visión aumentada. Yo era capaz de ver medio metro. Y de escuchar, claro, pues la voz que me estaba llamando era la de mi única amiga.

—Violeta —susurraba Marta sin atreverse a elevar demasiado la voz.

Los disparos, que habían cesado instantes antes, o por la niebla o porque los soldados habían decidido que estando como estábamos parapetados tras el obelisco no iban a alcanzarnos, no se reanudaron. Yo no me fiaba de ellos, seguro que tenían infrarrojos para poder vernos; sin embargo, la bruma era húmeda, tanto que tenía que estar dificultándoles darse cuenta de que mi amiga estaba en la plaza.

Deje a Atzir'itz con el padre Bruno y fui a por ella. Mi amiga había entrado en la plaza, imagino que habría salido del edificio por alguna ventana y caminado entre los soldados muertos una vez hubo convocado su bruma. Porque tenía que ser suya. Y, desde luego, la chica había ganado insensibilidad ante la sangre. O eso o era que no veía una mierda.

—Aquí estoy, soy yo —le susurré en cuanto llegué a ella—. Ojo no tropieces con los trozos de golems caídos.

—Gracias, no veo nada.

—Mejor... —le dije pensando en los cadáveres.

Una cosa era pisar blandito y otra muy distinta observar dónde ponías tus pies. Que a los que yo les había hundido el rostro, muy agradables de ver no tenían que ser.

—¡Lo he logrado! —me susurró excitada—. El libro tiene un glosario, busqué algo para escapar, algo que no fuera demasiado complicado, y vi este hechizo de bruma. Tía, que nunca antes había hecho algo tan masivo y poderoso. Y ha sido jodido, porque la gente se puso nerviosa con el jaleo, salieron de sus habitaciones y los del hotel comenzaron a calmarlos a todos y casi nos pillan y...

Desconecté tras lo de masivo y poderoso. Pues hombre... masivo era, toda la plaza por lo menos. Y poderoso, comparado con lo de limpiar mis huellas cuando mataba a un tío, también. Pero claro, comparado con la orgía de rayos y truenos de su matriarca... bueno... mejor no le quitaba la ilusión a la chica.

—Ha estado genial, Marta. Me alegro un montón. Ahora tú vas a poder salir de aquí aprovechando que ellos no te verán.

—Y tú.

—Yo no puedo, ¿recuerdas? No sé qué cojones pasa aquí pero me esconderé en los jardines hasta averiguarlo. Es como si todo el jodido Vaticano estuviera encantado para no dejarnos salir. Joder, eso no lo hace el terreno sagrado.

No... porque eso lo hacían los sellos de captura de demonios, como el que habían escrito en el grimorio. ¿Y si había uno dibujado con su tinta invisible sobre el suelo de todo el país? Absurdo, la lluvia o las pisadas lo borrarían. ¿Y con piedras bajo el suelo?

Entonces la luz se hizo en mí.

Marta me estaba diciendo algo pero yo ya no la escuchaba. Solo podía pensar en el dibujo de esas redes que casi me habían capturado antes. Esa especie de llama o punta de flecha, ese círculo con su cruz... Nosotras estábamos dentro del círculo y la cruz bien que podían ser dos de los brazos arquitectónicos de la basílica. La llama o flecha parte de los muros del Vaticano. Y esas tres rayitas que había sueltas por dentro, el palacio papal y las sedes de la Orden y de las hermanas sangrientas. Joder... era maquiavélico y muy astuto, digno de esos hijos de puta que eran los curas. Un sello dibujado con piedra... Me eché a reír y Marta me miró como si estuviera loca. Los tiros, que habían cesado con la niebla, volvieron. Agarré a Marta y la aparté de allí. Parecía que el sonido de mi voz había atraído unas cuantas ráfagas cortas.

—Podemos salir —le dije triunfal, tanto a ella como a Atzir'itz, una vez estuvimos detrás del obelisco—. Los rayos de Arianrhod han destrozado parte de las balaustradas, las cuales son el círculo del sello. Podemos salir.

Pude ver que ambos me miraban como si no entendieran nada. Sonreí. El íncubo pudo notar mi gesto, Marta no, que estaba en un plan tan cegato como el del padre Bruno y los demás humanos.

Volví a reír de alivio, esta vez más bajito, y se lo expliqué. Joder, si es que era una trampa magistral. Y tan poderosa, que no me explicaba cómo habían sido capaces de activarla. Un sello que cubriera todo el Vaticano... Se necesitaría mucho más que un ritual realizado al unísono por todos los curas existentes. Pero ya daba igual porque lo habíamos roto. Marta, emocionada, me abrazó y me plantó un beso en la mejilla. Atzir'itz la miró como si la envidiara. Me ruboricé. Sí, yo, una súcubo hecha y derecha. Pero no era mi culpa; lo que los ojos rebosantes de lujuria de ese demonio me prometían sería capaz de hacer ruborizarse hasta a la más curtida de las putas.

—Bruno, ¿te vienes? —le pregunté al padre.

—Salgo de estos santos muros con vosotros pero, una vez en Roma, a salvo de la policía o de cualquiera que quiera detenernos, seguiré mi camino.

—Entiendo. Vamos pues.

Las dos gárgolas lo acompañaron escudándolo hasta el límite de la plaza. A mi alrededor, pude ver cómo los pedazos rotos de las demás se estaban recomponiendo. Ostras, ¿también el brazo que había usado como garrote? Sin embargo, no temí nada, ya que el cura iba con nosotros. Curioso, lo sé, pero así era.

No nos costó nada salir, esquivar a los humanos y a los vehículos armados que habían llevado allí con tropas. Miguel y los dos suyos nos esperaban afuera. En la lejanía, se escuchaban sirenas, cada vez más cerca. Esto iba a llenar los titulares de las noticias de medio mundo en unas horas. Si, ya casi había amanecido un nuevo día. En fin... me despedí de los vampiros (no, no le clave la daga a Miguel pero no fue por falta de ganas...) y del padre Bruno. Confieso que el hombre me preocupaba un poco. ¿Qué iba a hacer ahora que ya no tenía un lugar que ocupar en el bien engranado mecanismo que era el brazo ejecutor de la Iglesia? Pero no era asunto mío. Lo vi marcharse por la calle llena de niebla (sí, parecía que Marta sí había hecho un hechizo masivo, pues media Roma estaba también envuelta en tinieblas) y me giré hacia los dos que todavía quedaban conmigo.

—Bueno, Atzir'itz, volver al hotel a por mis cosas y luego a casa sería la leche. Ya sé que para esto no puedo pedirte que nos abras una puertecita. Así que, ¿qué tal si nos paras un taxi?

—Como desees, mi señora —me contestó con esa actitud puñetera, *sexy* y desafiante suya.

Como yo deseara... ¡ja! Qué más quisiera.

Me limité a intentar no ser yo esta vez la que babeara al ver cómo seguía mis órdenes y nos conseguía un vehículo. Marta me miró y se rio por lo bajo. Sería capulla... En fin, al menos gracias a su niebla el taxista no pudo fijarse demasiado en el estado lamentable en el que nos encontrábamos y en seguida llegamos a mi habitación del hotel, donde todo había empezado. Nos dimos prisas en asearnos y coger nuestras cosas. Entonces, le indiqué a Atzir'itz que era el momento de volver a ese callejón que ocultaba un portal a Emnj. Sí, porque en seguida tendríamos a todos los soldados supervivientes, así como a la policía de Roma, rastreando la zona. Había

que irse rápido y, por ello, volver en avión estaba descartado. También en coche, no fueran a cortar las carreteras. Como con las maletas no podríamos cruzar el estanque de los vórtices, le di una buena propina al recepcionista del hotel para que me las enviara a España. En cuanto al sexy íncubo, una vez en la isla de mi plano, abrió un portal a la casa de Marta. Se le veía cansado. En todo caso, lo de tener que sufrir su exasperante *sex-appeal* pronto acabaría.



Ya había acabado todo. Por fin.

—Violeta, muchas gracias —me dijo Marta una vez en su casa, antes de que el íncubo y yo nos fuéramos—. Jamás lo habría logrado sin ti. De verdad que no pensé que fuéramos a tener que pelear así, creí que sería más en plan de «entro, no me ven, robo, siguen sin verme y me voy».

—Joder, Marta... Yo tampoco. Pero si lo llego a saber me habría metido igual. — Le sonreí.

Porque era la verdad. No me gustaba que tuviera tan poco poder y, además, mi abuelo me había ordenado ir con ella.

—Verás —continué ante su silencio. Se la veía con los ojos húmedos, como si pensara en todo lo que acabábamos de vivir y se estuviera dando cuenta de lo que habíamos conseguido—, sé que esto debería decírtelo tu matriarca moon-wolf pero como ella jamás será capaz de verlo, te lo diré yo: te has portado. Has luchado contra tus miedos y has sacado fuerza y coraje. Estoy convencida de que, en cuanto te empolles un poco ese libro, vas a tomar el mando de tu casa y a devolverle el lugar en vuestra jerarquía que se merece.

Lo de que aún le quedaba lo más difícil, superar su hábito de dejarse pisar, eso mejor no se lo decía, no le fuera a sentar mal. Pero era cierto. Como miembro del último clan de las brujas (además de ser una buenaza), estaba acostumbrada al desprecio y al abuso de muchas de las suyas. Marta fingía ser dura pero no engañaba a nadie. No obstante, después de lo de esta noche, seguro que le echaba más cojones.

Ella, por su parte, ignorante de mis pensamientos, se había emocionado con mis palabras. Su respuesta, apenas un susurro, estuvo cargada de sentimiento.

—Muchas gracias.

Se me acercó y me dio un fuerte abrazo. Lo reconozco, mi primera reacción fue apartarme; pero era lo que tenía no estar acostumbrada a las muestras de afecto. Me di una colleja mental y le devolví el abrazo. Cuando se separó sus ojos estaban tan húmedos que pude ver un par de lágrimas deslizándose por sus mejillas. Parecía que la bruja, que conmigo tanto se había hecho la dura en el pasado, acababa de tener una epifanía. Lo peor de todo era que yo también estaba empezando a sentir cierto cosquilleo molesto en mis lagrimales.

—Gracias —me repitió.

—Anda, tonta, que al final vas a acabar por destrozar mi imagen de general demoníaco —bromeé y, al hacerlo, recordé que no estábamos a solas y miré de reojo a Atzir'itz.

—Tranquila, mi señora. Por mí no paren —me comentó este mientras me observaba con un brillo divertido en sus ojos.

¡Al infierno con mi imagen de general súcubo! Pf... En todo caso, a mí que me lo explicaran pues, para no tenerlas, este tío fingía muy bien las emociones humanas.

—Hay lealtades que van más allá del miedo pero eso, íncubo, no vas a entenderlo —le expliqué en lo que más bien era un ataque verbal.

Cualquier humedad que hubiera podido llegar a mis ojos estaba más que contenida y olvidada.

No me gustaba nada que uno de los súbditos de mi abuelo se diera cuenta de que yo realmente poseía una parte humana, vulnerable, que no debería existir en una princesa súcubo. De acuerdo que, por una parte ese súbdito en concreto me había salvado la vida y, por otra, esa parte humana era la que me permitía poder quemar tantas almas sin volverme loca por las improntas. Pero me daba igual, nadie de mi plano debería verla. Un demonio era siempre despiadado, no se dedicaba a hacer amigos ni a consolar o ayudar a los seres humanos.

Sin embargo, pese a mi injusto ataque verbal, Atzir'itz no me respondió. Continuó observándome, esta vez con una expresión indescifrable en sus rasgos. Decidí ignorarlo.

—Nos vemos, Marta. Cuídate cuando le lleves el cáliz a Arianrhod y que disfrutes el estudio de tu grimorio.

—¡Oh!, el grimorio es fascinante. Por lo poco que he podido leer, su nombre ni siquiera hace referencia a las moon-wolf, sino a como nos llamábamos antes. Creo que... —Se detuvo, refrenando su entusiasmo al recordar que estábamos despidiéndonos—. Perdona, te llamaré para tenerte al tanto. Y si me necesitas para salvar a Casio o para lo que sea, llámame también.

—Nada... Claro, hasta pronto —me despedí y, después, le indiqué a Atzir'itz que me acompañara a mi casa.

Prefería comunicarle allí, en vez de en medio de la calle, que su misión había terminado junto con su contacto conmigo. ¡Señor! Si es que estaba agotada, deseando

quedarme sola, comer algo y pedirle a mi abuelo que me dijera de una puñetera vez dónde estaba Casio. No estaba, de verdad que no, para tratar con íncubo al que veía muy capaz de fingir que, si yo le daba puerta sin tirármelo, se sentía dolido.

Claro que, tratándose de Atzir'itz, tendría que haber adivinado que mis planes de soledad no iban a ser tan sencillos de lograr.



—Muchas gracias, Atzir'itz —le dije una vez estuvimos en mi salón. Para llegar, habíamos tomado un autobús—. Transmítele también mi agradecimiento a mi abuelo. No lo habríamos logrado sin ti.

El íncubo, quien me miraba con una intensidad que comenzaba a ponerme nerviosa (y algo más), curvó sus labios en una sonrisa que desmentía lo inexpresivo del resto de su rostro pues, junto con el brillo ámbar de sus ojos, esos labios parecían ser capaces de derretir hasta a una estatua de hierro.

—¿No estará despidiéndose tan pronto de mí, verdad?

Maldito Atzir'itz... Sabía muy bien a dónde quería llegar.

—Así es. Has cumplido tu misión. Te agradezco tu ayuda y ahora puedes irte.

—Pero mi señora, el caso es que no he cumplido del todo mi misión —me contestó con lentitud, mientras me miraba de arriba abajo, como si saboreara cada palabra del mismo modo con el que, con su mente, estaba desnudando mi cuerpo.

No le funcionó.

Sus palabras me golpearon no con la excitación que él pretendía sino como un jarro de agua fría. ¿Es que acaso mi abuelo le había pedido que me sedujera?

—No se te ocurra dar ni un paso hacia mí —le ordené imperiosa—. Contéstame: ¿tu rey te ha pedido que te acuestes conmigo?

Desde donde estaba, de pie a un metro de distancia de mí, ahondó en su sonrisa.

—No. Lo que mi señor me indicó fue que también la acompañara a buscar a su vampiro. Aunque he de confesarle que lo de acostarnos me suena francamente bien. ¿Desea ordenármelo?

No se me acercó; no me desobedecería a no ser que mi abuelo le pidiera lo contrario. Sin embargo, pese a la distancia que nos separaba, puede sentir la tentación en su ardiente mirada, en la manera en la que me hablaba, en esa aura suya de íncubo que, aunque contenida, parecía estar gritándome que le permitiera venir a por mí.

«Ah... Atzir'itz... Antes... Antes no tenías ni idea de cuánto te deseaba yo, de cómo todo mi ser comenzaba a vibrar con la cercanía del tuyo, cómo de repente el aire se enrarecía y mis ojos no se despegaban de tus más que apetitosos labios... Te juro que te odié. Mucho. Porque eso era como tentarme con una miel que yo no podía tener. Desde que apareciste no has hecho más que lanzarme indirectas y veladas promesas de cómo podría ser el sexo contigo. Jodido íncubo... me has hecho darme cuenta de que mi vampiro no es suficiente para colmar mi naturaleza más insaciable y

demoníaca. Yo no te lo pedí y tú eras el causante de que mi maravilloso cuento de hadas que era mi planeada futura vida con Casio de repente no me pareciera más que un frágil castillo de naipes.

Te odiaba.

Ya no.

Durante la misión yo te odiaba con todas mis fuerzas, pero también te deseaba tanto que dolía, tanto que no hacía más que recordar ese beso e intentar engañarme a mí misma diciéndome que por darte otro más no pasaría nada. Que podría probarte solo un poquito y luego parar. Que si no acabábamos consumando no sería infidelidad.

Antes...

Porque en algún puñetero momento cuando me rescataste, salvaste mi vida y me quitaste esas balas bendecidas, me di cuenta de que esto no podía seguir así. Yo podía sentir lujuria por ti y no pasaría nada. Imaginarme cómo sería sentirte hundido en mi interior no era más que eso: una fantasía de placer y sexo. Pero deberte la vida, que me llevaras en brazos... Sentirme vulnerable tan cerca de tu pecho, de tu corazón, hizo que el mío latiera con algo que no era deseo, que era otra cosa. Y no, Atzir'itz, ya no te odio. Porque tampoco te deseo. No puedo. No quiero. Desde el momento en el que me he dado cuenta de que si sigo así voy a comenzar a sentir algo por ti, ya no quiero sentir nada. Ni odio, ni ganas de arrancarte la ropa con mis garras. Tan solo indiferencia y olvido.

Lo siento.

Sé que no es justo pero no puedo decírtelo. Imagino que, como no tienes sentimientos, te dará igual. Que tan solo quieres acostarte conmigo porque soy la nieta de quien soy. Lo siento, Atzir'itz, pero no puedo tenerte ni un segundo más en mi casa».

—Vete —le dije con toda la frialdad que pude reunir.

No fue mucha. Cómo iba a serlo si sentía ganas de llorar. Quizás me estaba perdiendo algo, algo mucho mejor que un buen polvo. Pero debía ser así pues yo me había comprometido con Casio. Ojalá pudiera enfadarme con Atzir'itz, hacerme la ofendida por su actitud, pero en estos momentos no era tan buena actriz como me pensaba.

Sin embargo, él no me lo puso fácil. No se marchó.

—¿Con usted a buscar a su vampiro? ¿De veras tiene tanta prisa? —me preguntó con una sonrisa seductora, sin darse cuenta de que ya había perdido.

—No. Iré sola. No quiero tu ayuda. Dile a mi abuelo que no la acepto.

Atzir'itz congeló su sonrisa y, tras unos instantes, la cambió por su cara inexpresiva de siempre. Sus ojos, sin embargo, denotaban tristeza.

—Jamás desobedezco a mi rey. Pero la dejaré sola si realmente es lo que desea.

No le contesté; me limité a asentir con la cabeza. Eso sí, luché contra la cobardía que me pedía no mirarle a los ojos. Le miré y lo que vi me hizo sentir culpable. Sus

rastros no denotaban ningún sentimiento pero su mirada era otra cosa. De algún modo, sin ser ámbar, mostraba deseo. Deseo y algo más. ¡Maldita fuera! Era como si ese jodido íncubo realmente fuera capaz de tener sentimientos. Ridículo. Otro que, como mi padre, fingía de puta madre. Se me escapó una lágrima. Él no dijo nada. Me observó con pena durante unos instantes más, inclinó su cabeza en una despedida y se fue.

Yo me quedé allí, al lado de mi sofá, viéndolo marcharse. Salió por la puerta de mi salón y poco después escuché cerrarse la de la casa. Deseé seguirle. Algo en mis tripas me lo gritó. No lo hice. Me limité a percibir su aura, completamente retraída sobre sí mismo y más oscura que nunca. Sus pasos, finalmente, se alejaron por las escaleras del patio. Quemé más alma. Seguí a su aura hasta que llegó a la calle. Solo entonces suspiré y me permití relajarme.

¡Jodido íncubo!

Esto había sido un error. Debía hacer borrón y cuenta nueva. Yo no lo quería en mi vida, no quería que me ayudase más y, desde luego, ni de coña pensaba llevármelo a rescatar a Casio. Joder... Si sería como restregarle por la cara la tensión sexual que yo compartía con otro.

Ahugué mi solitaria lágrima con un par de juramentos y me senté de golpe sobre el sofá, hundiéndolo y haciendo protestar. Señor... de verdad que a veces que tener sentimientos apestaba.



Me había dado una ducha y comido algo, que buena falta me hacían ambas, cuando escuché su voz llamándome desde el salón. Parecía que mi abuelo había decidido volver a honrar mi casa con su presencia. Y no, no estaba siendo irónica: el que nuestro rey se dignara visitar a alguien era, sin duda, un gran honor. Sin embargo, para mí fue más bien un alivio, ya que estaba deseando saber de Casio. Y, de paso, me ahorraba un viajecito al sexto infierno. Decididamente, una pena que la cobertura de los móviles no llegara tan lejos.

—Abuelo —me incliné ante él una vez que hube entrado en el salón.

Estaba, como aquella otra vez, sentado con comodidad en mi sofá. Su presencia parecía empujarme la estancia, como si esta fuera ridículamente minúscula.

—Klynth'atz —me saludó—, has cumplido bien mis órdenes. Me alegro de haber apostado por ti.

Por un momento lo miré extrañada; pero solo durante unos instantes pues esto no era nuevo. Él le había encargado a mi padre un hijo con una humana (algo inusual del todo) y esperaba que yo liderara con éxito a parte de sus ejércitos. Bien. No era exactamente una apuesta pero entendía lo que había querido decirme. Comencé a preguntarme si yo sería la única, si no habría habido en el pasado otros intentos similares. La idea no me gustó nada. La sensación de verme reflejada en un millar de

espejos, de imaginar a otras mestizas quebrándose bajo la presión, rompiéndose en mil brillantes pedazos... fue como mínimo desagradable. Así que la alejé de mi mente. Con mi abuelo no tenía sentido preguntarse por sus motivaciones; una lo obedecía y punto.

—Y yo de haber salido con mi vida y la de Marta intactas —le contesté.

—Bueno, sí, está bien que la bruja recuerde lo que fueron.

—¿Las moon-wolf? —me interesé mientras consideraba si sentarme a su lado.

Era mi casa pero mi abuelo parecía haber tomado a mi sofá por un sustituto blandito y sin huesos de su trono.

—Puedes sentarte, Klynth'Atz. —Me señaló el sillón de enfrente suyo. Asentí y así lo hice, relajada—. Y sí, la moon-wolf. Aunque ese no es su verdadero nombre.

Guardé silencio. Era el mejor modo de que él continuara hablando.

—Hubo un tiempo, antes de la Inquisición Española, en el que las suyas eran brujas poderosas. Fue con posterioridad a su caída, cuando las brujas huyeron a América, cuando les pusieron ese apodo. Como habían perdido a casi todos los miembros de su casa, así como sus grimorios y sus objetos de poder, ya no eran nada. En Salem, pasaban sus días llorando por lo que habían sido, dejando que lo que todavía podían ser se perdiera en la autocompasión. Por eso las llamaron moon-wolf. Es un término despectivo porque aullaban como lobitas a la luna, como si así su diosa fuera a apiadarse de ellas.

No me gustó. Marta era mi amiga y llevaba con orgullo el nombre de su clan. Podía pertenecer a la última de las siete por siete casas pero, al menos, tenía una: era una moon-wolf. Algo que le daba poderes mágicos y la separaba de los demás humanos. Tenía que contárselo, seguro que no tenía ni idea de esto. Aunque... ¿no me había comentado algo sobre el nombre del grimorio? En todo caso, intenté conseguir más información de mi abuelo.

—¿Y alguien recuerda el origen de su nombre?

Este sonrió. Podría ser el hombre más atractivo del mundo pero a mí, que tenía su sangre y podía ver el inmenso poder que atesoraba, su sonrisa me recordó a la mueca feral de un depredador y me heló la sangre. Siempre me pasaba. Una se relajaba al lado de su abuelo y entonces había algo que le recordaba que estaba ante un ser ancestral que había vivido eones, uno que podría abrirte en canal a ti y a diez mil más sin esforzarse.

—Todas las matronas del Matriarcado lo hacen. Y créeme, esas enemigas que de repente le están saliendo a tu amiga, también. No les gusta que las que a sus ojos son patéticas y solo sirven para estar en el puesto más bajo de su sociedad intenten buscar algo mejor. En eso no difieren mucho de algunos demonios. ¿Cierto?

—Cierto. —Asentí.

Como mi difunto tío, sin ir más lejos.

O, si extrapolábamos a demonios que no permitían que nadie se saliera de su papel asignado, esos chupasangres que participaron en la muerte de mi madre. Sí,

esos con cuya sangre ya estaba tardando en bañarme.

(Porque no me olvidaba; seguía buscándolos).

—Bueno, entonces sigue ayudándola. Y también al padre Bruno. Ha perdido la fe en su Iglesia y, exceptuando a su dios, está solo. Es receptivo y lo quiero.

Me lo imaginaba. Lo miré con renovado interés y le pregunté lo que llevaba un tiempo sospechando.

—Es él, ¿verdad? El sacerdote que vieron las hermanas ciegas cuando mi padre fue a consultarlas, el que ha hecho que la Iglesia se dé cuenta de que los demonios somos muchos más de los que ellos se pensaban.

—Buena deducción, no esperaba menos —me contestó complacido—. Veras, Klynth'Atz, en un principio pensé que quizás pudiéramos hacer que se retractara, que les dijera a los suyos que se había confundido. Pero es evidente que, por culpa de los alquimistas, cada vez hay más ataques vampíricos y más actividad demoníaca. ¿Recuerdas tu conquista del primer plano? —Asentí—. Pues bien, por lo visto los señores demoníacos querían que aumentaran las posesiones demoníacas en la Tierra y, por ello, les habían dado parte de su poder. Antes de que tú fueras allí y junto con las sombras los derrotaras, muchos de ellos tuvieron el suficiente como para viajar a la Tierra. Por suerte, esa amenaza ya está neutralizada, al menos en el primer infierno, pero eso no quita para que el daño ya esté hecho. Por eso, los altos dignatarios de la Iglesia ya son conscientes de que algo ocurre, de que necesitan fortalecerse y contraatacar. Ya no me serviría de nada que el padre Bruno se retractara. Sin embargo, su crisis de fe ha sido inesperada y deliciosa. ¿Qué puedo decirte que no imagines ya, Klynth'Atz? Un sacerdote como él, con tanto poder y a quien los suyos han intentado matar, me podría ser de lo más útil. Su magia es... ¡ah!, digamos que divina. —Me guiñó un ojo.

Sí, le entendía. Seguro que sería una buena arma contra los señores demoníacos del séptimo plano.

—Como ordenes, abuelo —asentí.

—Perfecto.

Volvió a sonreírme. Esta vez no sentí escalofríos. Volvía a parecerme un hombre increíblemente alto, musculado y guapo que estaba sentado en mi sofá. Con pantalones de cuero y sin camiseta, había que puntualizar. Menos mal que, a diferencia de cierto íncubo guardia suyo, su aura de seducción no tenía ningún efecto en mí.

—Querrás saber la localización de Casio —continuó—. Se encuentra en pleno Pirineo Oscense, cerca de Yesero. Ten. No creo que su rescate te suponga muchos problemas.

¡Por fin! Cogí el papel que me tendía, donde estaba escrita una dirección.

—Muchas gracias, abuelo.

—Bien. Me despido pues imagino que estarás deseando ir a por el triunviro. Por cierto... —añadió como si tal cosa—, Atzir'itz me ha comunicado que no deseas su

presencia. ¿Qué pasa?, ¿no te gusta?

Por cómo brillaron sus ojos me di cuenta de que estaba más que encantado del efecto que su guardia había provocado en mí. Por un momento me acojoné, ¿es que pretendía que nos apareáramos? Pero no... si quería un bisnieto mío solo tenía que ordenármelo. No era que me hiciera gracia la idea de dejar de pelear y recluirme a criar a una criatura indefensa que no haría nada en todo el día excepto berrear y manchar sus pañales; sin embargo, sus órdenes siempre se obedecían. Como demonio, mis lealtades eran claras.

—Bueno —le contesté con cuidado, intentando no decir nada que pudiera ofenderle—, lo cierto es que prefiero no tenerlo cerca.

Mi abuelo se echó a reír. No me engañaba, tramaba algo. Fruncí el ceño y eso solo le hizo estallar en carcajadas más profundas.

—Ven a verme cuando hayas rescatado a tu vampiro y le hayas consolado por su encarcelamiento. Seguimos en guerra, aunque todavía sea de guerrillas. Necesitaré a mi general conmigo.

—Gracias, abuelo —le agradecí el detalle de darme algo de tiempo libre antes de volver a pelear.

Necesitaba a Casio, centrarme en él, recordar por qué le amaba tanto.

Bueno, eso en realidad nunca había llegado a entenderlo, pero más me valía recordarlo si no quería acabar volviendo a desear ponerle los cuernos. Y, como me había enseñado mi madre, el amor era puro. Yo no debía traicionarlo.

En cuanto a mi abuelo, se limitó a hacerme un leve gesto con la cabeza, como aceptando mi gratitud, y desapareció en medio de una nube de azufre. Que sí, que los demonios necesitaban portales para viajar entre planos, incluso los señores demoníacos del séptimo infierno, que podían teleportarse, necesitaban de abrir uno para salir de su mundo. Mi rey, por muy poderoso que fuera con su control del pozo de todas las almas, no era una excepción. Pero era capaz de obrar su magia de un modo tan rápido que ni veías cómo abría el vórtice. Te quedabas como yo en esos momentos, mirando donde él ya no estaba con cara de acabar de ver un espectáculo de circo e intentando buscarle en vano el truco (Porque mi abuelo podía tener unos cuantos cientos de vórtices anclados en su estanque, pero eran más para el uso de sus ejércitos que para el suyo propio). Como siempre, el verle usar sus increíbles poderes como si no fueran nada fuera de lo habitual, me hizo sentir escalofríos.

Mi abuelo no era normal. Era una especie de aberración de la realidad. Un ser demasiado poderoso y antiguo para poder ser comprendido por la mente de alguien tan joven como yo. A su lado, me sentía como una chiquilla impresionable en una noche de tormenta y con un libro de los mitos de Cthulhu entre las manos. De acuerdo, la comparación no era mía sino el resultado de una impronta de mi comida, pero me servía igualmente. Además, en mi infancia no me dejaban leer. Me limitaba a pasar mis ratos ociosos asustada ante la idea de que uno de mis tíos volviera a torturarme.

En todo caso, yo siempre había sido una chica práctica; así que aún no había desaparecido ese pestazo por las ventanas del salón que acababa de abrir, que yo ya estaba yendo a mi cuarto para armarme. Tenía que rescatar a Casio. No me hacía nada de gracia lo de ir sola o sin recursos; por eso, marqué en mi móvil el número de Lucas. No me lo cogió. Me salió la típica vocecita enlatada diciéndome aquello de «el número que marca está desconectado o fuera de cobertura». Bufé. Pensé en Marta, pero la chica todavía tenía que aprender los secretos de su libro antes de poderme ser de utilidad en el asalto a un puesto enemigo. Hmm... ¿Arianrhod? No, ya me había ayudado bastante. La había sentido agotada tras lo de la plaza de San Pedro y necesitaba recuperar fuerzas antes de que alguna de las otras matriarcas notara su debilidad y decidiera que era el momento de ir a por su puesto. Pues entonces, o Atzir'itz o iba sola... Puse los ojos en blanco y solté un juramento. Iría sola. Cogí todas mis armas (granadas también, que antes me habían salvado la vida), proferí algo sobre la necesidad de comprarme un lanzacohetes y fui a por mi lamborghini. Lo más divertido de todo era que la casa donde tenían retenido a Casio estaba en las montañas, a tan solo poco más de tres horas en coche. Había estado tan cerca de mí y yo sin saberlo... Volví a cagarme en los muertos de alguna divinidad que no era mi abuelo y saqué el vehículo de mi garaje. Me puse música para el camino. Un poco de metal me ayudaría a centrarme. Porque sí, otra vez me iba sin ayuda a la boca del lobo. Parecía que no hubiera aprendido nada en estos últimos meses. Pero tenía que rescatar a Casio.

Lo malo era que la necesidad que me impulsaba a su lado tenía parte de genuino deseo de verle y de estrecharlo entre mis brazos, pero también era el resultado de sentirme culpable.



Diario del padre Bruno.

Ha amanecido. Y tras salir el sol todo está más claro, como si sus rayos pudieran arrojar luz a esos rincones más recónditos y oscuros de mi ser donde anoche las revelaciones y las dudas me torturaban.

Porque Gianfranco Bosetti ordenó matarme. Porque mis hermanos abrieron fuego contra mí y los santos, las estatuas que protegen el Vaticano y fueron bendecidas hace siglos por los monjes para seguir la voluntad nuestro Señor, me defendieron.

Veo que era normal estar confuso, sobre todo no siendo más que un humilde mortal. Pero ahora ya no. En estos momentos, lo observo todo con la claridad que Él ha tenido a bien darme. Se acerca una guerra, la misma Iglesia parece haber perdido el rumbo y yo soy Su humilde siervo para dar mi vida como Él más desee.

Bajo la luz de esta nueva mañana todo encaja. Han aumentado los ataques de vampiros y los casos de poseídos. El motivo es tan sencillo que me pregunto cómo no me he dado cuenta antes. El mal se está moviendo. A lo largo de la historia ha habido momentos apocalípticos, donde la oscuridad ha sido más fuerte. Este es uno de ellos. Por eso, porque he de seguir Su voluntad para detenerlo, estoy en un avión de vuelta a España. Mi primer paso será investigar por mi cuenta en los barrios de mi parroquia. Los limpiaré, purificaré y, después, buscaré el origen de esos ataques y esas posesiones impías.

Tengo una misión. Doy gracias al Señor por permitirme volver a discernir con claridad cuál es mi camino.



Escuchando la voz del cantante gritar que no se rendiría jamás, sintiendo el ritmo del bajo resonar en mi interior a la vez que yo seguía a la batería con ligeros movimientos de cabeza, conduje hacia mi destino. Por supuesto, estaba deseando llegar pero, gracias a la música, logré evadirme durante el camino y no pensar ni en el estado en el cual podría encontrarme a Casio ni, mucho menos, en ese ícubo que para mí ya no existía.

Llevaba poco más de tres horas al volante cuando llegué al último pueblo que había antes de tener que abandonar la carretera. Acababa de anochecer hacía unos minutos y, aunque la oscuridad no me impedía la visión, sí que era una putada por aquello de que los vampiros mutados ya podían salir de allí donde quisiera que estuvieran ocultos. Solté un juramento, aparqué el coche un hueco bajo una de las típicas casas de piedra del lugar y me dirigí a pie a mi objetivo. Si no fuera por mi velocidad sobrehumana, esto habría sido un paseo más largo que mi viaje hasta aquí. Por suerte, en cuanto me aseguré de que nadie me veía, abrí un poco mi acceso al pozo y convertí mis pasos en una carrera tan rápida que, si alguien se asomara para verme desde una ventana, no percibiría nada que no fuera una especie de borrón, como si algo hubiera pasado tan rápido que a la vista le costara asimilarlo.

Después de recorrer varias calles, llegué a un camino sin asfaltar que salía del pueblo y lo seguí. Me encontraba en el Pirineo, donde las casas tenían el encanto de lo rural y todavía quedaban habitantes que parecían anclados en el pasado y en las enseñanzas de sus abuelos. El camino, tras dejar atrás a un tractor y a unos cuantos campos de cultivo, llegó a la base de un bosque que crecía en la escarpada ladera de una montaña. A estas alturas, yo ya había pisado más de un «regalito» del ganado, así

que no pasaría nada por un poco de tierra... Me encogí de hombros y comencé a subir hacia arriba a toda velocidad, por un sendero estrecho y lleno de maleza que presentaba un exasperante trazado lleno de curvas. La cabaña en la que estaba preso mi prometido se encontraba casi en la cima, así que pronto llegaría. El problema era que el concepto de «pronto», con la de vueltas que daba la senda, era relativo; por ello, me cansé enseguida de seguirla y decidí hacer como las cabras: pasar de caminos y trepar entre los árboles para subir de una manera mucho más directa y rápida. (Bueno, reconozco que de cabras no sabía mucho, pero me gustó la imagen). Debí de pisar unas cuantas zarzas, apartar no sé cuántas ramas y llenarme de arañazos, pinchazos y desgarrones en mi falda, además de mandar rodando montaña abajo unas cuantas piedras sueltas cuando las pisé. Por suerte, no parecía haber nadie más haciendo senderismo a esas horas y yo tenía muy buenos reflejos, así que no me caí. Cuando llegué a la cercanía de la cabaña, eso sí, estaba pensando que los mutados tenían que haberme escuchado porque la parte de ser silenciosa muy bien no la estaba llevando, no. Pero, ¡ey!, me había quitado mis botas. Por una vez había hecho algo de caso al sentido común y llevaba un calzado más adecuado para la montaña. Una pena, porque mis tacones de aguja eran de lo más útil para estacar vampiros...

En fin, al menos no era yo la única que hacía ruido pues la casa enemiga, como estaba en lugar tan recóndito que no le llegaba la electricidad, debía de tener un grupo electrógeno, ya que se podía escuchar sin problemas el sonido que hacía su generador. Además, desde mi posición elevada en el árbol al que me acababa de subir para mirar, podía ver dónde lo tenían: en un pequeño anexo a la casa, el cual era poco más que tres muros y un techado. En sí, el edificio principal estaba hecho de piedra, como la mayoría de los del pueblo; si bien presentaba un aspecto menos cuidado. Por lo demás, había un par de mutados patrullando la zona y seguro que varios más dentro de la cabaña. Por culpa del sonido del generador eléctrico, no podía distinguir por sus latidos cuántos eran y, en cuanto a cámaras, no veía ninguna. Me encogí de hombros y bajé del árbol. Después, con cuidado, me escondí para emboscar a los dos mutados. Había seguido el camino por el cual hacían la ronda y tomado nota de dónde sería un buen sitio para esconderme. Mientras aguardaba a que se me aproximaran, acaricié entre mis dedos la empuñadura de la daga de mi abuelo. Una vez los tuve a mi alcance, me lancé contra el primero de ellos, apuntando a su corazón. No tuvo nada que hacer, sus reflejos no le salvaron de mi salto a velocidad aumentada. Tendría que haber tenido el equivalente de poder de un vampiro milenario para haber podido reaccionar a tiempo. El segundo, sin embargo, fue capaz de desenfundar su pistola y comenzar a apuntarme. No le dejé acabar el movimiento. Mientras mi daga favorita apuñalaba a su amigo, yo ya la había soltado y estaba transformando esa misma mano en una garra. Me encantó sentir la resistencia ante la penetración de la carne de su cuello, tan dura como era de esperar en un no-muerto; más aún vencerla sin problemas y escuchar el sonido de su sangre saliendo a

borbotones. Un par de estos cabrones se habían cargado a mi madre. No sabía quiénes en concreto así que, por ahora, cualquiera de sus muertes era tan deliciosa para mí como un buen vino añejo. No obstante, eran capaces de regenerarse demasiado rápido para mi gusto y el del cuello todavía podía moverse. Por ello, saqué a toda velocidad una daga que llevaba en mi muslo, de fácil acceso gracias a mi falda rajada y, mientras me apartaba para esquivar un posible ataque del mutado, me coloqué a su espalda y le atravesé el corazón, dando una ligera inclinación a mi hoja para que no chocara con sus costillas. Listo. Dos inmovilizados. Me apresuré a coger una rama caída de árbol, partirla en dos y sustituirla por mis puñales. La madera sí les mataría y yo, desde luego, quería recuperar mi arma rúnica.

Entonces, mientras limpiaba los filos en sus ropas y observaba cómo su piel se iba apergaminando (prueba de que los chupasangres eran mutados), al tiempo que pensaba que mi acceso al pozo era una maravilla ya que antes estos tipos me resultaban mucho más difíciles de matar, me di cuenta de que uno de los cadáveres estaba tirado sobre algo. Por ningún motivo en especial, mi mirada recayó sobre la hojarasca removida por uno de los vampiros al caer. Allí había algo... Me agaché. Se trataba de un cable eléctrico, bastante fino, más que mi meñique. Considerando que estaba a algo más de cien metros de la casa, dudaba mucho que fuera parte del alumbrado. Esto tenía que ser un sensor. Agucé los oídos. No escuché sonar ninguna alarma pero, bajo el fuerte ruido de fondo del generador, sí podía percibir más movimiento dentro de la casa. Me preparé. Trepé a toda velocidad por el árbol adulto más cercano y, una vez en su copa, eché a volar. Batí mis alas hacia arriba, muy arriba, para evitar que me detectaran a causa de la luminosidad de la luna y las estrellas y, después, bajé casi en un picado vertical hasta el tejado de la cabaña. Una vez allí, me tumbé y me arrastré hasta el borde, para mirar. Confié en no haber hecho demasiado ruido. Al breve, la puerta se abrió y cuatro mutados, con garras, salieron al claro entre los árboles que rodeaba la cabaña. ¡Qué monos! Se creían que iban muy rápido y habían tenido la deferencia de no dar la luz que tenían instalada sobre la puerta. ¿De veras pensaban que podían hacer algo contra mí, que había conquistado el primer infierno y saqueado el Vaticano? Dejé que corrieran directos hacia el punto donde había matado a sus guardias y, entonces, eché a volar a toda velocidad hacia ellos. No pensaba dejar que informaran a los de adentro de mi pequeña diversión. El aire empujó un par de mechones contra mi rostro e hizo ondear mi falda a mis espaldas. Con mis largas alas recubiertas por un suave y sedoso vello de oscuro terciopelo, así como el brillo platino que arrancaba la luna a mi cabello, volvía a ser como la muerte encarnada solo que esta vez no llevaba tacones. Y, aunque yo avanzaba veloz, ellos ni me presentían. En una fracción de una décima de segundo estaba sobre los mutados, con mi rodilla derecha impactando en la columna de uno de los del medio, entre sus omóplatos. Sonó un golpe seco y después, cuando él cayó hacia delante pero con la cabeza inclinada hacia detrás, un chasquido: se había partido el cuello. Pero eso no era todo porque, instantes antes de golpearle con mi

rodilla, yo había echado mi cuerpo hacia delante y extendido mis dos manos, agarrando sendos puñales. Justo después de golpear la columna del de en medio, mis dos armas se clavaron en la espalda de los dos mutados de su lado. De acuerdo, no era el corazón, no inmovilizaba; pero a la velocidad a la que yo iba volando, tenía que dolerles bastante, además de lanzarlos despedidos contra el suelo. En cuanto a mí... sentía la adrenalina correr con fuerza por mis venas, junto con la euforia de sentirme plena y viva. Solté las dagas, plegué mis alas y dejé que mi cuerpo rodara. Di una vuelta sobre mi misma en el aire, pasando por encima de mis enemigos y acercándome a la hierba del suelo. En cuanto mis pies estuvieron otra vez por debajo del resto de mi cuerpo, con el giro de trescientos sesenta grados acabado, los extendí, me impulsé contra la tierra y salté. Volví a abrir mis alas, volé. Bajo mí había un enemigo muerto (o al menos, totalmente incapacitado hasta que fuera capaz de regenerar su cuello roto), dos heridos y otro que no aún sabía qué acababa de ocurrir. Una pena que justo entonces apareciera Atzir'itz para joderme la juerga. El demonio, que parecía no haberme hecho caso en lo dejarme sola, estaba allí, cargándose al cuarto vampiro con su espada (la de tres metros no, una de mano y media de acero). Me enfadé, solté un improperio maldiciéndolo y descendí a rematar a los otros y recoger mis dagas. ¡Sería posible...!

En cuanto a los enemigos, parecían ser de algún cruce más poderoso que los dos mutados de antes, pues se defendían bien pese a estar heridos. Sin embargo, se enfrentaban a una princesa súcubo con acceso al pozo y a uno de los guardias personales de mi abuelo. No nos duraron demasiado. Desde luego, menos que ese puñetero brillo burlón que la luz de la luna menguante arrancaba a los ojos del ícubo.

—¿Qué cojones haces aquí? —le abordé nada más acabar de asegurarme de que los cuatro estaban bien muertos.

—Protegeros.

Puse mis brazos en jarras. Mis manos estaban manchadas de sangre, igual que mi camiseta y mi falda.

—¿Te parece que necesito protección? Además, te ordené que te fueras.

—Y me fui, mi señora... tan solo que he vuelto —me contestó mientras curvaba sus labios en una leve sonrisa. Parecía que estaba más que complacido de estar jodiéndome el rescate. Aparte de que yo no podía permitirle semejante vacilada ante mi autoridad.

—No. —Apreté los labios y di un paso hacia él, decidida a acabar con este desafío. Yo era su superior.

Entonces Atzir'itz me miró repentinamente serio y me llamó por primera vez por parte de mi nombre real. Escucharlo me hizo estremecerme. Seguro que yo no estaría así, sintiendo un intenso y repentino deseo, si el condenado no estuviera tan tremendamente bueno y no nos encontráramos bajo un cielo despejado cuajado de estrellas y con nuestras manos llenas de sangre fresca de cadáveres. No pude evitarlo.

Una parte de mí, esa mitad humana que parecía querer suspirar ante las cosas románticas y bonitas, despertó ante el cúmulo de estímulos que me rodeaban.

—Lo siento, Klynth'Atz, pero las órdenes de tu abuelo son lo primero —me explicó con suavidad.

Lo normal sería que, si todavía hubiera sentido deseos de darle un buen escarmiento, me hubiera detenido en seco; porque tenía razón en eso. Pero lo cierto era que no tenía ninguna gana. Yo me había hecho la firme promesa de olvidar del todo lo que había sentido en la plaza de San Pedro, así como la tristeza que había visto en sus ojos. Por eso me había enfadado tanto al verlo. En parte, porque no me había hecho caso pero, sobre todo, porque no podía permitirme volver a estar cerca de él. Sin embargo, ahora acababa de tutearme y llamarme por mi nombre demoníaco y, al escucharle, todos esos momentos que yo quería enterrar acababan de volver a mí. Vívidos. Con fuerza. ¡Señor, tenía que echarlo!

—De acuerdo. Ya me has ayudado. Ahora largo.

—Quedan vampiros dentro —me comentó mientras me acariciaba con suavidad con su mirada, recordándome demasiado aquel ese beso apasionado que habíamos compartido en cierto pasillo de la Orden, uno donde tan solo habíamos existido él y yo.

¡¡¡Joder!!!

Juré. No quería sentir esta maldita atracción por él. Además, esa repentina dulzura a Atzir'itz no le pegaba nada.

Pues a la mierda. Yo ya había tenido más que suficiente. Me negaba a rescatar a Casio con ese pedazo de íncubo pegado a mi sombra. Sería como una declaración de infidelidad, aunque no hubiéramos consumado nada. Tenía que irse, por mi bien tenía que irse; pero ninguno de los dos podíamos pasar por alto las órdenes de mi abuelo. Me frustré. Y a mí que me explicaran cómo pero conseguí hacerlo sin dejar de estar excitada.

Entonces Atzir'itz, de algún modo, se apiadó de mí. Estaba claro que leía con claridad las señales que mi cuerpo le mandaba, ese deseo que yo a duras penas lograba refrenar. Sin embargo, también tenía que saber que yo no pensaba dejar que se interpusiera entre mi prometido y yo. Su retirada hizo que le apreciara todavía más. Jodida contradicción...

—Entiendo su problema, mi señora —me dijo con suavidad al tiempo que dejaba de observarme con pasión, que volvía a cubrir sus rasgos con una perfecta máscara de póker y que, además, retraía su energía y su aura, como si no quisiera que ninguna parte de él me demostrara lo que estaba más que deseando hacer conmigo—. Si lo desea, acabo yo con los de dentro mientras baja a la bodega a rescatarlo. Me iré sin que me vea.

No le contesté. Clavé mis pupilas en las suyas; las de ambos dilatadas, las de ambos viendo con claridad pese a la menguante luna. Si le hubiera conocido antes, todo habría sido distinto; pero mi corazón era de Casio y él lo sabía.

Atzir'itz rompió el hechizo del momento sonriéndome con tristeza. Otra vez esa puñetera tristeza. Hizo ademán de marcharse y, entonces, siguiendo un impulso, yo le frené colocando una mano sobre su hombro. Joder... acababa de sentir una especie de descarga eléctrica entre nosotros, una que precisamente no me ayudaba a olvidarme del tacto y el fuego de sus labios. Y la piel de su hombro, a través de su jersey, era tan cálida... Meforcé a dejar allí los dedos, a fingir que no sentía nada pese a que ambos nos habíamos entendido.

—Eres extraño. Pareces demasiado humano para ser un íncubo, aunque no pagues diezmo al estar en la guardia de mi abuelo.

Se echó a reír con una risa que parecía ocultar dolor. Y todo esto sin que los de la casa salieran.

—No tengo solo un alma, mi rey me dio uno de sus cristales.

Me costó un poco entenderlo y, cuando lo hice, elevé mis párpados en un gesto de asombro. ¿Esos cristales? Porque eran los que mi abuelo había creado para poder contener y guardar un alma, un regalo preciado para aquellos que mejor le habían servido.

Deslicé mis ojos desde su rostro hasta su muñeca, deleitándome en seguir las fuertes líneas de su cuello, hombro y brazo. (¡Joder! ¿Es que yo era masoca?). Al no encontrar ningún cristal engarzado en un brazalete, busqué en su pecho. Todavía llevaba el jersey que le había regalado y, bajo él, no parecía haber ningún colgante.

—¿Dónde?

La palabra quedó en suspenso entre los dos. No me contestó. Alcé la vista. Allí estaban sus labios, entreabiertos, y sus ojos, otra vez expresivos, dejaban ver el deseo que los recorría y algo más, algo más profundo.

Contuve el aliento.

No podía ser pero lo deseé, tanto o más que el que volviera a besarme.

Él parpadeó, cerrando a propósito los ojos, rompiendo el contacto, y respiró de manera pesada.

—Escondido cerca de mi corazón. Pero no creo que desee verlo.

Expulsé yo también el aire que había estado conteniendo y le agradecí su última frase pronunciada en un tono más mordaz. Cierto. No deseaba buscar en su pecho ni en su corazón (¿Qué había hecho Atzir'itz?, ¿esconder el cristal dentro de su carne?). Joder, si esto era ridículo. No podía estar flirteando con este tío en terreno enemigo y a menos de cien metros de mi amado al que podían estar torturando ahora mismo. Retiré mis dedos de su brazo. Aunque, eso sí, reconocía que lo del alma extra explicaba muchas cosas. Con su fuerza natural y su entrenamiento, si las economizaba podía pelear como lo había hecho. Imaginé que habría tenido que destacar mucho para que mi abuelo le honrara con semejante regalo. Que yo supiera, solía guardar este tipo de cosas para la familia.

—Gracias —le susurré.

Ya no me refería a su brazalete, sino a su ayuda, a su retirada. Lo entendió y

volvió a sonreírme con tristeza.

—Mi señora... —se despidió.

Esta vez le dejé irse. Después respiré hondo, varias veces y expulsé con fuerza su imagen de mi mente, su olor de mis sentidos, su cercanía de mi cuerpo anhelante.

Casio. Tenía que centrarme en Casio.

Volví a respirar hondo y le seguí a la casa. Él ya se había perdido por la puerta de la cabaña, que me había dejado abierta. Evité los sonidos de pelea, ignoré el cuerpo caído con el que me topé en un pasillo y busqué la escalera o la trampilla que me llevaría a la bodega. Era lo segundo y tenía un buen cerrojo. Lo descorrí y bajé. Ya me daba igual encontrarme de lleno con varios mutados. No era que todavía sintiera la necesidad de recrearme en sus muertes; más bien quería olvidar cualquier cosa que no tuviera que ver con mi prometido. Y sus sexis colmillos o sus fuertes brazos.

No tengo claro si tuve suerte pero allí abajo el único que estaba era Casio. Encadenado. Con una estaca de acero clavada en su corazón e inmovilizándolo y con todo el rostro lleno de sangre y cortes que no se había curado. Además su ropa, o lo que quedaba de ella, estaba apelmazada por la sangre reseca y dejaba ver las feas heridas que no lograba cubrir.

¿Qué le habían hecho? ¿Torturarle hasta acabar con su reserva de sangre y continuar un buen rato más? Porque hacía falta mucho para anular la regeneración de un vampiro milenario. Era más, sus ojos estaban cerrados y no sentía su presencia telepática en mi mente.

Me invadió una mezcla de ira (de deseo de desollar a esos hijos de puta durante eones enteros) y de preocupada ternura por el estado de Casio. Bajo la luz que entraba por la trampilla abierta, quemé almas para arrancar sus grilletes de la pared y me lo cargué con cuidado a los hombros.

Salí de allí. No me crucé con Atzir'itz, ni siquiera lo vi. El demonio había cumplido su palabra y, sabiendo que era un guardia personal de mi abuelo, seguro que había limpiado bien la casa. Me apresuré a llevar a mi prometido montaña abajo hasta mi lamborghini. Durante el camino, di gracias por mi fuerza sobrehumana y lo sentí frágil entre mis brazos. No estaba acostumbrada a verlo así, indefenso. Una vez en mi vehículo, lo recosté sobre los asientos traseros, usé una de mis afiladas garras para abrirme un pequeño corte en la parte interior de mi brazo izquierdo, cerca del codo, y lo acerqué a su boca. Con la otra mano, abrí sus labios y dejé que mi sangre le goteara. Una gota, dos tres... a la quinta comenzó a chupar de la herida y poco después sus reflejos tomaron el control, agarró mi brazo y comenzó a drenarme. Aguanté un poco e intenté soltarme. No pude, más que a Casio tenía a una bestia aferrándose a la vida. Le di un buen puñetazo en el rostro (sus colmillos me desgarraron la carne) y lo mantuve a raya hasta que volvió a ser él. Además, por supuesto, le clavé durante unos segunditos el puñal de mi abuelo. No me hacía ni puta gracia eso de que casi me acabara de inutilizar el brazo.

—Perdona, Violeta, ¿te he hecho daño?

—Tranquilo. —Le sonreí, mi puñal ya guardado.

—Me has rescatado... —Pareció darse por fin cuenta—. Yo... gracias.

—Un placer, guapo.

—¿Dónde? ¿Y el resto?

—No hay resto, vine yo sola.

—¿Qué?

El vampiro podía estar todavía recuperándose pero yo veía cómo acababa de enfadarse. Sería pesadito el tío con lo de mi seguridad... Lo sujeté contra el asiento. Todavía estaba débil y no pensaba dejar que malgastara las fuerzas incorporándose como pretendía.

—¿Qué de qué? —No soné ni la mitad de dulce de lo que tenía en mente.

—Que tú no puedes jugarle la vida, menos por mí. ¿Dónde está Lucas? ¿Cómo es que te ha dejado hacer esta tontería?

Yo me lo cargaba... De verdad que con esta parte anticuada suya de «la mujer en la cocina» como que no podía.

—Casio, acabo de salvarte. ¿Qué tal un buen beso y nos vamos a casa para poder celebrar tu libertad como es debido? —le sugerí con firmeza.

Ahora que su parte animal estaba bajo control, no malgastaría sus escasas fuerzas para intentar librarse de mi agarre.

—De acuerdo. En casa hablamos.

—Vale, en casa hablamos. Acomódate que yo conduzco.

Joder... para esto renunciaba al íncubo. Si no fuera porque estaba tan aliviada de volver a ver a este chupasangres machista con vida, hasta me arrepentiría. Pero en fin... eso era el amor. Por algún motivo mi corazón lo había elegido a él y Casio no solo era machista, también era poderoso y un gran guerrero. Alguien capaz de pelear a mi lado. Además, con él una chica nunca se aburría, pues era divertido usar esa manera tan anticuada suya de ver las cosas para sacarlo de sus casillas.

Sí... Sonreí, acerqué mis labios a los suyos y le besé. Sentí su tacto, cálido (los vampiros estarían no-muertos pero continuaban teniendo un corazón que latía) y familiar. Sus manos se apoyaron sobre las mías y yo las relajé sobre sus fuertes hombros. Casio, entonces, me acarició los dedos con cuidado y subió hasta mi cuello, donde sus suaves caricias me hicieron leves cosquillas. Sin separarme de su boca, mis labios se curvaron en una sonrisa. El nosferatu aprovechó para tomar el control y profundizar el beso. Mi cuerpo despertó de manera súbita. Seguía siendo él. Por más que un puñetero íncubo se hubiera interpuesto, yo continuaba deseando a Casio. Suspiré aliviada y me abandoné a la pasión de su beso hasta que él me separó con suavidad y carraspeó. Me costó un poco recordar dónde estábamos, no demasiado lejos de esa cabaña. Asentí y pasé al asiento del conductor. Mientras metía la llave en el contacto y arrancaba, con mis ojos todavía en ámbar, pensé que todo estaba bien, que lo había rescatado y que pronto le dejaría consolarme de sus heridas entre las sábanas.

Bueno, quizás el vampiro tuviera que tomar antes algo de sangre humana, pero eso eran detallitos. Casio estaba bien y esos cabronazos que lo habían torturado se encontraban muertos. Ops... debería haberle preguntado, ¿verdad? Metí primera y comenzamos a movernos.

—Casio, siento que te hayan torturado. ¿Qué pasó?

—Tranquila, no ha sido la primera vez y en el Imperio romano eran más habilidosos y creativos que esos aficionados. —Me llegó su voz desde el asiento de atrás—. Verás, cuando llegamos al almacén, nos estaban esperando. Nos tendieron una emboscada. Sospecho que alguien debió de traicionarnos, ya averiguaré quién. —Su tono se endureció—. Murieron todos los míos. A mí me capturaron.

—Hijos de puta...

—Querían información sobre nuestros planes de guerra. No dije nada.

—Sí, bueno, en cuanto mi abuelo te descubrió mandó a uno de los suyos a vigilarte. Imagino que lo haría desde lejos, porque yo no lo he visto al rescatarte. El caso es que no me extrañaría nada que tuviera órdenes de matarte si contabas algo importante. Lo siento.

—Tu abuelo hace lo que hay que hacer. Yo habría hecho lo mismo.

—Claro...

Conduje en silencio durante unos minutos, fijando mi vista en la carretera, estrecha, de tan solo un carril de ida y otro de vuelta; así como en los postes y los árboles que iluminaban mis faros.

—Descubrí algo para ti —me dijo de repente, sacándome de mis pensamientos.

—¿Sí?

—Sobre los vampiros que mataron a tu madre.

Joder.

¿Tenía que soltarme estas cosas así? Pegué tal volantazo que casi nos accidentamos. Eso, lo de que los que asesinaron a mi madre siguieran vivos e impunes, era una herida abierta que me generaba fuertes emociones.

—¿¡Qué?! —acerté a contestarle una vez hube recuperado el control de mi lamborghini.

Yo no era ni tan perfecta ni tan emocionalmente equilibrada como pretendía ante mi abuelo alias «tú has sido concebida como un arma».

—¿Estás bien? —se preocupó Casio.

Si a su manera este hombre era un encanto...

—Sí. Gracias. Dime.

Mi corazón, ante la posibilidad de averiguar algo, latía acelerado. Pues yo, nada más ser enviada a España a los quince, me había encargado de matar a los asesinos de mi madre. Pero, por lo visto, se me escaparon dos; dos que habíamos dado por muertos pero que, en realidad, habían sido capturados por los alquimistas para sus experimentos.

—Vi a uno de ellos. Vino a traer a otra prisionera, una humana a la que se

llevaron al cabo de un par de días. Su visita fue rápida, se fue a los pocos minutos pero yo lo vi porque la humana estuvo encadenada a mi lado y él mismo la trajo hasta donde me tenían retenido.

Intenté tranquilizarme. No ganábamos nada si mi deseo de venganza, esas gigantescas ganas que acababan de avivarse en mí y me estaban gritando que fuera a por él, lograba que tirara el coche montaña abajo. La carretera, llena de curvas, estaba llena de zonas por donde una caída sería mortal, al menos para mi lamborghini rojo.

—No sé a dónde fue pero te prometo que todos y cada uno de mis hombres estarán alertas por si lo ven. Y que pondré a un par de docenas a buscarlo.

—Te lo agradezco —le contesté y lograr sonar bastante serena.

Esos hijos de puta tenían que morir por mis manos. Y no rápido, como a los que ajusticié cuando era poco más que una cría, sino muy despacio y a lo largo de muchos siglos. Seguro que, con un par de sanguijuelas que se regeneraban, yo podía ser de lo más creativa o, si no, ir aprendiendo. Pero no ahora. Ahora esperaría y me centraría en uno de los únicos nosferatus decentes que existían: mi prometido. Escuché su respuesta, algo sobre agradecerse en casa, pero pasé; no estaba de humor para bromear. Continuamos el viaje en silencio hasta que, unos minutos después, sonó mi teléfono. Lo descolgué con el manos libres y ambos escuchamos la voz de su hijo. Hablando de los únicos dos vampiros que no estarían mejor muertos...

—¿Violeta? Hola.

—Lucas, llamas tarde —le contesté.

Porque mira que había intentado que me ayudara tanto aquí como en el Vaticano, pero nada. El pelirrojo me dijo que me telefonaría él cuando acabara su misión y parecía ser que eso era exactamente lo que estaba haciendo.

—Lo siento. Acabo de ver tus perdidas. ¿Dónde estás? —se disculpó.

—No hace falta que vengas, Lucas, Violeta ya se ha encargado —intervino Casio, desde el asiento de atrás.

—Estás bien.

Pero qué emotivo el chico...

—Sí, curioso que me haya tenido que rescatar una mujer.

—Estaba en misión del Consejo.

—¿La de los satanistas? Yo no la veía bien.

—Pero cuando desapareciste eran dos votos contra cero. Aldana y el rey súcubo me mandaron a buscarlos.

—¿Satanistas? —pregunté interesada.

Eso sonaba a bebés sacrificados y cosas así.

—Sí, tu abuelo cree que nos pueden resultar muy útiles —me aclaró Casio—. Yo no pienso lo mismo, pero por lo visto eso ha dado igual.

—Padre, yo he de seguir las órdenes del Consejo. Y ha sido difícil pues se esconden muy bien. Pero he conseguido contactar con ellos.

—¿Y matan bebés? —volví a intervenir.

De acuerdo, lo mío ya era curiosidad morbosa pero no pensaba aliarme con nadie que hiciera una atrocidad semejante. Que una era también medio humana y una vez fue una bebida indefensa en brazos de su madre.

—No, Violeta, puedes estar tranquila. Eso es como decir que las brujas adoran al demonio... —me contestó Lucas—. Tienen un credo distinto, se hacen fuertes a través de los pecados capitales y ven de manera diferente a la religión católica. Otro enfoque.

—¿Y para qué los necesitamos?

—Tu abuelo cree que la Orden de los Illuminato es un gran peligro. A causa de los vampiros mutados, han aumentado los ataques a humanos y las posesiones demoníacas. Tú ya te has enfrenado a señores demoníacos del séptimo plano. Pues bien, no son los únicos con los que los alquimistas han pactado. Hay facciones en los dos primeros planos que están más que encantadas de que se les ayude a venir a la Tierra.

—¿Convocaciones?

—Ahá.

Era el otro modo de que viajaran aquí. El primero era por sus propios medios, cuando fueran capaces, con el paso de los siglos, de acumular la energía suficiente para dar el salto entre dimensiones y solo mediante una posesión demoníaca. Sin embargo, si fueran convocados, no tendrían necesidad de ningún cuerpo anfitrión y su poder en la Tierra sería mayor.

Bufé.

—Menuda putada. Cuando fuimos al Vaticano, muy acostumbrados a tratar con demonios de verdad no parecían. Tenían a su Orden y a sus guardias suizos (porque a las monjas no las vimos), de acuerdo, pero yo creo que, gracias a la ley vampírica que controla a las criaturas de la noche, no saben lo que hay aquí de verdad. Ellos creían que no éramos más que algún poseído ocasional y algún nosferatu aislado al que sus hermanas sangrientas tuvieran que cargarse. No estaban preparados para nosotros pero esa trampa, ese hechizo protector de los santos de piedra, casi nos mata. Si por culpa de los mutados se dan cuenta de lo que de verdad somos, de la gran cantidad de demonios que existen, su fe se hará mayor y nos echarán de la Tierra. Mi abuelo siempre lo ha dicho. Hay que tener mucho cuidado con la Iglesia.

Casio se acababa de tensar en el asiento de atrás. Conduciendo como yo estaba, no lo vi pero lo percibí a través de mis sentidos aumentados. Eché un vistazo por el retrovisor y observé que tenía el ceño fruncido. Genial. Seguro que esto era por lo del Vaticano. Le ignoré.

—De ahí los satanistas —estaba diciendo Lucas—. Necesitamos una fuerza que se oponga a ellos de manera natural. Los que adoran a su dios contra los que adoran a su demonio no suena mal. —Conociendo los diferentes registros de aburridamente serio que tenía Lucas, este casi podía considerarse como lo hubiera dicho sonriendo.

—O acabamos con dos grupos de fanáticos. Unos nos quieren purificar y los otros

controlar. No sé qué es peor. —Se mostró Casio en desacuerdo.

—Bueno, lo siento chico, pero mi abuelo ha tenido más milenios que tú para aprender a ser un buen estratega —le corté.

—¿Me estás llamando chico?

—Claro que no, ¡oh, vampiro bimilenario! —ironicé y volví mi atención a su hijo pues, hablando de «llamar», acababa de ocurrírseme que quizás, cuando yo había telefoneado al pelirrojo, había sido un mal momento—. Lucas, ¿no te llamaría yo en medio de alguna situación delicada o peligrosa?

Tardó unos segundos en contestarme a causa de mi brusco cambio de tema.

—Tranquila, el móvil estaba en silencio.

—Menos mal. —Sonreí.

—Mañana a primera hora voy a convocar al Consejo. Te quiero allí, Lucas —le ordenó Casio.

—Allí estaré. —Sonó aún más serio de lo normal, si eso era posible.

—Descansa, Lucas, que seguro que lo tu misión tampoco ha sido fácil —me despedí.

—Gracias. Nos vemos.

El pelirrojo colgó y a mí me entraron ganas de girarme y encarar a Casio. Qué suerte tenía de que yo estuviera al volante... Porque estaba siendo tan capullo como siempre.

Sin embargo, como mi prometido decidió sacar en ese momento el tema del Vaticano, que si yo estaba tan loca como para haber ido allí, frené. No en seco pero casi. Por suerte, la carretera estaba desierta. Orillé en el arcén y me giré para decirle unas cuantas verdades. Nuestros ojos, cabreados, chocaron. Entonces me eché a reír. Había cosas que nunca cambiaban. Acallé su enfado con un beso, disfrutando de la agradable familiaridad de que él siempre se preocupara por mi seguridad, y me volví a mi asiento, a continuar conduciendo. Cuando por fin llegamos a casa (mi casa, pues seguíamos sin vivir juntos), me centré en lo que siempre me había atraído de él mientras lo llevaba hasta mi dormitorio, pasando primero por la ducha.

(¡A tomar por saco con la comida!, ya se alimentaría luego).

Porque Casio era poderoso, mucho. Sobre todo para una semisúcubo recién entrada en la adolescencia y poco menos que arrojada a un plano humano para sobrevivir por sus propios medios. Su protección, su mecenazgo, habían sido de lo más estimulantes. Sin saberlo, me había pasado cerca de treinta años deseando algo más que tirármelo: que me hiciera caso, que centrara su poderosa personalidad en mí, que yo fuera el eje que moviera su mundo. Ahora ya no era tan ingenua (para ese nosferatu el afrodisíaco más potente era el poder que le daba ser un triunviro del Consejo), pero seguía sintiendo algo por él. Amor, más bien. Y lujuria, que el condenado estaba buenísimo y una no era precisamente de piedra. Así pues, como llevaba demasiado tiempo sola, calentada por un ícubo que no debería haberse tomado esas libertades, lo lancé contra la puerta entreabierta del baño nada más

llegar. Por un momento, el brillo rojo en sus ojos me indicó que iba a levantarse y pelear por el control. Perfecto. Nuestra primera vez juntos había sido precedida por un *strip-sable*, sin problemas si quería pelear ahora mismo. Pero no. Quizás porque todavía estaba débil o porque vio la determinación en mí. Se dejó hacer. Era más, por una vez obedeció e hizo todo lo que yo le indicaba. Por mí perfecto, un Casio que jugara a ser complaciente podía ser brutal, sobre todo porque yo tenía demasiada tensión sexual que descargar de algún modo. Atzir'itz se desvaneció nada más arrancarle esos harapos al nosferatu bajo la ducha. Ya solo existía Casio. Y, sí, fui plena junto a él, mi amado. Sus besos, su aliento, su cuerpo y sus jodidamente eróticos colmillos hicieron que mi corazón se acelerara a la par del suyo, una vez más. Dejamos a nuestro paso un reguero de agua y espuma desde el baño hasta mi habitación. Nada se interponía entre nosotros y nada volvería a hacerlo.

Tras varios éxtasis abrumadores, supe que esta era mi vida y que así yo era feliz. Hubo un tiempo en el cual ser semisúcubo era un asco. Sin embargo, desde que estaba entre los brazos de Casio, todo encajaba. Todo tenía su lugar. Y yo, a su lado, era una de los guerreros más peligrosos de este plano. Sonreí mientras remoloneaba a su lado en la cama. Estábamos en guerra y lo tenía a él. No había nada más que pudiera desear una chica. El mundo, para mí, volvía un lugar maravilloso en el que haber nacido.



—Violeta, joder, ¿dónde estabas? Llevo un buen rato llamándote. Casi me matan.

La voz de Marta sonó al otro lado del teléfono en cuanto descolgué unas horas después. Sonaba bastante cabreada. Le hice un gesto a Casio para indicarle que era mi amiga (seguíamos en la cama, pero por suerte la bruja no había interrumpido nada) y me levanté de las sábanas donde me había medio incorporado para coger el móvil de la mesilla.

Me tapé con una de ellas (para que el vampiro dejara de mirarme con los ojos encendidos en rojo, más que por pudor) y me dirigí al salón. Eso sí, primero agarré una cerveza de la nevera.

—Pues rescatando a Casio, ya lo sabes.

—Sí, mierda. ¿Tanto has tardado?

Pues no, no había tardado tanto. Solo que luego me había tomado con calma lo de borrar el cuerpo, el calor y los labios de Atzir'itz de mi mente. Creía que, más o menos, ya lo había logrado.

—Sí. ¿Qué ocurre? ¿Qué has descubierto tan interesante en tu libro de Diana? ¿Tenía alguna trampa que se activó al leerla? —le pregunté por aquello de su extraña visión del templo de las serpientes.

Y por cierto... en cuanto a eso de que la chica llevaba un buen rato llamándome... claro que yo había escuchado sus dos o tres llamadas anteriores (¿o fueron cuatro?), pero había pasado de coger el teléfono. Yo ya había conquistado un plano demoníaco para esa especie de sombras, metido mi culo en el Vaticano, robado dos objetos y oye, hasta salido con vida. Si a eso le sumabas lo del rescate de Casio, yo creía que un poquito de calma me merecía. Bueno, lo de mi corazón latiendo en

una carrera acelerada hacia el éxtasis mucho de calma no tenía pero bueno... me sirvió.

Así que ni el más mínimo remordimiento por no haberle cogido el teléfono. Que una era medio humana pero no gilipollas.

—No. El libro es fascinante —se animó su voz—, pero no te llamo por eso.

—¿Solo me llamas por cosas malas? Muy mal —le reproché en broma.

Ambas sabíamos que estos últimos meses nos habíamos acercado y compartíamos algo más que los problemas.

—Violeta, por favor, que esas zorras casi me matan.

—¿Quiénes?

Me alarmaría, pero ella estaba viva, ¿no? Y yo me sentía demasiado perezosa tras retozar con Casio entre las sábanas como para echar a perder esa sensación por algo que ya se había solucionado sin mi ayuda. Cómo me gustaba a veces esto de haber integrado a mis dos partes y haber aprendido a controlar mis emociones.

—¿Recuerdas que Lucas te dijo que había pillado a una bruja pintando algo en mi puerta?

—Ahá —asentí.

—Pues no lo acabó pero era un hechizo de maldición, para debilitarme, para mermar mi poder.

«Uff», pensé, «eso es que temían que volviera con el libro, que hiciera resurgir a su casa».

—Verás, Violeta, cuando me dejasteis en mi casa, lo primero que hice fue ponerme presentable para ir al Samhain a entregarle a la matriarca su cáliz. Slitia me dijo que no estaba en el sanctasanctorum sino descansando en una sala anexa, que bajara, que me estaba esperando.

—¿Slitia? —La interrumpí.

—Sí, la snake de la barra.

—Ah, claro.

Justo la que sospechábamos que le había pintado la marca...

—Bueno, por lo visto su ataque al Vaticano, junto con ese drenaje de energía del ángel de piedra, ha agotado tanto a Arianrhod como a su coven, las otras seis matronas que la apoyan en sus hechizos. Por eso, las otras matriarcas estaban descansando y recuperándose en sus casas, protegidas por sus más allegadas. Arianrhod era la única que estaba en el Samhain.

—¿Por qué? —le pregunté—. ¿Por qué no se había ido también a su casa?

—Ehhh. —La escuché sorprenderse—. Violeta, que la matriarca renuncia al mando de su casa cuando es investida y vive allí, en los sótanos del Samhain, junto a la sala del Matriarcado. Te aseguro que los tiene llenos de poderosas protecciones mágicas.

Imaginé que Marta habría supuesto que yo lo sabía pero lo cierto era que no. Cada vez que había ido a verla, lo había hecho en el Samhain ya que era allí donde se

reunía el Matriarcado. Lo que no sabía era que Arianrhod residía allí. Imaginé pues que el bar de arriba sería, además de tapadera, un modo de tener a varias brujas a modo de guardias. Apostaría algo a que Slitia era una de ellas. Y mucho más a que Arianrhod no tenía ni idea de que esta había intentado maldecir a Marta.

—De acuerdo —le contesté.

—Bueno, da igual. El caso es que cuando bajé las escaleras y entré en la cámara del Matriarcado, no estaba vacía. ¿Recuerdas aquella joven que me trajo las flores de la matriarca morrigan?, ¿la que más bien parecía querer amenazarme o advertirme de que no fuera a por el libro?

—Ahá.

—Bien, pues estaba en la cámara, limpiándola. Cuando me vio, dejó el paño que llevaba sobre una de las sillas y se acercó a mí. Intentó charlar un rato, contarme que se alegraba de volver a verme, pero yo la corté y le dije que tenía prisa. Cuando le conté que iba a ver a Arianrhod, se ofreció a llevarme. Le di las gracias y, antes de salir del sanctasanctórum del Matriarcado, ella intentó apuñalarme a traición. Por suerte, después de lo del sello de debilidad de mi casa yo ya no me fiaba de nadie y, por eso, estaba alerta. La paré y se lo quité. ¡Joder, fue brutal! Casi como volver a verme contigo en el Vaticano, cuando golpeé al cura. Entonces, ella empezó a balbucear algo sobre que no podían asociar a su señora con esto y comenzó a pronunciar las palabras de un hechizo de muerte y olvido.

—Típico...

Porque lo era. Su matriarca morrigan no querría que hubiera pruebas de que había mandado a su sierva a matar a la de Arianrhod, así que le habría enseñado a esta un hechizo para suicidarse en caso de que algo saliera mal.

—Fue todo muy rápido, un par de frases. Imagino que podría haberle tapado la boca o golpeado o algo pero en ese momento no reaccioné. Es la primera vez que alguien se mata al lado mío y bueno... me quedé mirándola asombrada. Había oído hablar de los hechizos de olvido, para que tu espíritu se perdiera y, así, no pudieran convocarlo con magia nigromántica. Pero esto... demasiado. —Su voz se volvió preocupada—. Yo, sinceramente, Violeta, espero que Arianrhod nunca me obligue a algo así. Ya es bastante malo morir como para encima hacer que tu espíritu se disuelva en la nada, como si nunca hubiera existido.

—No te dejaré —le dije con voz firme, aunque las dos sabíamos que si su señora le daba esa orden y yo no estaba junto a Marta, poco podría hacer para evitarlo.

—Gracias.

Se hizo un breve silencio en la línea. Podía imaginármela, sonriendo porque de verdad creía que yo no le fallaría. Joder. Ese sentimiento cálido que me provocaba mi sobrino comenzó otra vez a expandirse por mi pecho. De acuerdo. Tendría que hacer lo imposible para que mi hermana de magia no le ordenara a mi única amiga que se suicidara. Como dejarle claro que si Marta moría, yo haría lo imposible para que demonios y brujas estuvieran en guerra.

—Bueno —continuó diciéndome, con la voz algo todavía algo tomada—, fui a las habitaciones de la matriarca, saliendo por la única otra puerta de la cámara y entrando en la zona del sótano que le pertenece exclusivamente a ella. No me costó demasiado encontrar la estancia en la que se encontraba, descansando en un *chaise longue* negro y tapada por una fina manta. Cuando me vio, apagó la televisión. Sí, lo sé —me dijo al escuchar el aire que yo, de manera incrédula, expulsé al otro lado de la línea—: televisión. De verdad que jamás lo habría imaginado de ella. En fin, el caso es que me acerqué, le conté lo ocurrido y no solo le di su cáliz sino también el puñal. Ella lo olió, llamó a una de las brujas que la servían y se incorporó. Fue hasta su mesa y, allí, con una especie de kit químico que la bruja le acababa de traer, hizo una serie de pruebas. En unos minutos volvió a su *chaise longue* y, sentada con una actitud tan regia como si fuera en un trono, me informó de que se trataba un veneno común. Parecía que quien había intentado matarme no quería que se la pudiera asociar de ningún modo. Como ya sabes, según la diosa a la que servimos nuestra magia es diferente y puede identificarse. Entonces le pregunté a la matriarca por la asesina. Ambas sabíamos que se trataba de la sierva de una de las otras seis matriarcas que formaban el Matriarcado; en concreto una de las morrigan. Arianrhod me comentó que, sin poder interrogar ni a la sierva ni a su fantasma, no podíamos lanzar una acusación ya que había hechizos mediante los cuales una bruja podía poseer la voluntad de otra. De hecho, no sería la primera vez que se hacía algo así para implicar a la casa que no era. En serio, Violeta, esto es un puto nido de víboras y yo, que estaba tan tranquila en las sombras, ahora tengo un puto foco alumbrando encima de mi cabeza. Parece ser que algunas matriarcas conspiran contra Arianrhod, intentando buscar una buena ocasión para hacerse con su puesto. Por suerte, el ángel de piedra no solo la debilitó a ella, sino también a todas las demás del Matriarcado. Por supuesto, lo están guardando en secreto no vaya alguna casa menor a intentar aprovecharse.

—Ya veo. Tía, lo tienes jodido. Por el momento una morrigan y una snake de enemigas. En fin, ¿y el cáliz?, ¿sabes para qué sirve?

—No. Ella se lo quedó y no me dijo nada. Me dio las gracias y me comentó que ya estaba más cerca de cumplir mis trabajos de servidumbre y poder ser libre.

—Es que a quién se le ocurre, Marta...

—No me recrimines, Violeta. Ya lo hago yo bastante pero de verdad que no se me ocurría otro modo y, además, estar bajo el mando de la matriarca de alguna manera me da también su favor y su ayuda. Al menos mientras hago lo que ella desea.

—Eso es cierto... Ten cuidado, ¿vale? Y estudia mucho ese libro tuyo para hacerte pronto más poderosa.

—Oye, que algo más ya lo soy. Al entrar al Samhain vi miradas de curiosidad, otras del típico desdén por la posición inferior de mi casa pero, sin embargo, también algunas de respeto. Como si supieran lo que había hecho y me estuvieran reevaluando.

—No te fíes. A las tuyas no les gusta que las que están por debajo osen levantar la cabeza.

—Aburrida...

—Ingenua —le susurré y me eché a reír con suavidad.

Ella también. Imaginé que, como yo, sabía que iba a tener que echarle muchos cojones (ops, perdón... ovarios que las brujas detestaban ese tipo de expresiones menos femeninas) cuando fueran a por ella. Y no solo para matarla, también para humillarla y hundirla en público, recordarle la que ellas creían que era la posición de mi amiga. Pasados unos segundos, continué aleccionándola.

—Tienes que tener más cuidado. Ahora saben que puedes recuperar la posición de tu casa. Te has convertido en un objetivo. Tienes que darte prisa en ganar poder, reunir a las tuyas para que sirvan de testigos y retar a tu matrona a un duelo.

—La casa de la luna llena.

—¿Cómo?

—Lo he leído en el libro de Diana. Antes no teníamos estos nombres sino otros, unos más antiguos y que, al menos en nuestro caso, se identificaban más con lo que éramos.

—Sí... mi abuelo me contó que os cambiaron el nombre en Salem.

—Pues ellas se lo cambiarían también, porque no había snakes sino guardianas de las serpientes. Nosotras éramos las doncellas que bailaban bajo la luna llena pero, abreviado, se nos conocía como la casa de la luna llena.

—Es muy bonito.

—Era lo que hacíamos, rituales a la diosa lunar donde el baile era una parte importante. En el libro los explica. Mierda, Violeta, nos han hecho creer que no éramos nada y he leído hechizos ante los que esas serpientes tatuadas de las snake no son más que un juego de niños.

Su voz sonó emocionada. No me extrañaba, había encontrado algo por lo que luchar.

—Me alegro mucho, Marta.

—Tenemos que quedar a comer. ¿Tú crees que le importará a ese prometido tuyo que te rapte un ratito? Y por cierto... —me comentó socarrona—, tu vampiro estará cañón pero nada que ver con Atzir'itz. ¿De verdad que no lo has probado ni un poquito?

—Tía, ¿por quién me tomas? ¿Acaso tú, que también tienes novio, lo has hecho?

—Pues por una súcubo.

La escuché reír al otro lado de la línea. Esto no me gustaba nada. Esperaba que Casio tuviera la decencia de no estar haciendo oreja desde el dormitorio.

—¿He de recordarte que tú le ponías ojitos?

—*Touché*, guapa. Pero nada que ver con la química que vosotros dos os gastabais. Por favor, si seguro que hasta las estatuas de los santos se ruborizaban al veros.

Sí... ahora se burlaba; pero bien que lo había pasado fatal en aquella jodida pelea.

Si no hubiera sido por Atzir'itz y su fabulosa espada... Sacudí esos pensamientos inapropiados de mi cabeza. Maldita Marta... yo que había logrado olvidarlo a base de tirarme a Casio...

—¿Tú sabes lo que es una bruja muerta? —me puse seria.

No quería que mi prometido escuchara esto. No me apetecía tener que mentirle.

—¿Otra vez con amenazas? —se burló.

¿Por qué cojones esta mujer se achicaba con todos menos con su superpoderosa amiga princesa demonio?

—Vale. Iré a comer contigo y te dejaré reírte todo lo que quieras.

Se echó a reír.

—Tranquila, no llamaré a Marcos.

Porque solíamos comer con mi primo cuando nos juntábamos pero como que no. Esto, lo de aguantar sus más que indirectas sobre Atzir'itz y yo, era privado: cosas de chicas.

—Mañana, que hoy ya es por la tarde.

Enarqué una ceja. ¿En serio ya era por la tarde? Pues sí que me había pasado rato olvidándome de mi atracción por el ícubo, sí.

—De acuerdo.

—En el restaurante de siempre a las dos y media. No faltes.

—No, tranquila. Y tú mantente con vida hasta entonces. —Le sonreí y ambas colgamos.

Curioso. La vida continuaba. Seguíamos en guerra, Casio volvía a estar a mi lado, el Vaticano tenía un par de muros menos y Marta continuaba metiéndose conmigo. Sí... esa cálida sensación en mi pecho era buena. Incluso, si me esforzaba, me olvidaba del todo de que existía Atzir'itz.



El padre Bruno estaba solo excepto por los enemigos que lo cercaban. El lugar parecía una espaciosa bodega de vino. El suelo, el techo y las paredes eran de piedra y, contra estas, había barriles de roble y estanterías llenas de botellas.

Los vampiros mutados lo rodeaban. El cura mantenía sus rodillas contra el suelo, la cabeza y el rostro alzados como si fueran un gesto de desafío y sus ojos cerrados. Sus labios se movían, susurraban una oración en latín. «Escudo de armas» eran las palabras que, con miedo, estaba diciendo uno de los mutados. Otro, que no le creía, transformó su mano en una garra, como si de un demonio se tratara, y fue a darle un tajo al padre para abrirle la garganta. De inmediato, una luz blanca envolvió al sacerdote. El vampiro chocó contra ella y, de repente, su propio cuello se abrió, seccionado, manteniéndose intacto el del cura. Esa luz se había pegado a la piel del padre, allí donde las garras habían intentado perforarla y, ahora, era el mutado el que llevaba su mano a su garganta, intentando en vano detener la sangre que por ella se escapaba.

—Idiota —le dijo aquel de los suyos que había hablado antes—. Es un escudo de armas. Lo que le hagas te lo harás a ti.

Él mismo sentía un dolor fuerte en el estómago, allí donde había intentado dar una patada al sacerdote. Otros de los suyos también estaban heridos. Parecía que les había costado darse cuenta del tipo de protección que el cura tenía porque un escudo de armas era un hechizo del más alto nivel. Que ellos supieran, ningún humano, por mucho fervor con el que le rezara a su dios, podía lanzarlo. Y, desde luego, ningún demonio podría jamás hacer ese tipo de magia. Había casos contados en la historia, como con Juana de Arco, donde alguien lo había utilizado. Contados. Ese tal padre

Bruno no debería ser capaz de haber creado uno. Pero allí estaba.

—Dejad de golpearle —continuó diciendo el vampiro—. Se cansará. Y cuando lo haga, cuando su escudo desaparezca, será nuestro.

Bruno, que lo escuchó, continuó rezando. Él no tenía ni idea de qué estaban hablando pero, por si sus rezos tenían algo que ver con que todavía continuara con vida e ileso, continuó orando.

Porque no estaba solo; sentía Su presencia junto a él.

Fin

Nota de la autora

El boca a boca es crucial para cualquier autor. Si te ha gustado esta novela, por favor considera dejar una reseña. Aunque sea tan solo de una o dos líneas, me encantará leerla y será de gran ayuda.

Esta novela continúa en el tercer libro de la saga Sexto infierno. Su fecha esperada de lanzamiento es el año 2016.



AMAYA FELICES. Licenciada en Ingeniería Química y diplomada en Filología Inglesa, es profesora de secundaria en Zaragoza. Cuando no está trabajando ni cuidando de sus dos hijos, se dedica a escribir.

Su primera novela, *El pozo de todas las almas*, fue publicada en junio de 2011 por Mundos Épicos. En diciembre de 2011 la Máquina China editó el libro *Sueños de navidad*, que recoge los cinco relatos ganadores de su I Concurso de Narrativa Romántica. La autora participa con *Hechizo de invierno*, un relato sobre fantasmas y sentimientos.

En las antologías II y III de Ediciones Evohé tiene publicados un relato y un poema (*La claridad de tu amor a través de mi ventana*, *Te veo*).

En el año 2006 ganó el primer premio de relatos de Ocafriki con Aspirante a guerrero y en diciembre de 2011 obtuvo el tercer puesto en el XXVIII concurso literario Picarral con su relato juvenil *Rocío Dark Violet*.

En febrero de 2012 salió publicado *Ese amor que nos lleva*, de la editorial Rubeo. Esta convocó un concurso de relatos en 2011 para hacer una antología y *Eurídice* fue uno de los seleccionados como ganadores.

En mayo de 2012 Mundos Épicos publicó su novela de fantasía juvenil *Pacto de piel*; así como Ediciones Babylon publicó su novela romántica adulta de ciencia ficción space ópera *Hipernova*, una fusión de géneros en la cual es pionera en España.

A finales de 2012 participa en la antología benéfica *Ilusionaria III* con su relato

Despierta, dragón esqueleto, escrito junto con su hijo Santiago e ilustrado por Laura López.

En enero de 2013 Ediciones Babylon publicó su relato *El manual de la esposa perfecta*, una comedia romántica paranormal.

En mayo de 2013 participa en la antología benéfica Catorce Lunas, publicada por Ediciones Kiwi, con su relato *Rocío Dark Violet*.

Por último, está representada por Agencia Autores desde inicios del año 2013 y tiene el libro técnico Belly dance: *The teacher's book*, publicado en *Create Space Amazon*, en inglés y en español, en el año 2010.